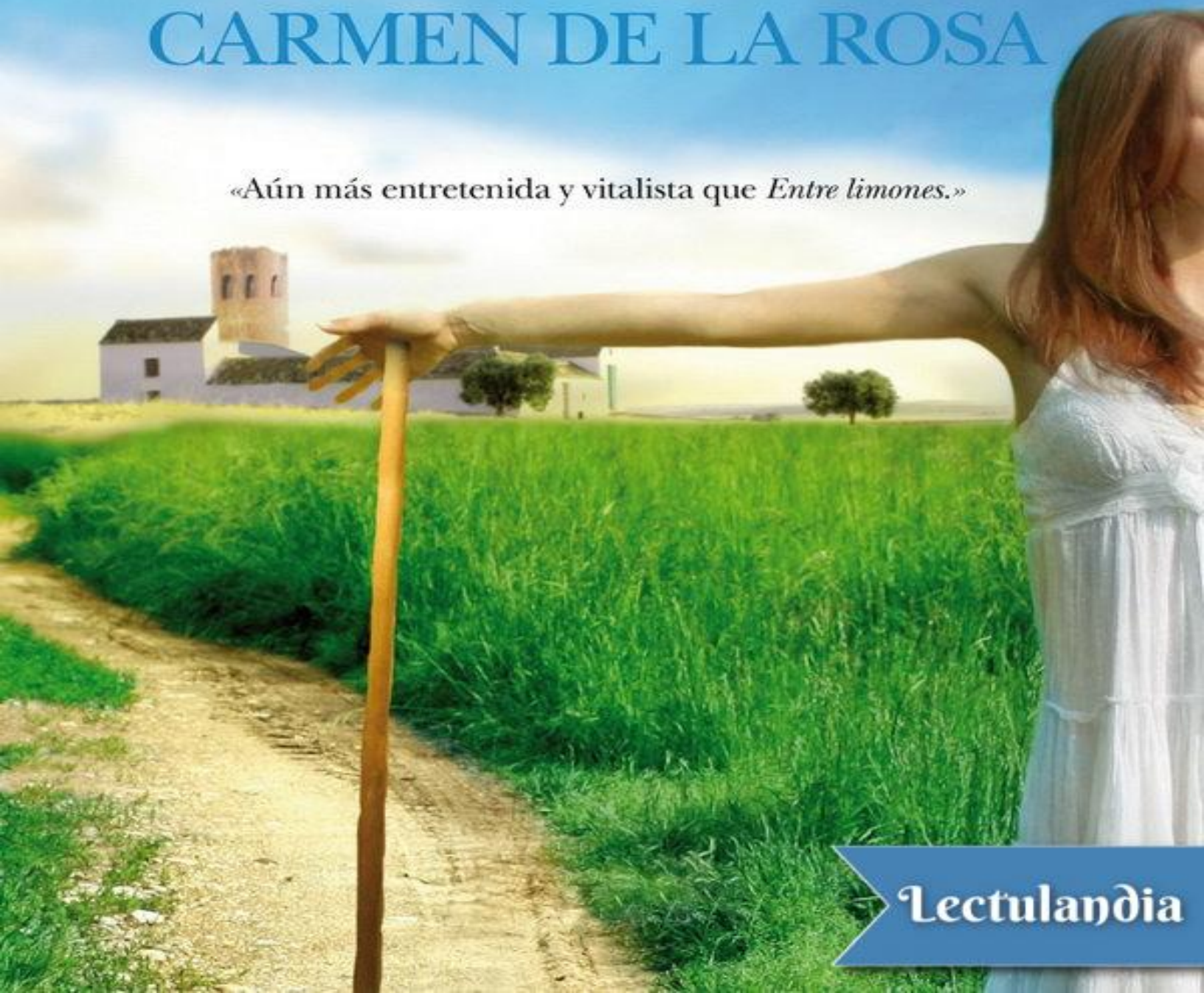
El Al Mizar

CARMEN DE LA ROSA

«Aún más entretenida y vitalista que *Entre limones*.»



Lectulandia

Seis hermanas de la burguesía rural sevillana, ante la imposibilidad de vender El Al Mizar, un castillo árabe heredado de su madre, deciden escribir la singular historia de la familia para así superar la mala situación económica en que se encuentran.

Mientras Amalia —que ha estudiado periodismo— escribe el libro a partir de las aportaciones y recuerdos de todas ellas, indagan la razón por la que su madre cedió la administración del cortijo a un primo, Sebastián, que la chantajeaba con hacer público un turbio secreto de tiempos de la Guerra Civil. Las hermanas harán pesquisas entre familiares, amigos y conocidos aún vivos, hasta toparse con el enigma de un cadáver enterrado en el llamado Barranco de las Ranas y el descubrimiento de un misterioso medallón.

El Al Mizar es una deliciosa novela costumbrista, repleta de intriga y pinceladas de humor, con un asombroso desenlace. Carmen de la Rosa se ha inspirado en hechos reales de su propia biografía para atrapar al lector en las redes de una saga familiar absolutamente irresistible.

Lectulandia

Carmen de la Rosa

El Al Mizar

ePub r1.0
Titivillus 19.07.2019

Título original: *El Al Mizar*
Carmen de la Rosa, 2011
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

De: Juana.
Para: Lucía, Concha, Asun y Amalia.
Fecha: 15 de diciembre de 2009.

Hola a todas:

¿Qué tal estáis, hermanitas? Supongo que vivas y tan fastidiadas como yo. Como imaginaba, el asunto de los rusos, Amalia, ha sido un completo fiasco. Igual que todos los demás.

Según ellos, llegaron engañados. ¿Pero qué puñetas les contaste del cortijo, so tontaina? Para empezar no tenían ni remota idea de dónde estaba, llegaron de milagro y cabreados porque daban por sentado que la finca se encontraba cerca del mar, en la ribera del Guadalquivir; y pensaban también que el castillo se había reformado y que tenía dos piscinas y un *spa*... ¡No te fastidia! ¿Y por qué no un harén de huríes de amplias caderas derramando leche y miel?

Casi me insultan cuando vieron la situación desastrosa en que se encuentra la vivienda. Para colmo, Purita se puso hecha un basilisco al verlos; decía que no se iba del castillo ni en *sputnik*, y que le iban a quitar a su Picio, ese perrillo guaperas que tiene. Y todo por culpa del cabronazo del primo Sebastián, que nos la tiene esquinada en contra de la

venta. Así que no hay remedio, tenemos que convencernos de que El Al Mizar no se vende. Y menos ahora, con esta dichosa crisis.

Después de terminar de pagar el apartamento estoy seca como la mojama, y me imagino que vosotras estaréis más o menos igual. Pero, chicas, ¡¡¡aleluya!!! He tenido un sueño, como diría el Lutero negro.

He soñado que nos hacíamos ricas con el cortijo. Y no es coña. La solución, adoradas hermanitas, está en sacarle a la herencia de nuestra amada madre lo que vale pero por otros medios. Queridas mías, hay que escribir un libro, un *best seller* que nos saque de esta vida gris de pelendrinas que llevamos. ¡Si nos viera el abuelo Amalio! ¡Con lo que luchó el pobre para que viviésemos como señoras! Bueno, pues eso: hay que escribir un libro sobre nuestra familia, sobre cómo hemos llegado a ser lo que somos. Y no podréis negarme que en nuestro largo y pintoresco árbol genealógico hay personajes dignos de protagonizar no una, sino al menos tres zarzuelas y seis operetas vienesas.

Pero no sé por dónde podríamos empezar. Ya han muerto casi todos los de la generación de nuestros padres; solo nos queda con buena cabeza la querida prima Rosa —habrá que invitarla a un té para que nos cuente lo que recuerde—, y la tía Inmaculada, que por lo visto está acartonada cual momia tartesia, sin corte de los milagros que le alegre la vida.

Me temo que tendremos que hacerlo entre todas, con nuestras vivencias y recuerdos, y con lo que podamos investigar en Gerena y en Pilas. Tenemos que reunirnos en mi apartamento de Punta Umbría en Semana Santa para hablarlo. Pero en definitiva esa es la idea: escribir un libro sobre los Panero y los del Río, y llevarlo al primer puesto de ventas en la Feria de Guadalajara. Chicas, vamos a conseguir un *best seller* y a ganar mucho dinero; a repartir como buenas hermanas y que al El Al Mizar le den por saco,

ya sean moros, rusos o cristianos. Espero vuestras respuestas, confío en vosotras. Muchos besos de vuestra hermana mayor, Juana.

P. D. Amalia: tú, como periodista, aunque tienes el título más oxidao que las neuronas de nuestro hermano Moncho, podrías empezar a escribir lo que buenamente se te ocurra sobre lo que te contó mamá y rentabilizar así todas las entrevistas que le hiciste en tus años de estudiante de periodismo. ¡Gracias!

Empezaban las Navidades y llegaba a Heidelberg tras celebrar la Nochebuena en Madrid, por anticipado y con mis hijas, como es costumbre desde que vine a vivir a Alemania. Dejé el maletón repleto de libros en la planta baja para que lo subiera Rudolf al volver de la agencia, y cargué a duras penas la maleta de mano hasta mi piso; comencé a deshacer el equipaje y me puse a recoger el apartamento y a fregotear, porque el orden y la limpieza me relajan. Rudolf dice que tengo la mente cuadriculada, que soy más alemana que él. Y sí, en parte tiene razón. Soy metódica y disciplinada y ando siempre en busca del equilibrio, de la armonía… aunque he de admitir que raras veces consigo encontrarlas, como me pasó con la rocambolesca historia que siguió al mensaje de Juana.

Al rato, y ya con todo en su sitio, abrí de nuevo el correo para releer el *e-mail* de mi hermana mayor y no pude dejar de sonreír; me congratulé de que siguiera tan malhablada, costumbre que adquirió cuando echó los dientes. Cuentan que la primera palabra que pronunció un día en que mi madre paseaba con ella por la dehesa, al caérsele el chupete en una boñiga de vaca, fue un nítido y contundente: «¡Coño!».

No, no quería pensar en El Al Mizar y en sus líos; no en ese momento. Para jaleos, los que dejé en España. Cuando voy no siempre es por motivos placenteros: resolver complicaciones de mis dos pisos alquilados, tratar con los hermanos los interminables líos de la herencia, batallar por la tutoría de mi hermana Purita, concertar visitas médicas, pagar recibos, facturas, impuestos… Casi no tengo tiempo de ver a las amigas, ni de disfrutar de mi hija Elvira y mis dos monillas. Así que no, querida hermana, nada de reunión ni labor fraternal. Por mí que se hunda El Al Mizar. Sobrevivimos con la agencia, no necesito más.

Todo esto pasó por mi cabeza mientras me preparaba un té, elegía una nueva novela del comisario Montalbano y me disponía a pasar la tarde en mi sillón rojo, junto a la chimenea, frente a la ciudad. Echaba ya de menos contemplar las grandes barcazas deslizarse por el Neckar, el movimiento y la alegría del Karl-Theodor Brücke, las personas que pasean por el prado que bordea el río, el largo y precioso parque de Heidelberg.

Y de pronto caí en la cuenta de que era una privilegiada, de que esta sencilla rutina que llevo en Alemania es realmente un lujo, nada que ver con lo que dejé en La Moraleja; por más que hace veinte años nadie diese un duro por mi relación con Rudolf y el giro de timón que había dado a mi vida.

Empezó a nevar, y mirando abstraída el crepúsculo, con el libro de Camilleri en mi regazo y sin poder evitarlo, afloraron los recuerdos de mis hermanos y de mi infancia en El Al Mizar. Cayó la noche, permanecí en penumbras y me adormilé, hasta que el ruido de unos pasos en la escalera de madera y el tintineo de unas llaves me hizo volver de golpe de aquellos lejanos tiempos. Bajé a la cocina.

—¿*Wiegeht’s dir, meine Liebe*? —me saludó Rudolf con la cara más blanca que la nieve que cubría Heidelberg—. Lo

siento, Amalia, traigo muy malas noticias. No empezaremos bien el año. Hemos perdido el concurso y con él a electrodomésticos Kohlhammer, nuestros mejores clientes —me dijo en su perfecto español mientras me abrazaba e intentaba afanosamente sonreírme.

—¡Jo, Rudolf, qué buen regalo de Navidad! —le contesté hecha polvo. Y al instante recordé el *e-mail* de Juana, me fui hasta el ordenador y le confirmé que sí, que la ayudaba en su libro. Y que por mí que al El Al Mizar le dieran también por saco, ya fueran moros, rusos o cristianos.

El Al Mizar fue en tiempos de mi abuelo el cortijo más bonito de Huelva, con dehesas, olivares, zonas agrestes y de monte con una exuberante caza, tierras de labor y de regadío, agua de pozos artesianos y de una fuente en una gran balsa junto a una huerta con naranjos, un manantial de agua cristalina llamado el Chorrito, en el río Corumbel; con ganadería brava, grandes rebaños de ovejas, una enorme zahúrda con cerdos ibéricos, un inmenso Tinahón con herrería, cuartos de máquinas, cuadras de caballos, mulos y burros, henil, un majestuoso granero bajo una grandiosa terraza que mi abuelo construyó y solo con sus adoquines… El cortijo, como lo recuerdo de niña, era como una aldea llena de ruidos, de gente y de vida. Claro que no todas las vidas eran tan afortunadas como las de mi familia. A nosotros, a los del Río Panero, la fortuna nos llegó tiempo atrás.

El día 28 de junio de 1914, en que Gavrilo Princip asesinó a Francisco José de Austria en Sarajevo y dio comienzo la Gran Guerra, marcó el futuro de la familia recién formada por mi abuelo, Amalio Panero Cadaval, en el pequeño pueblo de Gerena.

Gerena está a escasos veinticinco kilómetros de Sevilla, en el límite de la campiña con la sierra. Tiene unos bellos

campos de olivares y dehesas con encinas y alcornoques, y el granito más duro de toda Andalucía. Las canteras fueron la salvación de Gerena durante la crisis económica de mediados del siglo XIX, y su principal fuente de riqueza. Mi abuelo y su cantera fueron determinantes en el bienestar de mi familia y, al tiempo, del de muchos de sus vecinos; él, que provenía de un ambiente pobre, mostró en su vida de empresario una marcada conciencia social. En los tiempos en que no existía ninguna ayuda pública, y ni por asomo ninguno de los derechos sociales de este Estado de Bienestar en el que vivimos y al que estamos acostumbrados, mi abuelo Amalio tenía a la totalidad de sus obreros y empleados inscritos en Mutuas de Salud y de Pensiones.

Pero no fue la cantera de granito la que determinó su ascenso económico, sino su trabajo incesante, su buena estrella y, sobre todo, su simpatía. De muy joven empezó a ganar dinero con cuatro hectáreas de tierra que plantó de olivos. Con un burrillo y un serón lleno de cántaros regaba su minúscula finca hasta que recolectó la primera cosecha y obtuvo de tal suerte su primer capital. Como en el cuento de la lechera, pero con final feliz. Y a la vez que regaba sus olivos, ya con una pipa tirada por mulos, el abuelo entró a trabajar en la central eléctrica que Hermann Ruckenbrod había levantado en el pueblo y que abastecía a varias poblaciones limítrofes.

El alemán de Hannover recaló en Gerena después de una turbia vida aventurera, como administrador de los negocios de unos aristócratas alemanes en Namibia. El abuelo Panero le ayudó a instalar la central y en los trámites burocráticos que tuvieron que realizarse en el Ayuntamiento; se hizo buen amigo de los Ruckenbrod y como tenía algunos años de colegio, pasó a trabajar en la fábrica como empleado en la administración. Con el paso de los años y gracias a su

personalidad extrovertida y carismática, se granjeó la amistad y la confianza de *Herr* Hermann y de su familia. Por eso, cuando Ruckenbrod decidió volver a su país a luchar por la amada patria en la Primera Guerra Mundial, no dudó en venderle todo lo que poseía, vivienda, muebles y fábrica incluida, a su querido y emprendedor empleado por un precio irrisorio.

Ese fue el segundo golpe de suerte en la vida de Amalio; una oportunidad inesperada con la que empieza su ascensión económica en aquella depauperada Sevilla y su gran admiración y agradecimiento a los alemanes. De ahí el espíritu germanófilo de mi abuelo y, después, en la guerra civil, de su hija, mi madre, que como dama de la Cruz Roja tuvo una estrecha relación con los aviadores heridos de la Legión Cóndor —de tan triste recuerdo— a los que cuidó con desvelo y dedicación. Decía Pura que eran unos auténticos caballeros, que la trataban con enorme respeto, ceremoniosamente, y que la llamaban *Fräulein*, y no como los moros de Franco, que si podían le pellizcaban enseguida el trasero.

El primer golpe de suerte fue más inverosímil si cabe. Cinco años antes de quedarse con la fábrica de luz, logró casarse, siendo pobre como una rata, con la señorita Purificación Pulido Pérez-Cardenal, hija de un ingeniero de Zamora que trabajaba como administrador de los duques de Alba. La abuela era mitad zamorana y mitad vasca. De grandes ojos negros, alta y buena moza, lucía un precioso y ondulado pelo azabache siempre recogido en un moño en la nuca. Mi hermana Concha heredó su nariz romana, y Juana su poderoso porte. Mi madre decía que yo tenía un óvalo de cara tan bonito como el de ella, pero temo que no heredé nada más. A no ser mi paulatina pérdida del olfato.

Purificación tenía un temperamento seco, reservado y escaso sentido del humor, algo que no la ayudaba a

introducirse en la cerrada y elitista sociedad sevillana que le tocó vivir. Estaba muy unida a su hermana mayor, María Elvira, una muchacha muy guapa, tan alegre y vivaracha que parecía nacida en Triana. Ambas recibieron una esmerada educación, vigilada y dirigida por su padre, y se beneficiaron de la vida cultural y cosmopolita del palacio de las Dueñas, sobre todo la inteligente y encantadora María Elvira. Purificación llevó una vida tranquila protegida por sus padres, marcada por la presencia alegre y cariñosa de su hermana, a la que admiraba. Junto a ella y gracias a la esplendidez del hermano de su madre, el tío Hilario, vivió los días más hermosos de su vida.

María Elvira se casaba recién salida del colegio y el generoso tío las sorprendió con el más increíble de los regalos: llevarlas con él a un largo viaje a París.

Durante un mes, las dos hermanas contemplaron las flamantes construcciones levantadas en la Exposición Universal de 1889 para la celebración del primer centenario de la Revolución Francesa. Subieron a la torre Eiffel, que no fue desmontada como había sido inicialmente previsto, y pasearon por el jardín de las Tullerías como hizo María Antonieta cien años atrás.

En la colina de Montmartre, Purificación quedó prendada de la basílica del Sacre Coeur y María Elvira, de Notre Dame. Las dos hermanas, junto con el paciente tío, hicieron miles de compras para el ajuar de María Elvira en Saint Germain des Prés, el barrio del lindo hotelito donde se alojaron. Y el tío Hilario presumió de bellas damas españolas en la ópera Garnier y en los *ballets* rusos de Diágilev, que presentó justamente en aquellos días a los célebres Nizhinski y Pávlova. No escatimó en gastos y ellas se lo agradecieron siempre.

La vuelta a Sevilla, cargadas de innumerables baúles que abastecieron de *glamour* a la familia por un largo periodo,

marcó el final de la primera etapa de su vida. Purificación habría querido olvidar los dos años que le siguieron.

A los seis meses de la hermosa aventura parisina, María Elvira se casó con un conocido cirujano de una familia acomodada de Antequera; aun cuando ella visitaba a su hermana siempre que podía, la vida de la abuela Purificación en las Dueñas se volvió rutinaria y profundamente monótona. Pero lo que la marcó para el resto de su existencia fue la muerte de parto de María Elvira y de su hijo.

Purificación quedó sumida en una tristeza y desidia total. No quiso conocer a los pretendientes que sus padres aceptaban, y durante un año mi abuela se recluyó en la casa, de la que únicamente salía para ir a misa.

En 1909 se declaró en Sevilla una espantosa epidemia de tifus; don Andrés Pulido, que acababa de perder a su hija mayor, decidió alejar a Purificación del palacio de las Dueñas y mandarla con la tata Inés a Gerena, a la casa que esta poseía pared con pared de la familia Panero. En ese estado de ánimo conoce a Amalio, hombre inteligente, divertido y de un fascinante carácter que la alegra y saca de su melancolía. Contaba mi madre que el abuelo tocaba la guitarra como un consumado profesional y que era demandado en fiestas y jolgorios para que interpretase sus preciosas sevillanas que ella, ya de vieja, recordaba y bailaba dando saltitos como en las boleras. Y ocurrió que el abuelo Amalio quedó prendado de mi abuela, que la Providencia, en forma de tifus, había llevado hasta su puerta.

Purificación vivió en Gerena hasta que pasó la epidemia, y durante todo ese tiempo se vio con Amalio a escondidas de su tata, a través del corral que separaba las dos viviendas. No hizo falta mucho para que el romance de mis abuelos llegase a oídos de don Andrés. Pero mi abuela era

tan obstinada como su flamante novio y con las ideas aún más fijas; por eso, y a pesar de la total oposición de sus padres, se casó con Amalio en menos de un año.

En abril de 1910 y del brazo del tío Hilario, Purificación subió al altar para unirse a su amado con el bellísimo traje blanco que María Elvira comprara en París para su boda. Se quedaron a vivir en Gerena, en una casita humilde que tenía una habitación grande con dos amplias ventanas a la calle, en donde instalaron un colmado. La abuela Purificación se arremangó la blusa de encajes y se dedicó al pequeño negocio con tal dedicación y diligencia que dejó a su marido asombrado. Despachaba y anotaba, y era el reclamo de aquella tiendita, atrayendo a los curiosos que iban a admirar su porte, su puro acento castellano y sus refinadas maneras.

Los Pulido no aceptaron al abuelo hasta que nació el primogénito, el tío Germán. Amalio nunca perdonó a sus suegros este desprecio; no aceptó la ayuda económica que su familia política le brindase, ni siquiera la del buenazo del tío Hilario, si bien este se las arreglaba para pasar bajo cuerda a su sobrina un dinero que le era muy necesario.

Tengo que contar que el tío Hilario, solterón empedernido y hermano pequeño de mi bisabuela vasca, era marino mercante, que había nacido en Bilbao y que fue trasplantado a Sevilla en su más tierna infancia. Hilario adoptó la gracia y el salero de su nueva ciudad y llegó a ser conocido y querido en toda clase de ambientes, algunos de ellos nada respetables por cierto.

El pobre tío, siempre criticado por su mojigata hermana, visitaba a Purificación con frecuencia en Gerena. Con Hilario iba su pequeño y lanudo Morrosco, el perrito de aguas que nunca se separaba de su amo, ni siquiera en sus largas travesías. Estos encuentros llenaban a mi abuela de gozo porque el tío le llevaba noticias de la familia y cotilleos de

sociedad, y porque juntos revivían los felices e inolvidables días con María Elvira en París.

De: Concha.
Para: Juana, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 16 de diciembre de 2009.

Queridas todas: por fin volví de Ronda y al llegar me encuentro el *e-mail* de Juana. No os podéis figurar la que montó nuestro querido hermano Lito como fiesta sorpresa a su amado Curro. Esta vez se ha superado a sí mismo. Quiso darle un ambiente navideño al cotarro y no se le ocurrió mejor idea que vestir a todos sus amigos *gays* de arcángeles, pastorcillos y demás personajes bíblicos. Con deciros que a mi pobre Alejandro lo disfrazaron de Herodes con una túnica dorada y una capa verde limón, y una enorme espada toledana que cogieron de la tienda…

Alejandro no sabía dónde meterse con aquella pinta infame, pero a lo que se negó rotundo fue a posar para las fotos con la espada levantada y como si estuviera degollando a los horribles pepones que compraron en la tienda de los chinos de la esquina.

Lo peor llegó cuando Curro, con un pedo total, se empeñó en meter al burro y a la ternera del vecino en la sala donde habían montado el belén, nunca mejor dicho. Qué jarana se armó, aún me estoy riendo de las ocurrencias de Lito. Ya os mandaré las fotos, no a ti, Asun, que si te las encuentran te echan del cenobio.

Sobre la idea de Juana, discrepo. No creo que consigamos nada con escribir la historia de la familia. Y me apetece un churro escarbar en nuestros antepasados. Parece mentira que penséis que la novela que salga de nuestros recuerdos pueda llegar a ser un *best seller*. Prefiero que rebajemos el

precio del cortijo y que pidamos la mitad, a ver si algún torero ricachón se anima a comprarlo.

Pero Juana, ¿cómo puedes pensar que de la asamblea de cinco cacatúas menopáusicas pueda salir una historia interesante? Solamente servirá para que nos tiremos los trastos a la cabeza, como siempre ha pasado desde que empezó el embrollo de la herencia. Puedes escribir la historia familiar, no me opongo, pero no cuentes conmigo. Estoy muy cansada, no tengo tiempo para pensar en asuntos tan peliagudos. De todas formas haré un esfuerzo y buscaré un fin de semana para poder estar con vosotras y reírnos un rato. Ese plan es mucho más interesante. Dejemos a los muertos en la paz de sus tumbas y nosotras dediquémonos a jugar a los bolos y a comer cigalas con Purita. Aunque sean congeladas. Besos y felicidades para todas de Concha.

P. D. Hablé con Purita. Estaba muy molesta. Dice que Sebastián le ha quitado una medalla de oro grande y muy antigua que se encontró hace unos días en el Barranco de las Ranas, cerca del río, cuando buscaba espárragos. Al parecer tiene unas letras y una fecha, es de una virgen negra y estaba en un agujero entre los peñascos que hay por allí. ¡Qué cerdo! Qué le importará a él la medalla, y el disgustazo que le ha dado a la pobre Purita. Estoy convencida de que es otra estratagema del simpático del primo para reventarnos la venta. Ya no sabe cómo fastidiar a nuestra hermana y ponerla en contra nuestra. Juana, habla tú con él a ver cómo respira, a mí ni me coge el teléfono.

Rudolf empieza a roncar, ya no soy la única. Duerme apaciblemente, sin que le altere el sueño la situación precaria de la agencia. Es un hombre optimista y fuerte, que

nunca se deprime; menos mal, porque a mí su pachorra me tranquiliza, como mi trabajo en la casa, sobre todo en la cocina. Mañana tengo que preparar comida para once y solo tengo patatas y huevos. Ayer Rudolf se olvidó de ir al súper; vale, pues tortilla de patatas a la española. Es un plato socorrido que a todos gusta, y de postre un bizcocho de chocolate, que lo hago en el Thermomix en menos de media hora. Por fin los chicos de Die Brücke, nuestra agencia de publicidad, empiezan a comer caliente y sano de nuevo.

Cavilando el menú de mañana y la pérdida de los Kholhammer, los clientes que nos mantenían a flote, no he dejado de dar vueltas enredada en el edredón. He retirado la manta que me hacía de colcha y he intentado dejar la mente en blanco para conciliar el sueño. Pero nada. Al final ya no sabía si prepararme una manzanilla y ponerme a leer. Y de pronto me ha venido a la cabeza Juana y su correo. «Está como una cabra —me dije—, pero tiene razón. Debemos sacarle algún provecho al castillo».

En el runrún de reflexiones no he podido quitarme del pensamiento la muerte de mi madre y lo que supuso para la familia. Un desbarajuste: la lucha por recuperar a Purita, la herencia con el reparto de la finca, la imposición del primo Sebastián como administrador… Desde entonces colean los problemas. Somos ocho hermanos muy diferentes y es difícil llegar a acuerdos, incluso domésticos o cotidianos. Lito y Moncho, los varones, y seis mujeres. Purita, mi hermana discapacitada, debió ser el centro de la familia, pero mi madre lo impidió. Me han venido a la mente Concha, mi compañera de juegos y la más cercana a mí por edad, Juana y las dos mellizas; tan diferentes entre ellas y tan lejanas: Lucía en Kabul, y Asun recluida en un tenebroso convento. Giran en mi duermevela los hermanos y los problemas familiares desde que murió la vieja.

Eran las cuatro y, fastidiada por un insomnio ya inevitable, decido levantarme en busca de una solución drástica. Al rato, el despertador me ha sacado del hondo letargo que me produjo el ansiolítico, y ya consciente y con el peso de mis casi sesenta años, a duras penas, y para incorporarme, me arrodillo en la cabecera del futón para asirme a la barra que abre el ventanal inclinado que hace de cabecero.

He subido la persiana de lamas y me he quedado mirando la ciudad nevada que bulle en la hora del camino al trabajo. Hoy, a las ocho y media, Heidelberg es una foto en blanco y negro. Blancos los tejados, el prado que bordea el Neckar entre sus tres puentes, las aceras, los robles, la falda de la montaña enfrente de mi casa. Todo blanco. Negros los troncos y las ramas finísimas de los árboles enfrente del Club de Remo, el asfalto de las calles, los muros de contención del río, los huecos de las ventanas vacías de las casas vecinas, el mismo río del color de la antracita con reflejos acerados cuando recibe el resplandor de la nieve, la gente que pasea vestida de oscuro, un hombre en bicicleta negra con un perro también negro que corre tras él… Solo algunas pinceladas de color en pedazos de techos cercanos a chimeneas, en paredes color ocre o del rosa de la piedra tan típica de esta ciudad, el marrón oscuro del inmenso Gymnasium, una grúa naranja, el resplandor de la luz eléctrica de algunas ventanas, los puntitos rojos de las luces traseras de los coches y los verdes de los semáforos y de las barandas del puente, y de nuevo el blanco de la montaña que limita la ciudad con el río, un blanco casi oculto por los centenares de trazos negros, finísimos palotes que son troncos, como los que hacía en mi infancia.

Quizá por eso me he sentado a escribir sobre Pilas.

Me asomé con cuatro años al gran cierre de cristal de la galería de nuestra casa de Pilas y vi mi preciosa y gigantesca araucaria bajo un manto blanco. La primera vez que veía la nieve, algo insólito en aquellas latitudes. Purita estaba tan asombrada como yo. Aquel día y los siguientes no fuimos al colegio; jugamos juntas como siempre hicimos hasta el instante en que descubrí que ella se había quedado en las diversiones de los cinco años, edad en la que permanece instalada desde hace casi sesenta.

Mis padres nunca la comprendieron. No los vi cariñosos con ella, ni siquiera cuando creció y se evidenció el retraso en su físico, en su mirada perdida, en su agriado carácter; en sus fobias y protestas cada vez más violentas. Purita, una niña bellísima de enormes ojos color aceituna, como los de nuestro padre, pasó su primera infancia en Pilas en manos de ineptas profesoras y mujeres del servicio; menos mal que tuvo siempre la protección y el amor de nuestra cocinera, Antonia.

Hicimos juntas la primera comunión en el pueblo de mi padre, donde mi familia vivió durante quince años. Recuerdo aquel día como la primera gran desilusión de mi vida, ya que todo lo que recaudamos en nuestras limosneras, durante el recorrido que de la mano de nuestra tata Gabriela hicimos por las casas de familiares y conocidos, aquella pequeña fortuna fue a parar a manos de don Francisco, el párroco. Nuestra madre no nos dejó ni cinco reales para chucherías.

Purita y yo íbamos juntas a todas partes. Vestíamos como mellizas y dormíamos en la misma alcoba. Ya en Sevilla, fuimos también de la mano al colegio de las Irlandesas, el de mi madre. Las monjas nos pusieron juntas en clase hasta que Purita dio un gran estirón; a los once años me sacaba la cabeza. Aquel cambio físico tan raudo evidenció aún más la diferencia de entendimiento que existía entre ambas. Y las

compañeras de clase se percataron de que Purita era rara, distinta, porque la pobre se pasaba el santo día solitaria, en la última fila, entretenida con dibujos y lápices de colores; de ahí, creo yo, le vinieron sus dotes de pintora. Pinta unos cuadros naíf extraños que no tienen nada que envidiar a los del famoso aduanero Rousseau. Antes de que las niñas se burlaran de ella, mi madre la sacó del colegio y la dejó bajo la batuta de doña María de Pineda, una solterona de escasos recursos y ya mayor, a punto de jubilarse de su trabajo de secretaria de la Cámara de Comercio. La profesora, que era medio cegata, se arrastraba a duras penas por las escaleras de la casa para sentar su gordísimo trasero en un sillón de la «leonera», nuestro cuarto de jugar. Allí se pasaba la tarde dando clases a mi hermana de cosas dispares: catecismo, lecturas, cuentas y escritura a máquina. Purita se aprendió de memoria el Ripalda y llegó a escribir en la Olivetti casi tan bien como la señorita María. Ahora, abandonada a su suerte en El Al Mizar, todos esos conocimientos los tiene olvidados.

Después del colegio, doña María seguía pacientemente su trabajo repasando con Concha y conmigo las lecciones. Concha le tomaba siempre el pelo, hasta que la profesora, que aseguraba que descendía de una familia de abolengo y que estaba emparentada con la María Pineda a la que dieron garrote vil por bordar una bandera, perdía la paciencia y se cabreaba con ella; con voz aguda y cantarina le protestaba a Antonia: «Qué ignorante, qué desagradecida, qué salvaje, decir que solamente vengo para tomarme el café con leche y las galletitas».

En aquel tiempo Purita tuvo una cuidadora que estaba como una auténtica regadera. No recuerdo su nombre, pero sí que era una chica joven y alegre que la sacaba por las mañanas y la tenía entretenida. Con ella Purita visitaba los museos, entraba en las tiendas, iba al parque, al cine, a los

barcos del río… Visitó todas las iglesias y capillas sevillanas, y llegó a ser una experta en cofradías.

Mi hermana vivió con la familia hasta que mis padres no pudieron soportar más sus rarezas. Decía que veía ovnis que querían llevársela a la Luna, y se inventaba novios ficticios; uno fue un americano con el que decía que se iba a casar, como hice yo al poco tiempo. Fue entonces cuando la mandaron al El Al Mizar; mis padres siempre tuvieron miedo de que algún listillo la engatusara, y para evitarlo la incapacitaron y la metieron en el cortijo con una mujer de Pilas que después descubrimos miserable porque la predisponía contra todos, hablándole perrerías de sus padres y de los hermanos.

Purita sigue en el cortijo, no quiere salir de él. Juana tendrá que contarle una buena historia para convencerla, mi hermana deberá mudarse al pueblo, a ser posible al cuidado de nuestra querida Loli, cuando la libremos de sus miserables caseros. Ya nos encargaremos de instalarla en una buena casa con huerto para que tenga allí sus perros, sus gallinas y todo tipo de animalillos, para que viva cuidada por personas honradas y amables.

CAPÍTULO II

De: Asun.
Para: Juana, Concha, Amalia y Lucía.
Fecha: 20 de diciembre de 2009.

Mis queridas hermanas (y que conste que no pongo «en Cristo» para que no os pitorreéis de mí): he encontrado un ratito para comunicarme con vosotras gracias a la buena de la madre superiora, que me ha dado permiso. Juana, te ruego por todos los santos del cielo que moderes tu lengua, mujer. Desde que volviste de Barcelona no paras de decir palabrotas y barbaridades; parece mentira, ¡con lo señora que eras antes!

Bueno, tengo que deciros que estoy de acuerdo en lo de escribir el libro de la familia. Es una bonita idea que, si nos da dinerito, loado sea Dios. No podéis ni imaginar las terribles Navidades que estamos pasando. ¡Con este dichoso tiempo! Con decir que tenemos que ponernos los capotes de cuando trabajábamos en el huerto cada vez que vamos a la capilla. El techo del bendito convento está tan agujereado como el pobre Bob Esponja, el de la postal que me mandó Guille. Qué ocurrencia tuvo, me dijo que lo pusiera en mi altarcito con mis santos… y allí está.

Se me olvidó contaros que estamos sin blanca, que la venta del huerto ha sido un completo desastre. Don

Ambrosio nos la dio con queso, creo que ahora anda por los papeles o, más bien, empapelado. De todas formas, rezamos por su alma y porque nos pague lo que nos debe.

A propósito de alma, Lucía, ¿cómo llevas la tuya? Me tienes muy preocupada con esa aventura con el moro que te has buscado. Parece mentira, ¿qué diría nuestra amada madre, que en gloria esté, si levantara la cabeza? Vale que pase por vuestros líos, divorcios y amantes, pero, Lucía, por la Virgen Santísima, ¿cómo puedes fornicar con un afgano? ¡Madre María Purísima, qué desatino, qué locura!

Os dejo, hermanas, que nos llaman para el rezo del rosario; hoy toca los gozosos. Concha, muchas gracias por los preciosos calcetines de los chinos que me has mandado. Otro día, por favor, me los compras negros y de pura lana en El Corte Inglés, más que nada porque me dan alergia.

A ti, Amalia, te agradezco de corazón los primorosos adornos verdes y rojos, que ya he puesto en mi celda. La ventana ha quedado divina con las bombillitas de colores, por más que dice sor Mariana, que es muy cuca, que parece un puticlub de camioneros. ¡Qué sabrá ella, que lleva aquí sesenta años!

Os deseo a todas y a vuestras familias una Feliz Navidad y que el Niño Jesús de Praga os bendiga. Vuestra hermana (ahora sí) en Cristo, Asun.

P. D. Juana, no olvides glosar la vida miserable de los obreros en El Al Mizar cuando éramos pequeñas. Parece mentira que el primo Sebastián se porte de esa manera tan poco cristiana con Purita. Mandadme la foto de la medalla y os digo qué virgen es, hay varias negras.

Asun es un caso patológico. Mi hermano Moncho dice que le falta un hervor, que es la zurrapilla de la familia; que la

pobre solo heredó de la abuela Purificación sus bonitas manos. Fue una pena que naciera melliza de Lucía, la más guapa de todas nosotras, tan dulce, rubia y angelical, con esos ojos verdes de gacela. No se parecen en nada. Asun es bajita, renegrida, corpulenta y tiene un genio del diablo. Además es muy picajosa; tiene la obsesión de que Lucía se va a condenar porque está liada con un médico con el que vive tan ricamente en Afganistán.

Tampoco es muy culta ni avispada; yo creo que al Niño Jesús de Praga no sabría dónde ubicarlo. Seguro que en Portugal, por aquello de Braga. Pero es bueno tener a una persona en estrecha relación con el mundo de ultratumba, como decía el abuelo Amalio, «por si acaso».

Me ha sorprendido gratamente nuestra monjita y su entusiasmo por la idea de la novela; claro que, como a todas las hermanas, la mueve el vil metal. Ya no tienen ni para comprar huevos con los que hacer sus dulces. Como ahora tengo fresca la receta de las pastas de té que he hecho para nuestros clientes, estoy pensando mandarles una buena caja con estos «momentos mágicos», así se llaman las riquísimas galletitas de mi escuela Cordon Bleu, para que como la pobre no conoce esos instantes inefables que no necesitan de ingredientes pasteleros, se embelese y vea la Gloria. Pero me temo que la repostería tendrá que esperar; hoy toca huevos duros y menestra para diez. Otro día que los de Die Brücke van a tener que pasar sin carne… Al menos las verduras son frescas.

A pesar de que siempre he querido olvidar los enredos familiares, últimamente no logro hacerlo, y he empezado a rememorar lo que me contaba mi madre durante el verano que pasé en El Al Mizar cuando el divorcio. Era tal la molicie que me dediqué a grabar en un montón de cintas horas de conversaciones con ella.

También tiene razón Concha en indignarse con el tema de la medallita, otra vez el jodido del primo Sebastián haciendo de las suyas; no entiendo por qué la vieja lo nombró tutor de su hija incapacitada, como si no tuviese hermanas. Y además le dejó la administración de los bienes de Purita, esto es, el castillo y dos tercios del total de la herencia. Por eso hace lo que quiere sin consultarnos, y ni cuida ni se preocupa por ella; la tiene olvidada en manos de dos indeseables. Nosotras no podemos hacer más de lo que hacemos; yo ya le he puesto cinco denuncias que no han servido de nada. Y ahora esto… Con lo contenta que debía estar mi hermana con su pequeño tesoro.

Aparcando al fin los temas familiares, quedé con Rudolf en el centro a primera hora de la tarde para degustar unos *Glühweine*, esos vinos calientes que toman los alemanes por estas fechas en las lindas cabañitas de los mercadillos de Navidad. Estoy cerca del Alte Brücke y suena el móvil. Dejo de contemplar a dos animosos remeros enfundados en gruesos jerseys y gorros de lana que pasan bajo el austero y bello Puente Viejo. A duras penas, mantienen el equilibrio en una ligerísima canoa zarandeada por el oleaje que les llega de una barcaza a tope de chatarras, que seguro se dirige al Rhein. Me siento en un banco del prado y, con la mirada perdida en el castillo, inusualmente blanco por el nevazo de esta noche, me dispongo a hablar con mi hermana Lucía, que trabaja como ginecóloga en Afganistán.

—Hola Amalia. ¿Estás ocupada? ¿Podemos hablar un momento?

—¡Lucía! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

—Ni te lo imaginas…

—Y tanto… Conociéndote seguro que estás rodeada de talibanes que te miran las piernas por debajo del burka.

—Pues no, so sabionda. Estoy en un lugar aún más exótico, enfrente del castillo. Tengo delante a Purita, que me

saluda desde la terraza.

—Pero… ¡no sabía que estabas en España!

—Sí, mujer, se lo dije a Concha, ¿no te lo ha dicho?

—Pues no, ya la conoces, siempre está agota. Nunca nos llama.

—Bueno, que esto es muy caro, solo quiero decirte que me llevo a Purita para la Nochebuena. Hablé con el cabrito de Sebastián, me dijo que me la llevara, que ha pasado unos días fatales con la historia de la medalla. Se disculpó, me aseguró que se la había pedido para mandarla limpiar en la joyería del pueblo. Por lo visto Juana se puso farruca y le cantó las cuarenta. Creo que se la devolvió a Purita.

—Pues me alegro por Purita, le encantan las medallas. Y ánimo, hermana, que te sea leve, a ver qué tal se porta. Si se enfurruña le enchufas el vídeo o la llevas al cine. ¡Qué mérito tienes!

—¡Ah! Se me olvidaba: le dije a Juana que estoy de acuerdo con su idea de la novela, pero que yo solamente puedo ayudaros con correos electrónicos. ¿Vale?

—Estupendo, pero tienes que intentar venir a la reunión de Punta Umbría.

—Lo intentaré, no es seguro. No sabes el trabajo que tengo. Muchos besos a todos, te llamaré esta noche cuando llegue a Madrid. Por cierto, estuve con Juana, se iba a Gerena para empezar a investigar sobre los Panero en el Registro Civil, la he visto muy interesada.

—Sí, es verdad, nos hablamos. ¡Adiós!

Desde luego que Lucía tiene mérito… Llevarse a Purita a Madrid en los pocos días de vacaciones que tiene para estar con sus hijos, y además hablar con el primo Sebastián. Eso tiene más inri.

¡Pobre Lucía! No me quiero ni acordar de las Navidades de hace dos años, cuando me llevé a mi hermana al apartamentito de Marbella. De madrugada oí un ruido y, con

un tremendo canguelo, como diría el Gerónimo Stilton de mi nieto Guille, bajé temblando la escalera de caracol y me encontré a Purita que oteaba el paisaje en la terraza, buscando a sus Reyes Magos. No hubo forma de convencerla de que no llegarían hasta por lo menos el amanecer, así que harta de oírla trajinar en su cuarto, le puse los paquetes delante de la puerta con el consabido: «¡Oh Purita, ya han llegado! ¿Qué te habrán traído?…». Y allí se quedó, rodeada de juguetes y peluches, más contenta que Marco cuando encontró a su *mamma*.

¡Jesús, qué frío hace en este puñetero puente! Siempre corre viento, hasta en agosto, pero el de hoy llega por lo menos del país del Papá Noel de mi hermana. A ver si me resguardo en las callejuelas, allí no se sufre el biruji este que me está calando los huesos. Pero ocurre que no se puede caminar de tanto turista y lugareño. Estoy de la Navidad hasta la coronilla, estos alemanes son tan forofos de ella como Purita. No se cansan de comprar los mismos, tradicionales y casi siempre birriosos adornos rojos y verdes, y de poner sus ventanas con más bombillitas que el Real de la Feria de Sevilla. Ni de preparar copiosas comidas en los domingos de Adviento, cuando se juntan las familias; claro, que pocas veces lo hacen; están más desperdigados que el trigo que Lola echaba a sus gallinas en el corral del Baldío, allá en el cortijo.

Nada que ver con nuestra amorosa ligazón latina. Pero ahora que lo pienso mi familia no era nada hispana en ese tema de reuniones y festejos. A mi madre le rechinaba la Navidad. Ya en sus últimos años la celebraba con mi hermana Purita, cenando un huevo frito con patatas. Como es lógico, a nadie de su extensísima familia le subyugaba tan conmovedor plan. Y de niños, nada de adornos ni comidas especiales, ni siquiera de regalos. En cuanto descubrimos el cotarro de los Reyes ya no recibimos ni un

pirulí. Yo me estuve haciendo la longui hasta casi cuando me salieron tetas, como diría Concha. Recuerdo un nefasto día de Navidad sevillano en que los pequeños nos empinamos en los anaqueles del inmenso ropero de los trajes y las antiguallas de la abuela que estaba en el cuarto de Manolo, el chófer, que no sé cómo podía el pobre dormir en aquella especie de cueva sin ventanas, con la peste de kilos de alcanfor. La mar de calladitos maquinábamos cambiar las etiquetas como hice con cuatro años en Pilas; antes de que se levantara la familia, intercambié la preciosa cocina de Purita por el colmado que me había tocado en suerte; y es que yo nunca tuve espíritu comercial como el abuelo, y sí de cocinera. Pues en esas estábamos aquella tarde en el momento que nos pilló nuestra madre. Aparte de un buen castigo, nos cortó de cuajo las ilusiones. Vamos, que no volvimos a recibir de sus majestades ni un pañuelo de los mocos. Solo Purita siguió teniendo buenos regalos en Reyes; en esos días la envidiábamos hasta el punto de querer intercambiarnos con ella.

Ya no puedo más de frío, no encuentro a Rudolf en la Markt-platz donde hemos quedado. Me voy a nuestro Café Burkardt y allí lo espero como en casa, porque está asimismo lleno de libros, estantes con porcelanas y tiene la mejor repostería de Heidelberg. A la mierda el régimen, ya pensaré qué hacer con los tres kilos que me sobran al volver de Londres de ver a mi hija Sofía y a su genial Guille. Este pastel está de muerte y Rudolf sin llegar. ¿Dónde se habrá metido? Sigamos con mi novela de Montalbano, a punto de cepillarse a Ingrid, su amiga la sueca, a escondidas de su novia Livia; hasta mi adorado comisario tiene sus momentos flacos.

La idea de la Exposición Iberoamericana la tuvo Luis Rodríguez Caso en 1910, justo cuando se casaron mis abuelos. Durante veinte años, políticos y grandes empresarios de Sevilla se marcaron unos objetivos que entonces parecían inalcanzables por lo que suponían de profunda reforma urbanística, de fomento del turismo y de creación de puestos de trabajo. Sevilla era en aquellos tiempos una ciudad muy atrasada, mal abastecida de agua potable, de electricidad, con escaso alcantarillado y deficientes pavimentaciones, sin ensanches para nuevos barrios de viviendas obreras... Estos problemas y deficiencias conllevaron que se acogiese la idea de Rodríguez Caso con entusiasmo, y que tan magna obra pudiera llevarse a la realidad a pesar de los grandes problemas sociales, económicos y hasta bélicos —la guerra de Marruecos y la Primera Guerra Mundial— que atrasaron la fecha de la inauguración.

El optimismo y la efervescencia que se vivían favoreció enormemente al abuelo; consiguió los fines que ambicionaba y daban sentido a su vida: ser un empresario solvente e importante, subir de nivel social en el hermético círculo sevillano de aquella época, y ofrecerles a su mujer, Purificación, y a los cuatro hijos que le habían nacido en Gerena, una vida segura y próspera.

Durante diez años mi abuelo había conseguido pequeños concursos de obras públicas —siempre como él decía «a la altura de los maíces», por aquello de evitar problemas con accidentes y responsabilidades— y se había labrado un importante capital. Pero fue la Exposición la que le brindó la oportunidad de relacionarse con muchos de los grandes hombres de negocios que llegaron a Sevilla en busca de oportunidades. Durante esos años Amalio conoció y trató a más burócratas, políticos y empresarios que en toda su vida.

Y se hizo rico. Llegó a tener una fortuna de nueve millones de pesetas.

El abuelo Amalio logró con buenas y malas artes —mi madre hablaba de los sobres rebosantes de pesetas, que le abrían muchas puertas— una serie de contratas para realizar la infraestructura de la Exposición, para adoquinar las innumerables calles, plazas y demás zonas urbanas que se remodelaron en aquella, en verdad, asombrosa modernización de la ciudad: el Prado de San Sebastián, el Paseo de las Delicias, el Sector Sur... Cuando de pequeños nuestra madre nos llevaba en las mañanas de los domingos de paseo por Sevilla, nos explicaba orgullosa que aquel suelo que pisábamos en el parque de María Luisa, en la plaza de América, en la avenida de La Palmera, en el puerto... era obra de nuestro abuelo y de su cantera de Gerena. Eran obras de la época de la Exposición Iberoamericana de 1929.

Amalio también construyó en Sevilla tres casas, la más bella de ellas en la esquina de la calle Tetuán con O'Donell; buscó para ello a Juan Talavera y Heredia, alumno del gran arquitecto sevillano Aníbal González. Su amigo Talavera le proyectó una de las más bonitas casas neobarrocas que se edificaron en los años veinte, un edificio emblemático de viviendas con un altísimo chaflán, quizás la casa más alta de Sevilla en el año 1929.

La segunda la construyó en la calle San Eloy, cerca de La Campana. Era grande, de tres pisos, con fachada encalada, dos balcones, mirador, y con un gran patio abierto de mármol. Se la alquiló por muy buen precio a su hermana Rosalía, la madre de la prima Rosa, que creció a la vez que Pura como hermanas. Rosalía y su marido Eliodoro montaron allí una tienda de alfombras y tejidos, La Cretona Inglesa, que llegó a ser muy conocida.

En la calle Jesús del Gran Poder, Amafio le encargó a Talavera Heredia un nuevo proyecto: su propia casa. Un magnífico edificio, hoy hotel, con fachada de ladrillo visto y cerámica. Tenía, cosa muy moderna en aquella época, un amplio garaje donde Antonio, el chófer, aparcaba y cuidaba el Austin negro del abuelo. Y allí, a aquella casa larga como un tranvía, con patio de columnas de mármol, zaguán revestido de ricos azulejos esmerilados y bonita escalera con barandal de filigrana de hierro, llevó Amafio a su familia. Cansada de vivir en tan pequeño y pueblerino ambiente, mi abuela aceptó gustosa la decisión de trasladarse a Sevilla. Había dejado la ciudad para casarse con un don nadie y volvía como la consorte de un empresario de pro, con una situación económica envidiable.

En su nuevo hogar Purificación llevó una vida tranquila recibiendo visitas de un puñado de amigos y familiares y, principalmente, dedicada al cuidado de sus hijos y su marido, al que veía rara vez porque Amafio siempre estaba supervisando carreteras y construcciones en Sevilla, Huelva, Cádiz… Hasta en Valencia tuvo negocios el abuelo. A los hijos los mandaron al internado de los jesuitas de Utrera, y a mi madre al colegio de monjas de las Irlandesas, que estaba justo enfrente, cruzando la calle.

Cuando la Exposición, Amafio disfrutaba llevando a su hija de nueve años a las inauguraciones de pabellones siempre que era posible asistir con la familia. Pero a ella lo que más le gustaba, lo que recordaba con mayor cariño era una atracción infantil: el tren Liliput. Mi madre me hablaba de él, de un monorraíl igualito a un auténtico tren de vapor que transitaba, para gozo de la chiquillería, por todo el recinto de la Exposición, desde la plaza de España hasta la avenida de la Reina Mercedes. Decía que a subirse al trenecito la llevaba muchas veces la tata Inés y su querido

chófer Antonio, y que a veces la acompañaban los hermanos, sobre todo Ramón, su preferido.

Después de acudir a esas celebraciones, Pura presumía en el colegio de su incipiente vida social de niña mimada y rica, y me decía que las amiguitas la admiraban, no obstante, claro… «Todas estábamos acostumbradas a relacionarnos con la realeza y la aristocracia. Muchas monjas provenían de familias aristocráticas y de la alta burguesía española. Teníamos entre nosotras a dos infantas de Orleans; una de ella, Mercedes, fue años más tarde la madre de nuestro actual Rey Juan Carlos y su hermana, María de la Esperanza, la de Pedro de Braganza, el amigo de tu hermano Moncho. Entonces existía mucho respeto y protocolo, las monjas nos enseñaban una grácil reverencia que debíamos hacer cada vez que nos cruzábamos con nuestras regias compañeras».

Al igual que la abuela, que rememoraba continuamente las alegres vivencias que tuvo con su hermana en el París de la Exposición Universal de 1889, Pura recordaría nítidamente, cuarenta años más tarde, el jueves nueve de mayo, festividad de la Ascensión, el esperado día en que se inauguraba la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Fueron momentos felices de su infancia que atesoró hasta la muerte.

Recordaba que su madre, mujer sencilla y nada inclinada a la vida social, no quiso aceptar la invitación que habían recibido del alcalde, pero que el abuelo, para convencerla, hizo algo insólito en un marido de aquel tiempo. Acudió a la mejor tienda de Sevilla, los elegantes Almacenes Peiré —que yo conocí ya decadentes al cabo de muchos años—, a comprarle el vestido de fiesta más bonito que acababan de recibir de París, regalo que llevó personalmente a la abuela en una linda caja. Era un traje largo de gasa de seda color gris perla, de alto talle con bordados en hilos de plata en

cenefas al cuello y bajo el pecho. La abuela lo lució como una reina. Ese día, Purificación peinó su lindo pelo ondulado en un moño bajo y lo recogió con una diadema de brillantes que le habían diseñado en la joyería Reyes desmontando unos brazaletes heredados de su madre. Pura evocaba su vestido blanco de encajes con capita azul celeste y zapatitos de charol blanco. Su cabecita de rizos negros la cubría con un gracioso canotier también de París.

Se veía en lo alto de una de las torres de la Plaza de España entre sus padres, con música de la Banda Real, el Gobierno en pleno, muchos presidentes de las naciones hermanas, la algarabía de los espectadores y el ruido de los cascos de los caballos del Escuadrón Real, con los alabarderos en uniforme de gala. Mantenía claramente grabado en su memoria el porte majestuoso del Rey Alfonso XIII con un espadón a la cintura, a la bellísima Reina Victoria Eugenia, elegante con sombrero y traje blanco, y a los glamurosos príncipes e infantas que presidían, en un impresionante palco adornado con gigantescos tapices, la fastuosa ceremonia.

Amalio no necesitaba nada más para sentirse feliz. Tenía ante él la inmensa y vanguardista plaza solada, con sus resplandecientes adoquines, y a su lado a las dos damas más bonitas y elegantes de Sevilla. Con unos maravillosos fuegos artificiales terminó la fiesta de inauguración recordada miles de veces por Pura. Aquella experiencia fue un remanso de paz y de ilusión en el ambiente peligroso y de revueltas que vivió mi familia en los años venideros cuando, a la caída de aquellos reyes que mi madre tanto admirara, le siguió una débil República, y la guerra.

De: Amalia.

Para: Juana, Concha, Asun y Lucía.

Fecha: 22 de diciembre de 2009.

Queridas hermanas:

La pobre Lucía me ha pedido socorro. Ya no puede más, y no es porque Purita le dé la tabarra; dice que lo malo es que no prueba los guisos, siempre pide langostinos, perdices en escabeche o, si están en un restaurante, cigalas.

Hay que entenderla. Necesita tiempo para estar con sus hijos y no jugando a los bolos o al parchís como en estos días. De modo que os pido que alguna de vosotras se la lleve a su casa lo que queda de Navidades.

Asun, tú mucho rezar por todas, pero con eso de vivir en clausura no te mojas. ¡Huy!, me ha salido una cochinada de las de Concha. Menos mal que tú, Asunti de mi alma, no la vas a entender. Y bien, ¿podías pedir una dispensa especial a tu jefe para llevarte a Purita? Ya sabes lo que a ella le gustan las iglesias y los santos. Por cierto, ¿sabes lo que le ha dicho a Lucía de ti? Que eres una chocantona, que solamente le mandas chorradas. Afirma que ya tiene un porrón de rosarios y una caja de zapatos llena de escapularios y estampitas repetidas.

Ahora en serio, Juana, sigo revisando y escribiendo sobre lo que mamá me relató en aquel inolvidable verano de sus herpes. Gracias a los dioses que estuvo locuaz y que me alegró el mes contándome todo lo que atesoraba sobre la familia. Menos mal que ella tenía una memoria de elefante, y no como la mía de mosquito, que olvidaba todas las gatadas que me hacía mi ex. La vieja se acordaba hasta de la ropa que llevaba puesta en ocasiones señaladas, y me la describía con detalle, cosa que yo hago someramente porque si no el relato parecería un reportaje del ELLE en vez de una novela seria.

Bueno, pensad en lo de Purita. Yo me la traería a Heidelberg, pero ya sabéis el terror que tiene a los aviones.

Sigo con mi trabajo, quiero que Juana termine su novela y que nos reparta la pasta. Estamos secos, ya solo les cocino a mis becarios verduras congeladas del Lidl.

Muchas felicidades y besos a todas de Amalia.

P. D. Juana, en una de las cintas he encontrado que mamá habla sobre la fatalidad de que papá no se quedase de administrador del El Al Mizar a la muerte del abuelo Amalio. Cuenta que murió en mal momento, que los hermanos eran entonces estudiantes. No parecía muy conforme con el primo Sebastián. Insistí en que me lo explicara mejor, pero me salía por peteneras.

—Amalia, ¿recibiste las fotos que te mandé de Ronda? No dirás que no es bonito el álbum…

—Gracias, Concha, ya veo que lo pasasteis en grande. Menos mal que no fui a la fiesta de Lito, no soporto esos ambientes, pero tengo que reconocer que está en su derecho de vivir como le dé la gana.

—Desde luego, bastantes problemas tuvo de pequeño, cuando prefería jugar al corro de la patata con las niñas, que al fútbol. Precisamente me contó en plena cogorza, que mamá fue la primera en darse cuenta de que era más niña que niño. Y que lo intentó solucionar con sus habituales tácticas militares.

—Pues anda que internar al pobre tan chiquito, con seis años, por mucho que pidiese a los curas que lo protegieran de las gamberradas de sus compañeros… Eso siempre lo contaba la vieja para descargarse la conciencia.

—Menos mal que Lito fue espabilado, además de grandote, y aprendió a jugar al fútbol y a defenderse a carterazo limpio. Y menos mal que papá no se dio cuenta de su pluma hasta que le salió el bigote. Eso contó en la fiesta.

—¡Lo que le supondría eso a papá, con lo chapado a la antigua que era! ¿Te acuerdas de cuando se lo encontró

vestido con el traje de flamenca de lunares verdes de la vieja?

—Y tanto que me sé la historia. Acuérdate que inmediatamente lo mandó a la escuela militar.

—¿Fue allí donde conoció a Curro, no?

—No, fue en Cádiz, en una murga gay vestido de *Madame* Butterfly con un kimono que le llegaba por medio muslo. Tienen la foto enmarcada en el salón.

—¡Quién le hubiera dicho a papá que su hijo terminaría casado con la Butterfly! Sigo escribiendo de Lito, a ver cómo lo retrato. Juana me trae loca, no paro de escribir. Adiós, hermana —y colgué.

Mi hermano tuvo la enorme valentía de salir del ropero en vida de mis padres. Papá, a regañadientes, le puso una condición para dejarlo en paz: que nunca vistiera estrafalario ante él y que se comportara. Lito cumplió su palabra como un señor; siempre que volvía a casa en vacaciones venía vestido que ni Unamuno en sus clases de Salamanca, con trajes oscuros, bien pelado, disimulando su amaneramiento y así hasta la muerte de Tóbalo. Entonces, con el dinero que le sobró de la herencia tras montar en Ronda un negocio de antigüedades, se fue a Londres a «equiparse». Volvió como un *dandy* inglés, al estilo de mi padre pero con tremendo ramalazo femenino. Lito siempre ha tenido muy buen gusto. A Pura, mi madre, le dio mucha pena que se fuera a vivir a tanta distancia, porque era el más cariñoso con ella de todos los hermanos. No sé si Pura hubiera aprobado la fiesta que nos cuenta Concha. Ni la actuación del circunspecto de Alejandro.

Me imagino el papel que habrá hecho el buenazo de Alejandro, ¡todo un juez!, el amante que la majara de mi hermana Concha se echó hace más de veinte años y que compagina divinamente con su marido Paco y su estrés. Ella achaca su agobio al trabajo, pero pienso yo que llevar esa

doble vida no puede ser nada fácil, y más ante los hijos, que vivieron ajenos a estas historias y no han tenido ni idea de las correrías de su madre hasta hace bien poco.

Lo que no podemos negarle a Concha es que, como la Carmen de Mérimée, ha hecho siempre lo que le ha dado la gana, indiferente a las consecuencias: no privarse de las juergas estudiantiles cuando, ya mayorcita, fue a la universidad, pasarse por el forro las convenciones sociales o llevar una vida independiente, como un hombre, algo insólito en los setenta. A mi hermana ya se le veían maneras; desde bien pequeña ha hecho su santísima voluntad, claro que a costa de grandes castigos y peores palizas. Pero en eso tiene razón Concha: deberíamos dejar a los muertos en la paz de sus tumbas.

Pues en esas estaba, pensando en mi familia cuando casi me rebano el dedo gordo al cortar las zanahorias. He estado a punto de desmayarme, como le pasaba a papá cuando veía sangre; salí a él en esto y, como todas las hermanas, en sus estruendosos estornudos. Sin ir más lejos ayer tuve uno descomunal, que retumbó en toda la casa. Fue algo impresionante, mi cuerpo se levantó un palmo al dirigir aquella fuerza de propulsión a chorro que salió de mi nariz y garganta hacia el suelo de la cocina, por no echar las miasmas en el guiso que estaba preparando. Fue tan sobrehumano y ruidoso que al momento apareció Doris, la vecina americana; a través de los cristales de la puerta del descansillo oí su voz chillona y clara, como de contralto: «¡Oh!, Amalia, ¿*honey, are you ok*?».

Abro y veo a Doris con sus ralos pelos canos alborotados, vestida con una falda de croché y una especie de sudadera de color indefinido que le llega a las rodillas. Casi grito de nuevo del susto. ¡Qué pinta se pone esta mujer hasta para salir a la calle! La pobre samaritana venía a socorrerme,

pensó que me había vuelto a caer por las escaleras como me pasó en la última visita de mis hijas y mis nietos.

Debo empezar diciendo que mi piso alemán es un dúplex de menos de cien metros, en lo alto de una casa señorial del barrio más romántico de esta preciosa ciudad. El edificio tiene más de un siglo. En la planta baja habitan los Müller, un simpático cirujano cuyo *hobby* es la jardinería y que tiene el jardín que da gusto verlo, y su mujer, una alemana de mi edad que va siempre en bicicleta y que trabaja de redactora en el Mannheimer Morgen. En el primer piso, los amables americanos, una pareja sin hijos, de Texas y con ancestros de Catania, y por último nosotros. Vivimos de alquiler en un pequeño apartamento abuhardillado que en el piso alto tiene una empinadísima escalera para alcanzar, mediante una trampilla, lo mejor de la casa: la terraza.

Pues estas pasadas vacaciones, como hacía mucho fresco, me puse unos calcetines de tenis porque siempre tengo los pies helados; al bajar del dormitorio a la cocina por la escalera, con las manos ocupadas con un libro y el móvil, recuerdo resbalar en el primer peldaño, lanzar el móvil y a Montalbano por los aires, y deslizarme suavemente como en *snowboard* hasta lograr aferrarme a la baranda. Me agarro fuertemente, pero no sé cómo, termino con la cabeza boca abajo y las piernas como aspas de molino, señalando el techo, en un intento desesperado por afianzar los pies en los resbaladizos escalones. Recuerdo tener, cual virtuoso concertista, los brazos entrecruzados y las manos enganchadas como garras a los barrotes. Todo esto pasa en un instante mientras digo «¡¡¡ay!!!» con sordina para no asustar a mis nietos, que acuden raudos y miran asombrados el malabarismo que la abuela ejecuta.

Mi hija Sofía se lanza en pos de mí para salvarme; me coge por los pies como los pescadores sujetan por la cola a los atunes, pero es tanto mi peso, con estos kilos que me

sobran, que impotente ve cómo resbalo poco a poco, ya con la cabeza cerca del suelo. A pesar de los esfuerzos de mi hija, si suelto los barrotes voy a terminar dándome un fenomenal costalazo, así que le indico que salte sobre mí como pueda para asirme por los hombros y salvar al menos lo más frágil: la cabeza. Menos mal que salió bien el plan y que me libré de una fractura de cráneo. Solamente me dañé el costado izquierdo y estuve un mes con una luxación sin poder reírme.

A partir de la Exposición, mi abuelo ganó muchísimo dinero, que invirtió de inmediato en lo que más deseaba, en lo que entonces protegía de penurias, descalabros y, sobre todo, del hambre: en tierras. Amalio encontró El Al Mizar por casualidad y por los toros, su única y gran afición. Con un dinero importante en el banco, ahorrado durante muchos años de austeridad y vida sencilla, buscaba una inversión sin peligro de fracaso; acababa de sufrir el único revés económico de su vida, el hundimiento de una fábrica de conservas de aceituna que había mermado su capital casi a la mitad.

Convertirse en terrateniente era la culminación de sus sueños. Después de una infancia miserable en una casa con letrina en el corral, para mi abuelo, que ya era un auténtico señor con apariencia de catedrático o de médico, siempre con mascota, con trajes a medida, zapatos hechos a mano, reloj de oro en el chaleco y gafas redondas de carey, poseer un cortijo era lo máximo a lo que podía aspirar. Visitó todos los cortijos de la provincia de Sevilla a la venta, pero ninguno le convencía plenamente. Estuvo muy cerca de comprar una gran finca de tierra muy fértil en Carmona, con un enorme caserón en malas condiciones; en dicho edificio se concentraban la vivienda principal, las cuadras, las casas de máquinas, el patio de mulas… La gran distancia a Sevilla

retrasó la firma del contrato a la espera de encontrar un cortijo con mejor vivienda y servicios.

Una tarde, en la Maestranza, presenciando una corrida de la ganadería de su amigo Antonio Miura, se encontró con un corredor de fincas que le habló de un precioso cortijo de Huelva que acababa de ponerse en venta. Tras los toros, en el Casino del Britz, su cafetería y despacho preferido para negociar y cerrar contratos, el abuelo y sus amigos quedaron en visitar El Al Mizar sin demora.

Amalio quedó impresionado con el castillo árabe que presidía desde lo alto de un otero la fértil y hermosa finca. Y firmó el contrato a las pocas horas, dando por anticipado todo lo que tenía en el banco y como aval las tres grandes casas que poseía en Sevilla. Tuvo que desprenderse de dos pequeñas empresas de maquinaria de obras públicas hasta que por fin, a los dos años, el cortijo El Al Mizar, que extendía sus dominios por la mitad del término municipal de Paterna del Campo, fue suyo, de la familia Panero.

Compró El Al Mizar, un castillo de anaranjados muros de adobe y de larga historia, ubicado en el ubérrimo valle de tierras negras que corre entre Huelva y Sevilla. Mi madre decía, ya de vieja, que había pertenecido a don Diego Colón, el hijo del descubridor, porque lo había leído en un texto que le mandó una licenciada cuya tesis trataba sobre el marquesado de Alcalá de la Alameda. En dicho libro, que Pura guardaba como oro en paño, se reproducían documentos del siglo XV en los que se verificaban estos datos.

Fue una agresión histórico-estética lo que Amalio perpetró más tarde: mandarlo encalar para convertirlo en la enorme mole blanca que hoy es, algo así como la tarta de cumpleaños de un gigante, tan reluciente que se divisa desde la cuesta de Sanlúcar, a más de treinta kilómetros de distancia. Pero yo creo que en blanco El Al Mizar es más

bello y tiene más carácter que con sus muros de adobe originales. El siguiente paso que realizó mi abuelo fue acrecentar con la compra de fincas limítrofes las mil quinientas hectáreas que tenía originalmente, y dotarlo de esta suerte de magníficas tierras de labor y de regadío hasta llegar a las cinco mil hectáreas que tuvo en el tiempo que murió mi padre. Se hizo también con una ganadería brava que no pudo mantener por mucho tiempo. El torero el Litri cuenta que el primer novillo que toreó en una plaza era de la ganadería de Amalio Panero. Pero los numerosos problemas que le acarreaban los toros, a él que no era hombre de campo, le obligaron a desprenderse con alivio de los bravos.

CAPÍTULO III

De: Concha.
Para: Juana, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 3 de enero de 2010.

Queridas hermanas, acabo de volver del El Al Mizar. Allí dejé a Purita contentísima por regresar a su castillo. La verdad es que se ha portado estupendamente y no me ha dado ninguna guerra. Paco y mis hijos la llevaron a los bolos y yo al cine cada tarde. Me ha regalado una de sus pinturas, las demás nos las ha vendido a euro la lámina. ¡Ha salido al abuelo Amalio! Creo que Ramón debería darle los dosieres para que nos haga el *marketing* de la venta del cortijo.

La dejé colocando sus juguetes y repasando el nacimiento, no fuera a ser que no tuviesen agua el buey y la burrita, y que los Reyes estuvieran muy lejos, que ya quedan pocos días para que le traigan más regalos. Ella espera que se acuerden de que vive en el castillo, lo ha dejado bien claro en su carta. Decía que también le había mandado razón a la virgencita negra de su medalla. La verdad es que Sebastián hizo bien en llevarla a limpiar, es preciosa.

Pero hermanas, no os podéis ni imaginar la creatividad de Purita. Ya el belén se desparrama fuera de la sala desapacible y abandonada del apartamento del tío Ramón

donde la obligan a ponerlo; va por la cocina en un conglomerado de mesas de diferentes alturas, todas cubiertas por corchos, musgo, piedras y maderos.

Ha puesto como siempre todo lo que va almacenando, los más variopintos objetos que podáis imaginar: una torre Eiffel que le trajo su ahijada Berta, una góndola recuerdo del viaje a Italia de Ramón cuando fue a ver al Papa, que ha llenado de minúsculos cerditos, unos duendes enanos enormes de esos que ponen los catetos en los jardines, totalmente como los de Amelie, una inmensa abeja Maya colgando en el árbol de los pastores porque se le había roto el ángel anunciador, unas bolas de cristal con nieve y con trineos y Papá Noel —Purita mezcla todo, no es nada racista—, una gitana ordinaria con traje de volantes tocando las castañuelas como guía de los Reyes Magos…

Bueno, os dejo, que estoy cansadísima del viaje. Esta vez me acompañó Paco, a él le encanta ir al campo a coger espárragos y caracoles con Purita. Ahora me toca a mí limpiar las babas y cocinarlos a la sevillana, como nos los preparaba Antonia.

Muchos besos, feliz año y, como decían los dinámicos en Botón de ancla: ¡misión cumplida!

Abdi y Katrin, su novia, nos han invitado a pasar el fin de año en Berlín. Acabadas las dichosas cien cajas con pastitas de té que hemos regalado a los muchos posibles clientes, me dispongo a preparar el viaje. Me llevo dos maletas llenas de libros, aparte de regalos de comida española como queso manchego, tortas imperiales y jamón ibérico que me he traído para estas ocasiones. También acarreo —menos mal que vamos en coche— el ordenador portátil y mis útiles de escritura, pues tengo que seguir trabajando en los recuerdos de mi madre como me ha pedido Juana. Voy pertrechada de tal equipaje ya que sé bien lo que me espera: un casi completo aislamiento. Y todo porque, he de confesarlo, no

tengo ni papa idea de alemán. Después de trece años de vivir en Heidelberg y casi veinte de convivencia con Rudolf, no he logrado aprender más que algunas frases para poder hacer las compras. Sin embargo, eso sí, entiendo el alemán de mis libros gastronómicos. Es una vergüenza, lo reconozco, pero es que tengo memoria de pez; Rudolf dice que de chanquete. Llegué a esta aventura con un, por aquel entonces joven y guapo bávaro, con la idea y la sospecha de que la relación iba a durar unos meses y mira por dónde, aún seguimos juntos.

No saber hablar alemán me aísla; como es natural, al principio hablan los amigos en inglés por educación, pero a los pocos minutos se embalan en su lengua y ahí me quedo más sola que Eva cuando murió Adán y se fue la serpiente. Ser lega en esta bellísima y culta lengua me conviene (me digo a mí misma como consuelo) para ensimismarme en mis cosas; al pasear por Heidelberg nada me distrae, a veces me llegan nítidas ráfagas de nuestra lengua y vuelvo la cabeza con curiosidad. Si los hispanohablantes parecen simpáticos, me ofrezco para ayudarles a encontrar el Philoso-phenweg o paseo de los Filósofos, y les animo a subir la escarpada cuesta, ya que desde allí, si les llega el resuello, pueden contemplar la antigua ciudad como desde una avioneta. Les cuento un resumen de su interesante historia y les advierto que estén al tanto, que pueden cruzarse con varios premios Nobel que trabajan en los institutos y academias de ese eximio paseo que —estoy orgullosa de decirlo— discurre por detrás de mi casa.

Sigo haciendo paquetes con los regalos y aprovecho que hoy se ha ido Rudolf a Stuttgart para teñirme el pelo. No puedo evitarlo, amo a *Monsieur* L’Oréal, uno de mis ídolos preferidos. ¿Qué sería de mí y de todas las mujeres de mi quinta sin sus tintes? Por no darle un disgusto, siempre espero a que Rudolf esté bien lejos para ponerme en acción;

no es cosa de que me vea con estos pelos tiznados, tal y como los embalsamadores atusaron a Tutankamon en su último viaje. Tampoco es agradable que me pille con la ropa que reservo para estas ocasiones: camiseta de camionero blanca de canalé llena de manchurrones, pantalones de un chándal andrajoso heredado de Rudolf, pañoleta verde botella viejísima si es invierno… El pobre me quiere mucho pero mejor no ponerlo a prueba, que no tengo treinta años sino el doble. Y él trece menos que yo, que ya es una proeza llevar juntos tanto tiempo.

Para estar presentable aún me falta cortarme el pelo en la peluquería «*cut and go*» cercana a la Bismarck Platz y salir de allí cabreada, *as usual*. Por solo veinte euros, una de las dos apáticas rubitas me hace un corte siempre distinto y siempre fatal. No importa, la cuestión es saber peinarse con la ayuda de geles y gominas. Y yo para eso tengo arte. Lo malo es que, cuando al cabo del día se me cae el tupé ocultando mi amplia frente, quedo igualita a una misionera protestante o, según el gracioso de Rudolf, a Lucy, la Snoopy *friend*.

Todo este ajetreo estético es por el viaje a Berlín. Hace tiempo que no vamos y me apetece visitar sus museos, especialmente el Staatliche Museen, donde se encuentra Nefertiti, la bella faraona, la más bella berlinesa como la llaman allí. Se lo contaré al intelectual Guille, mi nieto de siete años, para ponerle los dientes largos, ahora que estudia a los egipcios y tiene muy visto todo lo que han rapiñado los ingleses y que atesoran en el British Museum. Me he secado el pelo y he quedado fascinada con el color caoba que luzco. Ha habido suerte, otras veces el tono tira a color caca.

Al poco de terminar el abuelo de pagar El Al Mizar, compró un terrenito en Punta Umbría. En 1881 un tal Sundheim, de la Río Tinto Company Limited, descubrió una paradisíaca lengua de playa virgen, con dunas y arena blanca finísima, en Punta Umbría, que por entonces era una misérrima aldea de chozas de pescadores. La compañía inglesa compró quince hectáreas de terreno en la mejor zona, justo en el vértice de la ría de la Canaleta, uno de los muchos brazos del estuario del río Odiel y «colonizaron» el pueblo y la playa construyendo preciosas y rústicas casas de madera sobre pilares, como palafitos, para salvarlas de las grandes mareas y del movimiento de las dunas a causa de los vendavales.

Allí empezaron a mandar a sus directivos enfermos y, unos años más tarde, a las familias inglesas de la compañía al completo, de vacaciones. Llegaban a Punta Umbría en unas barcazas llamadas popularmente «canoas», como el Isla Saltes, la María Luisa, la Amalia, el Rápido... Pero no es hasta 1920 cuando aristócratas y burgueses adinerados de Sevilla, Huelva, Córdoba y Extremadura empiezan a levantar bonitos chalets en la Ría y en la línea de playa abierta.

El abuelo se hizo construir, cuatro años antes de la Exposición, una sencilla casa de planta rectangular y techo plano para recoger el agua de lluvia, que se almacenaba en un gran aljibe. Encalada, y con ventanas y persianas pintadas de verde, estaba edificada sobre pilares de hierro y cemento; se conoció desde entonces como chalet de Panero, algo que no gustaba a mi padre porque decía que no éramos hijos de madre soltera. La nuestra fue una de las primeras casas de españoles en el tiempo en que Punta Umbría era aún una playa salvaje, un lugar ideal para olvidarse del mundo, sobre todo en los agitados años de la República. Mi madre pasó allí sus vacaciones de verano hasta la guerra,

cuando se recluyó en El Al Mizar a la espera de mejores tiempos.

Pura llegaba a la playa en canoa, al igual que hacíamos nosotros de pequeños, porque entonces no existían carreteras. Era un viaje de cerca de una hora por los meandros del Odiel que a los niños se nos hacía delicioso y a nuestro padre un suplicio, al tener que poner orden en aquel caos y evitar que cayésemos al agua por la borda. En aquella nuestra aventura anual, nada más llegar al embarcadero nos quitábamos las sandalias y ya no volvíamos a calzarnos hasta el día del regreso al cortijo. Las vacaciones de verano las dividíamos entre el campo y Punta Umbría, pero los niños preferíamos sin duda la vida salvaje y robinsoniana de la playa al calor asfixiante del El Al Mizar, que nos obligaba a permanecer gran parte de la tarde tras los frescos y anchísimos muros del castillo.

En Punta dejábamos arrinconadas, junto con los zapatos, un montón de encorsetadas normas de convivencia. Allí gozábamos de una enorme libertad; no existía delincuencia, era como una reducida y segura isla donde nos conocíamos todos… aunque no para los pescadores, claro. Estos alquilaban sus minúsculas casitas a turistas eventuales y se iban a vivir a miserables cabañas, en barriadas que nosotros, los niños, nunca visitábamos. Esas rentas del verano constituían el principal ingreso que esas familias tenían para subsistir durante todo el año. Nosotros solo vislumbrábamos la enorme pobreza de aquella época cuando veíamos a chiquillos del pueblo vestidos con harapos que venían a recoger diariamente, en enormes y pesados bidones, la ahora llamada basura orgánica para alimentar a sus cerdos.

Desde el atracadero, los del Río íbamos en fila india por los caminitos de listones de madera hasta nuestra vivienda. Nos precedían unos porteadores equinos, los burrillos de Miranda quien, según llegaban nuestras voluminosas

maletas, las metía en los serones y las hacía aparecer en la casa como por arte de birlibirloque. Parte del equipaje consistía en alimentos básicos, que en la playa o eran muy caros o no había dónde comprarlos: aceite, sacos de arroz, patatas, legumbres, azúcar... incluso pavos y pollos, que encerrábamos en un minúsculo gallinero bajo la escalera de la cocina, en espera de meterlos en la cazuela.

¡Qué vida tan idílica! Para nuestra familia aquello era una especie de paraíso terrenal. Tomábamos en los desayunos esponjosas vienas con mantequilla en lata Lorenzana, que comprábamos en Mantequerías Leonesas, la carísima tienda de ultramarinos de la plaza. Y nuestro padre nos traía dulces y gigantescas sandías de las marismas cercanas a Pilas, y comíamos el pescado tan fresco que a veces llegaba todavía vivo a manos de Antonia. Nos surtían los mismos pescadores que llevaban a la casa gambas, acedías, salmonetes, langostinos, cigalas... a través de las dunas, acarreando grandes y pesadísimos cestos. También les comprábamos riquísimos y livianos parisiens y magdalenas a niños que, a la hora de la merienda, voceaban su mercancía, portada en redondas y planas bandejas de mimbre. El pan lo vendía un panadero a lomos de un mulo, como aparecía don Rogelio, el médico del pueblo, un hombre tan moreno y rechoncho como el mejicano Zapata; recuerdo que tenía un lunar que le cogía media cara, y que llegaba montando no en un mulo, sino en un brioso caballo siempre zaino, para curarnos de calenturas y dolencias infantiles. Pero aquella felicidad de unos cuantos afortunados se acabó con la carretera y el primer coche.

De: Juana.

Para: Amalia, Concha, Asun y Lucía.

Fecha: 5 de enero de 2010.

Queridas hermanitas, os comunico que ya he empezado el trabajo de campo, lo más jodido de todo. Y es que me subleva eso de tener que ir a los registros y pelearme con los resueltos funcionarios que no tienen nada mejor que hacer que poner pegas para no dar puñetero golpe. Bueno, ese es mi trabajo y lo haré con gusto. Os cuento que ayer en Paterna me pasó algo extraño. Iba a toda leche porque me cerraban el Ayuntamiento y me encuentro a Loli, la hija de Lola, la Negra. Quedamos a la hora de las tapas en El Potro, para rajar de los líos de Purita y del cornudo de Sebastián.

Pues os cuento que cuando me vio con la cartera a rebosar de documentos, me dice la mar de alterada, vamos, a grito limpio, ella que es tan modosita, que para qué hostias estoy investigando el pasado, que si es que me he apuntado a esa moda de sacar a los difuntos de sus tumbas, donde reposan tan contentos. Bueno, le dije, eso de tan contentos se lo tendrías que preguntar a ellos. Contentos se quedaron los criminales que les dieron el paseíllo, y no precisamente en la Maestranza.

En mala hora le contesté un tanto brusca. Fue como echar gasolina a la lumbre que nos calentaba los pinreles en la agradable chimenea del bar. Aquello no era una mujer, era una fiera llamándome de todo menos bonita. Al final logré tranquilizarla prometiéndole que mi investigación era para el *dossier* que estoy preparando a nuestro hermano Moncho sobre los templarios. Os lo digo por si se pone en contacto con vosotras.

No sé, pero esto me escama mucho, por lo de las trifulcas que nuestra madre nos contaba de los años de la guerra y en los que los Negros estuvieron implicados, de ahí el mote, porque vestían camisas negras y no por luto, sino porque eran anarquistas, tan soplapollas como los falangistas que también parecía que iban a funerales y no a matar

milicianos como si fueran conejos. Vale, os dejo, que llevo mucha prisa, muchos besos a todas y felices Reyes Magos.

Vuestra hermana mayor, Juana.

P. D. Asunti, querida, deja ya de meterte conmigo por mi mala lengua. ¿Protesto yo de tus religiosas entradillas?

Ayer les mandé a las hermanas lo que llevo escrito y la verdad es que me arrepiento; vaya lío que se ha montado con llamadas y correos. Había escrito un texto muy gracioso, o eso me parecía a mí, sobre mis vecinos los americanos, los Sonfritos.

Decía que tenían un nombre gastronómico y simpático, y que vaya la guasa que tiene el Gervassio, tan bajito y escuchimizado, con bigote largo desmayado y gruesos labios rojos, ojos de conejo y aspecto de buenazo, como esos sumisos hombrecillos que dibujaba Mingote con una gorda enjoyada y petarda al lado, repanchigada en un sillón y que les daba la coña con sus impertinencias.

Del pobre de Gervassio lo que no me gusta es su desbocada afición a aliviarse de flatulencias y ventosidades, porque en nuestro viejo edificio los suelos son de tarima y tienen enormes grietas por donde se cuela el sonido con extrema facilidad. Sé perfectamente cuándo Doris cocina moles mejicanos y no solo por el aroma que me alcanza por el hueco de escalera; me comentó que es el plato preferido de su Gervassio, ellos vienen de Texas. Yo doy fe, porque me llega la alharaca de ruidos y de petardos como si fuera la mascletá de Valencia. ¡Menos mal que heredé de la abuela la falta de olfato y me ahorro sufrir los gases! Pero no la falta de oído, tan agudo como el de un afinador de pianos.

Cuando pienso que ya está bien de aguantar tales zambombazos, carraspeo con educación para indicarle que

estoy fatalmente en su línea de tiro; pero ni por esas. Gervassio se hace el sueco e insiste en su aerofagia y meteorismo galopante. Pensará él que está en su casa, que si tiene que salir en plena nevada a tirarse sus cuescos al fresco, ¡apaga y vámonos! En fin, que el americano me tiene bien entretenida con sus estruendosos trallazos, que más parecen salvas del escuadrón de alabarderos de nuestro rey.

Pues tan contenta mando a mis hermanas este texto tan literario y va y me responde Juana al límite del cabreo diciéndome que pare de decir tonterías y guarradas, que a nadie le va a interesar lo que a mí me pase ni los pedos del vecino. Me dice la muy muermo que la novela se va a parecer a *La tesis de Nancy* y nada a la obra que tanto admira de Muñoz Molina que nos ha mandado a todas de regalo. Decía en su dedicatoria de que leer sobre aquellos aciagos días de la República nos puede ayudar en nuestro cercano *best seller*.

Asun comenta que no ha entendido nada, que no ha pasado de las veinte primeras páginas. Yo creo que nuestra admirable Juana ha hecho un gran sacrificio, gastar tanto dinero en sellos para mandarnos esos tochos sin nada que envidiar a los adoquines de nuestro querido abuelo. Y conste que admiro mucho a Muñoz Molina, pero ahora, en estos momentos de penuria, prefiero a Camilleri.

Sobre mis textos tampoco hay unanimidad. Concha opina que le gusta mucho lo que escribo en plan guasa, que los textos líricos de Heidelberg tienen demasiadas bicicletas, perros y patos y aburren a las vacas. Veré si puedo encontrar un punto medio para alcanzar rápidamente la fama, porque ya ni siquiera voy al Lidl; ahora compro en Penny Mark, otro súper aún más cutre.

Mis abuelos tuvieron ocho hijos, pero solo les sobrevivieron cuatro, tres varones y mi madre. Germán, el mayor, no parecía andaluz. Era alto, rubio y de ojos claros, como su abuela vasca. Con cinco años sufrió un accidente en un columpio. Se rompió una pierna con tan mala fortuna que la caída le dejó una leve cojera de por vida. Este pequeño defecto físico fue determinante para que su carácter se volviese taciturno y retraído. Germán se refugiaba en sus libros, aunque también era amante de la naturaleza y en El Al Mizar pasó con su familia felices vacaciones. Pero su principal afición fue el mar, amor que había heredado de su padrino Hilario; **con** el pequeño yate del tío, juntos recorrían las costas andaluzas cuando salían de pesca. Una vez llegaron a Marruecos y Germán quedó prendado de su paisaje y su gente. Siempre quiso ganar dinero para comprarse un rihad en Tánger.

El hermano Felipe era más afín a su madre, en espíritu y en ánimo. Fue un niño sietemesino que en su primera infancia estuvo varias veces a las puertas de la muerte. Se había criado en una burbuja protectora por los miedos de la abuela; su salud siempre estuvo quebrantada por bronquitis crónicas y otras enfermedades respiratorias que le inutilizaron más tarde para ir al frente. Felipe, que como los otros dos hermanos estudió en el internado de los jesuitas de Utrera, intentó agradar a su exigente padre siendo un hijo serio y laborioso. Siempre trabajó junto al abuelo Amalio, **nunca** le interesó el campo. Al morir su padre se quedó con las empresas de obras públicas y renunció a su parte del El Al Mizar.

El tío Felipe se casó muy joven con la hija de una familia adinerada que regentaba en Triana una fábrica de azulejos; la guapísima tía Inmaculada era una mujer frívola y distante que no le dio hijos y lo mantuvo alejado de sus sobrinos carnales por miedo a perder su cariño o, pienso yo, por

envidia de su prolífica cuñada, que le daba cada año un nieto al patriarca, el abuelo Amalio. Me contó mi madre que una vez, a los veinte años de casado, Felipe le dijo a Pura mientras miraba a mi hermana Concha, su ahijada: «Si un buen médico me dijese de rajarle la barriga a mi mujer para tener un hijo, lo haría con los ojos cerrados».

Nuestro tío Ramón, el más joven de los varones, era un muchacho alto y guapo; el hermano más cercano en edad a mi madre, y también su preferido, no por nada heredó el talante alegre y chistoso del abuelo; pero lamentablemente no su actitud para el trabajo ni capacidad empresarial alguna para dirigir sus negocios. La tata Inés le llamaba el Marqués, porque llevaba una vida apática y vacía y se pasaba la vida durmiendo, divirtiéndose con sus amigotes falangistas o de juergas con putas. Inés murió ya muy vieja, ahogada en el Guadalquivir a su paso por el puente de Triana. Unos niños la encontraron con los bajos de la bata cosidos en un gran faldón alrededor del cuerpo, repleto de pesadas piedras. A la pobre la sacaron con la boca llena de cieno y un rosario entre las manos. Del suicidio de la tata Inés, asunto turbio y nunca aclarado, me acuerdo perfectamente ya que ocurrió a la muerte del abuelo, cuando yo tenía siete años. Mi madre nunca quiso hablar de ello.

Ramón, a pesar de llevar una vida de crápula, se hacía querer por todos por su generosidad y desapego de los bienes materiales, los que él no había conseguido mediante el esfuerzo. Lo mismo le daba nadar en miles de pesetas que no tener ni para pagar un Martini a su novia. Nada le alteraba ni quitaba el sueño. Juana se ha enterado en sus investigaciones de que había un dicho en aquellos ambientes canallas que gustaba de frecuentar: «Anda, que eres más rico que Ramón Panero, que se limpiaba el culo con el monedero».

Hace poco nos enteramos de que Ramón había salvado la vista a una niña, hija de un flamenco que le proporcionaba putas y lo llevaba de parranda. Lo contaba en una entrevista la famosa bailaora Belén Marco; decía que no estaba ciega gracias a Ramón Panero, que había pagado los gastos de desplazamiento y de médicos para que la operaran en la Clínica Barraquer de Barcelona.

Entre juerga y juerga conoció a la hija de un ingeniero que trabajaba para el abuelo, la tía Asunción; se enamoró locamente de ella, o al menos eso le debió de parecer a él en aquel momento, y, por más que la joven no era una belleza como la tía Inmaculada, Ramón quedó prendado de su natural amable y su elegancia; además era extremadamente culta, hecho insólito en una mujer de aquella época. Asunción estaba en la universidad, estudiaba filosofía y pensaba seguir sus estudios en la Sorbona para llegar a ser una mujer libre e independiente. Pero sus planes se vinieron abajo cuando se enamoró perdidamente del adorable y embaucador Ramón, que con su habitual dadivosidad se comportaba con ella como el gran Gatsby con su Daisy.

Amalio aceptó y alentó este matrimonio porque creyó que Asunción haría sentar la cabeza a aquel hijo que le había salido señorito, condición que detestaba. Y para ayudarles a instalarse en una bonita casa con jardín en Espartinas, puso a nombre de Ramón negocio tras negocio, que el cabeza loca de su hijo iba arruinando conforme iban llegando. A pesar de sus calaveradas y desórdenes —se divorció de la tía Asunción a los tres años de casarse—, mi tío tenía completamente camelada a su paciente madre con halagos y bromas, y porque la inundaba de regalos; la llevaba a cortos viajes y si se terciaba, hasta a misa. Fue el hijo que más enfrentamientos y broncas tuvo con el abuelo; nunca se entendieron. Ramón amaba, se compenetraba y congeniaba a la perfección con Pura, mi madre. Pura, la última de la

familia, nació al mismo tiempo que fallecía Lucita, su hermana de seis años. La muerte de aquel angelito rubio y de ojos claros que mi madre tenía en su misal fue un golpe durísimo para mis abuelos, que se refugiaron en la niñez alegre de Fura, una niña sana y saludable, olvidando injustamente a los otros es hijos, que quedaron a cargo de la tata Inés, una institución en la familia Panero como después lo fue Antonia en la mía.

Pura terminó con catorce años y sin brillantez sus estudios de cultura general. Hizo en el Hospital de Capuchinos un curso elemental de enfermería con su prima Rosa, unos meses mayor que ella. Y vistieron ufanas el bonito uniforme blanco con capa azul cruzada al pecho y toca almidonada de las damas de la Cruz Roja. Durante las épocas sosegadas de la República, y tras el levantamiento del 18 de julio, cuando Queipo de Llano pacificó en pocos días y a las bravas la ciudad, las dos primas visitaban los barrios más conflictivos de Sevilla. A pie y sin ninguna protección atendían a menesterosos con enfermedades graves y contagiosas, putas incluidas. En su tiempo libre mi madre acompañaba al abuelo a inspeccionar sus obras para ir aprendiendo los entresijos del negocio; por eso, y a pesar de los disturbios y el vandalismo, Pura siempre contaba que aquella época junto a su padre fue la más interesante de su vida.

CAPÍTULO IV

De: Asun.

Para: Juana, Lucía, Amalia y Concha.

Fecha: 6 de enero de 2010.

Mis queridas hermanas:

Hoy, día de Reyes, lo hemos celebrado desayunando roscón y me ha tocado el premio: dos euros, para que me los gaste en esos caramelos de miel que tanto me gustan. Después nos hemos ido a la capilla para adelantar a los reyes y ponerlos junto al Misterio. Los pobres habrán llegado más cansados que nuestra querida Concha los viernes por la tarde.

Como las hermanas se han puesto a cantar los gregorianos, me he salido presurosa para poder estar un ratito con ustedes en mi despacho (¡suerte que soy la administrativa del convento!).

Es que, como bien sabéis, tengo mal oído. La madre Mariana, que me tiene enfila desde el día que llegué, dice que ya está bien de sacrificios a su edad. Afirma, creo yo que con *very bad milk*: «¡Qué pena que tus gallos sean cantarines y no buenos capones, estaríamos alimentadas con paellas todo el año!».

El caso es que en esta horita de recreo puedo escribiros sobre el tema que tanto ha mosqueado a Juana. Os explico.

Ayer recibí un mensaje de nuestra buena amiga Loli, la de los Negros, a través de su hijo Luciano. Lo transcribo porque yo no lo sabría contar mejor:

«Asun de mi alma, necesito tu ayuda. Por tu madre que en gloria esté, tienes que decirle a la Juana que deje de olisquear en la cuestión de los muertos. Seguro que te habrá contado que nos vimos en El Potro. Para que me callara, me contó una mentira más gorda que la barriga de don Miguel, el cura. Quiero decirte, Asunti amiga, que es mejor dejar las cosas como están, tranquilitas y en la paz de los muertos.

Yo me estoy poniendo mala de los nervios; con decirte que he empezado a tomarme las pastillas que me recetaron al morir mi abuelo Santiago y pillé la depresión…

Asun, que esto va en serio, por los Santos a los que rezas, dile a tu hermana que me va en ello la salud y la de mi familia».

Juana, ¿no crees que debemos dejar lo de la novela? Podemos hacer daño a personas que no se van a beneficiar del éxito de nuestra obra y que no verán un euro del *best seller* que andamos preparando.

Otra cosa: si seguimos, no te olvides de contar lo que te dije sobre la vida de esta buena gente en el cortijo, de los años de nuestra infancia. Me remuerde la conciencia todavía pensar que nosotros vivíamos tan lindamente cuando los obreros pasaban tantas fatigas. Como en Los santos inocentes, poco más o menos. Lucía y yo, aunque éramos unas micas, nos enterábamos de todo porque nos pasábamos los benditos días jugando con Loli y con los otros niños que vivían por allí.

Ya se han callado esos cantos gregorianos que me enervan, como le ocurre a la pobre Loli cuando ve a Juana enfilando el ayuntamiento.

Muchos besos y espero que hayáis recibido regalos y bienaventuranzas.

Vuestra hermana que no os olvida, Asun.

El viaje no ha sido a Berlín, Rudolf me llevaba engañada. La bella casa de Katrin está a treinta kilómetros del centro, a orillas del lago Grosse Müggelsee. Todo estaba nevado, como el sitio al que nos llevó Die Brücke hace dos años. Fue una experiencia inolvidable: un *camping* misérrimo en un pequeño pueblo suizo de montaña, no recuerdo ahora su nombre y poco importa, no pienso volver; ni Heidi y su abuelo montarían allí la granja, ni aunque les regalaran las tierras…

El año pasado fuimos a Davos, una de las más famosas estaciones de esquí de los Alpes, donde se desarrolla una de mis novelas preferidas, *La montaña mágica*. Por la mala experiencia anterior iba yo la mar de mosqueada y, a pesar de que Rudolf me aseveró que Íbamos a alojarnos en unas confortables habitaciones que ya conocía, no las tenía todas conmigo, temía encontrarme con algo tan deprimente como los *bungalows* del *camping*.

Me aseguró Rudolf que había reservado unas habitaciones baratísimas en la residencia de la clínica de su amigo Andy. Al llegar descubrimos que estaban ocupadas, y que teníamos que alojarnos en un hotel cercano, en lo alto de la famosa montaña. La cuesta estaba helada e íbamos sin cadenas; a punto estuvimos de terminar en la clínica de Andy, pero aquellos percances no me importunaban. Pretendía alojarme en un hotel tranquilo, lejos del ajetreo; pasear por la nieve, visitar las granjas vecinas y oír el mugido de las vacas. Serían mis animales preferidos si no tuvieran, como mi vecino Gervassio, ese problema con los gases que nos están jorobando la atmósfera. ¡Pero son tan tiernas, miran con tanto amor! Me relamía, como ellas hacen con sus bloques de sal, pensando en las horas plácidas de

lectura que me aguardaban. ¡Qué feliz subía pensando en el maravilloso balneario de Berghof, con inmensas terrazas y majestuosos salones donde Castorp discutía con Settembrini! Al sol en una hamaca, reliada en mantas color camel, como un mismísimo puro cubano pero sin molestas toses, así me veía. Sin embargo, la verdad fue más cruda. El hotel llevaba cerrado desde al menos el día que Thomas Mann se despidió de este mundo.

Solo vimos en aquella negrísima espesura una tintineante luz en la parte posterior de un edificio. Con las llaves que nos dio nuestro amigo el médico, abrimos una puerta desconchada y nos topamos con un *hall* mugriento. Escasos muebles rústicos de los años treinta, de la época terrible de los nazis, y unos edredones sin fundas. Aquel hotel clausurado perduraba gracias al alquiler eventual a obreros, soldados, estudiantes o gente sin un euro, como nosotros. Lo atendía un hombre de extraño aspecto y mirada perdida que vivía en un ala, como en *El resplandor*. Nos llegaba el olor a berzas y salchichas que aquel Jack Nicholson alemán cocinaba. Esa noche no pude pegar ojo de puro miedo, así que al día siguiente me planté ante los esquiadores y pedí dimitir de mi rol de «Cocinera sin Fronteras». Conseguí que se rascaran el bolsillo y me buscasen en la ciudad un hotelito adorable, donde pasé los tres días siguientes. Yo no esquío, y quedarme en aquel antro, sin coche y sin posibilidades ni de tomar un té, me obligó a tan drástica decisión.

Este año tienen planeado más días de esquí y seguro que repetir esas gatadas, pero creo que no voy a reincidir en las malas experiencias anteriores y me voy a quedar aquí tan ricamente, escribiendo lo que Juana me requiera.

El abuelo Amalio votó a favor de la República en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Para el rey, el resultado del escrutinio acarreó su salida de España y la llegada del nuevo régimen, proclamado con enorme algarabía el 14 del mismo mes. Mi abuelo celebró tan señalada fecha con una fiesta familiar en su casa sevillana. Pensó que la República llevaría a la atrasada sociedad española unos principios constitucionales que cambiaran drásticamente el injusto ordenamiento jurídico que mantenía a España en un atraso social, político y económico a años luz de las potencias europeas de entonces.

Amalio se alegró sinceramente al proclamarse la igualdad de todos los españoles, al reconocerse los derechos de los trabajadores y al instituirse el principio de laicidad con la separación de la Iglesia y el Estado. Nunca fue un hombre religioso; hasta su muerte, cuando con un pie en ultratumba, mandó a mi madre en busca de un confesor: «por lo que pueda encontrar…».

También se alegró de la concesión del voto a las mujeres, porque eso suponía mayor libertad y más derechos para su querida hija. Pero desgraciadamente constató al poco tiempo que esos avances sobre el papel no se reflejaban en la vida cotidiana y en la mejora social de los más desafortunados, hecho que ocasionó el descontento del mundo obrero, que protestó violentamente con grandes huelgas, revueltas, desórdenes públicos y asesinatos.

La familia Panero empezó a preocuparse seriamente cuando turbas de campesinos armados comenzaron a entrar en las fincas para ocuparlas al amparo de las autoridades de la República, que va a las puertas de la guerra civil lo consintieron y a veces alentaron para conseguir el apoyo rural. Y a pesar de que El Al Mizar nunca fue ocupado ni Amalio y su familia agredidos por los campesinos de Paterna, la situación se hizo insostenible, sobre todo en la casa de

Sevilla. Mi madre le hizo jurar a su hermano Ramón que si en uno de los frecuentes registros los milicianos llamaban a la puerta, la primera bala de su revólver fuera para ella.

A pesar de la relativa paz que mi familia respiraba en el campo, mi madre recordaba de vieja el miedo terrible que sentían cuando cruzaban la calle principal del pueblo camino del cortijo. Muchas veces, para no pasar por Paterna, daban un largo rodeo por el término municipal de Manzanilla para llegar al El Al Mizar por caminos de tierra que no atravesaban poblaciones.

Durante los años de la República, Ramón alternaba en Sevilla con sus compañeros del colegio de los jesuitas de Utrera. Allí conoció a Gonzalo Moresco, hijo de un militar que había tenido gran relación con los Primo de Rivera de Jerez. El padre de Gonzalo, el coronel Moresco, fue uno de los ayudantes de campo del dictador, y su hijo siguió sus pasos estudiando en la Academia de Artillería de Segovia. Su gran afición a los aviones le llevó a hacerse piloto en el aeródromo de Cuatro Vientos, a escasos kilómetros de Madrid y cercano a El Alcázar, donde se instruía para oficial del Ejército de Tierra.

Ramón y Gonzalo eran amigos inseparables, tanto en las juergas flamencas que Ramón organizaba con las cabaretistas del Kursaal o del salón Florida, como en la práctica de deportes y excursiones. Los dos eran grandes apasionados del ciclismo, que practicaban en la peña ciclista Ciudad Jardín, y en las carreras que se organizaban por la provincia. En El Al Mizar pasaban temporadas al volver Gonzalo a Sevilla de permiso, sobre todo cuando se levantaba la veda, ya que ambos eran buenos cazadores. Pero Amalio veía con preocupación esta amistad; era consciente de que su hijo era un hombre influenciable y que Gonzalo quebrantaba la vida de estudiante de Ramón distrayéndole con la caza, con innumerables actividades

deportivas o, lo que era peor, con diversiones licenciosas y atrabiliarias.

A Pura no le gustaba Gonzalo porque sabía de su temperamento violento. Una mañana, en el Café de París, mientras celebraban el reciente noviazgo de Rosa, Gonzalo se levantó rojo de ira y agredió a puñetazos a un pobre camarero que accidentalmente había derramado el café en su impecable traje. Pura y su prima se escandalizaron por la brutal reacción de Gonzalo y estuvieron meses sin verle. Pero Ramón no dio mayor importancia al altercado y no se planteó romper la amistad. Ambos se acababan de afiliar al partido fundado por José Antonio, hijo del antiguo dictador y amigo de la familia de Gonzalo. Se trataba de Falange Española, que cuando nació el 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia en Madrid, contaba ya con dos nuevos, jóvenes y activos miembros.

De: Lucía.

Para: Juana, Amalia, Concha y Asunta.

Fecha: 10 de enero de 2010.

Queridas hermanas:

Este es el último correo que os escribo desde mi casa en Madrid. Después de estas bonitas vacaciones con mis hijos, a los que veo mucho menos de lo que desearía, vuelvo al trabajo y a mi burka.

Mentiría si os dijese que me voy llorando. En realidad echo de menos aquella vida, en la que puedo ser útil a muchísimas mujeres. Allí a una mujer embarazada la tachan de «enferma». En mi hospital, el Malalai, que es el mayor del país, las mujeres son dadas de alta a las pocas horas del parto por falta de camas. Y eso las afortunadas, porque el noventa y siete por ciento de las mujeres embarazadas dan

a luz en sus casas en manos de incompetentes parteras y en deplorables condiciones higiénicas. Allí me siento necesaria.

Quiero además reencontrarme con Ismail que, según me cuenta, dentro de poco vuelve a Kabul después de pasar seis meses en el hospital del valle de Bamiyan, donde estaban los majestuosos Budas que los talibanes destruyeron. Gracias a sus dioses que no pudieron destruir también las maravillosas cuevas que Ismail y yo visitamos hace un año con un amigo afgano de la Unesco que trabaja allí.

No os recomiendo el viaje, es arriesgado, pero la verdad es que vale la pena convivir con gente tan amable y gentil como los niños y las mujeres Afganas.

Os dejo con la tarea del libro de la familia. Amalia, te mandaré mis recuerdos del El Al Mizar, que seguro coincidirán con los de Asun, ya que siempre estábamos juntas. Soy de la opinión de mi querida monjita. No vale la pena continuar escribiendo si con nuestro libro dañamos a gente inocente, como a la buenaza de Loli, nuestra amiga. Creo que Juana debería preguntarle el motivo de su terror a rebuscar en los hechos familiares. Yo recuerdo que Lola, la madre, sufría de los nervios, se pasaba la vida en un cuarto a oscuras y, aunque era muy buena con nosotras, pocas veces la veíamos alegre y contenta. Parecía una mujer sin espíritu, sin vida.

Espero volver a España para el nacimiento de mi futuro nieto, el hijo que va a tener Lucy a principios de mayo.

Muchos besos a todas y hasta pronto, os recordaré con todo mi cariño. Lucía.

P. D. Juana, tú que eres muy juiciosa no permitas que esas dos brújulas se cachondeen tanto de Asun. Demasiada mala vida de privaciones lleva, que parece que vive en la Edad Media como mis pacientes.

El *e-mail* de Lucía me ha conmovido. Es la hermana más generosa y la más sensata. ¡Y con lo preciosa que es, que podría llevar una vida de princesa y olvidarse del burka, en ese país tan peligroso! Lucía siempre fue así, pensando en los demás pero con cabeza, no como el chorlito de Asun, que todo lo soluciona rezándole a ese brazo que tienen en una urna.

Hace tres años que a Lucía le diagnosticaron un cáncer de mama que se trató en Madrid y que no le ha dejado secuelas. Entonces decidió darle puerta a su marido y quedarse tranquila con sus hijos, Lucy y Lucas. Se enteró de que su donjuanesco esposo llevaba una doble vida con una enfermera joven con la que tenía un niño, y aguantó un tiempo porque le acababan de dar la noticia de su enfermedad; la operaron y la dureza de la quimioterapia la dejó sin fuerzas para terminar con un matrimonio de veinticinco años.

Cuando le dieron la baja en el Ruber Internacional, mi hermana se lio el yahid a la cabeza y se fue de ginecóloga a Kabul, donde ahora es una de las jefes del Hospital Maternal Malalai, dependiente de UNICEF. Por mi hermana conocemos de primera mano la situación de las mujeres en Afganistán. La inmensa mayoría viven recluidas en sus casas, ni siquiera conocen la ciudad en la que viven, encerradas como animales en sus cuadras. Ojalá Lucía se pudiera llevar con ella a Asun; total, va vestida como las afganas aunque mucho más triste; seguro que encontraría un morito que la alegrara. Y no pasaría el terrible frío de este invierno en ese caserón inhóspito y macabro donde está enterrada de por vida. Mucha culpa la tuvo mi madre, que metiendo a una hija a monja consiguió su sueño; ella no tuvo el coraje para hacerlo.

Aquí también hace un frío que pela, pero tenemos calefacción y buenas bufandas. Heidelberg sigue nevado y me entran ganas de describir el jardín norte de la casa; me asomo al ventanal de la cocina y miro los pajarillos del jardín de los Müller, que picotean graciosos los comederos que les ponen en la pérgola, y me extasío con la visión de la nieve. Aún no me he acostumbrado a vivir en un paisaje blanco, sin colores. En una esquina de la parcela de nuestro edificio está la estatua que el vecino ha colocado cerca de un abeto azul; un busto de terracota de una romana con bucles sobre un pedestal de hierro. Hoy, la dama tiene un sombrerito de rusa y hombreras de nieve. Por lo demás, los jardines están durmiendo; ni los narcisos se atreven a enseñar sus verdes bigotes. Dejo de pensar en la nevada porque después Concha me critica en cuanto me sale la vena poética del tío Germán, salvando las distancias.

Hoy preferiría volver a mi antigua vida despreocupada en La Moraleja. Tengo mucho trabajo y estoy nerviosa, Juana me presiona para que le mande más textos. Me desperté a las cinco y, como no quería tomarme otra Dormidina por miedo a engancharme, a las siete de la mañana ya había pasado la aspiradora y la fregona por toda la casa. Solo me falta adelgazar tres kilos y colocarme un pañuelillo en la cabeza para parecerme a la mamá de Mafalda, con gafitas y todo. Recordé que en mi vida de pija en Madrid jamás toqué un producto de limpieza, solo mi crema desmaquilladora Helen Rubenstein, que costaba un riñón.

¡Qué tiempos aquellos! Me veo en el sidecar azul eléctrico, regalo del avieso de mi ex, no sé si para que los vecinos se mofaran de mí… Pero no lo creo, yo iba tan altiva con mi chuchita *westy* en el cubículo lateral y trajeada con conjuntos de Loewe, con pañuelos de seda y botas de Hermès, y un bolso enorme de Louis Vuitton. Por entonces yo era el prototipo exacto de la teoría del ocio vicario del

Thornstein Veblen. Tenía a Josefina, mi querida perrita con abriguito Burberry, que me acompañaba a comprar comida preparada a la pastelería Mallorca los fines de semana, cuando libraba la cocinera; entonces no tenía ni un minuto para dedicárselo a la gastronomía.

Julio me tenía distraída con una vida social que ni la de Letizia; yo era su *public relations* con clientes y amigos, y para eso me tenía que deslomar con el yoga, con el entrenador personal, largas sesiones de sauna, de masajes, de limpiezas de cutis, visitas al dermatólogo, al estético para el bótox… Nunca estuve tan guapa ni tan lozana. Ahora, con solo recordarlo, me entran pálpitos; prefiero mi nueva vida aunque a veces no tenga ni para el tinte; pero he asumido mis años, las arrugas me parecen bellas, hace siglos que no me pongo una falda por eso del latazo de las medias, pues, total, para qué tantas molestias si hace años me convertí en un fantasma, una mujer invisible en la calle para los que no me conocen. Me he rendido; para tener de nuevo pública presencia tendría que llevar morros de pato inflamados o facha de vieja loca, al estilo de la Duquesa. Aunque hay otras formas de hacerse notar con mi edad: ir vestida de Armani si se quiere *ir fashion* o, si se quiere dar el cante, de nuestra incombustible Agatha Ruiz de la Prada, que nos quiere vestir a nosotras, austeras matronas españolas, al estilo de Miliki.

En realidad yo prefiero ir de Loewe, mi recordada y añorada *boutique* de Colón, pero para eso nuestra agencia tendría que despegar de una puñetera vez y no seguir dando bandazos. Además, ¿quién me dice a mí que si Die Brücke consigue la Mercedes va a necesitar de mis ricos guisos españoles? Seguro que contratarían un buen *catering* de comida japonesa, ahítos ya de albóndigas, chicharros, lentejas, verduras y tortillas de patatas. Lo más exótico que les cocino con tan escueto presupuesto es una buena

lasaña. Hoy tenemos fritada de tomates, pimientos, zanahorias, champiñones con macarrones y queso gratinado al horno. De postre algo sencillo, naranjas cortaditas con un chorreón de Cointreau. Tengo que ahorrar para poner mañana un buen *risotto* hasta con gambas congeladas porque viene una cliente de visita.

Ramón se matriculó en la Facultad de Derecho para emular a Germán, pero por su vagancia y faltas de asistencia no lograba pasar del segundo curso. Lo que realmente le gustaba era acompañar a Gonzalo en los mítines y celebraciones de la Falange; a veces llevaba a Pura y a Rosa. No sin cierto trabajo, consiguió que su hermana leyese y se informase de los principios que habían movido al carismático José Antonio a crear su doctrina.

Pura, educada en una estricta fe católica tutelada por el joven sacerdote jesuita Mier Darán, su director espiritual hasta la muerte, comulgaba con las ideas altruistas de la Falange y se fue introduciendo poco a poco y de la mano de Ramón en ese nuevo ambiente juvenil, que proponía ideales que a mi madre le llegaban al corazón. Ella no comprendía profundamente la doctrina fascista, pero quedó prendada de sus fines de defensa de los más pobres.

La concepción de un hombre nuevo, portador de valores eternos y religiosos, la justicia social que proporcionase al hombre una vida digna y humana, el sentido de la catolicidad tan arraigado en ella, la unidad territorial de España… estos objetivos eran para Pura ideales por los que luchar en contra de la dejadez y la abulia política que la derecha había provocado y de la violencia con la que los partidos de izquierda habían respondido.

Mi madre entendía la Falange como un partido que llevaría a término los deseos de su fundador: «Patria, pan y

justicia». Pura ingresó en la Sección Femenina creada en 1934 por Pilar Primo de Rivera, la hermana de José Antonio; aceptó su programa, que abogaba por la instrucción de las jóvenes para ser buenas patriotas, cristianas y esposas entregando su libertad y sus posibilidades de ser mujeres independientes y aceptando la subordinación total al hombre. Y así actuó con su padre, con Ramón y unos años más tarde con Tóbalo, nuestro padre. Y hasta con sus hijos varones. De nada le sirvió a Amalio Panero su entusiasmo por ese brote de emancipación de la mujer en la época republicana; Pura asumía satisfecha su papel de mujer tutelada por el hombre. «El derechismo, los partidos de derechas quieren conservar la patria, quieren conservar la autoridad; pero se desentienden de esta angustia del hombre, del individuo, del semejante que no tiene para comer». A Ramón y a su hermana les sedujeron estas palabras de José Antonio porque veían en ellas una finalidad altruista que beneficiaría a los desfavorecidos, custodiados y dirigidos, eso sí, por una clase burguesa más culta y rica.

Al contrario que Amalio y Felipe —personas prácticas y realistas que, consecuentes con su espíritu burgués votaban a la CEDA de Gil Robles—, Pura y Ramón, una vez en la Falange, vistieron ufanos sus oscuros uniformes de camisa azul mahón (que simbolizaban a obreros industriales), boina roja del fascismo y parafernalia de cueros negros. Ramón llevaba siempre una porra flexible forrada de metal y su pistola. Pura, en sus visitas a los barrios humildes, portaba siempre la suya en el bolso.

Era comprensible la militancia de ambos jóvenes, de buen corazón, sentimentales, ante unos principios tan revolucionarios y nuevos, pero sobre todo la de Pura, muchacha intachable, trabajadora e infatigable enfermera, con una fuerte conciencia social pero con unas raíces burguesas y religiosas que no le permitían entender otras

doctrinas de ideología anarquista, comunista o, inclusive, socialista. En aquellos postreros años de la débil República instaurada el año treinta, se sucedieron palizas y reyertas entre jóvenes falangistas y de izquierdas. El enfrentamiento entre unos y otros se exacerbó cuando el Frente Popular ganó las elecciones. Fue entonces cuando comenzó la violencia sistemática de los falangistas.

El carácter colérico del fundador de la Falange era *vox populi* desde hacía años. Si bien normalmente amable y cortés, José Antonio perdía los papeles en cuanto se le contrariaba; entonces incurría en arrebatos de ira y extrema violencia. Fue público el grave incidente que protagonizó con el general Queipo de Llano en 1931. En la tertulia de un café José Antonio agredió con una llave inglesa a un Queipo sorprendido y lo dejó señalado. Y todo porque Queipo, un hombre despiadado y brutal que fue llamado el virrey de Andalucía, había criticado duramente y en público al exdictador, el padre de José Antonio.

Por otro lado, Primo de Rivera era partidario de la violencia como algo usual. Y esa violencia pasó a las calles y a la universidad en forma de *razzias*. Ramón se afilió al SEU, organización estudiantil dependiente de la Falange, y se dedicó a controlar y denunciar las actividades de estudiantes y profesores de izquierdas. A su vez, Gonzalo se había incorporado a la Falange de la Sangre, llamada más tarde Primera Línea. Esta organización paramilitar estaba formada por jóvenes instruidos y dirigidos a provocar escaramuzas y operaciones de castigo. En una casilla de inscripción para pertenecer a la misma se pedía saber si el aspirante tenía «bicicleta», un eufemismo brutal de pistola. Ramón y Gonzalo pusieron una cruz en ella. Los jóvenes falangistas hicieron un uso metódico y organizado de la violencia para amedrentar a los partidarios de ideologías opuestas; llegaron a sufrir y a perpetrar numerosos

asesinatos después de que el Frente Popular ganase las elecciones del 16 de febrero de 1936. Falange no había conseguido ningún diputado.

Los meses que siguieron al éxito del Frente Popular estuvieron colmados de provocaciones, venganzas y atentados falangistas. Fue entonces cuando el aviador Juan Antonio Ansaldo organizó la llamada Falange de la Sangre al más cruel estilo fascista. Ansaldo era un héroe de la Guerra de Marruecos que se incorporó a la Falange en 1934. Fue nombrado Jefe de Objetivos, y estaba encargado de preparar los atentados y revanchas por la persecución republicana y los asesinatos de muchos de sus compañeros. Llegó a proponer la ejecución de represalias generales y se sospechó de él como conspirador del proyectado asesinato del mismísimo José Antonio. Al ser descubierto, fue expulsado de la Falange; se puso entonces al servicio de los monárquicos. Con tan perturbado personaje trabó amistad Gonzalo en Cuatro Vientos, hasta que Ansaldo tuvo que huir al extranjero porque se sentía perseguido. Antes, el 14 de marzo del 36, el director nacional de Seguridad ordena la detención de la Junta Política de Falange y la clausura de todos sus locales. El 27 de abril es detenido José Antonio, al que mandan a prisión. A los pocos meses es fusilado en Alicante. En mayo de ese año Gonzalo es amenazado por células anarquistas y, viendo que la persecución política no amainaba, decide exiliarse.

Llegó el levantamiento del 18 de julio después del asesinato del parlamentario Calvo Sotelo, perpetrado cinco días antes por un escuadrón de guardias de asalto; fue un acto de venganza por el asesinato del teniente de ese arma, José Castillo.

CAPÍTULO V

De: Juana.
Para: Amalia, Lucía, Concha y Asun.
Fecha: 15 de enero de 2010.

Queridas hermanitas:

Al volver del corto viaje que hemos hecho los compañeros de la facultad a Lisboa (¡qué maravillosa ciudad decadente, qué belleza la de sus fados y sus vetustos cafés, que frecuentaba mi querido Pessoa!), me he encontrado el *e-mail* de Asun y la verdad, me ha hecho pensar.

Es sumamente extraño que la buenaza de Loli ande mandando esos mensajes tan dramáticos por haberme visto con el maletín lleno de papeles. También es sospechoso que no se haya tragado lo del *dossier* de Ramón; en el pueblo todo el mundo sabe las ganas que tenemos de darle largas al cortijo, y eran, por tanto, muy lógicas mis explicaciones.

Sigo sin entender por qué quiere evitar que indaguemos, que se ponga a morir porque estemos preparando la novela del El Al Mizar. Pero, desde luego, lo que no quiero es que por mi culpa entre en barrena, en otra depresión como la que padeció cuando murió su abuelo el Negro.

No me quiero ni acordar del día del entierro. Fui la única de la familia que asistió, siempre me llevo todos los malos tragos. Pues os cuento que al llegar a los escalones de la

iglesia, Loli viene hacia mí y me abraza con tal fuerza que casi me rompe el esternón. Llorando como una Magdalena me dice que en maldita hora los Negros se asentaron en El Al Mizar, que mejor hubiera sido sobrevivir miserablemente en el Berrocal, en la sierra, de donde bajaron sus abuelos.

Entonces achaqué aquella explosión de sentimientos a los nervios por el funeral, porque jamás Loli se me había quejado de la vida que llevaban en el campo; ellos eran unos privilegiados entre aquellos pobres infelices, con su gran huerto que llevaban de aparceros y con la bonita casa en el Baldío, que parecía una casita de cuento, toda blanca, limpia, con jardincillo, con marranos… Hasta Santiago el Negro tenía una jaca linda, ¿os acordáis?

Además, el abuelo Amalio le dio en dote a la Lola, al casarse, una estupenda casa en Paterna. Por lo que me espetó y lo que le ha contado a nuestra monjita, creo que quizá haya gato encerrado en su familia y que por eso no quiere que rebusque en el pasado.

He decidido ir mañana al pueblo a preguntarle, a ver si consigo que suelte prenda. Si se obstina en el silencio, entonces, Asun, necesitaré que le escribas una carta. Seguro que a ti, que eras su preferida, te lo suelta todo.

Un mensaje para Lucía: espero que hayas llegado bien y que sigas con tu trabajo y tan feliz con tu afgano. No le eches cuenta a la pazguata de Asun, ella te quiere a ti más que a nadie.

Miles de besos para todas, os tendré al tanto de mis pesquisas. Vuestra hermana Juana.

Rudolf se ha desquitado de su falta de sueño, ha dormido doce horas seguidas. Las dos últimas semanas las ha pasado buscando clientes. Es lo más duro de su trabajo, ofrecer Die Brücke. Va con Marco, uno de los becarios más inteligentes,

tan vestidos de oscuro que parecen mormones de esos que dan la coña por las casas cargados de biblias y panfletos.

Los de Die Brücke llevan dos grandes maletas llenas de preciosas y estilizadas botellitas de aceite con el logo en la base, y un cuadernillo explicativo de nuestros trabajos colgando al cuello por una ligera tira de rafia verde oliva. Dicen que es aceite español y en realidad no sabemos de dónde puñetas procede, porque son botellas que compramos en Metro y que escanciamos con picardía en nuestros recipientes, adquiridos al por mayor a muy buen precio. Puro rollo, pero en este mundo nuestro de la publicidad y con esta recesión tan formidable tenemos que contar grandes trolas en plan estético para persuadir al personal de que compren los productos, a veces completamente innecesarios, de las firmas que nos pagan. De eso medio comemos, no tengo nada que objetar al negocio de mi novio. Es muy difícil conseguir un buen cliente y él se las ve moradas cuando no tenemos a ningún becario o becaria con buena presencia que le haga de pareja en estas excursiones laborales. Una vez contrató por trescientos euros a Sara, la bellísima venezolana que trabaja en la oficina de enfrente. Es un pimpollo de mujer: alta, esbelta, joven, de lacia y negrísima melena, con flequillo y ojos verdes como el mismísimo Bambi. Le pagó ese, para nosotros, exorbitante salario por una mañana en la Messe de Colonia y creo que lo hizo con gusto; pienso que Rudolf está secretamente enamorado de Sara. Yo no me quejo; sospecho que a la venezolana le gustan las mujeres tan guapas y estilosas como ella. Pero no le digo nada a Rudolf.

De todas formas, me siento mismamente como la pobre de la protagonista del novelón de Muñoz Molina, que después de haberlas pasado canutas refinando a un marido desclasado y más joven que ella, descubre que se la está

pegando con una lechuguina plagada de pecas, además americana, exótica amante en aquellos años.

Comenta Concha, que va por la página cuatrocientos, que la historia se puede contar en un cuarto del peso de ese, así calificado por mi bruta hermana, *ladrillo literario*; dice que ella lee solo los diálogos, y no como Asun, que no ha llegado todavía al chalet de la sierra. Claro que de esta manera, saltándose las interminables y bellas descripciones, puede terminar el libro mañana mismo. Juana, ante tan simple proceder, salta como una pantera en defensa de su amado novelista y le contesta:

«Concha, qué pena de dinero malgastado en tu regalito. Te tenía que haber mandado las obras completas de Corín Tellado. Si le quitas las quinientas páginas que dices, le arrebatarías la belleza con la que Antonio describe a los personajes y la España de nuestros padres y abuelos; la despojarías del sabor, el olor que su maravillosa prosa nos ofrece, su enorme poder de evocación del ambiente, detallado como si lo hiciera un miniaturista magrebí. Mi novela es para personas con cultura y sensibilidad literaria».

¡Madre mía, qué ocurrencia tuvo Juana con su libro! Hasta Asun intervino en el rifirrafe y terció:

«Las dos tenéis razón. Reconozco que no entiendo la esencia de esta fantástica obra, y que prefiero *Colmillo Blanco* o *Mujercitas*, que me la leí diez veces. Pero no por eso me atrevo a criticar a tan famoso autor, que vaya que habrá trabajado. También comprendo a Concha, que hartita de trabajar llega a una casa con tantos hombres a los que atender… Pero Concha, ¿cómo tú, tan emancipada y libre, no has logrado que te pongan la mesa esos cuatro zánganos de hijos que tienes? ¡Menos mal que cuentas con Paco, un san José viviente!».

A veces Asun da en el clavo, y lo digo sin mala leche. El pobre de Paco hace de san José desde hace muchos años;

cuida a la familia y no se come ni una rosca. Pero adora a Concha y a sus niños, y eso le honra.

Un día de finales de febrero del 36, al poco de ganar las elecciones generales el Frente Popular, mi madre recibió por teléfono la noticia de que su hermano Germán estaba gravemente herido en la Cruz Roja de Capuchino.

Germán, el más inteligente, apuesto y elegante de los varones estaba destinado a ser un brillante abogado; era un chico culto, serio y juicioso que desde muy joven, y por sus muchos méritos, era bien conocido en los ambientes literarios y artísticos de Sevilla. Había publicado sus poemas en la revista Mediodía, colaboraba en el diario El Sol y en el Ateneo. Sentía afinidad por los socialistas y era un convencido republicano que despreciaba tanto a los monárquicos defensores de sus privilegios como a los violentos bolcheviques. Germán no se implicó en partido alguno, vivía en su particular círculo de amigos alejado de la efervescencia política de aquellos años. Habitaba en un falso mundo donde predominaban sus estudios de derecho, el arte y la poesía; se mantenía en lo posible de espaldas a los conflictos.

La relación con sus dos hermanos nunca fue buena; consideraba a Felipe como un hombre ambiguo, acomplejado por sus problemas físicos y su escasa cultura. A Ramón lo soportaba por su carácter jovial, pero no podía perdonar la vida que llevaba, sin sentido, sin meta, sin esfuerzo de ninguna clase. A Pura la quería y respetaba porque era mujer y porque admiraba en ella el coraje y empuje de los que él carecía.

Cuando Pura recibió tan dramático aviso, sin decir nada a sus padres, vestida con el almidonado uniforme de dama de la Cruz Roja y con Ramón haciéndose el herido, subió al

Austin negro del abuelo que conducía Antonio el chófer y armada como los dos hombres con su pequeña pistola, partieron velozmente hacia el hospital donde agonizaba su hermano.

A pesar de los alarmantes boletines que emitía Unión Radio Sevilla sobre los violentos piquetes de huelga que cortaban la circulación en el llamado «Moscú sevillano», pudieron burlar las barricadas de los revolucionarios que ocupaban el barrio de la Macarena; Antonio, agitando un enorme pañuelo blanco y tocando el claxon sin parar, callejeó en plan suicida por detrás de la Alameda de Hércules hasta alcanzar la ronda de Capuchinos, donde estaba la Cruz Roja, el hospital donde mi madre trabajaba. El peligro que corrieron no sirvió a la postre para nada, pues el desdichado de Germán acababa de morir de un colapso hacía justo unos minutos, tras una operación a vida o muerte. Pura fue la que comunicó la tragedia a sus padres; ella para eso era brava y lo demostró bien durante la guerra.

Los Panero se quedaron sin su hijo más prometedor, el que más satisfacciones les había deparado. Los abuelos auguraban a Germán un brillante futuro, mi tío empezaba a ser conocido en los ambientes culturales y artísticos de Madrid. Estuvo en un tris de asociarse en la capital a un renombrado bufete, porque quería vivir lejos de su familia y salir del ambiente rancio, cerrado y conservador de la sociedad sevillana. Era amigo de Lorca, de Cernuda y de muchos poetas y literatos de la generación excelsa del 27.

A su entierro asistió una heterogénea multitud de poetas, políticos, toreros y flamencos. Fue sepultado en el panteón de la familia Panero en Gerena, en un suntuoso mausoleo de granito que el abuelo mandó cincelar a sus mejores operarios. Amalio no llegó a enterarse nunca de que Germán había muerto por culpa de un socavón en una calle adoquinada por su empresa, no supo que su amado hijo

primogénito quedó totalmente destrozado en el choque frontal contra un tranvía cuando iba en moto camino a la universidad. Aquel frío y desapacible día de invierno, Sevilla había amanecido sumergida en una espesa neblina que subía del río.

Mi abuela, aunque acostumbrada a las desgracias por la muerte de su queridísima hermana María Elvira y porque de los ocho hijos que parió solamente le vivieron cuatro, sufrió la pérdida de su primogénito con enorme desconsuelo. Quedó abatida, sumida en un profundo estado depresivo hasta el nacimiento de Juana, la nieta preferida. A la muerte de Germán le siguió un largo duelo en la familia; en la casa de Jesús del Gran Poder, inmersa en sombras, no se oían las risas de Ramón ni las de su hermana; hasta les tenían prohibido a las criadas cantar y oír la radio. El abuelo se refugió en su trabajo y en su hija, la persona de la familia que más se le asemejaba, con la que mejor se comunicaba.

Amalio había puesto en Germán, el único hijo con carrera, todas sus ilusiones, y a su muerte, la relación tirante que tenía con sus otros dos hijos varones se exacerbó, ya que en ninguno se veía reflejado. El abuelo era un hombre seguro de sí mismo, de su inteligencia natural, de su fortaleza y aptitudes para trabajar duro y salir adelante, y estas cualidades no las encontraba en Felipe, y menos aún en Ramón. Respetaba sobre todas las cosas a las personas instruidas y diligentes, a los profesionales liberales, ingenieros, médicos, arquitectos; no se sentía cohibido por nadie, mucho menos por los ricos e incultos burgueses. Odiaba a los señoritos. Más tarde tuvo que enfrentarse a uno de ellos y aceptarlo: a mi padre.

De: Juana.

Para: Amalia.

Fecha: 16 de enero de 2010.

Mi querida amanuense: en primer lugar quiero agradecerte el enorme interés que te estás tomando con los escritos que te pedí. Me ha dicho Concha que estás trabajando muchísimo, que te levantas a las seis para hacer la casa, que no sales de la oficina y que los fines de semana los pasas delante del ordenador acicalando los textos. Gracias, lo tendré en cuenta al repartir el *money*.

Te escribo este *e-mail* solo a ti porque no quiero otro lío de mensajes, que después nos dispersamos diciendo bobadas. Acabo de llegar de Paterna, adonde fui en busca de Loli. Me invitó a un potaje de garbanzos con bacalao y tagarninas que estaba de puta madre, y en los postres —nos pusimos tibias de turrón— le metí los dedos para que desembuchara todo lo que la tiene jodida. ¡Qué dura es la puñetera! Me costó un huevo que soltara que el asunto viene de largo, que es una historia de sus padres del tiempo en que vivían en el Baldío. Dice que su madre adoraba a la nuestra, no por nada eran hermanas de leche. No se le olvida que gracias a ella Lola aprendió a leer y a hacer cuentas.

Me contó que su abuelo, que era más rojo que la sangre de los pobres, se había alistado en la célula anarquista de Sevilla de un primo, hombre instruido y que trabajaba en una notaría. Santiago fue su enlace en Paterna del Campo, pero afirma que él nunca estuvo implicado en paseíllos, que no tenían coche para darles puerta a los amos criminales chupa sangre, que como no hubieran ido en burro…

Soltó verdades como puños, tú ya sabes de qué pie cojeo. Se explayó contra los que sí tenían buenos coches, contra las pandillas de hijoputas que vejaban y mataban a desgraciados sin que ninguna autoridad osara investigar sus crímenes. Decía que sus abuelos eran gente honrada con

miramiento por la ley y la justicia, pero que eso no existía para los suyos, para los miserables que trabajaban como esclavos tan solo por la comida y por un mal techo en casas de adobe; que no tenían ni para alpargatas.

Loli admitió que su familia vivió desahogada y que nuestro abuelo fue muy generoso con ellos cuando su madre, Lola, se casó con un pastor de la finca, si bien ella tenía en la cabeza casarse con un hombre de ciudad porque aspiraba a una vida fuera del campo.

De su padre cuenta que trabajó como un burro hasta conseguir un buen rebaño de merinas y que a ella y a sus hermanos no les faltó de nada. Y no soltó más prenda por mucho que le insistí. Total, que por lo visto no tiene miedo a que salga a relucir alguna tropelía de los Negros. Entonces me pregunto: ¿a qué vienen sus temores?

La dejé ya tranquila, le dije que me olvidaba del asunto de la guerra, que hablaremos solo de nosotras, de nuestras esotéricas vidas. Pero de eso nada, me ha picado el interés por indagar la causa de su acojone. Te cuento todo esto porque entre tú y yo tenemos que descubrir este misterio del carajo.

Te dejo, que estoy muerta de sueño. Ya te iré contando y piensa tú, a ver si se te ocurre algo. Exprímete el cerebelo y repasa lo que te contó la vieja, seguro que la clave está en esos textos.

Muchos besos de Juana.

Pertrechado con un bocadillo de mortadela y queso, se fue Rudolf a una presentación de Die Brücke en Wiesbaden. Volvió a las cuatro de la tarde, deslomado y muerto de hambre; se comió las sobras de la tortilla de patatas, de la ensaladilla rusa y una deliciosa *panna cotta* con coulis de fresas que le tenía escondida en el frigo. Llegó con Marco,

los dos cargaditos de yogures. Las presentaciones en empresas medias o pequeñas son las que más me gustan, porque al menos conseguimos bolígrafos de diseño, cargamentos de bebidas refrescantes, embutidos envasados al vacío o, como hace poco, una caja de calcetines Folka negros de lana de dos tallas, solución para los pies de toda nuestra empresa en este frío invierno. Lo malo es cuando la presentación es en la Audi o en la Bulthaupt; solamente regalan revistas o catálogos que no nos sirven para nada.

Mañana tengo el postre solucionado con esos buenísimos yogures. El de ayer para la *Frau* clienta fue impactante: *mousse* de turrón de Jijona sobre lecho de *marronni* previamente humedecidos con unas gotas de Amaretti. Lo puse en bonitas copas y lo adorné con peinetas comestibles que hice en un instante con chocolate fundido sobre un papel de horno. La oronda futura dienta quedó maravillada y preguntó si comíamos así a diario.

En realidad le puse el menú B, el que suelo preparar a los posibles clientes que damos de entrada por perdidos. No saqué los manteles de hilo que bordé con vainicas ciegas, ni los dos jarrones de tulipanes, la flor que más me gusta para decorar la mesa, ni las copas buenas ni las servilletas de lino. Eso queda para las visitas excepcionales de alguien de la BMW o de Heidelberg Cement.

Normalmente solo cocino durante la semana, sábados y domingos libro y comemos sobras o, si tenemos unos euros, vamos a algún restaurante barato a tomar *flammkuchen*, especie de *pizzas* ultrafinas que idearon los vecinos alsacianos aunque, como siempre la Alsacia ha estado de mano en mano entre franceses y alemanes, no se sabe bien qué pueblo fue el creador de este gran invento que a mí me gusta mucho más que las *pizzas*.

El plan de mis comidas de la agencia es bastante simple y cada vez más barato. Yo me justifico y digo que la culpa es

de Paul, el becario, que come tal que mis queridas vacas, y de las dos creativas, que no prueban la carne pero sí el pescado. Un día a la semana hago sopa con un buen caldo de pollo, todito él con verduras, sin grasa y sin garbanzos, al estilo de mi escuela Cordon Bleu. Otro día es el de la tortilla de patatas, enorme y gruesa, que va tornándose en diferentes colores según le añado calabacines con gambas, espinacas, pimientos morrones, judías verdes con guisantes… En ocasiones cocino una buena bandeja de pasta: macarrones, lasaña, espirales… con una especie de pisto manchego con salsa de tomate bien picante, ya que estos alemanes tienen el paladar más duro que los mexicanos. Por esto me quieren los chicos de Die Brücke, me reciben a la hora de la comida con grandes muestras de alegría. Ellos ayudan a traer las viandas desde mi cocina, a dos pasos cruzando la calle. Me considero después de Rudolf, el director de la agencia, la persona más importante, solo con mi humilde *catering*.

La noche anterior a la invitación de la *Frau* cliente me acosté pronto para levantarme al amanecer, tenía mucho que cocinar para impresionarla. Me despertó de madrugada Concha desde una discoteca, casi no la oía a causa del ruido de fondo de música latina, que a mi hermana le encanta. La mandé al carajo pero al día siguiente, a una hora prudente, volvimos a charlar acerca de su juerga.

—Eres incombustible, Concha, tienes mérito. Cansada y todo te vas, en días laborables, a las discotecas hasta las tantas. ¡Qué dirían tus clientes si te vieran, tan seria en el juzgado y en el despacho, que pareces otra persona!

—Desde luego, se quedarían cual pasmarotes, yo de día visto de señorona, con falda ceñida y zapatos de tacón altos más que nada para lucir mis buenas piernas, las que me he trabajado bailando horas y horas sin cansarme. Bien que lo pasé en la fiesta del sábado con los senegaleses.

—¡Ah! No me contaste, ¿qué tal fue?

—Fantástica, ya te dije que era en casa de Kevin, el masajista, un negro inmenso del Senegal. Hace años fue mi amante por unos días. Bueno, ya sabes, son gente muy humilde, viven en una barriada de Estepona casi fuera del pueblo. Cuando llegué no había mucha gente. Estaba su mujer Alisa y su hija Vanesa, que celebraba sus siete añitos. Increíble cómo iba vestida, si te lo cuento crees que estoy de cachondeo.

—Me lo imagino, como una princesita, pero así se viste también mi nieta Mariquilla, con esos trajes horribles de las tiendas de Walt Disney.

—Ni por asomo, esta iba como de flamenca-princesa. Ella mismita se había diseñado el traje, y se lo hicieron tal cual. Era largo, fresa con lunares blancos, de una tela brillante y con cola… no sabes lo feliz que estaba. Y yo. La verdad es que lo pasé muy bien, disfruté como una guarra en un charco.

—Se dice *un cochino en un charco*. Y vaya, hermana, si pongo eso de «guarra» después dices que exagero con tu forma de hablar. ¿Y ahora qué?

—Tienes razón, pero es diferente al verlo escrito. Es cierto, yo hablo de esa forma, de manera que ponlo como quieras.

—Por eso lo grabo todito, para que después no me vengáis con tonterías, que si no he dicho eso, que si esa palabrota no la uso yo… en fin, que somos casi tan malhabladas como Juana.

—Un respeto, yo no llego a su altura en esto ni en otras cosas, qué muermo es Juana, es incapaz de bailar un chotis. Pero bueno, ¿quieres que te siga contando la fiesta? Después no me digas que como no frecuentas esos ambientes no te sale nada erótico-exótico…

—Sigue, sigue, te necesito como fuente.

—Pues al poco llegaron los amigos, todos negros menos una mujer blanca que estaba casada con un hermano de Kevin. También estaba gorda como un sollo. Tenía una niña color café con teche que era un primor. La llevaba con un traje de organza turquesa lleno de volantes y una lazada azul en la cintura. El pelo peinado con coquitos y lacitos de colores, vamos, una monería.

Aquello se llenó de un montón de pedazos de negros guapetones y buenorros. Ellos no engordan, como sus mujeres, todas de buen ver. Entre tantos negros como noche cerrada, más negros que el tizón, yo me sentía muy pálida, como un fantasma, me asustaba de verme en el espejo. Y eso que fui muy arreglada, maquillada, pero parecía un bicho raro entre aquella buena gente que me acogieron de puta madre, gente sencilla y muy linda. Yo les gusté mucho, especialmente a su cuñada peruana, la otra blanca, la gorda más gorda de todas, la de la niña de los cocos, que se sentó en el suelo conmigo, yo me sentí muy integra…

—Pero ¿todos te conocían?, ¿no les extrañaba verte allí, una española entre tantos senegaleses?

—Qué va, para nada. Lo más gracioso es que cuando preguntaban por mí, la mujer del masajista contestaba que yo era la novia de Kevin, de su marido.

—Qué barbaridad. ¿No estaba celosa?

—Para nada, yo le caigo muy bien, dice que soy muy buena persona. Allí las tías toleran los cuernos mucho mejor que aquí. Será por eso de que tienen poligamia.

—Son entonces como tú, que no le das importancia a una canita al aire.

—Pues sí, algo parecido. Pero hasta un punto, no puedo negar que tengo sangre latina. Hace poco Kevin se fue a Tetuán con una tía y quiso que los llevara a Tarifa y los recogiese a la semana siguiente. Y le dije: «Una leche, ¿te

crees que soy imbécil del todo?». Claro, él sale con sus amigos y amigas y su mujer no se molesta.

—Pero no te entiendo, lo que tuviste con él hace años no te dejó secuelas, como siempre te pasa con tus ligues, ¿no es así?

—Algo parecido. Kevin fue mi amante, estaba harta de los españoles de mi quinta, esos forofos de las cofradías y del esférico, que se van a Zaragoza a ver al Málaga, no me gustan, tíos con cincuenta tacos sin gracia, no me hallo con ellos.

—¿Prefieres a los del Tercer Mundo?

—De aquí a Lima, mujer, por favor. Me aburro soberanamente con esos pequeños burgueses andaluces, son unos palurdos, para eso me quedo con los emigrantes que tienen motivo para serlo. Mi amiga Rita, esa que es tan buenaza y tan cariñosa conmigo, hace unas fiestas para españoles que son una pasada. Se gasta un mogollón de euros en muchísima comida que siempre sobra, en velas, flores y adornos, no le falta un detallito. Están muy bien, pero nada como la fiesta de los senegaleses que tenían el salón lleno de globos de los colores de su bandera, rojos, verdes y amarillos, las mesas con manteles de papel y la comida en grandes boles, riquísima y muy variada. La gente del Tercer Mundo, como tú los llamas, me atrae porque es distinta, habla de cosas curiosas y tienen costumbres que nos suenan a chino. Pero no tienen por qué ser pobres, también me gusta el argentino ricachón que conocí el pasado verano, que tiene un sentido del humor que me llega. Me aburre la historia de aquí, la mayoría es gente sin inquietudes culturales, ignorante…

—Pero ¿no encuentras artistas y bohemios en Málaga, en La Casita, esa cervecería que tanto te gusta?

—La verdad es que tiene un ambiente guapo. Cuando voy allí me lo paso bien si encuentro a gente interesante, pero

no es la tónica general. A mí que me den un árabe musculado y con un *piercing* en la tetilla, como mi Alí.

—Por Dios, hermana, qué diría nuestra comedida madre, y nuestra monjita.

—Qué quieres que te diga Amalia, te soy sincera. Esta gente me enternece, soy más tolerante y condescendiente con ellos que con los españoles gilipollas, no los aguanto.

Y así terminamos la charla, tenía prisa. Se iba a bailar bachatas con su querido Alí. ¡Qué paciencia tienen Paco y Alejandro con la cabra loca de mi hermana!

Ramón pasó la primavera del 36 en la universidad utilizando su condición de militante de Primera Línea para amedrentar a compañeros republicanos, y hasta a los profesores que se atrevían a enfrentársele. Junto con estudiantes falangistas, hacía proselitismo entre universitarios descontentos y desencantados de los partidos de la derecha tradicional. Ese fue su principal quehacer al marcharse Gonzalo de Sevilla. Y seguir con sus licenciosas diversiones, bebiendo ya sin control hasta llegar a convertirse en un indolente borracho. En dos ocasiones Pura tuvo que esconderlo de sus padres al llegar a casa en taxi de un burdel en coma etílico.

En aquellos días Ramón conoció a un estudiante en el bar de la facultad. Se fijó en un hombre alto y elegante con aspecto de galán de cine americano que iba vestido con trajes bien cortados y a la moda. Aquel hombre de porte distinguido y aspecto tranquilo fue, cinco años más tarde, nuestro padre, Tóbalo del Río.

Tóbalo, eterno estudiante, con más de ocho años de escasa asistencia a la universidad, estaba a punto de terminar la carrera. Era famoso entre sus compañeros de la Facultad de Derecho porque llegaba al monumental edificio de la antigua Fábrica de Tabacos en un deportivo

descapotable Hispano Suiza, desde Pilas, su pueblo. Mi tío y él no fueron íntimos. Ramón no se compenetró nunca con Tóbalo, no entendía la naturaleza tímida y reservada de su nuevo amigo, pero compartían aficiones, por el cine y los coches.

Juntos disfrutaron de las típicas juergas de estudiantes; algunas de ellas, las más inocentes, papá nos las narraba en los momentos en que se abría a nosotros. Nos contó que tenían un amigo que perdía el conocimiento al emborracharse. Quisieron darle un escarmiento, ellos, que bebían casi tanto como él. Una madrugada, en pleno invierno, arrastraron una cama de barrotes con su colchón y todo y la colocaron en el mismo centro de La Campana, justo al comienzo de la famosa calle Sierpes. Dejaron allí al amigo arropado y se desentendieron de él. A la mañana siguiente, el borracho despertó de su letargo y se encontró rodeado de guardias y de gente que no entendía cómo había llegado allí tal personaje y su lujoso lecho. Otra vez lo colocaron bajo las campanas de la Giralda, para que hicieran de estruendoso despertador. Ese día dejó la bebida.

También acudían a los teatros, para admirar a Lola Membrives y a Margarita Xirgu, y a los espectáculos de varietés, que en aquellos años de la enorme apertura social de la República eran muy atrevidos; Pura, que lo sabía de oídas, contaba que las coristas bailaban el cancán levantándose las faldas de volantes sin bragas ni pantaletas, a pelo.

A pesar de que Ramón era amigo de mi padre, mi madre no conoció a Tóbalo a través de su hermano. Por entonces estaba comprometida con el hijo único de un latifundista vecino. Se llamaba Juan y era un año menor que ella. Como era costumbre en la burguesía rural sevillana, las familias arreglaron el noviazgo. El novio era heredero del Alcornocal,

un cortijo casi tan grande como El Al Mizar, propiedad de una adinerada familia de Paterna.

Juan era un muchacho fuerte, rústico, y de pocas luces. Acostumbrado a hacer su santísima voluntad, no contenía su genio ni ante Pura, su novia. Una mañana, en la aldea del Rocío, la invitó a dar un paseo a caballo. Sentada mi madre en la grupa, Juan espoleó salvajemente su montura que salió a galope tendido, desbocado… Cuando al fin se detuvo, a Juan no se le ocurrió nada mejor que encabritarlo y levantarlo de patas. Mi madre se aferró a la cintura de su novio y no profirió gritos ni quejas; impertérrita, flemática, se comportó como si nada hubiera pasado, a pesar de que se vio en el suelo coceada por el caballo que relinchaba, soltando espumarajos por los ijares y la boca. No le dio a aquel salvaje el gusto de verla demudada, pero a partir de ese instante decidió cortar la relación con Juan, aun sabiendo que iba a disgustar a su padre.

Tres meses después conoció a Tóbalo, mientras merendaba con Rosa en el Britz. Era una dulce tarde de septiembre y por el ventanal de la cafetería entraba una luz tenue tamizada por las velas, esas lonas blancas que se colocan en verano en el centro de Sevilla cubriendo las calles y convirtiéndolas en un enorme zoco. Pura vestía un traje camisero de seda, un modelo muy sencillo color tabaco con cuello en volante beis y zapatos y bolso de mano del mismo tono. No llevaba sombrero, lucía sus lindos rizos negros.

Desde el velador de mármol donde charlaba animadamente con Rosa de su pasado noviazgo, oyó música de clarines y tambores. Pura se apresuró hasta la calle para presenciar la parada militar que enfervorecía a un público arremolinado en las aceras, expectante por ver a un general o banderolas conocidas. A Tóbalo solo lo avistó mi madre, pues Rosa estaba pagando la cuenta.

Al ver al apuesto alférez a la cabeza del pelotón de jóvenes Flechas perfectamente uniformados y marciales, Pura sintió que no había nada más a su alrededor; se difuminó la gente, se vio en el centro de un halo. La música le llegaba muy lejana, aunque los tambores sonaban a pocos metros. Tóbalo iba con una fusta bajo el brazo marcando el paso de su joven tropa, con uniforme caqui del Ejército de Tierra, la mirada fija al frente, en su papel de gallardo oficial, ufano de su porte masculino y fuerte, como si viviera una escena de las películas que él tanto amaba. Al pasar frente al Britz, miró hacia la puerta y encontró los ojos negros y alegres de una joven guapa, espigada, de preciosas piernas. Y le sonrió.

Al salir Rosa del café, Pura emergió del letargo y le dijo atolondrada a su prima que se había enamorado, que se casaría con él, que era el hombre de su vida. Rosa reía al verla con aquel desespero, y la tranquilizó diciéndole que se enteraría de su nombre, que su novio era también alférez. A la semana siguiente, una mañana temprano en que Rosa no pudo acompañarla porque estaba enferma, Pura lo vio, camino del hospital, por la Alameda de Hércules. Encontró a un Tóbalo desaliñado y con cara de cansancio que venía de una fiesta; él la llamó desde lejos: «¡Hola! ¿No eres tú la linda muchachita que me sonrió frente al Britz?».

CAPÍTULO VI

De: Juana.
Para: Amalia.
Fecha: 20 de enero de 2010.

Querida Amalia, fui a Gerena a visitar a Pepi, la sobrina de la tata Inés. La pobre está fatal con una artrosis que la tiene casi impedida. Pero tiene buena la cabeza y recuerda al detalle todas las cosas de su tía, todo lo que ella le contaba cuando era joven y la veía las pocas veces que iba al pueblo. Hasta me enseñó un recorte del ABC del 30 de diciembre del 57, de la página de Sucesos, donde se informaba del suicidio de una pobre vieja con la bata llena de pedruscos. ¡Qué horrible muerte sufriría la desgraciada! Yo me acuerdo bien de ella, era una mujer pequeñita y nerviosa que siempre estaba atareada limpiando y cocinando; no tenía otra vida que la de atender a sus «amos», como ella llamaba a los abuelos, y a sus «niños», que eran los tres tíos y mamá. Inés cocinaba como los mismísimos arcángeles, si se pusieran a ello y dejaran de tocar la gaita. Bueno, al grano. Pepi me contó que Inés, al morir el abuelo Amalio, se fue a vivir con Felipe y la jodida de la tía Inmaculada. Por lo visto la vida se le hizo muy difícil porque la instalaron en la zona de servicio de su elegante piso de La Palmera, en un cuartillo minúsculo y oscuro,

escondida como si fuera una leprosa. Cuenta que no salía a la calle, que le daban miedo los coches de aquella ancha avenida y que apenas podía andar de los dolores de huesos. Pero no quiso irse a vivir al pueblo por no molestarla a ella; por entonces Pepi vivía en una casita humilde con sus cinco chiquillos.

Al parecer, en sus últimos meses de vida Inés empezó a perder la cabeza. Repetía evocaciones de su vida de joven. Pepi recuerda una frase que decía machaconamente: «¡Pobre Ramón, pobre Ramón, qué mala suerte!». Y no explicaba más, solo eso. Pepi piensa que se suicidó porque no podía vivir con la tía Inmaculada, insistía en que no le valía la pena seguir en este mundo.

No tengo más información. La visita no ha aportado mucho a mis pesquisas. Me contó que ella sabía por Inés que nuestra madre era muy religiosa, de misa diaria, y que recibía muchas veces a merendar a un cura joven y a unas amigas del colegio, con los que mantenía largas charlas. Pero bueno, eso ya lo sabíamos nosotras.

Creo, Amalia, que todavía vive el odioso Mier Darán en una residencia de ancianos de los jesuitas. Me voy a informar y te cuento. Me gustan tus textos, has encontrado la manera de narrar la historia de forma equilibrada y serena. Ya no hablas tanto de pedos y guarrerías.

Besos de Juana.

P. D. Olvidaba decirte que ayer hablé con Lucía por teléfono y me comentó que la cosa allí está muy jeringada, que los talibanes están cerca de Kabul y de noche se oyen los zambombazos que tiran los muy cabrones. Estoy preocupada por ella, pero mejor no decírselo, que se agobia por nosotras.

Mi dormitorio tiene paredes abuhardilladas y ventanas inclinadas a los cuatro puntos cardinales. Los techos son altos, con vigas y columnas de madera pintadas de blanco que soportan un rectángulo con traviesas donde se apoya la terraza. Como ya he dicho, se sube a ella por una escalera que termina en una pesada trampa —como la escotilla de un submarino— que se levanta a pulso con esfuerzo, para sujetarla a la baranda con una cuerda elástica con garfio, de las que se usan para amarrar el equipaje en las bacas de los coches. Es peligroso olvidar este detalle, porque en un golpe de viento se puede ir tu libertad al carajo; se cierra la trampilla y ahí te quedas, sin otra opción que gritar «¡*Hilfe*!» a quien pase por delante o al cieguecito vecino que siempre está fumando en su pequeña azotea dando vueltas como un tigre en una jaula. Por si acaso, yo siempre subo con el móvil.

Hasta ahora no me he visto en ese engorroso trance. Desde la ribera contraria, más allá del puente, se ven sus contados muebles: una mesa de pie de hierro y tapa de teca, cuatro sillones de aluminio con asientos de tubitos negros de plástico y hamacas de esas que se tiran cada dos veranos. No hace falta más para disfrutar de las mejores vistas. Somos unos privilegiados por tener esta terraza; cuando asomo la cabeza por la trampilla me encuentro con un paisaje que ni el de Florencia, el que disfrutó Lucy en la película *Una habitación con vistas*.

Desde aquí se ve todo Heidelberg, que como una serpiente cariñosa se enrosca en el Neckar. Me embeleso ante mi ciudad, que es vieja y estrechita; tiene la calle comercial más larga de Alemania. Heidelberg se libró de la destrucción en la última Gran Guerra, se conserva intacta en su beldad, y tiene una de las universidades más importantes del mundo. Son mis vecinos sabios, científicos, literatos, filósofos, sociólogos… los cerebros de Alemania. Aquí me

considero una vil neurona que se siente afortunada por disfrutar, al menos, de la innegable belleza que rodea mi terraza.

Esta mañana me he vuelto a despertar completamente amodorrada por la Dormidina que había tomado para el puñetero insomnio. Me levanté del mismísimo suelo de madera donde tenemos el futón y medio grogui me fui al minúsculo *toilette*-armario; pero al llegar a la ventana que da al este, que tenía subida la cortina, me llegó la luz naranja, miré y vi la uve que hacen las montañas al encontrarse; el cielo estaba repleto de nubes blancas y grises, muy viajeras, y había una neblina en ligero movimiento que subía desde el río. El sol aparecía por detrás del castillo y un resplandor de rojos bañaba Heidelberg en su luz dorada. Me sentí en la gloria.

La tía Belén fue la pequeña de la familia Panero Cadaval. El abuelo Amalio le llevaba doce años y ejerció de padre, fue siempre su protector y su mecenas. Belén y Rosalía, la otra hermana algo menor que Amalio, no pasaron necesidades. Rosalía se casó con un comerciante y disfrutó por una baja renta la bonita casa de la calle San Eloy, donde montaron una tienda de tejidos. Tuvo una hija, Rosa, que fue como una hermana para mi madre. Siempre estaban juntas. A pesar de que no tenía el nivel económico de su prima, disfrutó de elegante ropa y de una buena vida, mucho mejor que Pura, que nunca pedía nada, no era caprichosa. Tengo una foto de mi madre el día de su puesta de largo. Está sentada en una banqueta en un estudio fotográfico, con mirada lánguida, melena de ondas y un traje largo de satén blanco que le había prestado Rosa porque ella no quería que sus padres le dieran los lujos que tenía su prima. Pura tuvo ropa de calidad de buenos modistos, pero siempre el mínimo ajuar.

Cuando murió y fuimos a recoger sus pertenencias, nos quedamos asombradas al ver su vestuario: un bolso gastado, tres pares de zapatos, cuatro trajes de diario, dos de chaqueta, un abrigo negro muy viejo… poco más.

La tía Belén se casó con un hombre de Gerena que era dueño de una tahona; vivieron de manera muy humilde. A su joven marido, que era de la Falange, lo asesinaron en venganza por la muerte de un famoso anarquista del pueblo. Sebastián, su único hijo, quedó huérfano de padre con siete años. Belén no se volvió a casar, se quedó en Gerena con los primos Panero llevando su negocio, pero le pidió a su hermano Amalio que cuidara de su hijo porque ella no le podía dar estudios. Belén veía que Sebastián era muy inteligente, tanto como su hermano Amalio, el que había hecho fortuna.

Sebastián lo tenía todo. Era un niño alto, guapo, muy simpático, siempre alegre, y conquistó a su tío Amalio sin proponérselo. Amalio se lo llevó con él a Sevilla, le pagó los estudios en el internado de los maristas y lo tuteló hasta que fue mayor de edad. Sebastián no le defraudó: sacaba las mejores notas de su clase, se desvivía por agradar a su familia sevillana, como él llamaba a los Panero que vivían en Jesús del Gran Poder. Pasaba muchos fines de semana con sus tíos Amalio y Purificación, y también temporadas con su madre en El Al Mizar; le encantaba el campo, se interesaba por la gente, acompañaba a caballo al abuelo y al capataz en el control del trabajo de los obreros, en la inspección de la recogida del trigo en las eras, del algodón, del verdeo a finales de septiembre... Siempre que tenía vacaciones Sebastián pedía permiso a su madre para irse con los tíos y los primos al cortijo; allí tenía amigos de su edad con los que salía de caza, se conocía cada rincón del El Al Mizar. Con todo el mundo tenía buenas relaciones, todos allí lo querían.

Cuando terminó el bachillerato pensó estudiar para ingeniero; quiso irse a Madrid, a la mejor universidad de España. Y su tío le pagó los estudios, le brindó una generosa beca para que se instruyera y volviese a ayudarle en la administración de la finca, pues Amalio no confiaba en ninguno de sus hijos para los negocios agrícolas. Felipe, por su salud enfermiza, no iba nunca al cortijo, a aquel caserón tan grande, sin comodidades, sin luz, sin teléfono, con solo copas de cisco en las mesas camilla y dos chimeneas por toda calefacción. Tampoco iba porque a ello se oponía tajantemente su mujer, la tía Inmaculada que, haciendo honor a su nombre, estaba siempre de punta en blanco, elegante y con joyas, de peluquería diaria. Ella odiaba tratar con los pobres trabajadores y sus zarrapastrosos hijos, no quería salir de su lujosa burbuja, como hacía Felipe con la suya, aséptica, la que lo protegía de infecciones y enfermedades. A Felipe le gustaba el negocio de construcción de Amalio y, al morir este, llegó a un acuerdo con sus hermanos, Ramón y Pura, a los que dejó su parte del El Al Mizar a cambio de todas las empresas de obras públicas y construcción del abuelo.

Por esa nula voluntad de Felipe para llevar el campo y por la mala cabeza y vida de Ramón, el abuelo Amalio confió desde siempre en su sobrino, tratándole como a un cuarto hijo desde la muerte de Germán. Y Sebastián no defraudó al abuelo: lo quiso tanto como Pura, lo admiraba, escuchaba sus consejos. Se hizo un magnífico ingeniero agrícola, algo que Amalio siempre había deseado para sus hijos: un profesional independiente, que no viviese de las rentas y al que le bastase con su propio esfuerzo y trabajo. Ya viejo, en el momento que Sebastián volvió con su licenciatura, Amalio lo nombró director del El Al Mizar.

En poco tiempo Sebastián remodeló en profundidad la finca, la modernizó comprando tractores John Deere, un

camión, una cosechadora y una trilladora recién salidas al mercado; se excavaron pozos artesianos, se pusieron abundante hectáreas en regadío y se sanearon las casas de máquinas, la herrería y las viviendas de los obreros, haciendo de esta forma su vida un poco más humana. Fueron los años más prósperos del El Al Mizar, todo proyectado y controlado por el primo.

Por eso Sebastián siempre pensó que su tío Amalio se acordaría de él en su testamento, como creía lógico, ya que se sentía parte integrante de la familia Panero Pulido. Pero a los cuatro años murió Amalio, y Sebastián se encontró con la sorpresa de que no le había dejado ni una hectárea; solamente le donó dinero para que se comprara en Sevilla una buena casa y recomendó a Ramón y a su hija que dejasen al primo Sebastián como administrador del El Al Mizar de por vida.

De: Amalia.

Para: Juana.

Fecha: 24 de enero de 2010.

Querida Juana, he recibido respuesta al *e-mail* que le mandé a la tía Asunción que, al contrario de los carcamales españoles, está perfectamente informatizada. Dice que no volverá a Rota hasta julio, pero me ha contestado con profusión de detalles a las preguntas que le hacía. Menos mal que a los viejos de la familia les pasa como es costumbre: olvidan dónde han puesto las gafas pero recuerdan con claridad meridiana lo que pasó hace medio siglo. La tía Asunción nos manda recuerdos a todas, dice que no sabe nada de los *garçones*, que son unos descastados…

Cuenta que de los tres años que duró su matrimonio con el tío Ramón tiene algunos buenos recuerdos, especialmente

del primero. Pero que después se comportó con ella tan mal que prefiere no relatar lo ocurrido. Asegura que no era malo, que con ella nunca fue violento, pero que llegaba todos los días a las tantas, con borracheras de campeonato. Que a veces se perdía, como hacen los gatos, pero que una vez su ausencia fue demasiada larga y tanto se preocupó que llamó a la Guardia Civil porque tenía miedo de alguna venganza. Por lo visto, lo encontraron con su amigo Gonzalo en una venta cerca de Los Palacios, en brazos de una gitana que bailaba en aquel antro. Recuerda que Gonzalo casi vivía allí; era el amante de la hija del dueño.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de su paciencia; se fue con sus padres, le consiguieron el divorcio y siguió con sus estudios.

Lo demás ya lo conocemos. La tía Asunción fue la primera mujer emancipada de nuestra familia, un ejemplo que tanto tú como yo, aunque tarde, hemos seguido con gusto. Ahora sigue feliz en su casita de Ginebra, y sostiene que debemos ir a visitarla pronto, que ya no le queda mucha vida. Me manda una foto, que te remito; parece un pajarillo de cabeza plateada pero sigue tan elegante como siempre. A ver si aprendemos de ella y nos arreglamos un poco, hermana, que vamos a terminar con capita, esclavina y gorrilla a cuadros como Sherlock Holmes, y eso ya está muy pasadito de moda. Mañana mismo me voy a la peluquería a que me recorten el flequillo.

Otra cosa que me cuenta es que mamá fue a verla cuando decidió divorciarse. Eran buenas amigas, se tenían mucho cariño y mamá quiso mediar entre ellos. No quería que su amado hermano perdiera a una mujer tan seria y capaz. Según me cuenta la tía, para convencerla quiso adoctrinarla con el ideario de la Sección Femenina, que a nuestra madre le parecía el *summum* de lo moderno y lo decente. Claro que estaba completamente influenciada por

su nefasto confesor. La tía Asunción guardó ese panfleto para tener presente en la Sorbona, en caso de flaqueza de ánimo, lo que la aguardaba en España. Te lo remito porque me ha impresionado; no podía ni imaginar cómo aquel grupo de machotas adoctrinaba a las jóvenes.

Sobre el tema que ahora nos concierne, creo que sería estupendo tener un encuentro con esa bailaora, si es que aún vive. Por suerte estamos acertando con los vejetes, pero no nos distraigamos; les queda un cuarto de hora para estirar las patillas. Y no quiero que se lleven sus secretos al más allá, como hizo la vieja.

La tía Asunción me va a mandar el nombre completo de esa mujer. Tiene que rebuscar entre sus papeles, cree que aparece en sus documentos del divorcio. En cuanto lo sepa te lo mando para que le hagas una visita, a ver si aún vive y nos cuenta qué pasó con Ramón y con nuestra madre. Feliz Navidad, besos y hasta pronto. Amalia.

Concha y Asun se quejan de que no reciben ningún correo de las mayores, las que escribimos la novela. De Lucía solo hemos recibido uno, debe estar a tope de trabajo porque ahora hay mucha violencia cerca de Kabul.

Las he puesto al tanto de nuestras pesquisas para que nos cuenten todo lo que recuerden sobre los Negros y el tío Ramón. Hemos tenido un cruce de correos, pero en lo que me mandan no encuentro nada significativo, nada que nos pueda ayudar en este embrollo en el que estamos metidas. En el clamor de correos recibo uno de la lunática de Asun, que ha visto un telediario y va y me dice, en su ignorancia supina, que tiene miedo de que llegue Al Qaeda a reconquistar Al-Ándalus, que lo que en realidad tienen planeado es quedarse con El Al Mizar. Voy a transcribir esta frase porque no tiene desperdicio: «Qué pena que nuestro querido Papa no se parezca a Julio II; otro gallo nos cantara».

Y va Concha, que para hablar de religión no tiene pelos en la lengua, y le contesta:

«Mira, Asun, tú no opines de política, que creías que Obama era el presidente de Guinea. Quédate con el gallo de la misa y reza. A tu querido Papa le retrata esa cara de fauno en pleno éxtasis; ¿qué sería de nuestra civilización, de sus progresos y sus derechos humanos si tu Benedicto imitara a esos pirados que nombras o a los Borgia? Mejor que se quede como está, viviendo tan ricamente nunca mejor dicho, que vaya vidorra se pega, que parece una Montiel en bata blanca de seda y zapatillas rojas de Prada. Pero qué digo… ¡qué más quisiera la manchega! Y no me cuentes más, que nos quiere tener a las mujeres achantas, como hacía la Bernarda de Lorca con sus hijas. ¡Jesús, qué cruz!».

Asun no ceja y muy ofendida le responde a Concha: «Digo yo que un error lo tiene cualquiera, y lo digo por lo de Obama. Pero te advierto, Concha, que des gracias a nuestro Dios por el Papa que tenemos, que si dijeras esas barbaridades en el país de los omás, te mandarían un flato, o como se llamen esas órdenes, que te dejan fulmina y sin ganas de guasearte de las cosas sagradas». ¡Será bestia nuestra Asunti, mira que llamar omás a los ayatolás!

En estas interviene la prudente de Lucía y dice que dejemos de pelearnos por chorradas, que nos pongamos de acuerdo en algo serio como qué hacer con las cenizas de mamá: «Es una vergüenza, tanto hablar de la familia y tenemos a nuestra pobre madre en una urna desde hace veinticinco años en el cortijo, en el armario de su dormitorio. ¡Con la humedad que tienen esas paredes!… Ya estará hecha una plasta. Creo que, sin más demoras, en la reunión de Punta tenemos que decidir, hermanas, dónde echarlas».

Sostiene Juana con su guasa: «Sigue escribiendo así, Lucía; terminarás como Lope».

Precisamente Juana me ha llamado hace un rato para anunciarme que fue a la residencia de los jesuitas de curas viejos chochos y que preguntó por el padre Mier Darán a una rubia guapísima que estaba en recepción retocándose las uñas. Con cara de estar agotada de dar información («Pobrecita, allí en aquel ambiente oliendo a incienso, con las radios a toda leche porque están como tapias…», me dice mi hermana) la dirige, al final de un oscuro pasillo, a una habitación que era como una celda. Juana es tan explícita, da tantos detalles que me parece estar viendo una película.

Vamos, que entró sin hacer mucho ruido cuando vislumbró en la penumbra una especie de arenque sentado en un sillón de orejas, con una manta de cuadros cubriéndole las escuálidas pantorrillas. Estaba de cara al jardín, pensando en las musarañas o quizás en temas profundos, por lo visto fue un hombre inteligente y culto, eso decía la vieja. Por más que no habría que hacerle mucho caso, ya que con las pocas luces que tenía la pobre seguro que no sabía diferenciar bien lo que es auténtica cultura de un barniz lleno de latinajos para impresionar a las mansas y tiernas almas que él cuidaba, como un pastor a sus corderas.

Juana, como todas nosotras —quizá tengamos que exceptuar a Asun—, le tiene un odio mortal a este hombre que controló la vida de nuestra madre, su matrimonio, nuestra juventud… Hasta intentó inmiscuirse en la vida adulta de todos los hermanos, el muy cabrón. Pues allí estaba con noventa y ocho años, hecho un manojo de huesos, con la mirada acuosa y barba de varios días, el pelo ralo pegado al cráneo, sucio de no habérselo lavado en más de un mes.

Juana le entró como hacíamos en el confesionario:

—Ave María Purísima… Padre, ¿podría hablar un momento con usted?

Le contestó una frágil voz de ultratumba:

—¿Quién está ahí? No tengo buen oído, no le veo, ¿puede acercarse?

Juana dio unos pasos hacia el sillón, se puso frente a él pese al asco que le daba su fétido aliento. El viejo no la reconoció.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Padre, soy Juana del Río Panero, la hija de Pura.

—¡Pura! Aquella muchacha tan buena, la que curaba a los miserables en la guerra… Ya me acuerdo de ti. ¿Tú eres la mayor, no? Me contó tu madre que se murió tu esposo, que volviste de Barcelona, ¿es así? Y que dejaste allí a tu hijo siendo todavía un crío para vivir aquí una vida movidita, ¿me equivoco?

Juana estuvo a punto de empujar el sillón por la ventana para que tomase el aire allá en el jardín, tan buenamente. Pero se contuvo porque le interesaba que siguiera cascando.

—Padre, estamos en un aprieto. Nuestra hermana Purita está en manos de un desgraciado que la tiene en el cortijo con unos caseros abominables e ignorantes. Sabrá que mamá dejó al primo Sebastián como tutor, algo que a las hermanas no nos entra en la cabeza. Purita vive de forma miserable en el caserón, que se cae a cachos. He pensado que, como usted fue su confesor, quizás pueda ayudarnos a entender por qué nuestra madre dejó a Purita en manos de ese hombre; lo dejó como administrador universal, es algo incomprensible…

—No sé de qué me hablas, lo que me contó Pura es un secreto que me llevaré a la tumba, temo que dentro de poco…

—Padre, sabemos que nuestra madre no estaba contenta con su primo Sebastián en los últimos años de su vida. Algo le comentó a mi hermana Amalia, pero se llevó al otro

mundo lo que le preocupaba, no nos dejó ni una nota, nada. ¿Se acuerda usted de Purita, de nuestra hermana?

—Claro, claro, era la cruz que Dios había enviado a tu madre y que ella llevó con santa resignación cristiana.

—Está usted equivocado, padre. Purita no es ninguna cruz, es una persona cariñosa y buena. Pero… ¿no sabe por qué la dejó en manos de su primo? Seguro que ella le contaría de su vida, fuera del confesionario, eso no es secreto, padre…

—Ya… ya lo sé. ¿Qué es lo que quieres saber, hija? No tengo buena memoria…

—No lo parece, padre, me ha reconocido. Por todos los santos, haga un esfuerzo por Purita y por mi madre.

—Tu madre, en la guerra, no lo pasó muy bien. Nadie estaba bien en aquellos años, claro, pero a tu madre le ocurrió algo horrible, hubo una buena zarabanda con Ramón… ¡Vaya personaje! Además de violento no era nada religioso. Se metió en un jaleo del que no puedo darte detalles porque lo que sé me lo contó Pura en el confesionario.

—Pero fuera de él, ¿no le mencionó nada?… Haga memoria, se lo ruego. ¿Algo más?

—Mira, hija, no quiero seguir con esta conversación que me agota, no puedo decirte más…

Cuenta Juana que entonces el viejo cogió la perilla de alarma que tenía en el brazo del sillón y llamó a la enfermera. Juana no esperó a que la echaran, lo dejó allí en su silencio… Que se fuera al infierno, pensó, aquel que tanto amenazara con él a la vieja.

Agallas tiene Juana para mandar al reino de Lucifer a ese viejo miserable. Un día de hace un montón de años en que su querida cordera estaba en la clínica del Sagrado Corazón con un doloroso pero simple herpes, me aseguró por teléfono (yo estaba acompañándola) que no iría a visitarla si no era

para llevarle los santos óleos y darle la extremaunción; a pesar de que le dije que mi madre no estaba grave, que era algo sin importancia, él insistió tozudo en darle los últimos sacramentos hasta que, cansado de oír mis explicaciones, me colgó sin siquiera despedirse. Lo mandé a freír morcillas a voz en grito y desperté a la vieja, que se quedó sin el susto de ver aparecer a su querido confesor vestido con casulla negra y con la parafernalia macabra de tan alegre ceremonia. Menos mal que Juana no estaba allí ese día, seguro que le hubiera dedicado barbaridades de esas que, al confesarlas, te acarrean un porrón de penitencias. Contundente es nuestra hermana. Pero no siempre fue así.

Juana no tuvo suerte al elegir marido. Porque a ello estaba predestinada, se casó de adolescente, como hice yo unos años más tarde. Nuestra madre nos educó para ser como había intentado ser ella: perfecta esposa y madre. Juana dejó a un novio guapísimo que estaba en segundo de Medicina, lamentablemente con muchos años de estudios por delante. Y se decidió por Joaquín, un hombre arrogante de rica familia de Barcelona, que ya era psiquiatra, como su abuelo y su padre. Y allá se fue la pobre Juana en pos de una vida regalada, de óperas en el Liceo, de fiestas en consulados, de congresos por el mundo, de visitas a exposiciones, de viajes por Europa… siempre a remolque de su famoso marido, siempre a su lado como un perrito faldero.

Cuidó a su único hijo con todo el amor y esmero de que fue capaz, pero Joaquín nunca se dio por satisfecho, siempre le exigía más y empezó a relegarla y ofenderla hasta dejarla anulada como mujer. La acomplejó, algo que parecía imposible, ya que Juana en casa era de armas tomar con nosotros, los pequeños. Al final, a Joaquín le dio un telele y se quedó un día tiesecito como una cucaña. Juana dejó a su hijo Kino estudiando medicina en Barcelona y volvió a Sevilla, a la universidad, para matricularse en Historia. Fue

como si le hubiesen regado los pies con el agua de nuestro querido Chorrito, allá en el río Corumbel, el que pasa por el cortijo. Ahora es una mujer feliz con sus libros y sus innumerables amigos; además es «detective».

Si la suerte económica de Amalio le llegó de la mano de un alemán, a la familia del Río Becerril le llegó mediante Mendizábal y su Desamortización. Diez años antes del nacimiento de mi abuelo Cristóbal, en 1867 se vendieron en España una enorme cantidad de fincas rústicas y urbanas provenientes de la Iglesia y la aristocracia, las que no tenían en producción, las llamadas «manos muertas». La familia de mi abuelo del Río Catalán fue a la subasta y compró finquitas pequeñas que les aportaban una buena renta, de las que vivían desahogados pero sin lujos.

Los Becerril siguieron con tierras arrendadas, no se hicieron propietarios. Eran gente culta; uno de ellos, Antonio, llegó a ser alcalde de su pueblo y diputado en Cortes; tiene una calle en Pilas con su nombre. Su sobrina, Juana Becerril, estuvo esperando a que creciera su amado Cristóbal para casarse con él. Mi abuela era rubia, grande, de cara larga y afilada como la de una jaca. No era guapa ni muy femenina, no se preocupaba de su aspecto, pero era una mujer fuerte que supo sacar adelante a su familia después de quedarse viuda a los cuarenta años, con dos hijas y con mi padre.

El que fue su marido, mi abuelo, era un muchacho guapísimo cuya única ocupación consistía en cuidar a su caballo para salir al campo y pasearse por el pueblo. No hacía nada más y, por comodidad o porque le convenía la tutela administrativa de los Becerril, se casó con la abuela Juana, que le llevaba ocho años. Cristóbal, al que llamaban siempre Tóbalo, murió de una cirrosis hepática y dejó a mi

padre huérfano con cuatro años, al cuidado de cinco mujeres: su madre, sus dos hermanas mayores, su prima hermana dos veces, la tía Carmen que le llevaba quince años y una vieja tata.

Mi padre creció sumamente mimado y cuidado por temor a que muriese. Juana, mi abuela, lo quería con locura; vertió en sus hijas, pero especialmente en él, toda la ternura y amor que no le había dado su inmaduro esposo. Decía que, de todos los estados civiles que había tenido, de todos quedó bien harta: de su larga soltería, del efímero matrimonio conflictivo y de los muchos años de viudez. Mi padre no consintió en los años en que la abuela Juana sufrió el cáncer de pecho que la llevaría a la tumba, que nadie la tocara; ni sus mismas hijas. Él se ocupó de ella, le daba de comer, la lavaba; durmió en un colchón a los pies de su cama hasta el momento de su muerte.

Tóbalo le agradecía a la abuela los muchos caprichos que le había dispensado. Evocaba y nos narraba los días felices de su infancia, cuando iban a pasar los veranos a Matalascañas, a una playa aún más salvaje que la de Punta, en lo que ahora es el parque de Doñana. Pilas es un pueblo que linda con la marisma del Guadalquivir, muy cerca del Rocío y del Atlántico. Mi familia iba en carretas de bueyes como los antiguos pioneros del lejano Oeste; quizá por eso a mi padre le chiflaban los wéstern americanos, sobre todo los de Gary Cooper; se parecía de un modo asombroso a él.

Al llegar a la playa, habitada por unos cuantos pescadores, montaban una gran cabaña de dos habitaciones con largos troncos y techos de paja. Ponían alfombras en los suelos, como hacían nuestros antepasados los árabes en sus jaimas. Y vivían montaraces, comiendo arroz y espetos de sardinas que hacían en la lumbre al aire libre, y durmiendo en camastros. Mi padre, sano y espigado, de una sobrecogedora hermosura del estilo del Tadzio de *Muerte en*

Venecia, vivía esos veranos como un auténtico salvaje. Era un niño simpático y travieso. Nos contaba que una vez robó un buen jamón que tenían para las cenas y se lo comió de una sentada con sus amigos, hasta que se puso enfermo con enormes retortijones y cagaleras. En otra ocasión se hartó de higos chumbos y se le atascó el culo de tal forma que estuvo una semana sin poder ir al retrete. Con quince años su madre le compró el caballo blanco más hermoso de las marismas para que se luciera por el pueblo. Después quiso estudiar Derecho en Sevilla, así su madre le compraría un coche, cosa que hizo la abuela; pero mi padre no cumplió su promesa de terminar la carrera por solo una asignatura. Se peleó con el catedrático de Penal y a una recriminación de este le replicó —más chulo que un ocho— que él no necesitaba ser abogado para ganarse la vida. Ese desplante le pesaría para siempre, porque a partir de ahí fue un perfecto señorito, aunque un señorito con suerte porque entonces encontró a mi madre y se enamoró de ella.

CAPÍTULO VII

De: Guille.
Para: Amalia.
Fecha: 28 de enero de 2010.

Querida Abu Amalia:

Mamá me ha dicho que te escriba mi primer *e-mail* para contarte que me han dado un premio de redacción en el cole, dice mamá que tú quieres que te den otro para publicar tu novela de la familia. He leído un poco y creo, abuela, que no hablas nada de nosotros, de María, de Elvirita y de mí. Pero bueno, tú tampoco sales en mis cuentos. Yo prefiero contar historias del futuro, de monstruos y de elfos y tú eres ya un poco vieja.

También quiero decirte que en las próximas vacaciones me voy con mi papá a Israel, a vivir unos días en un kibutz, dice que para recordar cuando él era como yo. Aquello es como un campamento. Como al que **fui** con mi amigo Matthew, en Bath. Dormimos en sacos de dormir, pero no en el jardín porque estaba nevado, sino en el cuarto de juego de su casa de campo. Leí los libros infantiles de la librería mientras mis amigos jugaban al fútbol, hacía un frío que se mea la perra, como decía tu abuelo Amalio, eso dice mamá. También hicimos el despelleje del conejo que cazó el papá de Matthew, pero no te preocupes abu porque su papá sabe

exactamente qué conejos se van a morir ya pronto, así que los mata para que no sufran. A mí no me gustó ver la sangre del pobre conejito, después no me lo pude comer. No lo quise ver porque me acordaba de mis queridos Blinky y Ravioli, pobrecitos, si ellos hubieran visto al conejo despellejado les daría pesadillas.

¡Lo que más me gustó fue que por la noche nos dejaban leer con linternas!

También dice mamá que si lo necesitas te puedo ayudar con la novela, pero que me pagues para comprarme un traje de camuflaje y un libro electrónico. Te prometo que te escribo lo que me pidas, si es de muertos y cadáveres mejor, eso también me gusta, y no me da miedo porque ya me he leído todos los libros de Harry Potter. Me acuerdo mucho de ti, muchos besos xxx de Guille.

Mi único nieto varón se llama Guille. Su padre es judío, de nombre Ariel Sharon; no tiene parentesco alguno con el temible general israelí, ni con el famoso detergente; mi hija Sofía no consintió en ponerle ese nombre a su hijo. Le puso el del hermano pequeño de su admirada Mafalda, y Guille ha salido a él. Los padres están divorciados; Guille vive en Londres con su madre, y el padre volvió a Israel, donde formó una nueva familia; es miembro del Likud.

Al mismo tiempo que recibía el *e-mail* de Guille, me llegó el correo que nos prometió la tía Asunción con el nombre de la amante del tío Ramón: se llamaba Matilde. Juana ha localizado a los descendientes de los dueños de la venta en la que trabajaba. Resulta que todavía existe. Ahora es un negocio respetable, un restaurante especializado en pescaíto frito. Hoy en día, los burdeles se llaman clubs de alterne y siguen en las carreteras, alumbrados como la

habitación de nuestra hermana Asun en las pasadas Navidades.

Juana se fue a la venta a investigar el pasado de Ramón y se encontró con que a Manuela la habían fusilado al final de la guerra en el frente de Madrid, donde luchaba como miliciana. Pero tuvo suerte con la amante de Gonzalo, porque aún vive; ahora es una respetable profesora de flamenco. Tiene una famosa academia en el barrio de Santa Cruz y lleva la administración, por más que a veces sigue enseñando su arte, que fue mucho, según dice Juana. En la misma academia se entrevistó con Francisca, conocida con el nombre artístico de Paca la Sevillana, una tarde desapacible y lluviosa, de las muchas que están padeciendo los de mi tierra este año. Transcribo lo que me mandó Juana:

«Llegué a la academia, que es un localito alegre, con enormes ventanales a los Jardines de Murillo, y me salió a recibir un monicaco de no más de diez años con pantalón ceñido, un pañuelito como de pirata y botines de tacón negro. Me contó que era el biznieto de Paca y que su bisi estaba ocupada en unas lecciones».

Esperé en la entrada sentada en un sofá desvencijado y me entretuve en escuchar el rasgueo de la guitarra que provenía del aula donde estaba la Sevillana enseñando a sus alumnos. Al fin, y después de esperar media hora, oí unos aplausos y empezó a salir un puñado de chicas sudorosas con toallas al cuello y botellas de agua en la boca como morritos hambrientos. Me miraron y no me vieron, porque aún estaban en esa especie de trance en el que entran los bailaores cuando consiguen hacerse con un ritmo, con un movimiento, con un paso. Yo lo sé bien, antes de casarme fui alumna de Adelita, que tenía una famosa academia de baile y de cante a pocos metros de nuestra casa en la calle Jesús del Gran Poder. Allí medio aprendí a bailar sevillanas pero conocí a cantidad de famosos.

Pues salieron todos menos una alta y guapísima japonesa que estaba plantada en el centro de la sala mirándose al espejo, en posición de comenzar un zapateado, contrayendo los hombros en un movimiento casi imperceptible, inclinando su torso levemente hacia adelante, con la mirada recogida como la falda. Al momento de terminar de puntear y deslizarse sobre la tarima como si estuviera en una pista de hielo, Paca tocó las palmas al ritmo de bulerías en el que terminaba el baile. Le dio unos consejos cojonudos a su alumna: «Yurico, antes de empezar el zapateao, cuando la guitarra canta tierna, estira más los brazos al cielo, pero que no se te note el esfuerzo, y al recogerlos a la altura de tu pecho, tienes que mover las manos como alas de palomas…».

Al fin la japonesa miró a su maestra y sonrió dulcemente; entonces, se le puso cara de *geisha*, cuando unos segundos antes parecía una gitana en trance; estos jodidos japoneses son como camaleones. Le dio las gracias al guitarrista, un nipón delgaducho y más largo que un día sin arroz, y se despidió de Paca con una elegante inclinación de cabeza, con las manos juntitas como en rezo a la altura de su boca.

Paca estaba sentada en una silla de enea al lado del japonés. Iba vestida como sus niñas, con un chaleco cruzado y amarrado a la cintura, falda negra de capa, calentadores en las piernas y zapatos de tacón negros. Representa veinte años menos de los casi noventa que tiene según mis cuentas, porque en el tiempo que estuvo con Gonzalo era una muchacha de quince. Es una mujer muy grande, con cara ovalada y poca frente, pómulos asiáticos y ojos todavía brillantes, enormes, del color de la melaza. Al sonreír se le suaviza la expresión, le aparecen dos hoyitos al lado de su todavía preciosa boca. Ha debido ser una mujer de las de Julio Romero de Torres.

Me miró con curiosidad, no me reconocía de su mundo. Después de las presentaciones, le dije: «Mire, Paca, si fuera usted tan amable, quisiera que me concediera unos minutos. Necesito preguntarle sobre mi tío Ramón». La Sevillana me miró curiosa, seguro que en esos instantes tenía sus neuronas en ebullición en busca de un tal Ramón conocido por ambas.

—¿Ramón? No sé de quién me habla. Venga conmigo a mi despacho que aquí tiene ahora clase otro grupo. ¿Me sigue, por favor?

Me llevó a un cuartillo al fondo del estudio donde tenía su vestuario en grandes perchas. Nos sentamos en dos taburetes frente a una camilla con mantel a punto de cruz. La Paca sacó de una neverita como las de los hoteles una botella de agua y un refresco para mí.

—Bueno, dígame qué es lo que desea saber.

—Paca, soy la sobrina de Ramón Panero, el amigo de Gonzalo Moresco. Creo que usted fue su novia.

—¡Ah! ¿Eres tú la hija de Pura? Ramón nos hablaba mucho de su hermana. Recuerdo a Ramón, sí. Era un hombre agradable… sí, era bueno Ramón. Siempre tenía cuerpo de jarana, estaba muy empeñao en la Matilde, una chica más brava que Queipo; a la pobre la ejecutaron en una valla, allá en Madrid, cuando entraron los nacionales.

—Ya sé que a Ramón lo encontraron los civiles en brazos de Matilde y que eso le costó el matrimonio. Pero lo que yo quisiera saber es si mi tío estaba metido en algún jaleo, es que tenemos el presentimiento de que algo importante pasó en esos años. Mi madre se lo insinuó a mi hermana Amalia, pero se murió sin decir más. Ahora tenemos problemas con un hombre malasangre que tutela a nuestra hermana discapacitada. Queremos arrancarla de sus garras, ¿me entiende, Paca? Es importante saber qué pasó, qué ocultaba mi madre…

—Hija, me gustaría ayudarte. Te puedo contar que mi relación con Gonzalo no duró mucho. Me enamoré de él hasta las trancas. Era un señorito con cultura que a mí me trataba como a una reina. Me inundaba de regalos, de flores, me decía las más bonitas lindezas que nadie me ha dicho nunca; que si era igualita que las mujeres que pintaba un famoso pintor, que si era más guapa que la Victoria Eugenia… Pero de eso hace tantos años que ya he olvidao su voz y casi su cara.

—Paca, ¿qué le pasó a Gonzalo? Me he enterado de que se fue…

—Sí, así fue mismamente; recuerdo aquella noche como si fuera la pasada madruga. Era en mayo, me acuerdo porque unos días más tarde cumplí los dieciséis. Gonzalo llegó nervioso, él que tenía tanto cuajo, comió un poco y se puso a escribir una carta en un papel de estraza que vio por allí. Me dio la nota y me pidió que se la mandara a sus padres, que no tenía tiempo de ir a Jerez a despedirse de ellos, que lo estaban persiguiendo unos rojos y también la Guardia de Asalto. Me juró que me quería y que volvería a por mí. Me dijo que lo esperaba un amigo en Lisboa para coger un barco. Que me escribiría desde Buenos Aires, a donde iba con sus tíos, que sabía que los militares estaban organizando un buen follón, que cuando llegase el orden él volvería a por mí. Era mejor que se fuera, mi familia no lo quería, no era gitano, decían que me había mancillao, pero nos dejaban en paz porque Gonzalo aparecía con pistola y tenía amigos tan armaos como él. Mi hermano se la tenía sentencia.

—Pero… ¿entregó usted la carta?

—Claro, hija, fue lo primero que hice al día siguiente. Busqué un sobre y la llevé yo misma al correo. No quería que esos padres se quedaran sin saber de él.

—¿Y qué pasó después, recibió noticias de Gonzalo?

—Qué más hubiera querío yo. No supe nada más de él en un año. Como si se hubiera hundió en el mar. Lo esperé hasta que me convencí de que Gonzalo estaba más tieso que mi abuela. Mi familia vio el cielo abierto y me buscaron un payo al que no le importaba que estuviera desflora, claro, que mi padre le dio a mi José una buena dote. Después supe que Gonzalo volvió antes de terminar la guerra, pero yo no lo volví a ver. Por entonces yo vivía en Córdoba, de donde era mi esposo. Se dijo que Gonzalo desapareció otra vez sin decir ni mu. Algo le pasó, yo estoy convencía que lo despacharon. Quizás ahora salga de una zanja de esas que están abriendo, no creas que no lo he pensao al verlo en el parte.

Eso fue todo. Invité a la Paca en un barecillo cercano a unas tapitas de jamón y allí estuvimos buenamente hablando de sus bailes y de su familia. Me contó su casamiento con el payo, decía que tuvieron una compañía de espectáculo de flamenco y de coplas, y que así empezó su fama. Me dijo que había bailao en nuestro cine Murillo de Pilas, lo que son las cosas…

Al rato apareció el bailaor enano, se enganchó a su cuello, la llenó de besos y le pidió diez euros para comprar chucherías. A la Paca se le iluminó la cara cuando el chiquillo le hizo una reverencia, como hacen en los teatros al terminar la función.

Cuando Pura le contó a su padre que había conocido a Tóbalo y que deseaba mantener con él relaciones serias, lo primero que hizo el abuelo fue investigar qué clase de persona era aquel alférez que rondaba a su hija. Las noticias que le llegaron no fueron muy de su agrado: Pura se había enamorado de un petimetre, un dandi de pueblo que ni siquiera había terminado la carrera de Derecho después de

años ganduleando en la universidad. Mi padre tenía entonces veintiocho; estaba ya en edad de tener la vida resuelta y de formar una familia, pero vivía despreocupado de tales responsabilidades. En esos tres años de guerra, cuando terminaba en el cuartel su trabajo de instructor, se iba al pueblo para encargarse de las finquitas de la familia. La abuela estaba mortalmente enferma y Tóbalo pasaba con ella el mayor tiempo posible.

Al conocer la opinión nefasta que Amalio tenía de él, mi padre dejó a un lado a los compañeros de parrandas y se esforzó por llevar una existencia seria y ordenada. Pero el empeño por cambiar de vida no se vio recompensado con la aprobación de Amalio, que siguió pensando que era un señorito de pueblo incapaz de hacerse abogado, un veleidoso acostumbrado a conseguir de su débil madre todos sus caprichos. Y por primera vez se disgustó con su hija. Pensó que a Pura se le pasaría su desvarío por aquel caballerete, pero en eso se equivocó el abuelo; Pura no parecía cansarse de su nuevo novio, no tuvo la menor duda sobre sus sentimientos hacia él, ninguna flaqueza. Cada día se la veía más enamorada.

En cuanto le llegaron al abuelo las palabras imprudentes de Tóbalo de que al fin había encontrado a la mujer de su vida, «una chica guapa y rica», Amalio decidió que lo mejor era llevar a Pura al cortijo con la abuela y con la tata Inés; y con la excusa de que vivir en guerra en Sevilla era peligroso para una mujer joven, de que estaría allí a salvo custodiada por el escuadrón de Flechas que vigilaba el castillo desde que Queipo pacificó la provincia de Huelva, mandó al El Al Mizar a mi madre hasta que llegó la paz.

Ella se tragó el orgullo y se fue a su destierro sin derramar una lágrima. Sabía que Tóbalo la quería y que a su padre se le pasaría el enfado, así que preparó su equipaje con poca ropa y un inmenso baúl lleno de libretas, pizarras y

lápices. Pura se instaló en el cortijo por una larga temporada; montó en la galería de los ventanales de cristales de colores su particular colegio y mandó poner una campana en lo alto de la puerta verde, que hacía sonar a la hora de las clases para atraer a sus alumnos.

Entonces vivían en El Al Mizar once familias desperdigadas por el Baldío, la dehesa y las dos grandes edificaciones cercanas al castillo. Se juntaron veinte niños de muy diferentes edades que Pura dividió en dos grupos. Colocó una tarima para ella y unas mesas que hacían de pupitres para los hijos de los obreros que atendían a la señorita Pura con enorme devoción. Allí mismo almorzaban, casi siempre potajes de legumbres con mucho aceite y carne de caza, conejos, liebres, codornices… que les preparaba la tata Inés.

Pura se encariñó con sus alumnos, especialmente con los hijos del Negro porque llegaban relimpios y con ganas de aprender lo poco que la maestra podía enseñarles: escribir, leer, hacer cuentas, conocer algo de geografía, historia sagrada y catecismo. Los preparó para la primera comunión que hicieron en el oratorio de arcos árabes del El Al Mizar, con los trajecitos blancos que Pura encargó confeccionar a una muchacha de pueblo. De los Negros, fue Lola la que más estrecha relación tuvo con la maestra. Desde que se crio a la vez que mi madre, fue considerada por los Panero como una más de la familia; el ser hermana de leche de Pura le concedió ese estatus privilegiado.

Lola era alta, el pelo del color de las mazorcas, ojos azules rasgados y frente ancha. Andaba recta como un junco, con una hermosa cadencia. Vivió feliz el destierro de mi madre y no faltó un solo día a las clases; se quedaba en el castillo hasta que se hacía de noche, se llevaba a su casa revistas Blanco y Negro, oía los discos de baquelita en el aparato que nosotros conocimos, se introdujo poco a poco

en aquel mundo de gente rica y se sentía a gusto. Como era inteligente y cariñosa, Pura le dedicaba más tiempo que a los demás alumnos. Hasta le enseñó a bordar, modales y a comer como una señorita. Lola heredaba su ropa y se enorgullecía de vestir con elegancia. Adoraba a Pura, siempre la quiso.

Terminada la guerra se quedó con su familia en las lindes del cortijo. No se fue a la ciudad como había planeado. Lola terminó casándose con un muchacho ignorante y muy trabajador que se había criado en El Al Mizar. El abuelo Amalio dotó a Lola con una casa bonita en Paterna, pero ella siguió viviendo con su marido en el Baldío hasta que sus niños necesitaron ir a la escuela del pueblo. Entonces cambió de vida, olvidó pronto la dureza del campo y ya no volvió a echar jornales en el verdeo o en la recolección del algodón. En Paterna se hizo con un kiosco de lotería, noventas de amor y tebeos y allí trabajó hasta que no hace mucho sus hijos la retiraron. Mi madre y Lola mantuvieron su fraternal relación hasta que Pura murió.

Durante los dos años que Pura vivió en El Al Mizar, Tóbalo le mandaba preciosas cartas y regalos a través de un Flecha al que había instruido. A preparar a muchachos para ir a la guerra, a eso se dedicó mi padre porque no fue llamado a filas; tuvo la inmensa suerte de que la última quinta que entró en combate, de las que sirvieron al rey, fue la anterior a la suya. Y se quedó tranquilo, él no tenía madera de héroe. Pasó esos años dramáticos tan ricamente, adiestrando a los Flechas con los que marchaba a diario por las calles sevillanas, como aquel día en que vio a Pura en la esquina del Britz.

Poco tiempo más tarde se tuvieron noticias de Gonzalo desde Argentina. Volvió en junio del 37 para alistarse en el Ejército Nacional. Había estado trabajando para el servicio secreto de los sublevados en Buenos Aires hasta que no

pudo resistirse a entrar en guerra. Llegó a Cádiz e inmediatamente ofreció sus servicios como piloto en Tablada; desde aquel aeródromo sevillano, el más antiguo de España, salía en un Junker para efectuar terribles acciones de castigo sobre la indefensa Madrid.

Tóbalo conoció a Gonzalo por medio de Ramón; se veían en Sevilla al volver el piloto de permiso, en las escasas ocasiones en que mi padre iba a la capital, al cine o al teatro. Tóbalo nunca fue al cortijo durante los años de la guerra porque sabía que no sería bien recibido por el abuelo Amalio y suponía que tampoco por Ramón. No andaba descaminado ya que el tío Ramón invitaba a Gonzalo a cacerías con una sola finalidad: que Pura se enamorase de él por el gran futuro político que le auguraba a su amigo en el inminente gobierno de los nacionales, y la gran fortuna y magnífica posición social de su familia. No contaba con la antipatía que a Pura le inspiraba el piloto y la honda aversión que sentía el abuelo por un hombre de semejante catadura moral.

En las ocasiones en que Gonzalo iba al El Al Mizar solía dormir en el cortijo. En verdad se sentía atraído por Pura, admiraba su dedicación a la escuelita, la buena labor que estaba realizando entre aquellos niños. A veces se sentaba divertido en la última fila, como un alumno más, y así, con esa treta, podía mirar a Pura, cómo hablaba, cómo se movía, cómo reía las ocurrencias de sus alumnos. A ella le incomodaba su presencia, pero no podía quejarse sin ofenderle ya que en verdad no hacía nada malo. En ocasiones, Ramón participaba con su amigo en estas inocentes bromas y entonces Pura le regañaba; sabía que su hermano solo quería contemplar la guapa Lola, quien parecía halagada por las visitas de mi tío.

Pasados unos meses Gonzalo fue con más frecuencia al castillo porque se había enamorado de Pura; empezó a

cortejarla de manera grosera y tenaz, y ella, que no dejaba de pensar en su novio y no tenía interés alguno en el nuevo pretendiente, se quejó a su padre, le dijo que no sabía cómo rechazarlo. Amalio investigó la vida de Gonzalo y las noticias que recabó no pudieron ser más perturbadoras. Todo el mundo lo sabía en Sevilla, descubrió que era un pistolero de la FE y temió que su hijo también lo fuera. Le prohibió a Ramón que llevara a su amigo al cortijo, pero una mañana en que Amalio fue a visitar a su familia de improviso, se encontró con Gonzalo que volvía de caza. Amalio se enfrentó al pistolero en la misma puerta, le dijo que sabía de sus «hazañas», que en el castillo no deseaba tener a nadie de esa ralea, que no quería verlo más por allí y menos rondando a su hija. Le soltó: «Si te vuelvo a ver en El Al Mizar, no vas a salir entero para contarlo…». A Ramón lo echó del cortijo, justo un mes antes de que mi tío fuese llamado a filas y enviado al frente de Navarra. Tuvo fortuna, ya que al poco tiempo lo declararon inútil por una herida en un brazo.

Ramón volvió licenciado a Sevilla y, sintiendo el rechazo de su padre, se fue a vivir a Gerena a casa de la tía Belén, la hermana menor y más querida del abuelo. Allí convivió con el pequeño primo Sebastián, al que llevaba trece años. Nuestro tío se hizo cargo de la dirección de la cantera y de la empresa de construcción que tenía Amalio en Huelva y al fin, en Gerena, Ramón sentó la cabeza y volvió a recobrar la confianza que había perdido de su padre y de su hermano Felipe. Muerto el abuelo, Ramón se fue a Mérida, donde montó un negocio de mármoles y sanitarios de baño. Se volvió a casar con una mujer madura hasta que enviudó poco antes de fallecer Tóbalo. El tío, ya enfermo de diabetes, se deshizo de su tienda y se vino a vivir con nosotros. Fue para los hermanos una persona entrañable y buena a la que quisimos como a un padre.

De: Juana.
Para: Amalia.
Fecha: 31 de enero de 2010.

Querida Amalia, ayer tarde no te escribí porque estaba con una buena tajá y no daba pie con bola, así que aunque son las nueve de la mañana, buena hora para seguir remoloneando en la cama en un domingo tan desapacible, me dispongo a relatarte la boda de Luz. Te eché de menos.

La pobre llegó al convento de Espartina como un pollito mojado. ¡Qué mañanita de perros! No paró de llover, y qué viento tan glacial. La novia llegó del brazo de nuestro amado Moncho y con cara de circunstancias, no por nada iba preña de tres meses. Pobres opusinos, nuestra cuñada no dijo nada de los motivos de esta boda tan rápida y a destiempo, cuando la niña está de exámenes de fin de carrera.

Bueno, ya en la iglesia la cosa se tranquilizó y la verdad es que Luz iba preciosa con una capellina de piel blanca sobre un traje de Pronovias de línea imperio, con el maravilloso velo de encaje de la abuela Purificación, el que usamos las novias de la familia. La ceremonia fue muy larga, con misa. Me dio tiempo de pensar en los gusarapos y pasearme por las nubes, con la mente en nuestro misterio. Pues en esas estaba cuando, de pronto, me subió un escalofrío por las piernas, me quedé pajarito del susto. No, no es lo que tú piensas, que el novio salió corriendo ante la perspectiva de tener a tal suegro. No, querida hermana, era que el altar mayor lo presidía… ¡una virgen negra! ¡Dios, qué emoción me entró!

Parecía prima hermana de la Virgen del Pilar. Hermana, una virgen negra. Después caigo en otra cosa: el novio, Carlos, ¡¡¡es piloto de Iberia!!! No te digo más que fui la

primera en alcanzar la puerta. Miré entre los hombres que fumaban a la espera de salir flechados hacia el restaurante y vi a un señor de respetable edad vestido de algo del Ejército del Aire. Me fui a él cual centella y casi caigo en sus brazos.

—¿Sabes por qué Carlos ha escogido este monasterio? —le pregunté.

—¿Tú no? Es por la Virgen del Loreto, la patrona de todos nosotros, los aviadores.

Mira, Amalia, se me aflojaron las canillas porque entendí el mensaje que seguro que me había mandado Loreto, la morenita. ¡¡¡La medalla de nuestra hermana!!! Salí escopeta hacia el coche, me quité la jodida pamela que rebosaba agua y desde la blackberry le mandé un correo a Asun y le pedí que me confirmara la información del apuesto militar. Me contestó inmediatamente, la pillé en su recreo informático; me dijo que era cierto, que ella nos pidió una foto y que se quedó esperando. Es verdad, se me olvidó mandársela ya que no sospechaba nada de aquella medalla de oro, pero Amalia, ¿sabes lo que te digo?… Que Gonzalo está con las ranas en el barranco de tal nombre.

Sobre el asunto que nos ofusca, ¿no crees que, según las informaciones que tenemos, Sebastián puede que haya tenido a la vieja chantajea? ¿Que él sabía lo del muerto? Pero, me pregunto… ¿cómo sabía que Gonzalo está fiambre? En cuanto me sacuda esta jodida modorra que me tiene ancla en la piltra, y me levante, me voy al cortijo. Esta tarde te sigo la historia.

Le llevo a Purita todas las cartulinas, cuadernos y lápices de colores que he encontrado en la casa; me pasaré por Ochoa para comprarle media docena de milhojas, pero se las va a comer enfrente de mí, porque esos dos sinvergüenzas de los caseros le quitan todo lo bueno que le llevamos.

Muchos besos, te envío unas fotos de Luz que logré hacerle cuando salió de la iglesia. Juana.

A mi hermano Ramón solo le faltaba casarse con una opusina, con Mary Luz. ¡Se ha hecho de la Obra! Él, que nunca fue a misa. Aparte de su extravagante obcecación por los caballeros templarios, ahora tiene una manía que le afecta al bolsillo; desde hace muchos años, en el tiempo que murió la vieja, Ramón —llamado Moncho desde que tuvo conocimiento, porque lloraba cada vez que algún niño gamberro rimaba su nombre con palabras malsonantes— tiene la idea fija de vender el castillo para hacerse con el corretaje, que es un buen dinero. De joven Moncho se tiró a la bartola, quiso emular a nuestro padre y hacerse señorito, pero no cayó en la cuenta de que entrábamos en Europa, de que en España ya no se oía a la Piqué y de que acababan de aterrizar los Beatles. El muy tarado abandonó la carrera de perito agrícola en el primer curso y ahora vive austeramente, con el sueldo de comercial de una empresa de piensos.

Como Moncho, todos queremos vender El Al Mizar por diversas razones, unas más filantrópicas que otras. La primera y fundamental: estamos sin *cash*, o sea, tiesos. Juana tiene posibles desde que enviudó, pero como se ha comprado un buen apartamento en Punta Umbría, ahora está más o menos como los demás hermanos. Yo tengo dos pisos en el barrio de Salamanca que valen un potosí, pero están siempre alquilados y la renta que me dan va todita íntegra a pagar nuestro apartamento de Heidelberg y las verduras que cocino para Die Brücke.

El motivo filantrópico, que es muy importante para todas, es que salga Purita de una maldita vez de ese caserón frío, ruinoso y aislado. Queremos que el primo Sebastián renuncie a la tutoría que la vieja le dejó para poder instalar a Purita en una linda casa en Paterna, al cuidado de nuestra

querida Loli. Pero Sebastián es como un perro de presa. Ni se le pasa por las mientes dejar a mi hermana o, lo que es lo mismo, la administración de su herencia. ¡Ahí está el intríngulis! La buena renta que dan las tierras del El Al Mizar a pesar de que de las cinco mil hectáreas que tenía en tiempos del abuelo solo quede una décima parte.

Sebastián fastidia cualquier intento de venta manipulando taimadamente a Purita en nuestra contra. Nos pone como hojita de perejil, le dice que queremos vender «su» castillo para meterla en una residencia de viejos. Es un canalla. Menos mal que Moncho no ceja en su noble empeño de quitarle la tutoría para que la llevemos nosotras. Optimista ante un posible buen desenlace de la última demanda que le hemos puesto al primo en el juzgado de La Palma, mi hermano le ha encargado a Juana, previo pago, que le confeccione un *dossier* del El Al Mizar en el que refleje sus increíbles investigaciones sobre los templarios. Juana ha tenido que aceptar sus peregrinos argumentos y comienza el informe de esta disparatada manera:

«La monarquía castellana, afianzada en Sevilla en el siglo XIII, traza la Ruta de la Plata, vía que desde Castilla cruza dicha ciudad andaluza y termina en el Atlántico, en Palos de Moguer. Los valientes españoles que marchan al Nuevo Mundo hacen una parada de descanso en El Al Mizar, que se encuentra a escasas leguas del puerto de Palos. No por nada dicho castillo está enclavado en la importante ruta que llevó el oro y los tesoros americanos del puerto onubense al centro del poder del reino castellano. Los caballeros del Temple, a los que se puede considerar una especie de banqueros del Medievo, poseían fortalezas parecidas a El Al Mizar, edificios en los que protegían sus caudales mientras

organizaban inmensas caravanas escoltadas por soldados armados hasta los dientes…».

A continuación se explaya con diversas pruebas estrambóticas, como la expuesta, con el propósito de convencer a los incautos de que los templarios ocuparon el castillo. Nuestro hermano está convencido de todas sus elucubraciones, como lo estaba el bueno de don Quijote. Me comentó hace poco que se había enterado de que en Alemania hay muchos de los suyos, seguidores de estos caballeros que cortaron más de una cabeza en pos del Santo Grial. ¡Y se sobresalta Asun de que los de Al Qaeda quieran reconquistar Al-Ándalus con los mismos escalofriantes métodos! Al recibir mi regalo de bodas para Luz, Moncho me mandó un correo con una petición harto extraña, como suelen serlo sus cuitas:

«Hermana, me he enterado de que en Heidelberg hay un grupo de compañeros seguidores del Temple. ¿Podrías ponerme en contacto con ellos? Como son alemanes, seguro que tienen pasta. Es por lo de la venta del El Al Mizar. Me haría feliz que nuestro castillo volviese otra vez a su pasado esplendor, que estuviese consagrado a tan histórica Orden. Se lo he intentado vender al Opus para que lo dediquen a una casa de Oración, pero ha sido imposible. Dicen que han acabado hasta la coronilla de secretos, castillos y demás, que con el Dan Brown tienen bastante».

He buscado en Google sobre el tema que trae loco a mi hermano y veo que el *The Daily Telegraph* informa que los caballeros templarios van a pedir al Papa que restaure la Orden, casi setecientos años después de haber sido disuelta en el Concilio de Vienne, en Francia, en el 1312. Vaya, voy a tener que dejar de cachondearme de Moncho y ponerme a buscar a sus colegas alemanes.

Al finalizar la guerra, mi madre, de vuelta en su casa de Jesús del Gran Poder, trabajó de enfermera en la Gota de Leche, primer consultorio de niños de pecho, fundado por Rafael Ulecia en Madrid en 1904, dos años antes que en Sevilla. En aquella casa de patio de columnas de mármol y amplias galerías, Pura se dedicaba a cuidar a los bebés de familias pobres o represaliadas, y enseñaba a las madres nociones de higiene y a esterilizar la leche de los biberones. Años más tarde, ya en el pueblo, facilitaba a las madres necesitadas el Pelargón, la primera leche en polvo de Nestlé, que llegó a España en 1944 y que salvó a miles de niños españoles de la desnutrición y la muerte. Compaginaba su trabajo en la Gota de Leche con otras actividades de ayuda. Acudía vestida con su uniforme de Falange al Auxilio Social, a comedores para madres y niños depauperados, y participaba en las numerosas cuestaciones de la Ficha Azul, hasta que estas peticiones de dinero se hicieron mensuales y obligatorias entre la gente rica. Mi madre tuvo en esos años de hambre y miserias unos fines humanitarios que daban pleno sentido a su vida. Mientras estaba volcada en sus labores altruistas, Tóbalo continuaba en el pueblo cuidando a su madre enferma. Se encontraban en Sevilla a escondidas de Amalio y escudados por la prima Rosa. Mi madre no supo más de Gonzalo, que había vuelto a desaparecer poco antes de acabar la guerra; esta vez no había dejado cartas ni mensajes.

En enero de 1941 murió la abuela Juana, y mi padre decidió no demorar más su firme decisión de casarse. Se presentó en la casa de Jesús del Gran Poder y pidió la mano de Pura al abuelo, que ya no tuvo excusa para negarse. Tóbalo había cumplido con su deseo de que llevara una vida digna, y ahora era propietario de viñedos y olivares con renta suficiente para mantener a su hija sin ayudas.

La herencia de la abuela Juana quedó indivisa. Sus dos hijas, que vivían lejos de Sevilla, accedieron gustosas a que el hermano administrara las fincas y dividiera las rentas en tres partes iguales. Mi padre era un hombre honrado, al extremo de que jamás mis tías desconfiaron de él ni le pidieron nunca las cuentas. A la muerte de Amalio, fue Sebastián quién administró El Al Mizar sin que Tóbalo intentara entrometerse en ninguna decisión sobre su normal funcionamiento. Pura y Ramón recibían anualmente lo que Sebastián decidía darles, confiaban plenamente en él, lo mismo que hicieron mis tías Moncha y Juanita con su hermano.

La boda de mis padres casi no se celebró. Se casaron el 6 de diciembre de 1941, en la iglesia de San Lorenzo. Los enamorados iban de luto riguroso por la reciente muerte de la abuela Juana. Mi madre, con traje de chaqueta de seda del famoso modisto Jerónimo Cerezal y un sombrero de los Almacenes Peiré, se permitió un respiro en su elegante pero triste vestimenta luciendo una estola de zorro gris plateado y unos preciosos topolinos que mi hermana Concha y yo nos poníamos de niñas tras rebuscar por el armario del cuarto de Manolo el chófer. De modo que después de una comida servida en casa a los familiares más cercanos, mis padres subieron felices al Wagon Lit que les llevaría de viaje de novios a la capital, lo más lejos que fue Tóbalo nunca. Pura viajó, ya viuda, con Julio y conmigo por Europa y conoció un poco de mundo.

En el verano en que entrevisté a mi madre, cuando mi divorcio, me contó una anécdota que retrata el carácter extremadamente tímido y púdico de Tóbalo. Antes de llegar a Madrid, mi padre abrió la ventanilla del compartimento del coche cama y tiró las sábanas manchadas con la sangre de la virginidad de su mujer. Intentó lavarlas, y al ver que persistían, no se le ocurrió mejor idea antes de que las

descubriera el revisor que eliminar las huellas de aquella primera noche de amor con Pura. Me contó también que estuvieron a punto de quedarse en tierra, que mi padre se opuso tajantemente a su deseo de entregar el dinero que la familia les había regalado a Auxilio Social, pero que al fin, con tan buen capitalito, pasaron una lujosa luna de miel en el Madrid miserable de la posguerra, cosa que a ella, según decía, le dejó mala conciencia.

El nuevo matrimonio se alojó en el Hotel Ritz. Asistieron a teatros, visitaron el Prado —que mi padre recordaba con emoción porque era un hombre sensible y aficionado a la pintura—, fueron a zarzuelas, a buenos restaurantes, a Chicote, o simplemente paseaban por el parque del Retiro, la Castellana o la Gran Vía. Mi padre iba como un pavo real, presumiendo de mujer guapa y distinguida que lucía el traje, el sombrero y las pieles de su boda. Contaba orgulloso que la gente se paraba a mirar a su flamante esposa.

Finalizados aquellos días de gozo, la vuelta a Sevilla no fue muy agradable para Pura. Le esperaba la casa de la abuela Juana, que en los meses previos a la boda fue reformada por Tóbalo. Pero a pesar de que mi padre amplió habitaciones, hizo un nuevo cuarto de baño, mandó instalar un gran cierre de cristal para iluminar el salón, mejoró la cocina y decoró toda la vivienda con muebles de Los Certales, la casona seguía siendo fría e inhóspita, justo bajo el campanario de la iglesia. Pura sufrió estoicamente los continuos tañidos de las campanas los quince años que vivió en el pueblo. Al volver a su antigua casa de Sevilla, a la muerte del abuelo Amalio en el año 1957, mi madre no volvió a poner los pies en Pilas hasta el día en que enterró a Tóbalo.

CAPÍTULO VIII

De: Juana.
Para: Concha, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 1 de febrero de 2010.

Queridas hermanitas, imagino que ya os habrá puesto Amalia en antecedentes, yo no tengo tiempo para mandar más mensajes, lo siento, chicas, pero es que no paro.

Vayamos al quid de la cuestión que nos obnubila. Como le dije a Amada, esta mañana enfilé para el cortijo sin decirle a Purita ni mu. Llego me la encuentro, a las doce, enchufada al televisor viendo una de sus horribles películas de Drácula. Y tan guarrindonga como me temía.

Bueno, no quise discutir con la japuta de la Angustias —qué buen nombre le puso la madre que la parió, y qué descansadita se quedaría la buena mujer…—, y me llevé a la hermana de paseo por la dehesa. Llevaba al cuello, claro, la medalla de la virgen negra. Le hice una foto con el móvil y se la mandé a Asun, ¿verdad, *delete*? Al rato me contestó diciéndome que en efecto era la Virgen del Loreto; lo habría mirado en su santoral vademécum.

Pues entonces, toda nerviosa, le digo a Purita que vayamos a coger espárragos por la zona del Chorrito y la muy cabronceta va y me dice:

—Lo que tú quieres es que te lleve al Barranco de las Ranas para buscar más joyas…

A veces me sorprende la jodida, es mucho más espabilada de lo que aparenta.

—Bueno —le contesto—, vale, llévame al sitio donde encontraste a tu Virgencita Negra. Quizá podamos encontrar un Niño Jesús chino.

No os podéis imaginar lo contenta que se puso. Me llevó a galope tendido hasta el barranco. Pero aquello no era un barranco, era el lago de Laussane. Con toda la lluvia que ha caído estaba totalmente encharcado, imposible buscar algo a no ser ranas. Purita me dijo que no me preocupara, que seguro que dentro de unos días allí no habría más que barro.

La dejé la mar de feliz después de haberse zampado la media docena de milhojas que le llevé. Le dije que guardase nuestro gran secreto, que no se lo contara a los caseros y menos al primo Sebastián, porque lo que ellos quieren es quitarle de nuevo su medalla. Ese argumento fue definitivo: Purita es una tumba hasta que encuentre a su Jesusito pequinés, ya me encargaré de eso. Seguro que en un chino localizo una medalla con la cara de un ídem, le mando poner una corona en el coco y listo.

Después me fui pitando para el pueblo en busca de la joyería Suárez, nada que ver con la famosa de Madrid. Me la encontré con las rejas extensibles echadas, claro, era domingo.

«¡Qué mala suerte!», me dije, pero se me encendió una bombilla en el cerebelo como en los tebeos de nuestra época y me fui en busca del Romualdo, que bien que jugábamos en el cortijo cuando éramos niños. Lo encontré en su casa en zapatillas viendo el fútbol, pero fue muy amable, como siempre, y me contó la historia que os relato:

«Estaba una mañana —no hace mucho— en mi tienda en el momento que aparece el Sebastián. Pensé que vendría,

como siempre, para comprar un detallito a su querida. Pero no, venía con una medalla de oro de buen tamaño, sucia y dañada, pero bonita, y el oro, de veinte quilates. Tenía una virgen negra que no reconocí, quizás la de Montserrat, pero es que yo no sé mucho de vírgenes…». Me miró con cara de pícaro, buen elemento es el Romualdo.

Tras muchas vueltas y revueltas que no quise interrumpir para no escamarlo, me aseguró que detrás de la medalla había una fecha y un nombre. Que el nombre era ilegible pero que recordaba que era del año 1935 porque le extrañó que fuera tan vieja. Por lo visto el primo le dijo que borrase las inscripciones, que así estaría más bonita. Me juró, por nuestra amistad de la infancia, que no se iba a ir de la lengua.

O sea, hermanitas, que la Virgen es la del Loreto, la patrona de los aviadores, y que la medalla tenía una fecha que puede encajar perfectamente con la vida de Gonzalo. El martes —mañana tengo que entregar un trabajo—, me planto con la foto de la medalla en casa de su hermana, que creo que todavía vive en Sevilla, en los Remedios.

Esto se pone interesante, pienso que vamos por buen camino. Muchos besos a todas de vuestra hermana Juana.

Al leer el mensaje de Juana la llamé inmediatamente a su móvil. Nunca sé dónde está, puede mandar larguísimos *e-mails* desde el sitio más insospechado, como el otro día de la boda de Luz.

—Hola, Juana, soy Amalia. Acabo de recibir tu mensaje. ¿Podemos hablar?

—Claro que sí, hermanita. ¿Sigues hibernando en tu preciosa Heidelberg?

—Sí, aquí sigo, pero bien calentita, en la agencia. Mira, Juana, al leer tu *e-mail* he caído en una terrible sospecha…

de la vieja. No debes enseñarle la medalla a nadie y menos a la hermana del piloto. No hables de esto con nadie, no sabemos quién puede estar implicado. Recuerda que nuestra madre contaba pestes del Gonzalo. Por lo visto la cortejó de no muy buenas maneras.

—Vale, vale. Tranquilízate, te comprendo. Pero creo que te precipitas. Aún no sabemos con seguridad quién es el muerto, ni siquiera si lo hay. ¿Y si se le cayó la medalla a Gonzalo en un día de caza? Yo solamente quiero saber si es de él…

—Claro, pero si mañana te confirman que la medalla es del piloto querrán seguir investigando, querrán ir al Barranco…

—Sí, tienes razón, cómo no me he dado cuenta, debemos cerrar el pico hasta no estar segura de que hay un difunto. Ya me inventaré una buena excusa para la hermana de Gonzalo. Otra cosa, ¿te acuerdas de la pistolita que tenía nuestra madre en el cajón de las medicinas de su cómoda? Pues se me olvidó deciros que la busqué y no estaba. No había nada en los cajones, estaban limpios como patenas.

—¡Qué raro! Ella me contó que era la pistola que llevaba en el bolso en sus años de enfermera, que estaba descargada, no tenía balas, y que permanecía en el fondo del cajón desde la guerra para sentirse más segura cuando se quedaba sola con Purita, sin los caseros.

—Pues ya no está, quizás Moncho la tiró para que no la cogieran los niños.

—No lo sé, pero no me pega que Moncho rebusque en el cuarto de mamá. Desde su muerte, allí no entra nadie.

—Pues, hija, no sé quién la habrá cogido, como no sea Sebastián…

—¡Otra vez ese mamón, hijo puta…!

—Amalita, te recuerdo que la que dice palabrotas soy yo.

—Pues creo que voy aprendiendo. Vale, Juana, no abras la boca, tú prudente como serpiente. Cuéntame lo que descubras, chao.

El mismo día de la charla con Juana me descubrí haciendo exactamente lo que hacía mi madre en su última etapa. Me soné la nariz con una servilletita del rollo de papel de la cocina y después me limpié las botas. ¡Qué asco!, lo digo por las botas, claro. Ya aprovecho suficientemente los papeles de cocina, que me sirven como servilletas y después de pañuelitos de los mocos. Pero limpiarme los zapatos… creo que ya es darles demasiado uso. Me he vuelto muy ecológica, vivir en Alemania ayuda mucho. Aquí, como se te caiga un papelillo a la calle y no te tires a recogerlo como el portero del Real Madrid cuando juega contra el Bayern, te miran como si fueras Bin Laden. Recuerdo que hace unos años, en una ciudad bella del sur de nuestro país, iba en mi descapotable y paré en un semáforo. El señor, por llamarlo de alguna forma, del vecino utilitario bajó impasible el cristal de la ventana y lanzó un vasito vacío de Danone al asfalto. Bajé yo la mía y lo llamé educadamente: «Disculpe, señor, se le ha caído algo…». Me insultó con palabrotas que yo nunca había oído, me soltó que a él le gustaría ver los bajos de mi cama. Qué horror, qué miedo pasé, si no acelero mi bólido aquel neanderthal me mata…

Aquí en Alemania me estoy convirtiendo en una experta en el tratamiento de residuos, y es que si no los separo bien y ordenadamente nos crujen con una multa de muchos euros. Una vez se me deslizaron unas salchichas en malas condiciones en la bolsa amarilla de los plásticos, y al poco recibimos una cartita del Heidelberger Stadtwerke comunicándonos amablemente que la próxima vez que me pillaran me iban a meter las salchichas por salva sea la parte.

Incluso ahora, con la edad, me siento muy «verde» porque aprovecho las barras de labios al máximo con un pincelito *ad hoc*. Y utilizo para dos tazas de té la misma bolsita. Eso también lo hacía mi madre y la criticaba. Y mira por dónde me veo recortando cuartillas ya usadas por una cara para escribir notitas o la lista de la compra, tal como hacía ella. Bueno, la vieja llegaba a utilizar el envés de los cartones de Fortuna como dietario; yo a eso no llego, más que nada porque no fumo. Pero sí que me zampo todas las sobras de la nevera, no desperdicio nada. Respecto a la ropa, utilizo los calzoncillos viejos de Rudolf (son muy confortables con su cinturilla floja) y sus camisetas blancas como pijama. Y en la casa visto más o menos como Doris, con ropa vieja comodísima. Es una suerte que a Rudolf no le importe la pinta que gasto; le hace gracia verme vestida con sus cosas, hasta le enternece; él, aunque es muy presumido, es más ecológico y verde que yo.

Por otro lado, reviso de vez en cuando las innumerables llaves que se van quedando huérfanas de puertas. Es otro clarísimo síntoma de vejez, como formular lo que se nos viene a la boca sin preocuparnos del efecto que pueda tener en nuestros semejantes. Ya nos importa un pito lo que piensen de nosotros, pasamos de modas, de tendencias, de fiestas, de jolgorios, de ahorrar para pagar el apartamento de la playa, de broncearnos pasando bochorno, de quedar **bien** con el jefe, de estar media tarde arreglándonos cabreadas por no tener qué ponernos. Leemos novelitas policíacas sin sentir vergüenza al confesarlo, pasamos de sostener opiniones políticamente correctas de los peperos y los sociatas y los mandamos a todos al carajo… En fin, estas son algunas de las ventajas de llegar a vieja. No obstante, renunciaría a todas ellas por poder mirarme al espejo con mis gafas de cinco dioptrías. Siempre me las quito porque así me veo más favorecida. Vamos, que no me veo…

Pura pisó pocas veces la calle durante los años que pasó en Pilas, en el pueblo de mi padre. Vivió como una auténtica afgana en aquella casona, siempre embarazada o amamantando a alguno de sus hijos. Solo salía los domingos, bien temprano, para ir a misa, y cuando hacía esporádicas visitas a la tía Carmen, la prima hermana de Tóbalo. Ella era mi madrina, una mujer muy importante en mi vida, como lo fue Antonia.

También visitaba a doña Amelia de Vilallonga, señora de la alta burguesía vasca que vivía en una casa-palacio muy cerquita nuestra. Luis Medina Garvey, su esposo, era un hombre emprendedor que se instaló en nuestro pueblo a principios del siglo pasado. Con el capital de su mujer, transformó las empresas de tipo artesanal que heredó de su familia en importantes industrias como la fábrica de aceite de orujo, la de jabón, una central de energía eléctrica y una fábrica de cueros. Por otra parte, los Medina pertenecían a la aristocracia sevillana, estaban emparentados con los duques de Medinaceli. Separado de su enorme caserón por dos calles, con la iglesia de por medio, tenía esta familia un hermoso jardín del estilo del parque de María Luisa que casi lindaba con nuestra casa. Era umbroso, con pequeñas fuentes, rocalla, altísimas palmeras, fragantes rosas de mil colores, el suelo amarillo anaranjado del albero… Allí íbamos muchas veces a jugar porque conocíamos a Francisca, la portera.

Mi madre, antigua alumna de las Irlandesas, el colegio de las niñas Medina Vilallonga, consideraba que tenía el honor o el privilegio de poder relacionarse con doña Amelia, pero respetó las que para ella eran claras diferencias de clases. Siempre tuvo presente, a pesar de su riqueza, que su padre era de baja cuna, y aun teniendo otra crianza y cultura Pura

nunca quiso inmiscuirse en la vida de aquella familia de tan alto linaje. Ella contaba que su discreción y actitud comedida agradaba mucho a doña Amelia, que siempre la honró con amables atenciones y auténtico cariño.

Cada vez que mi madre paría a un hijo lo engalanaba con la mantilla más elegante, se ponía uno de sus escasos buenos trajes y enfilaba la cuestecilla desde nuestra casa a la de los Medina. Allí la esperaba doña Amelia para celebrar su visita, afectuosa y encantada de conocer tan rollizos y sanos bebés, no por nada fuimos muy bien cuidados por nuestra madre que era puericultora. Realizaba Pura un viejísimo rito del que no era consciente: presentar el hijo señor, como en épocas feudales.

Una vez destetados, los niños de nuestra familia fuimos alimentados por nuestra querida Antonia, que vino de Aznalcóllar cuando nació Lito a hacer una suplencia de quince días a la cocinera, que estaba enferma. La cocinera murió y ella se quedó en casa toda su vida. Antonia tenía cuarenta y cuatro años y acababa de perder a su novio, herido gravemente en la guerra. Era una mujer fuerte y guapa, del estilo de nuestra abuela Purificación. Venía de criar a seis niños en Sevilla, en el Horno de San Ildefonso y nos contaba de esa vida con olores de polvorones, cortadillos, yemas, mazapanes y hojaldres que a nosotros nos parecía muy lejana porque Antonia era de mi casa. Yo sentía celos de aquellos a los que ella había cuidado.

Antonia fue una abuela para todos los hermanos; era una mujer cariñosa, inteligente, risueña y bondadosa que disfrutaba con su humilde vida, con lo cotidiano, con vernos crecer, con ofrecernos sus ricos guisos, con ayudar a los pobres que aparecían a diario por sus dominios; para ellos siempre tenía unos garbanzos, o las verduras y la magra de los pucheros. Contaba con sus propios mendigos.

Recuerdo a Mariquita, una mujer coja, andrajosa y desgreñada que parecía anciana pero que no tendría más de cuarenta años ya que iba siempre con unos zagalillos tímidos, sus hijos, que no se atrevían a entrar en el reino de Antonia, en la zona del servicio y de los niños. Además de socorrer a cuantos pordioseros llegaban a la casa y proteger a su familia de Aznalcóllar, Antonia tenía prohijado a un niño huérfano de guerra, muy alegre y delgadísimo, que la quería con locura, como si fuera su verdadera madre. Siempre se le veía jovial a pesar de su mala vida; recuerdo claramente su cara, sus risas y hasta su voz.

En aquellos paupérrimos tiempos de la posguerra, en los que la gente de Pilas —años atrás en buena situación laboral gracias a las industrias Medina— sufría auténtica hambre, mi madre socorría a muchos necesitados con los productos del cortijo que su padre le enviaba, los que podía burlar a las incautaciones del Gobierno: aceite, leche, trigo, garbanzos, maíz, patatas, naranjas, huevos, gallinas… Mi familia, la de Pilas y la del abuelo Amalio jamás negociaron con sus productos del campo, nunca hicieron estraperlo; no como otros, que acumularon grandes capitales aprovechándose de los hambrientos.

Para aliviar el hambre, Pura se llevó a Pilas a su queridísima Nena, la vaca suiza blanca y negra que había criado como a un perro. La Nena vivió en nuestro patio hasta que murió de vieja; su leche se destinaba a la casa y a todos los chiquillos que la necesitaran. Tuvo una actuación memorable que empezó con esta graciosa anécdota: mi abuelo Amalio mandó a la Nena desde El Al Mizar hasta nuestro pueblo a patas, custodiada por dos obreros que, en medio de los cuarenta kilómetros que median entre el castillo y Pilas, pararon en una venta para echar un trago. Amarraron la vaca en un poste y al salir del barucho se quedaron de piedra. ¡Se habían llevado a la Nena, había

desaparecido! Volvieron cabizbajos y condolidos por haber perdido la vaca, creyeron que se la habían birlado, lo lógico en aquellos tiempos de hambrunas. Pero al llegar al El Al Mizar para dar explicaciones, se encontraron a la Nena esperándoles tan feliz en la dehesa. Después de una buena bronca del abuelo, la llevaron de nuevo a Pilas en el camión del cortijo.

De: Juana.
Para: Amalia.
Fecha: 3 de febrero de 2010.

Querida Amalia, ayer contacté con Ángela, la hermana de Gonzalo. Me citó a la hora del aperitivo en su casa, un espléndido piso de la plaza de Cuba con vistas impresionantes al Guadalquivir. Ángela es una mujer de ochenta años que se conserva muy bien, a pesar de que fuma como un carretero deprimido. Debe haber hecho mucho deporte, tiene espaldas de nadadora. Después de unas frases amables de presentación, mantuvimos esta charla:

—Qué alegría, Juana, estoy encantada de tenerte aquí. Yo conocí a Pura, tu madre, en la boda de unos amigos comunes hace muchos años. Estuvimos hablando de mi hermano y de tu tío Ramón, que por entonces vivía con ustedes. Yo le dije que qué pena que no hubiésemos sido cuñadas, que sabía que Gonzalo la cortejaba, que estaba enamorado de ella.

Pero no pareció entusiasmarla, creo que Pura quería mucho a tu padre; se acababa de morir por entonces. Espero poder ayudarte en el trabajo de investigación que estás escribiendo. Gonzalo nos hablaba mucho de los Panero, se sentía muy a gusto con ellos aquí en Sevilla.

—Gracias, Ángela. Como te dije por teléfono, he pensado en ti porque estoy realizando un estudio para una revista americana sobre los inicios de la aviación española, su actuación en la guerra de Marruecos y en la guerra civil. Sé que había pocos aviones y aviadores en ambas contiendas y que Gonzalo fue uno de los más heroicos. Si tú me pudieras dar algunos datos de su vida, de su personalidad… ¿Qué le pasó a tu hermano? ¿Murió en servicio? Me cuentan que desapareció, pero nadie me aclara cómo fue…

—Te ayudaré en lo que pueda, verás. Un poco antes del levantamiento se fue de España porque se la tenían jurada, pero al menos nos mandó una carta para que estuviésemos enterados. Justo un mes antes de terminar la guerra, desapareció otra vez; entonces pensamos que le había ocurrido lo mismo y que no había tenido tiempo ni para escribirnos una nota, pero los meses pasaban… Lo que es seguro es que no murió en acción de combate. Desapareció. Mi familia nunca llegó a conocer su suerte. Tampoco los compañeros supieron nada; fue como si se lo hubiera tragado la tierra. Al cabo de los años mis padres aceptaron que Gonzalo estaba muerto. Él era un buen hijo, incapaz de tener a su familia en esa dolorosa incertidumbre.

—Ya… Debe ser duro para ti revivir el pasado…

—Sí que lo es, Juana. Temo que eso es cuanto puedo contarte. Cuando Gonzalo desapareció yo era una niña de nueve años, la pequeña de la casa. Mi hermano me llevaba quince, yo era para él su muñequita. Yo lo adoraba, siempre me contaba sus historias de aviones, sus combates victoriosos, su viaje a Buenos Aires… Todo lo de Gonzalo era emocionante y misterioso para mí, que no había salido de Jerez ni de las faldas de mi madre. Gonzalo me mandaba muchas postales y fotos. Todo lo tengo guardado.

—¿Puedes enseñarme sus fotografías? Nosotras no tenemos ninguna de él, me gustaría conocer su cara.

Ángela fue a su dormitorio y volvió con dos grandes álbumes. Nos sentamos en el sofá y pasamos un buen rato mirándolos.

—Mira, Juana, Gonzalo en los años de la guerra. En esta señala orgulloso su avión, acababa de presentar batalla en el cielo de Madrid, salió con vida de chiripa. Había aterrizado con el motor en llamas en un barbecho de Córdoba. Mira, aquí está con Ramón en el barco del tío Hilario, creo que en Sanlúcar de Barrameda; mira esta, qué guapo, qué bronceado.

Sí, allí estaba nuestro presunto fiambre, pero con muy buen aspecto. Un joven hermoso, cuadrado, moreno, de rizos negros, con una enorme sonrisa. Era una foto grande donde solo se le veía a él, con el torso desnudo y… ¡¡¡con la medalla de la virgen negra!!!

Intenté disimular mi estupor, mi emoción, y no dije nada, como convenimos, Amalia.

Ángela se quedó en paz, contenta de haberme hablado de su hermano, pensando que yo pude haber sido su sobrina si Pura… Nos despedimos y quedamos en que le mandaría una revista con el resultado de mi investigación. Se ofreció para darme más fotos. Es una buena mujer.

Ahora sabemos con seguridad que la medalla «es» de Gonzalo. Ángela me comentó que fue un regalo que le hizo su madre para que la Virgen del Loreto lo protegiese en la guerra. Dijo que no se la quitaba nunca, era como su talismán. Por cómo lo dijo, se ve que en el momento de su desaparición la llevaba puesta, o al menos ella no sabía que la hubiese perdido. Te lo digo porque esto descarta que la extraviase cazando, como pensamos.

Dentro de unos días llamaré a Purita para que me cuente qué tal va el Barranco de las Ranas. Tendremos que inventarnos una buena historia para poder ir con palas. ¿Se te ocurre algo? No creo que a las ranas se las pesque a

palazos. Seguro que el cabrito del Sebastián tiene a los caseros con las orejas bien afiladas.

Otra cosa, hermana. A mí siempre me tocan los marrones; ¿por qué no vas pensando en hacer un viajecito al templado sur y me ayudas en la excavación? Me apetece un churro hacerlo yo sola, no quiero ni pensar que Sebastián me encuentre allí cual buscador de oro.

¡Ah!, puedo decírselo a Paco, lo mismo le dará coger espinacas que desenterrar caninas, a él lo que en verdad le gusta es pasear por el campo. Le diré que visite a sus amigos cetreros de Paterna, que me preguntan por él. Se lo comentaré esta noche a Concha, que es la que decide. Te tendré al corriente. Esperemos una semanita a ver si deja de llover.

Muchos besos de Juana.

P. D. Como habrás comprobado, digo menos palabrotas. Es que este misterio me tiene cruzados los jodidos cables. Al final voy a sacar algo en claro de todo esto, y seguro que le gustará a Asun: ser una auténtica «señora».

Otra vez en Suiza. Ya echaba de menos el viaje anual a sus montañas. Me había prometido a mí misma que este año no caería de nuevo en la engañifa de Rudolf, pero aquí estoy de nuevo, sentadita frente a una ventana viendo a la gente pasar a seis metros de este edificio que no es un bloque de apartamentos, como me había prometido, sino un albergue juvenil. En cuanto llegamos, después de un viaje de tres horas, me vi el percal. Del aparcamiento salía un autobús repleto de chicos con medio kilo de acné por cabeza, y tan felices de haber pasado unos días esquiando sin importarles dónde dormir. Pero, como le dije a Rudolf, yo ya soy lo suficientemente vieja para poder exigir un mínimo de

comodidades, y no pido mucho: un apartamento humilde con un sofá, aunque esté desfondado, una tele, una buena lámpara para leer, una cama sin baldaquino… Pues no señor, Rudolf no lo entiende, él se va a esquiar y se pasa el bendito día fuera y al volver está tan cansado que no le importa tirarse en la colchoneta y rascarse la espalda con una sábana de toalla de esas que no se planchan, que no hay cosa que más me fastidie en una cama, aparte de las migas de pan que deja cuando come sentado en nuestro colchón japonés…

Al llegar nos estaba esperando una suiza pequeña y rubia de edad indefinida. No era muy vieja, porque aparecieron dos niñitas con gorritos de rayas de tipo boliviano que le pedían la merienda, según pude entender en mi pobre alemán. Ella les respondió con esas erres profundas y esas jotas arrastradas que ni los de Jaén. Yo, si bien no sé alemán, descubro inmediatamente a un suizo; tienen una pronunciación tan extraña… Los alemanes se cachondean un poco de la forma de hablar de sus vecinos; como harían los castellanos de Valladolid si oyesen a un andaluz como mi hermano Moncho, ¡ozú!

La buena mujer se pasó media hora describiendo lo que yo veía con todo detalle; creo que descubrió enseguida que su albergue no era de mi agrado. ¡Qué horror de decoración! Pero como buena suiza lo tenía reluciente. La entrada a la posada —ubicada en la planta baja de una enorme casona de seis pisos, tres de ellos bajo un impresionante tejado abuhardillado— se hace por una puertecita tan pequeña que teníamos que bajar la testuz para no darnos con el dintel. Había un *hall*, con el suelo de cemento visto y tosco, no como el que ahora está tan de moda, puertas de pino con muchas capas de barniz, una especie de habitáculo con mostrador con unas camisetas colgadas que pensé se estaban secando al aire pero no, era la tiendecita de la

señora, donde también había folletos de las actividades que se pueden hacer en este pueblo, que solo tiene hermoso el nombre: Engelberg o, lo que es lo mismo, «la montaña del ángel». Muchos jardines tienen grandes y bonitos ángeles en vez de los insufribles y catetos enanitos de Blancanieves, en eso es original.

Pues seguimos a la suiza y nos enseñó la cocina, repleta de cacharros del tamaño de los de mi recordada Antonia. Pero es triste, cavilé, tiene una iluminación blancuzca que la hace parecer una sala de disección de los del CSI. «Ni se te pase por las mientes —le dije a Rudolf—, aquí no cocino ni unos huevos revueltos. Además, sois nueve personas muertas de hambre después de un día de deporte. Decidido, esta noche nos vamos a una pizzería».

Y menos mal que llegamos los primeros y pudimos quedarnos con la única habitación doble, la única con una ducha birriosa y un *water* privado. La habitación es diminuta, con los suelos de falsa tarima, un ropero que sería de la bisabuela de la suiza, la mesita en la que escribo frente a la ventana, una silla que no sé si aguantará sin dejarme caer de culo y unas endebles literas. Ayer dormí abajo, quizás hoy me suba al primer piso porque no pude conciliar el sueño y hasta me desperté chillando por una pesadilla en la que me veía aplastada por el somier de Rudolf que caía sobre mí cogiéndome desprevenida y dejándome como un lenguado frito.

Hoy he pasado el día trabajando con mi portátil, disfrutando del bellísimo panorama, de los imponentes Alpes. Cuando empezó a entrar el suave sol del mediodía se me pasó el cabreo, me duché, tomé un bocadillo y me fui a pasear hasta el final del valle, donde la ancha carretera queda convertida en senda, el último *stop* del autobús.

Tras dar media vuelta, al bajar un suave repecho, oí el ruido de un tractor. Sus dos ruedas posteriores lucían

gruesas cadenas, nuevas y relucientes, y aun así derrapaba en el hielo al internarse en una vieja granja de madera arrastrando una enorme paca de alfalfa, la cena para los ternerillos que mugían como cuando llego con mis potajes a nuestra agencia y los chicos gorjean de gusto.

Poco después del nacimiento de Lito, mi padre comenzó a llegar cada vez más tarde. Aborrecía el trajín de la casa, echaba de menos su vida de soltero, la libertad que tenía para ir a Sevilla y estar con los amigos. Se levantaba a las tantas, se dirigía en coche a sus fincas para echarles un vistazo y, después de una larguísima siesta de tres horas en la que se ponía pijama, costumbre que no perdió hasta su muerte, se iba a las seis de la tarde al casino hasta la madrugada.

El casino del pueblo, un edificio cercano a la iglesia y a nuestro caserón, era pequeño y muy viejo. Tenía enfrente una minúscula plazoleta en la que, en verano, los hombres tomaban el fresco en unos veladores, a veces con sus esposas o novias. Solo lo vi por dentro el día que me hice una brecha en la cabeza. Tendría unos cinco años cuando mi madre entró conmigo en brazos, yo bañada en sangre berreando mientras ella llamaba a mi padre angustiada. Me llevaron al médico, que me puso ocho lañas sin ninguna anestesia. Pero a pesar de todo, ese día me sentí feliz aún con el terrible dolor porque recuerdo que mi madre me abrazaba, decía que yo era muy valiente, y mi padre me dedicaba su atención y su cariño.

Tóbalo se reunía en el casino con sus amigos, otros señoritos de campo con la misma huera vida que él, y con el médico, el farmacéutico y los comerciantes del pueblo. Con algunos de ellos jugaba a las cartas, a veces al póquer. Nunca tenía suerte. Empezó a beber mucho y a regresar a

las tantas, cuando echaban el cierre. Al cruzar la puerta se encontraba siempre a Pura sentada en su sillón de orejas, haciendo punto, sin decirle ni media palabra; mi madre nunca se acostó antes que él, eso siempre lo tuvo a gala. Aún cansada con el bebé de turno, o sintiéndose enferma, lo esperaba siempre tricotando en su sillón, recriminándole su actitud con un sepulcral silencio. Y a él esa frialdad le hacía más daño que si lo hubiera recibido con llantos o a grito limpio.

Le decía: «Pero, Pura, ¿por qué no te has acostado? No me puede pasar nada, ya no hay peligro; sabes que estaba en el casino con mis amigos…». No le contestaba, recogía su labor y se iba a la cama sin mirarlo. Al poco tiempo de darse a la bebida, mi padre regresaba a casa completamente borracho. Le gustaba el fino, no bebía otra cosa. Ya los recibimientos helados de mi madre comenzaron a soliviantar su ánimo, empezó a hablarle con más acritud, cada vez con mayor resentimiento por lo que él creía ver, lo que más le dolía: su mujer investida como víctima. Ella no se atemorizó con sus malos humores, con sus protestas, y continuó en esa actitud desafiante de quedarse quieta y mirarlo con sus ojos negros afilados, levantarse del sillón e irse a dormir cuando ya él había cruzado el zaguán, sin cambiar de expresión, sin decir una palabra.

Una noche, embarazada de nuestro hermano Germán, mi padre llegó a casa al borde del coma etílico. Cuando se emborrachaba perdía la cabeza, se volvía violento, le cambiaba el carácter plácido que tenía. Mi madre le envolvió aún más con su desprecio y entonces estalló, la agarró por un brazo y le dio una bofetada. Pura salió corriendo a la cocina, donde Antonia terminaba de recoger sus cacharros, y se escudó tras ella, como solíamos hacer nosotros al ser nuestra madre la que nos perseguía armada con una zapatilla. Pura se contuvo, no quiso que Antonia la viese

llorar, aunque Tóbalo le había rasgado el camisón, iba medio desnuda. Ese día durmió en la habitación de Juana y guardó el camisón roto; yo lo vi en su cómoda, era celeste claro, de raso de seda. Allí estaba como recordatorio de lo que nunca más le haría su marido. No contó nada a mis abuelos. No quería reconocer que mi padre era como pensaba Amalio; un señorito abúlico y ocioso.

Pura había parido a los dos hijos mayores en Jesús del Gran Poder con Alicia, una joven matrona de su completa confianza. Pero a Germán pensó que lo tendría en Pilas, que avisaría a Alicia y que allí estaría más cómoda con Antonia, porque la abuela estaba mal de salud. Desgraciadamente se le presentó el parto un sábado de noche y no encontraron a la matrona. Llamaron al médico del pueblo, anciano, pero lo único que hizo fue recetar láudano para aplacar los dolores. El niño iba de nalgas, solo saco sus piernitas; mi madre no dilataba. Pasaban las horas y la partera del pueblo y Antonia no sabían qué hacer; mi padre llamó a Rosa.

Los abuelos estaban en el campo, pero Pura no permitió mandarles aviso; la abuela estaba muy débil y el abuelo padecía del corazón, temía matarlos del disgusto. Tóbalo no localizaba a ningún médico conocido de Sevilla mientras mi madre, casi inconsciente, sentía que se le iba la vida, que flotaba, se veía desde el techo como esos lázaros que vuelven de nuevo al mundo y narran la misma experiencia. Antonia me contó que mi padre estaba desesperado, que no se separó de Pura en toda la noche, pero que ella le rechazaba con voz cada vez más débil: «Déjame, déjame en paz, vete, Tóbalo…».

Ya al amanecer, Tóbalo se fue hasta el pozo. No supo cómo reaccionar al drama de haber perdido al hijo, de ver su cuerpecito muerto y a la madre lívida como el mármol, desvariando… Se encontraba en estado de *shock*, no escuchaba las súplicas de Antonia para que se tranquilizara,

aullaba llorando a lágrima viva, sin pudor, delante de su cocinera. Y allí, en el brocal, lo tuvo que sujetar Antonia porque quería morir antes que su mujer.

La primera que llegó al pueblo fue la prima Rosa, que se hizo cargo de Pura; la consolaba, la lavaba, intentaba sacar al niño pero temía dañar aún más a la madre. A Tóbalo lo mantenía alejado porque Pura, cuando volvía en sí de sus continuos desmayos, suplicaba a Rosa que no entrase mi padre, que él no podía ayudar, que verlo tan desesperado la asustaba. Al fin localizaron en Sevilla a un pariente médico que, cuando llegó al atardecer y vio a Pura delirando, ante tan dramático panorama optó por sentarse sobre el vientre de mi madre hasta que brotó un enorme chorro de sangre. Le salvó la vida. Nació el pobre Germán, pero ya llevaba un día muerto. Le dieron las Aguas de Socorro y lo enterraron esa misma noche junto a la abuela Juana. Pura no llegó a verlo. Tóbalo se lo impidió.

CAPÍTULO IX

De: Amalia.
Para: Juana.
Fecha: 6 de febrero de 2010.

Querida Juana: ayer recibí un correo de Teo, el hijo de la prima Rosa. Me dice que ella vino de Bogotá hace dos semanas y que, aunque está muy débil desde que años atrás sufriera una angina de pecho, se encuentra tan contenta al fin en su tierra que parece que, en espíritu, ha rejuvenecido veinte años. Nos invita a su casa, tiene un chalecito en Tomares, dice de organizar una barbacoa con todos los hermanos y los primos… No sé si cabremos en su jardín, somos más de treinta solo los del Río. Le he contestado que en mi próxima visita a Sevilla seguro que acudiremos a saludar a la prima Rosa y a conocerlo a él y a su familia.

Le conté a Teo un poco por encima nuestras investigaciones sobre el primo Sebastián, a ver si él sabía algo de este asunto. Según me dice, no tienen muy buenas relaciones. Opina que Sebastián fue el culpable de la venta de la casa de la calle San Eloy, cuando tuvieron que liquidar rápidamente La Cretona Inglesa, la tienda de tejidos. Por lo visto tienen otra versión de la que nos contó mamá.

Ocurrió a la muerte de nuestro padre, cuando Sebastián se hizo cargo de todo. La vieja no sabía hacer la o con un canuto y confió plenamente en su querido primo, ¿te acuerdas?

Bueno, pues por lo visto, cuando murió papá, Pura quiso respetarle a la prima Rosa el precio irrisorio del alquiler de la casa de San Eloy. Así lo hizo durante un tiempo. Pero en cuanto Sebastián tomó las riendas de todas las propiedades de la familia del Río Panero, la cosa cambió. Según Teo, fue el primo quien insistió a Pura para que le subiera la renta a Rosa, porque eran ridículas las tres mil pesetas que pagaban por una casa tan grande y en un sitio privilegiado, al lado de La Campana, en pleno centro comercial.

La prima Rosa vivió siempre con su madre, la tía Rosalía. Rosa llevaba la tienda, un negocio que iba de mal en peor desde que abrieron El Corte Inglés. Al no poder hacer frente a la enorme subida de la renta que propuso Sebastián, aconsejó a su madre recoger los bártulos, traspasar el negocio y marchar a Colombia para abrir allí un local.

Y allí se fue la prima Rosa con su familia y su madre anciana, que murió en Bogotá nada más poner los pies. La prima no perdonó a la vieja tal afrenta. La culpaba de la muerte de la tía Rosalía en tierra extraña, y de lo mal que lo pasaron de emigrantes en los primeros tiempos. Sobre todo le reprochaba que no hubiera respetado la voluntad de su tío Amalio.

Cuenta Teo que al cabo de un tiempo recibió Rosa una carta de nuestra madre, fechada un mes antes de su muerte y que aún conserva. Nos va a mandar una fotocopia, dice que la tía no nos quiere dar el original, que le tiene mucho cariño porque fue entonces cuando comprendió a Pura, lo mal que lo había pasado en su vida y, especialmente, con Sebastián. Pero que ella, Rosa, cumplió la promesa que le

hizo a nuestra madre de no despegar los labios y no mencionarnos nada de lo que estaba pasando.

Esto es todo sobre la prima Rosa. Miro en Internet el tiempo y veo que seguís con mucha lluvia, para que luego digan que estamos en dique seco. Aquí no para de nevar; no he visto tanta nieve en Heidelberg en los doce años de mi estancia en esta ciudad.

Hablé con Concha. Me comentó que en cuanto escampe irá al cortijo con Paco para que se ponga a excavar, que es muy fuerte. El buenazo de nuestro cuñado se llevará su halcón para enseñárselo a Purita. Dice que tiene ganas de empezar la tarea, a ver si encuentra un buen reloj de oro, que a él no le importan las medallas. Besos y hasta pronto, te mandaré la carta de nuestra madre en cuanto la reciba. Amalia.

Hoy me he reconciliado con Engelberg. He subido al restaurante de la estación de esquí, a lo más alto que se puede llegar en funicular. Su terraza de inmensos ventanales mira al oeste y, como son las diez de la mañana, el sol no molesta; menos mal, porque olvidé mis gafas protectoras.

Ayer no salí del albergue, me pasé el día embebida en mis escritos y leyendo una novela policíaca que me transportó a la Venecia del comisario Brunetti, un colega de mi encantador poli siciliano. Por la tarde llegaron los que se atrevieron a esquiar entre neblinas; desde mi mesa medio vislumbraba a la gente que caminaba a pocos metros. Rudolf y una pareja se fueron al balneario y allí se pasaron la mañana, pero yo no me apunté, hay que quedarse en pelotas para meterse en los Jacuzzis todos arrebujados, hombres y mujeres, y yo no quiero lucir mis flojas carnes.

Aquí, en el restaurante, estoy como en mi cuarto de estar. Solitario a esta hora tan temprana, me he instalado en el mejor sitio, en una mesa muy grande de una madera agradable al tacto, en el rincón del banco-sofá que la rodea. Es bonita la decoración, como de una granja rústica de estos lares. En España cuando te descuidas te cuelgan jamones encima de la cabeza.

Ante mí, como un majestuoso escenario, tengo la montaña del Ángel, con cascadas de hielo, con rocas afiladas como hojas de cuchillos entre las sombras que produce el sol al bañar su cara sur, que no logra deshelarla porque hace un frío de menos cinco grados. No se ve una nube; el cielo está más azul que el de la sierra madrileña en un día despejado de otoño. Miro bajo el restaurante y veo a los esquiadores deslizarse hasta otros remontes que les llevarán cerca de la cima, para desde allí comenzar la suave bajada hasta el pueblo, y vuelta a empezar hasta caer rendidos a las cuatro de la tarde.

Hace un rato, mientras Rudolf hacía una larga cola serpentina para comprar los *tickets*, me he estado fijando en la gente que abarrotaba el gran *hall* de la entrada. El ruido de las monstruosas botas y de los esquís me trasladaba al patio de armas de un castillo medieval, el mismo ajetreo para repeler un ataque. Cerca de mí esperaba una animosa madre rodeada de sus cinco retoños, y con la abuela, también pertrechada con el utillaje necesario. La viejecita era mucho mayor que yo, no es raro encontrar esquiadores con más de ochenta años. Pensé que si he empezado a escribir con sesenta todavía tengo unos añitos para vestirme de astronauta y tirarme con Rudolf por las pistas negras, sus preferidas. Tengo un buen ejemplo en una alemana, la bella y aguerrida Leni Riefenstahl, que de joven fue nazi declarada, a los ochenta se cepillaba a nubios de cuerpos esculturales, allá en África, y a los noventa aprendió a

bucear para grabar, con su inmenso arte, los fondos marinos más bellos.

¡Qué pena que mi madre no la imitara! Ella también era fascista, no tanto como la alemana, pero a diferencia de esta, vivió castrada más o menos por su propia voluntad, porque buen ejemplo tuvo de la tía Asunción y de la mentalidad abierta del abuelo Amalio. En realidad, a ella le hubiese gustado estar aquí, contemplando estas montañas; quizá se hubiera sentido cerca de su amado cielo y de los santos que lo habitan.

Pero a pesar de que Pura se comportaba como una ferviente católica, nunca estuve plenamente convencida de sus creencias religiosas. Creo que ya de vieja fue seguidora del San Manuel Bueno Mártir de Unamuno, que cerca de la muerte comprendió que las vidas de nosotras, sus hijas, eran más interesantes y sanas que la suya, por más que crecimos, al igual que ella, oyendo las mismas sandeces. Recuerdo con pavor las clases de Formación del Espíritu Nacional; las impartía la señorita Pepita, de la Sección Femenina. Parecía un sargento, pero era buena, le tomábamos el pelo; la pobre tenía aspecto de lesbiana encerrada en su armario.

No sé cómo Pura no perdió la fe en sus celestes monjitas irlandesas cuando le ofrecieron matrículas gratuitas para las mellizas. Le dijeron que era una gratificación ya que estudiábamos allí cinco hermanas a la vez. Pero mi madre no aceptó, ella podía costearnos y dejar que otras niñas necesitadas disfrutaran de esas becas que el Gobierno imponía a los colegios de pago; pensaba que esa subvención se la darían las monjitas a otras familias sin recursos, pero vete tú a saber si en realidad era una treta para no tener de alumnas a niñas pobres. En esas cuestiones mis padres eran muy estrictos. Ni siquiera se aprovecharon de las ventajas legales del llamado Libro de Familia

Numerosa, primera categoría; pagaban íntegramente lo que nos tocaba, sin rebajas ni prebendas.

Los jesuitas, el colegio de los varones, tenían otro sistema que no sé si considerar más humano. Mantenían a sus llamados «gratuitos» en unas dependencias cercanas al colegio de los de «pago», separados por una valla metálica, para que no se comunicasen los estudiantes. Y vestían unos babis a raya azules distintos del elegante uniforme de los pudientes. Solo se reunían en ocasiones especiales, pero siempre bien separados, los niños gratuitos, vestidos de gratuitos, atrás. Nuestras monjas evitaban a las pobres porque —dirían ellas— no tenían suficiente espacio para tenerlas segregadas; el antiguo colegio de Palma, como se conocía al de la calle de Jesús del Gran Poder, era una casa-palacio con aulas como en una pina. Durante los recreos teníamos que jugar en las azoteas; desde algunas de ellas yo veía la de mi casa.

No sé lo que mi madre pensaba de todas esas artimañas de curas y monjitas para preservar de los proletarios a sus lindos corderinos. Pero nosotras, a pesar del ejemplo que nos daba Pura llevándonos a misa y respetando escrupulosamente los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, a pesar de que fuimos hijas de María con inmenso medallón de plata al cuello y la promesa solemne de comulgar los primeros viernes de cada mes, abjuramos de las doctrinas aprendidas en el colegio cuando salimos de casa. Si bien Juana y yo caímos en otra vida tutelada, ahora por los maridos, hasta que al cabo de unos años, ya con mayor conocimiento, los mandamos a freír monas y pudimos al fin vivir nuestra propia existencia, sin muletas religiosas; esas en el fondo tan cómodas porque dan explicaciones para las preguntas vitales: quiénes somos, para qué vivimos, a dónde vamos, qué coño hacemos en este mundo…

Son esas muletas las que te ofrecen objetivos de ultratumba y prometen recompensas divinas por humillaciones gratuitas, por llevar una vida exclusivamente en función de los demás, casi siempre dependiente de personas arrogantes, egoístas, viles mamarrachos que lo único que desean es tenerte como esclava y que permanezcas bien calladita para que no les des el tostón y los dejes vivir en la paz de los santos varones. Esto, que parece prehistórico y que ya no se estila en nuestra tierra, desgraciadamente está presente en muchos países, como en Afganistán, donde vive nuestra hermana Lucía.

En el fondo nosotras le dábamos envidia a Pura. En sus días místicos, cuando se enfrascaba en su Kempis, mi madre comprendía que su vida había sido un fiasco. Pero jamás lo reconoció, y menos ante sus hijas; nunca nos alentó cuando soltamos el lastre de matrimonios fallidos, cuando nos volvimos a enamorar, cuando decidimos estudiar en la universidad; cuando determinamos hacernos personas independientes en todos los sentidos.

Creo que a mi madre le pesaba, ya con un pie en la tumba, haber aceptado tan ufana que Asun entrara tan joven en el convento, sobre todo al ver la vida durísima que llevaba en aquel caserón inmundo rodeada de viejas maniáticas. Ya no le compensaba tener a una hija en íntima relación con el Sumo Creador, rezando a destajo por la familia. Estoy segura de que mi madre fue perdiendo la fe, desengañada de la gente en la que había confiado. Antes de morir no tenía casi relación con su gurú Mier Darán, el rasputín que la controló durante toda su vida adulta; solamente hablaba con el curita del pueblo, Estanislao, un joven polaco, alegre y bonachón, de esos curas importados ya que en España casi no hay vocaciones y se los tienen que traer mayormente de la India o de África.

Yo conocí a ese cura, era un buen hombre, sin malas entrañas, como el Mier Darán de los cojones. Seguro que si hubiera sido el confesor de mi madre le hubiera aconsejado vivir de forma más lúdica, le hubiera dicho que se instruyera, que leyera no solo libros sagrados y el Selecciones del Reader's Digest, que se diera un garbeo por el mundo, ella que se lo podía permitir, y sobre todo que intentara ser feliz y reflejar ese buen ánimo en sus hijos. Ninguno de nosotros recuerda haber estado en sus brazos, ni nos acordamos de sus besos ni haber mantenido, ya mayores, serias conversaciones con ella sobre nuestros sentimientos.

Me fui por los cerros de Úbeda, ahora que tengo ante mí los Alpes, las montañas más bellas de Europa. Y acaba de irse Rudolf, que apareció en el restaurante llamándome a gritos: «¡Amalia, Amalia…!». Él, que dice mi nombre alargando la a intermedia, logró que saliera a la terraza para que me diese el sol. Me buscó una mantita en la que reliarme y pasó un rato conmigo contándome eufórico lo que había disfrutado. En cuanto se fue, volví a la mesa en la que estaba instalada; era insufrible el chinchimpún de la música a toda mecha, con canciones insoportables, además en alemán, con el ¡alalalíu! De los tiroleses cercanos.

Hemos quedado en vernos en el otro restaurante, el que está a unos trescientos metros cuesta abajo, para tomarnos unos sabrosos *flammkuchen* con los chicos de la agencia. Y lo esperaré hasta que cierren la estación y regresemos al coche, que irá cargado como los de los marroquíes en sus travesías veraniegas. Ya no iremos al albergue, lo dejamos esta mañana a las nueve, reluciente; lo tuvimos que limpiar a fondo, a mí me tocó fregar el suelo de nuestro cuarto con un artilugio del año de la polka porque estos suizos, como los alemanes, no conocen el mejor invento español, el que nos liberó de aljofifas y de dolores de lumbago: la fregona.

Yo les cuento sobre ella, pero no consigo adeptos para tan fenomenal invención. Se sonríen condescendientes ante mi entusiasmo de española orgullosa del ingeniero aeronáutico Manuel Jalón Corominas, que se habrá forrado con la idea que con toda seguridad tuvo el día que se vio limpiando, hincado de rodillas, el suelo de su apartamento de estudiante. Pensarán: «Pobre, qué nos va a decir a nosotros, que tenemos la Mercedes…». Pues, ¿sabéis lo que os digo? Que le pusisteis a vuestros magníficos coches el nombre de una dama española, algo es algo.

Al llegar a Heidelberg me encontré la carta enviada por Teo, la de nuestra madre a su prima Rosa. Se la he remitido a las hermanas tal cual, con su letra colegial. A mí me enseñaron la misma caligrafía picuda de letra inglesa, pero cuando fui a la universidad la abandoné por una mucho más urgente. Dice así:

El Al Mizar, 8 de diciembre de 1984.

Queridísima prima Rosa:

Hoy me siento con fuerzas para escribirte esta carta que quiere ser una disculpa. Para pedirte que me perdones por todo el daño que hice a la querida tía, tu madre. Yo la quería mucho.

Me contaron que murió a los pocos días de llegar a Bogotá. No pude evitarlo, prima, lo hice porque no tuve más remedio y me dispongo a explicártelo porque mereces que te cuente esta historia que me tiene amargada desde el mismo día en que os pedí la casa, tu casa, no por nada allí te criaste.

La historia viene de largo y no soy yo quien debe revelarla en su totalidad. Rosa, créeme, no tuve otra salida, ponía en peligro la vida de mi querido hermano Ramón, que ya entonces estaba muy enfermo, lleva con diabetes toda

su vida, pero a veces tiene grandes recaídas. Desgraciadamente le tuvieron que amputar una pierna, dentro de poco le tocará a la otra, pero ya Ramón no es persona. Vive como alelado bajo nuestra custodia, no podría vivir en otra parte que no fuera rodeado de mi cariño y del de mis hijas. Lo quieren más que quisieron a su padre, bueno, ya sabes que las mellizas se quedaron huérfanas con seis años, curiosamente casi a la misma edad que se quedó Tóbalo sin padre. Te cuento todo esto para que conozcas que mi vida no ha sido un jardín de rosas. Y desde hace unos meses la verdad es que se ha convertido en una horrible pesadilla, Únicamente mi fe en Dios me da firmeza para seguir en esta vida que ya ha perdido para mí todo su sentido, no tengo por qué luchar, solamente me da fuerzas la Cruz que he tenido que llevar, sin la ayuda de mi marido, a solas en el día a día con mi hija Pura. Pero eso no es lo terrible, a todo se acostumbra una y también a la desdicha de tener una hija retrasada. No, la cosa viene departe de nuestro primo Sebastián.

¡Qué enorme desilusión me he llevado, prima! Descubrí que Sebastián nos estaba robando, que se quedaba con parte de la producción del grano y vendía la aceituna bajo cuerda a un precio más alto que el que nos decía a Ramón y a mí. Había pedido créditos personales avalándolos con la finca... En fin, una auténtica calamidad, prima. Creo que vamos a tener que vender muchas hectáreas para arreglar el estropicio que nos ha hecho. Pero lo peor no es eso, con ser una ruina para mis hijos.

Sebastián ha descubierto un secreto de familia que hemos tenido bien callado porque afecta a personas inocentes. Y con ese conocimiento, dándome pruebas de que lo sabe todo, me dijo que tenía que poner mis propiedades a nombre de una sociedad que él ha creado, que tenía que darle todos los poderes. Me ha tenido en sus

manos desde el día en que, abochornada, os pedí que me dejarais la casa. Y hasta hoy. Encima he tenido que aparentar una buena relación con él durante estos meses. No sé cómo he podido hacerlo, pero lo he conseguido, hasta ahora que te lo cuento todo ya que veo mi muerte cerca. Espero pasar al otro mundo tranquilamente, dormida, como lo hizo mi padre.

Una cosa te pido por lo que más quieras: no le digas nada de esto a mi hermano ni a mis hijos. Caería una terrible maldición sobre mi familia, Rosa. Te vuelvo a pedir que me perdones y que entiendas que no tuve otro camino. Siempre me he acordado de ti, te quería mucho. Tú eras mi hermana. Adiós, Rosa, espero que la vida te haya tratado mil veces mejor que a mí.

Tu prima que te quiere.

Purificación Panero Pulido.

Mi madre se recuperó de aquel terrible parto sin problemas. Era una mujer sana y fuerte. Tres meses más tarde estaba de nuevo embarazada y había olvidado su despecho por Tóbalo; volvió a confiar en él porque, desde aquel terrible día de mayo, mi padre había cambiado. Ya no bebía tanto, solo pasaba unas horas en el casino. Llegaba a la hora de la cena, en el momento que la casa estaba en paz y los hijos en sus camitas durmiendo. Mi madre siempre llevó los horarios de sueño de los niños a rajatabla; recuerdo las terribles siestas obligadas en la playa, cuando teníamos que estirarnos en nuestras camas y esperar a que nuestros padres despertaran.

Al poco nació Purita, una bebé preciosa, de pelo rubio de seda, piel blanquísima y ojos grandes color aceituna como los de papá. Mi hermana era una niña demasiado tranquila, no sentía el dolor como todos los niños, casi no lloraba; y aprendió a hablar con casi cinco años. Entonces Pura la llevó

a un conocido psiquiatra, que la tranquilizó durante un tiempo de esta guisa: «Pero, señora, ¿cómo puede usted pensar que le pasa algo a esta niña tan guapa?». Y se quedó la eminencia tan ancha, en tanto Purita se atrasaba más y más en relación con los hermanos pequeños. A los cuatro o cinco años era la niña más bonita de Pilas, se parecía a la princesita rusa Anastasia. Pero a partir de entonces se fue evidenciando su retraso, y mis padres comprendieron la cruda realidad: tenían una hija, como entonces se decía, subnormal.

Aquellos años de la primera infancia de Purita fueron tranquilos para mis padres. Tóbalo se embarcó en una locura, invirtió en un negocio todo lo ahorrado gracias a la vida discreta y sin lujos que llevaban. Construyó un cine, al que llamó Murillo, decía que su pueblo fue la tierra de su admirado pintor.

Amalio, que no sabía de los problemas que su hija había tenido con el hombre a quien él tan bien había calado, acogió la idea con buen talante. Se dijo que ya era hora de que su yerno se ganara la vida con un magnífico negocio; el cine era entonces el mayor espectáculo, al que la gente acudía para evadirse de la triste realidad, para vivir otras vidas y olvidarse de las penas y la pobreza.

Mi padre encomendó a un buen arquitecto sevillano el proyecto y no escatimó en gastos para hacerlo realidad: un gran edificio construido con buenos materiales, con cortinajes de terciopelo verde agua, butacas abatibles de madera y cuero rojo, estucos y escayolas en las paredes, con arañas de cristal de roca y apliques dorados, con el suelo de mármol y un bonito *hall* de fumadores. Tenía un pequeño escenario, juegos de luces y algunos camerinos, porque allí se daban espectáculos casi siempre de flamenco y de coplas, que era lo que el público demandaba. También se ofrecían teatrillos populares en el cine de verano que

lindaba con el de invierno y con nuestra casa, donde estaba el famoso pozo en el que mi padre quiso ahogar sus penas de marido despechado.

Nosotros, los hijos de Tóbalo, comenzamos a ser conocidos en Pilas como los niños del cine Murillo. Y allí, en la argamasa de sus muros, dejamos nuestros dientes de leche, pues en sus huecos los iba metiendo mi padre; nos decía que el Ratón Pérez vivía en el cine, detrás del piano. En realidad no iba muy descaminado, porque por allí siempre vi cagaditas minúsculas de ratónenlos que se alimentaban con los restos de las meriendas de los espectadores, que acudían pertrechados de viandas como si fuesen de gira, con tortillas de patatas, grandes bocatas de chorizo, de mortadela… Hasta con botas de vino subían al gallinero.

Tóbalo construyó el cine para él, eso lo descubrí años más tarde. Alquilaba sus películas preferidas, las que amaba; fue su inmenso lujo en una época en la que no había tele ni video. Por nuestro cine pasaron los grandes de Hollywood: Gary Cooper, Greta Garbo, Ava Gardner, Sofía Loren, David Niven… Y aunque no eran de su refinado gusto pero sí muy rentables, proyectaba las películas españolas que estaban de moda en la posguerra, con Antonio Molina, Juanita Reina, Carmen Sevilla, Lola Flores, la Niña de los Peines, Imperio Argentina y demás grandes de la copla. En esas ocasiones comparecían delante de nuestra casa autobuses de los pueblos vecinos, de Tujena, de Aznalcázar, de Hinojos… y el cine se abarrotaba.

Hasta los pasillos y sus recovecos se llenaban de fans de esos artistas populares que tanta felicidad llevaron a las personas sin recursos, sin dos pesetas siquiera para poner un cocido al día siguiente.

Mi padre estuvo ocupado en esos años con su labor como juez de paz. Era el único del pueblo con nociones de

derecho y no pudo renunciar al cargo por muchas ganas que tuviera; a él no le iban las responsabilidades. Pero como era una tarea honorífica, sin ninguna clase de remuneración, y él se consideraba un caballero, la ejerció lo mejor que supo durante el tiempo que vivimos en el pueblo; hasta el mal día en que tuvo que levantar el cadáver de un hombre al que conocía bien, amigo suyo, que se suicidó ahorcándose para no seguir viviendo en la miseria; no podía alimentar a sus hijos y no se lo mencionó a nadie, ni siquiera a mi padre, que le hubiera socorrido.

Por ser juez de paz Tóbalo tenía ciertos privilegios, como el estar todos los hermanos empadronados en Pilas, su amadísimo pueblo, si bien nacimos en Sevilla. Al enterarse el secretario del Ayuntamiento del nacimiento de un del Río, dejaba una página en blanco en el registro para que mi padre hiciera la inscripción cuando le viniera en gana.

De: Ismail Khuda.

Para: Juana.

Fecha: 8 de febrero de 2010.

Kabul. Querida Juana, siento comunicarte que tu hermana Lucía ha sufrido un atentado cerca del hospital donde trabaja. No te preocupes, a pesar de que es grave está reaccionando bien. Tiene conmoción cerebral y una pierna en muy malas condiciones, pero tenemos un buen traumatólogo francés que la está atendiendo lo mejor posible teniendo en cuenta los escasos medios de que disponemos. No creo que haya complicaciones, si bien tendremos que esperar al menos diez días antes de que pueda ser trasladada a Frankfurt. Ahora está sedada, no sufre. Avisé a su hijo, que ya estará en París. Lucy no puede

venir por su embarazo. Creo que sería conveniente que le acompañe alguna de vosotras. Eso la llenará de alegría.

Te ruego que pases este *e-mail* a todos. Espero conocerte en breve.

Un abrazo. Ismail.

Juana nos remitió enseguida el preocupante mensaje. Lucía y unas compañeras de su equipo habían sufrido gravísimas lesiones en un atentado suicida perpetrado por un talibán en un mercado, cuando pasaban cerca del mismo en coche.

Cruzamos llamadas y correos para estar al tanto de las alarmantes noticias que recibíamos de Unicef y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Ambos organismos nos ofrecieron toda clase de ayuda y facilidades para ir a Kabul, para estar con Lucía; aconsejaban que fuera un hombre, estaban sufriendo bombardeos y atentados diarios por la ofensiva talibán. Yo pensé ir vía Frankfurt, pero ocurrió algo que nos descabaló por completo. Nos quedamos pasmadas:

De: Amalia.

Para: hermanos.

Fecha: 10 de febrero de 2010.

Queridos hermanos: noticia impactante, para quedarnos estupefactos, para dejarnos tiesos del asombro. ¡¡Asun ha colgado los hábitos!! ¡¡¡En el probador de El Corte Inglés!!! Os hago un sumario porque la historia es almodovariana, seguro que de verla en una de sus películas diríamos que se pasa de fantasioso. Mi hija Elvira, la coprotagonista de este folletín, me ha puesto al tanto de todo.

Ayer a media mañana, cuando preparaba el almuerzo, recibió una llamada de Asun: «Elvirilla, tengo un trabajito

para ti. ¿Podrías dejar a tus niñas bien atendidas y hacer lo que yo te mande?». Elvira, que es la ahijada de Asun, dijo de inmediato que sí, que estaba su suegra en la casa.

Pues le da Asun instrucciones a su querida sobrina y en una hora está Elvira enfrente del portón trasero del convento, en pleno centro de Madrid, con todo el tráfico de las dos de la tarde. Me cuenta mi hija que esperó cinco minutos y que de pronto vio abrirse suavemente la puerta y salir con sigilo a una Asun embozada en un chal (¿de dónde lo habría sacado, la condena?) con un bolso horrible de skai bajo el brazo. Se sube rauda y veloz al Audi y le dice a su perpleja ahijada: «Elvirilla, al Corte Inglés de la Castellana».

Y allá fueron y subieron a la planta de señoras, donde dieron con una agradable dependienta que se llamaba —¡oh, cielos!— Lucía.

Pues le dicen:

—Señorita, le vamos a dar un alegrón. Necesitamos un completo ajuar para mujer despistada treinta años de la moda… Para mí… —dice Asun muy ufana, estirándose unos centímetros, poniéndose de puntillas para parecer un poco más alta.

—¿Cómo dicen?… ¿Necesitan de todo? ¿Qué la traigo? —contestó apabullada la dependienta con el horroroso y castizo laísmo madrileño.

—Sí, sí, eso mismo. Desde bragas a gabardina, aunque a lo mejor en Kabul eso no es necesario, pero como tengo que ir a Frankfurt…

Lucía, la dependienta, se lo pasó de miedo haciendo de estilista de una monja atolondrada. Llevaba brazadas de ropa al probador, donde Asun había colocado su hábito, un hábito que de repente le pareció ajeno. Compraron un equipo completo de ropa de entretiempo con algunas blusitas de flores de tela muy fina, por si en Kabul estaban a cuarenta grados. Compraron zapatos y zapatillas de lona,

una buena maleta, una mochila, un sombrerito de ala con un lazo y una flor que a Asun le quedaba muy cool, un bolso de piel gris, un perfume, productos de tocador… de todo. En el vestuario dejó nuestra hermana, bien colgada, su triste vestimenta. ¡Me imagino la cara de susto que pondría la limpiadora al ver las enormes pantaletas y la negra mortaja allí olvidadas!

Llenaron dos grandes bolsas y la maleta de objetos que asombraban a Asun, la pobre mareada de tanta actividad; ya en el coche casi echa el bofe con la circulación y las luces. Nuestra hermana no está acostumbrada a un cambio tan repentino, a esta vida veloz que llevamos, esperemos que no afecte a sus débiles nervios. Pagó Elvira con su Visa, dice que la dejó en las últimas; espera que todas aportemos a un fondo común para Asun.

Nuestra intrépida monjita quiere irse mañana a Kabul, ya tiene reservados los billetes de avión y hotel. La esperaré en Frankfurt para estar con ella un rato y mandarle a Lucía unos dulces ya en el horno. Vuela en Emirates Airlines, veremos cuando Asun se siente al lado de un árabe, un moro, como ella les llama. La aleccionaré para que no meta la pata. Incluso ha buscado un buen alojamiento, de nombre como el pueblo del abuelo Amalio, el Gerena Hotel. Ya nos contará por Internet en cuanto llegue. Me ha dicho que ahora podrá utilizar el poco inglés que aprendió en nuestro cole. Todo esto porque, al pedirle Asun una dispensa a su superiora para ir a cuidar a su adorada Lucía, le contestó la jefe que la cosa no estaba clara, que Lucía tenía más hermanas, que de todas formas se necesitaba más de un mes para recibir la contestación de la madre abadesa.

Pues ni corta ni perezosa, Asun sonrió a la monja, se retiró a su despacho y comenzó a preparar su plan. Fue a la capilla y rezó en su reclinatorio por última vez. Cogió sus documentos y llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores,

donde la atendió un amable vicecónsul que le dijo que no se preocupase, que la estarían esperando en Barajas con pasaporte, informes, permisos… De todo para que pudiera llegar a Kabul sin problemas.

También Unicef le ha ayudado mucho; ahora está en las nubes, contentísima de estar mañana mismo junto a Lucía y de poder atenderla. La verdad es que ya es hora de que nuestra monjita practique sus nociones de enfermería, por más que las tenga un tanto olvidadas. Se lleva lo único que sacó del convento, sus evangelios. Yo le daré unas cuantas novelas policíacas para que se distraiga Lucía. Asun nos mandará correos, me llamara por teléfono en cuanto llegue a Afganistán, ya os contaré cómo prosigue esta asombrosa historia.

Muchos besos. Amalia.

Mi hermana Asun fue la ahijada de nuestra tía Asunción, por eso lleva su nombre. Casi no tuvo relación con ella y fue una pena, hubiera sido muy beneficiosa la influencia de su madrina; solamente la visitó una vez con su melliza (eran inseparables) en Ginebra, en el tiempo que cursaba enfermería a la vez que Lucía estaba en medicina. Mi monjita no daba más de sí, no tenía memoria, igual que yo que estudié periodismo sin retener ni una fecha, pero como redactaba correctamente, me leía toda la bibliografía recomendada, hacía primorosos trabajos y decía en los exámenes cosas lógicas, pues los profesores me trataron bien, me dieron ocho matrículas y un montón de sobresalientes. No le dieron buenas notas a nuestra hermana, era un tanto dispersa. Dice cosas deshilvanadas, farragosas; vive en un mundo parecido al de Amélie. Y es que le han afectado mucho los años que lleva en el convento. Cada vez está más inocente. Pero no es nada

tonta, por más que Moncho así lo piense. Yo creo que él tiene menos luces que ella.

Asun pasó en Madrid sus tres años de carrera y dos de trabajo en una clínica veterinaria como enfermera ayudante de su novio, un veterinario que le tomó bien el pelo porque, a los dos meses de romper con ella, se casó con la dueña de un caniche. Dejó a mi hermana a las puertas de la boda, con el traje de novia colgado. Hundida, angustiada, Asun volvió a Sevilla diciendo que sentía la llamada del Altísimo, pero no para ingresar en nuestro colegio aristocrático, sino en un humilde convento de monjas de clausura que veía desde la ventana de su apartamento madrileño.

Mi hermana fue siempre una chica inestable y nerviosa. Se escudó en mi madre y, desgraciadamente, sufrió la influencia de la ortodoxa religiosidad de Pura y de la espiritualidad integrista del Mier Darán de los cojones… Ya se va convirtiendo eso de «los cojones» en un segundo apellido de tan despreciable personaje.

Realizados los votos y gracias a unas dispensas, regresó a Sevilla en el tiempo del herpes que mantuvo a nuestra madre en la clínica una temporada y más tarde al enfermar Pura con un cáncer de matriz. Su hija enfermera no se separó de su cama, hasta la amortajó cuando llegó la hora. Después cuidó al tío Ramón ya inválido, en una silla de ruedas. Asun se ganó el cielo sin necesidad de meterse a monja, pero una vez enterrado el tío en Gerena, recogió sus escasas pertenencias y volvió a encerrarse en su convento.

Mi hermana fue la última víctima del cura, la única de entre nosotras que escuchaba sus adoctrinamientos. No hubo forma de convencerla de que se enterraba en vida entre aquellos húmedos muros; yo no quise nunca ir a verla a través de los barrotes, ni siquiera fui a su toma de hábitos, ese acto tétrico en el que se arrojan al suelo vestidas de novia y estiran los brazos como si estuviesen clavadas en

una cruz. ¡Pobre hermana! Ella eligió, influenciada por nuestra madre y el nefasto cura, una vida de contemplación, de oración por la humanidad… Pero yo no entiendo ese sacrificio supremo de encarcelarse de por vida; no comprendo a los que se retiran del mundo, ya sea en un convento o en la propia casa, como hizo Pura.

Me alegro de que ahora, en los tiempos que corren, parecen estar en retroceso tradiciones culturales, ideas religiosas retrógradas y coacciones que han amordazado a las mujeres y las han hecho sufrir desde épocas arcanas; no obstante aún hay chifladas como las que se ven en Londres, en Harrods, que parecen orgullosas de ir tapadas con velos negros de finísima seda, como cuervos, con una rajita en los ojos para no darse una leche en la calle y no caer y destrozar el bolso de veinte mil euros que llevan enganchado no sé cómo, lo único que pueden lucir para demostrar que son millonarias. Son propiedad de sus amos y lo aceptan con gusto. Van como apariciones, como las ánimas benditas que aterrorizaban a mi tata; con guantes negros y pulseras de brillantes que habrán costado un riñón. Esas dementes suelen tener a otras mujeres de esclavas.

Las del obligado burka que viven en lugares como al que va Asun son unas desgraciadas que nunca saldrán de esas tumbas azules en las que les ha colocado una cultura, por muchos de los nuestros, de los occidentales, respetable. «Respetable» porque no es políticamente correcto despotricar contra las creencias que castran a las mujeres y a los débiles y contra los hombres que interpretan las religiones y las tradiciones milenarias en su exclusivo beneficio. Pero gracias a los dioses griegos, a Asun le ha salido la vena contestataria de sus hermanas y ha corrido a cuidar a Lucía; ha colgado sus hábitos en el templo del consumo… Creo que ella no es consciente de la trascendencia que tiene su acto de protesta.

Al poco de casarse Pura murió el viejo tío Hilario de una pulmonía. Lo enterraron en el mausoleo, en Gerena. Fue muy doloroso para Purificación porque Hilario, que se mantuvo soltero toda su vida, se fue a vivir a Jesús del Gran Poder cuando se sintió enfermo. A pesar de que con los años fue perdiendo salud y fuerzas, hizo mucha compañía a la abuela alegrándola con su buen humor de siempre, en aquellos lúgubres días de guerra y de luto por Germán. Los difíciles años de posguerra los pasaron Pura y Tóbalo en Pilas sin involucrarse en asuntos políticos; en realidad nunca más lo hicieron, vivieron dentro de la nueva dictadura apoyando a Franco y su doctrina de gobierno, pero sin desempeñar cargos públicos a pesar de que, para los triunfadores, eran fáciles de conseguir. A mi padre le ofrecieron el aprobado de la única asignatura que tenía pendiente para terminar la carrera sin presentarse al examen. A otros compañeros les regalaron hasta cátedras universitarias y oposiciones como las de abogado del Estado, registrador de la propiedad o juez. Faltaban profesionales liberales, ya que un gran número de ellos habían salido de España al terminar la contienda.

Comenzó el franquismo en el año 1939 con la unión de los partidos y grupos políticos que apoyaron el golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Las características del nuevo partido eran de corte nacionalista, conservador, anticomunista, militarista, autárquico, católico y antidemocrático. Cuando al terminar la Segunda Guerra Mundial fueron derrotadas las fascistas potencias del Eje, empezó a menguar el poder de la Falange en favor de otros grupos políticos.

El nuevo partido, de farragoso nombre. —FE de la JONS, o lo que es lo mismo, Falange Española de las Juntas de

Ofensiva Nacional Sindicalista—, no tenía nada en común con el que fundara José Antonio en 1933, pero no fue hasta 1958 cuando se unificaron ambos en el llamado Movimiento Nacional, el partido de Franco. El franquismo intervino en la vida social, económica y política a través de organizaciones como el Frente de Juventudes, la Sección Femenina, la FEN… Franco fue el líder supremo, el caudillo, el generalísimo de todos los españoles. Tóbalo nunca fue falangista, era monárquico; tenía un gran afecto al rey al que sirvió siendo mozo. Pero aceptó de buen grado a Franco y sus doctrinas de ultraderecha.

Pura abandonó sus obligaciones como falangista y se dedicó a la administración de su casa, al cuidado de sus hijos, a soportar las malas costumbres y rarezas de su marido y a sus obras de caridad. Montó en el zaguán una especie de ambulatorio donde curaba las pústulas y las heridas infectadas de los mendigos del pueblo. Para esa labor asistencial contó con la ayuda de Antonia; ella me contó que Tóbalo solo dejaba a Pura curar a sus necesitados en la amplia entrada porque temía que si lo hacía dentro podía llevar infecciones y enfermedades a la familia, especialmente a los bebés.

Fue al finalizar la Segunda Guerra Mundial y a pesar de que el franquismo amordazó a la sociedad con una completa censura de prensa y radio, cuando mis padres supieron del holocausto perpetrado por los nazis. Pura supo de las monstruosidades que cometieron con seis millones de judíos y, si bien nunca nos habló de ello, esta gran tragedia minó sus creencias fascistas, y quedó muy desilusionada del partido de José Antonio. Entonces se hizo una fervorosa franquista, aprobando y apoyando al llamado caudillo en su labor de mantener al país en orden. Consideraba, como Franco, que los españoles necesitaban a una persona fuerte, una completa tutela política, económica y social. Y como la

Iglesia estaba sin tapujos de parte del dictador hasta la llegada de Pablo VI, Pura se afianzaba en esas premisas de orden y obediencia a las normas constrictivas impuestas al pueblo, especialmente a las mujeres.

Pura me decía que el franquismo confirió a la mujer el muy digno papel de esposa y madre. Entendía que las casadas no tuvieran acceso al mercado laboral, que solo pudieran trabajar en el domicilio las solteras y las viudas. Decía que si se casaban tenían que pedir el despido voluntario, y si querían trabajar más tarde solamente lo podían hacer con la aprobación del marido. Aceptaba que sus sueldos fueran más bajos. Todas estas limitaciones y coacciones las aprobaba, contaba que eran inevitables en «los años duros de la posguerra». También recordaba que muchas de ellas tuvieron que hacer estraperlo para poder dar de comer a sus hijos porque no era suficiente la cartilla de racionamiento ni el salario de una sola persona. En definitiva, Pura aceptaba que la mujer fuera considerada menor de edad de por vida, supeditada en todo al varón. Sabía de la sumisión que legalmente tenía con respecto al padre o al marido y que el adulterio estaba castigado en el Código Penal; esto último lo aceptaba de mala gana y como mal menor.

Me contaba orgullosa que se crearon organismos para la mujer acomodada, para conseguir su trabajo sin remuneración, como fue el Servicio Social de la Mujer, el Auxilio Social, el Patronato de Protección a la Mujer, este último con influencias eclesiásticas que intentaban atraer a la mujer a la Iglesia y alejarla de los vicios. Y que también estaba la Acción Católica, una organización más liberal que asistía a las mujeres represaliadas. Lo que no mencionó fue que en 1959, con el Plan de Estabilización y en 1961 con la Ley sobre Derechos Políticos, Profesionales y Laborales de la Mujer, la mujer española consigue al fin la equiparación

salarial al hombre, aunque continuó existiendo hasta 1976 la necesidad de la autorización marital para abrir una cuenta bancaria. Pura vivió en esa sociedad cerrada y asfixiante recluida en su casona; hacía muy pocas visitas, a la familia del médico, a una prima de Tóbalo… y a misa los domingos. Como todas las mujeres, iba completamente tapada, con un velo en la cabeza, con rebeca, falda larga, y medias en pleno agosto. Dentro de la iglesia, como ocurre actualmente en las mezquitas, mujeres y hombres estaban separados. En nuestros templos las mujeres y los niños se sentaban delante y los hombres en los últimos bancos, cerca de la puerta, para poder salir a fumar y ahorrarse la misa en cuanto el cura empezaba la celebración.

Solo en las temporadas que pasábamos en Punta Umbría, mi madre se reunía con amigos, con matrimonios de su misma condición económica y social. Los veranos de Punta eran la única alegría que tenía Pura, su única ocasión de tener relaciones sociales, cuando se reencontraba con las familias vecinas en las tertulias de los mediodías en los toldos. Se sentía relajada y contenta entre esos amigos porque allá, en el toldo, se informaba de la vida en Madrid, de las novedades culturales y políticas, de la situación catastrófica de la economía por el aislamiento internacional de aquellos años de autarquía cuando España no tuvo más remedio que intentar valerse y sobrevivir con sus propios y únicos recursos. Con gente tan afortunada como ella, se vanagloriaba de su buena situación económica, de su hermoso El Al Mizar, de sus muchas acciones en grandes empresas, de los negocios millonarios de su padre… En Punta se sentía importante, una señora que no tenía nada que envidiar a las demás. Mi madre siempre se sintió eso, una señora. Era doña Pura, lo fue en El Al Mizar para los obreros y para todos en Pilas menos para los Medina, que la llamaban simplemente Pura.

Siguió la vida monótona y gris de mi familia en los cincuenta. En el pueblo mi padre volvió a aburrirse de la vida hogareña que llevaba y empezó a llegar a casa a altas horas de la noche. Las partidas de cartas dejaron de ser al mus o a la brisca; cada vez jugaba más al póquer con un tahúr, un señorito de Sevilla que era profesional y que visitaba los casinos de los pueblos desplumando a los incautos como mi padre. A pesar de las advertencias constantes de Pura, Tóbalo perdió mucho dinero. Un día se jugó una bonita finca de cincuenta hectáreas de vides y la perdió. A la mañana siguiente mi madre nos vistió con nuestras mejores ropas y mandó a las criadas hacer el enorme equipaje, el que se hacía en verano cuando íbamos a la playa. Llamó a Manolo, el chófer, y le ordenó que buscase al taxi del pueblo y tuviese el Versaille preparado.

Nos íbamos a vivir con el abuelo a Sevilla.

CAPÍTULO X

De: Asun.
Para: hermanos.
Fecha: 20 de febrero de 2010.

Queridos hermanos: ¡quién me hubiera dicho hace dos semanas que iba a mandaros un mensaje desde Kabul, nada menos!

Pues aquí me encuentro trabajando, en el lugar de Lucía, aunque no pueda hacer la magnífica labor que hace nuestra hermanita como médica. Sé de ella a través de los correos, sé que estás tú, Amalia, cuidándola en Frankfurt. No la hagas reír con tus tontunadas, que le dolerán los puntos… Estoy muy tranquila y contenta al ver que Lucía se va recuperando.

Ya os habrá contado Amalia mis primeras y durísimas impresiones cuando vi a nuestra querida Lucía medio destrozada. Así que ahora, ya relajada por saber que está en Alemania en un fantástico hospital me dispongo a contaros mi vida afgana. Menos mal que en el colegio no era muy mala en inglés y que lo seguí practicando de monja, porque yo mantenía la comunicación de nuestro convento con las madres que están en el Congo de misioneras y que son de todo el mundo, muchas de ellas estadounidenses.

Pues con este pobre bagaje me encuentro en este país que me recuerda a Almería, cuando la visité un verano con nuestra pandilla. Hablo de esta tierra y la verdad es que he visto muy poco, solamente el trayecto de veinte kilómetros entre el aeropuerto y el hospital.

Desde que llegué no he salido del Malakai nada más que para ducharme y cambiarme de ropa en la casita de Lucía. Es preciosa, de muros de adobe y ventanas color esmeralda, con bonitas alfombras de la tienda de Ismail y casi sin muebles, solo inmensos cojines de brillantes colores por los suelos. Nos tiene a todos los hermanos de chicos en una foto que nos hicieron vestiditos de blanco. La más guapa, sin ninguna duda, Purita, con su cara de princesa, y después Lucía.

Menos mal que hay una mesa de madera antigua muy grande donde tiene montado su pequeño despacho y donde se puede comer. Me está atendiendo Fátima, una muchachita de pelo zanahoria y grandes ojos del color de la lima; es guapísima y muy buena. Nos entendemos malamente por señas y con algunas frases en inglés porque Lucía le está enseñando para que pueda encontrar, cuando ella se vaya, un buen trabajo en una ONG, de esas que trabajan por aquí. Antes de regresar a Madrid, Luca me acompañaba al volver a la casa a descansar, me ponía unas películas españolas muy divertidas y preparaba estupendas tortillas de patatas. La verdad es que lo echo de menos, lo he conocido bien en estos días, es un magnífico muchacho.

Ahora casi no tengo tiempo para rezar. Rezo menos pero más intensamente. Creo que voy a permanecer aquí mucho tiempo. Ya le escribí a la madre superiora para justificar mi salida intempestiva, espero que ella lo entienda y que no me lo tenga en cuenta a mi vuelta.

Elvirilla, mi bendita cómplice, necesito que me hagas otro gran favor, el último que te pido. A pesar de que creo que la

madre superiora excusó mi espanta, te agradecería en el alma qué fueras una tarde a hablar con ella sobre la situación extrema en que se encontraba tía Lucía. Es una mujer comprensiva y humana, estoy segura de que te gustará hablar con ella. Yo me quedaría tranquila si con suerte lo entienden en el convento, necesito centrarme en este agobiante trabajo y, la verdad, me escuece la conciencia. Te lo agradecería de corazón.

Pues, queridas hermanas, os diré que me estoy acostumbrando a la tarea que me han asignado en la planta de madres ya paridas. Es que me chiflan los chiquillos, son lindísimos. Las mujeres agradecen mi asistencia con inclinaciones de cabeza y con inmensas sonrisas. Se miran entre ellas y se ríen, creo que de mí, de mi terrible aspecto con pantalones bombachos —me los trajo Ismail, dice que son más cómodos que los vaqueros— y unas túnicas que me llegan a las rodillas, de lindos colores, muy alegres.

También se ríen de que siempre lleve el yihad que me cubre la cabeza a la altura de los ojos, es que es un peñazo trabajar con un velo reliado por el coco, la verdad es que estaría mucho mejor con mi toca de monja, pero me temo que aquí no debo ni mentarla, no vaya a ser que un talibán emboscado me descubra como religiosa y me rebane el gaznate; aquí lo necesito para poder ayudar a estas pobres madres a sacar adelante a sus bebés. Yo las instruyo sobre higiene, para evitar infecciones y las terribles disenterías que hacen que este país sea el más peligroso del mundo para los recién nacidos; estoy muy impresionada por las duras condiciones de vida de esta pobre gente, especialmente de las mujeres, de los viejos y de los niños. Lo que más me ha llamado la atención de este hospital, que se parece a los nuestros, es el muro de cemento que lo rodea. Fue levantado por los talibanes, solamente tiene dos ventanucos diminutos. Fuera de estos muros acampan los

esposos, que tienen prohibida la entrada al recinto donde paren sus mujeres. Una médica afgana me ha dicho que los talibanes no están, pero que persisten los muros en todos los aspectos de la vida.

Lucía, querida hermana, espero que Amalia te esté cuidando por lo menos tan bien como cuidaba a su westy en su época de pija. Estoy segura de que vas a engordar los kilitos que perdiste en esos malos días en que yo estuve a tu lado. Y eso que intentaba que tragases las sopitas deliciosas que te traía tu amado Ismail. ¡Vaya suerte que tienes, condenada!, es un hombre de los de antes y no lo digo por machista, que es de un delicado que encanta.

Os mando a todos mis mejores deseos y que Alá, que es lo mismo que decir Dios, os proteja. Muchos besos de vuestra hermana Asun.

Antes de recibir este correo contando su vida en Kabul, ya sin su querida Lucía, en cuanto llegó al hospital Asun nos mandó un mensaje a todos los hermanos dándonos noticias del gravísimo estado de nuestra hermana. También habló conmigo, funcionaba el teléfono móvil, ¡qué magnífico invento! Esta es la historia de su llegada y de sus primeras impresiones.

Aterrizó por la noche en un aeropuerto pequeño, abigarrado de gente de lo más variopinta. Una mezcla de personas que parecían provenir de planetas diferentes, unas en la actualidad, como nosotros las conocemos, y otras inmersas en plena Edad Media.

Llegó a la nueva terminal que el presidente Karzai inauguró hace unos años, según Asun muy moderna, y se sorprendió gratamente; ahora el aeropuerto de Kabul está gestionado por militares españoles, por lo que no tuvo problemas con los papeles pues nuestros compatriotas

fueron extremadamente amables con ella, que sigue con aspecto de monja a pesar de que lleve pantalones vaqueros, una especie de pamela y una blusita de florecillas naranjas. En la terminal le esperaba Ismail, «el moro» del que ella tanto recelaba. Dice que es tayiko, de la etnia de clase social más alta, que su familia es comerciante, que tienen una gran tienda de alfombras en el bazar, que uno de sus hermanos es profesor universitario, otro abogado, otro político. Cuenta que es muy amable y muy guapo, que va vestido como Karzai pero que tiene mucho pelo. Ismail la llevó inmediatamente al Malakai Hospital, de la asociación Women of Afganistán, RAWA.

Lucía estaba en una habitación humilde que compartía con otras mujeres. No podía creer que Asun, su melliza, la monja enclaustrada, estuviese allí junto a ella llorando a moco tendido. A pesar de la desastrosa situación en que se encontraba, Lucía no cabía en sí de gozo. Al minuto Asun se puso al tanto de sus heridas y de su estado general. Le operaron la pierna izquierda, que había quedado destrozada por la bomba, para ponerle unos clavos en esa primera intervención de emergencia. Padecía una conmoción craneal importante y una cadera la tenía vendada, estaba muy grave. Lucía soportaba terribles dolores, se pasaba casi todo el día sedada porque tenía la herida en carne viva.

Mi hermana durmió esa noche en una colchoneta al lado de su melliza, no se separó de su lado. Se despertaba cada vez que oía un leve quejido, al moverse, cuando le pedía agua, cuando tenía que ponerle la cuña… Lucía por fin tenía a una enfermera solo para ella, su hermana, la que siempre había dormido a su lado desde que nacieron hasta que se fue a vivir con su novio. Fue entonces un tiempo muy duro para Asun, se quedó sin parte de su vida, sin la persona que mejor la conocía. Existía entre ellas una comunicación muy íntima, no por nada compartieron desde la cuna sus

vivencias infantiles, sus juegos, sus sueños. Ya pesar de que eran muy distintas, se respetaban entrañablemente, se ayudaban en el colegio con los estudios y nunca hubo envidias ni malos rollos entre ellas.

Aquella noche, en el duermevela, Asun pensó en su vida, en tantos años enclaustrada, en Purita encerrada en el castillo, en su madre confinada voluntariamente en sus silencios, pensó en Lucía, en lo valiente que era, en lo abnegada, en su entrega a esas mujeres que dormían allí cerca, pensó en lo que estaría pensando la superiora sobre su súbita escapada y en que tendría que trabajar mucho para poder pagar a Elvira la cuantiosa suma de El Corte Inglés. Con la imagen del gran almacén lleno de luces, Asun se quedó dormida al fin, después de tomar media Dormidina de las que le di en el aeropuerto de Frankfurt junto con un paquetón de galletitas, esas que tanto les gustan a las mellizas.

Seguían llegándonos a diario noticias alarmantes de Kabul. Lucía continuaba en estado grave; Asun nos contó que una de sus compañeras había fallecido en las horas posteriores al ataque terrorista y que Lucía y sus amigas se salvaron de milagro, aunque las otras dos enfermeras estaban gravísimas. Ismail y sus amigos médicos hacían lo posible por mantenerlas estables en espera de evacuarlas a Frankfurt en un avión hospital.

Mi hermana a veces recobraba la conciencia y se tranquilizaba al ver a su lado a su hijo Luca y a su melliza. Asun no se quedó en el hotel reservado, se instaló en casa de Lucía con mi sobrino porque se pasaba el día en el hospital cuidándola. Recordó de inmediato las prácticas más habituales de cuando era enfermera: controlaba la hidratación y el gotero para administrarle las medicaciones vía intravenosa, le tomaba la tensión, la refrescaba

continuamente y lavaba los camisones, le llevaba comida de un restaurante vecino… Se dedicó a Lucía en cuerpo y alma.

En el momento en que la veía dormir tranquila, nuestra monjita aprovechaba para rezar por ella y por todas las pobres mujeres que daban a luz en tan precarias condiciones. Asun empezó a preocuparse por las parturientas, por atender a las que compartían la habitación con nuestra hermana. Al poco tiempo, todo el mundo la conocía, era famosa en la planta por su diligencia, por su dedicación total a las dolientes madres y a sus niños. Volvió a tratar con bebés, se le despertó un instinto maternal que ella creía inexistente pero que permanecía en el fondo de su alma, esperando una ocasión propicia para aflorar e inundarla. Asun acunaba en sus robustos brazos a los lindos recién nacidos envueltos en mantas o ropitas viejas, les cantaba nanas españolas, les calmaba los dolores de barriga acariciándolos boca abajo sobre sus mullidos muslos, les palmeaba delicadamente las espaldas con las cabecitas reposando en su hombro… Puso en práctica lo aprendido hacía treinta años, su habilidad en el trato cariñoso con la gente, su amable actitud con las mujeres, su respeto a la intimidad y al recato de las madres.

Justo dos días antes de la evacuación de Lucía, nuestra monjita recibió una oferta de la directora del centro, una diligente americana de su misma edad que llevaba poco tiempo en el país. Como se vio desbordada por la falta de Lucía y de sus compañeras, le pidió a Asun que se quedase en el Malakai hasta que pudieran renovar la plantilla. Mi hermana aceptó encantada; se quedó en Kabul en la residencia del hospital, en una sencilla habitación como la que dejó en Madrid, parecida a su celda.

Por fin, a las dos semanas del atentado y sin retrasos ni contratiempos llegó Lucía a Frankfurt junto con sus dos amigas. La acompañaba su hijo Luca, que se quedó con ella

en el hospital alemán hasta que yo dejé mi trabajo de cocinera en la agencia y pude relevarlo. A Lucía la acomodaron en una preciosa habitación privada con dos camas y con un enorme ventanal que mira al río Main y a un espacioso parque desde donde nos llegan las risas de los niños que juegan en los columpios. Ya Lucía ha pasado lo peor, está fuera de peligro. Le quedan por delante dos operaciones y superar el trauma que sufrió por la explosión y la muerte de Mirta, su joven amiga peruana que se iba a casar dentro de unos meses.

Yo me he instalado junto a ella, pero solo le puedo ofrecer la ayuda de una simple hermana. No sé nada de enfermería, no obstante siempre me ha gustado cuidar a quien se ha puesto enfermo con gripes y fuertes resfriados. Incluso he sacado astillas y embadurnado heriditas con mercromina, a lo más que llego. Me gusta arreglarle la almohada, le doy la vuelta para que la sienta fresca. También le aliso la cama, le cambio el camisón, la roció de colonias y la unto de cremas. Le lavo el pelo con una manopla; dice que la tengo hecha una emperatriz. Y como tuve muchos días de espera, me traje un cargamento de dulces Cordon Bleu que compartimos con las otras chicas que también van saliendo a duras penas de sus heridas.

Lucía se va sintiendo mejor, aunque todavía necesita fuertes calmantes porque tiene la pierna con un montón de clavos que da repelús verlos salir de la carne. Creo que pasado mañana la vuelven a operar y si todo va bien la mandan a Madrid, a su casa. Recibimos llamadas y correos de toda la familia. Muchos del pobre de Ismail, que la añora pero que no pudo venir con ella porque está a tope de trabajo. Ayer nos llegó el precioso *e-mail* de Asun, que he transcrito en su totalidad y que precede a este relato.

Mi madre mandó razón a su marido, que se encontraba en el casino, de que lo teníamos todo listo para viajar a Sevilla, a casa del abuelo Amalio. Tóbalo salió corriendo, se fue en busca de don Francisco, el párroco que vivía justo enfrente, y se encaró a su mujer en una discusión mediada por el cura, quien consiguió templar los ánimos y hacer desistir a mi madre de la idea de abandonarle. En aquellos tiempos se necesitaban motivos muy poderosos y mucho coraje para tomar ese camino, el de la separación, único que la legislación permitía cuando fracasaba un matrimonio.

Pura, que había demostrado en los convulsos años que le tocó vivir, antes y durante la guerra, que tenía suficiente arrojo para tomar decisiones drásticas, esa vez se achantó ante la magnitud de las consecuencias. Era un escándalo, una mujer separada con cinco hijos, se harían públicos los vicios de mi padre, su incapacidad para dirigir sensatamente su propia vida, su familia y su matrimonio. Mi madre tenía entonces treinta y cinco años, se condenaba a vivir peor que de viuda, no tenía posibilidad de encauzar de nuevo su existencia ni de encontrar a otro hombre. Escuchó las súplicas de Tóbalo, sus renovadas promesas de redención, de no volver a emborracharse, alejarse del juego y pasar más tiempo con los niños… Entonces claudicó, ordenó deshacer el equipaje, y a nosotros, los pequeños, nos mandó al colegio. Le dio la última oportunidad y mi padre la aprovechó: nunca más llegó borracho, aunque seguía bebiendo fino en el aperitivo. Nunca volvió a tocar una baraja; cuando ya éramos mayorcitos y jugábamos a la canasta en el cortijo, mi padre se ponía furioso y tiraba las cartas a la basura, solo nos permitía la brisca. A partir del plante de su mujer, se entretenía con los amigos en el casino jugando al dominó, a peseta la partida.

Mi madre siguió en Pilas, aislándose cada vez más de la gente del pueblo; allí no tenía amigas. Visitaba a mi

madrina, la tía Carmen, que tenía un caserón parecido al nuestro pero mucho más luminoso, con un inmenso corral en el que había un molino de aceite con gigantescas tinajas de arcilla y dos palmeras de deliciosos dátiles que mi tía mandaba coger para los niños.

Tengo recuerdos imborrables de aquella casa. Tenía un gran cierre de cristal, con unas cortinas de lona naranja que coloreaban con luz cálida la parte central. Junto a ese gran mirador al patio, me pasaba las horas recortando papelitos de celofán, haciendo confetis para después echármelos por encima de la cabeza como si de una lluvia mágica se tratara.

Siempre que podía me escapaba de casa e iba corriendo a la de mi madrina, porque ella me envolvía en mimos y allí me sentía especial, única. Recuerdo que la tía me dejaba jugar con una tétrica y enorme muñeca articulada, que perteneció a su única hija. Iba allí a jugar sin la lata de mis hermanos pequeños, para evitar la supervisión de mi madre y porque mi querida tía me daba pastillitas Juanola y reales de esos con el agujero en medio para comprar regaliz, pipas de calabaza, polvitos pica-pica y chicles americanos.

Pura solía ir a Sevilla una o dos veces al mes para ver a sus padres y hacer compras, y cuando mi hermana Juana tuvo cinco años, para vigilar a su hija mayor, que convivió con los abuelos hasta que murió Purificación. A Lito lo internó en los jesuitas bien pequeño. Moncho, Purita y yo nos libramos del castigo ya que éramos apacibles y obedientes, nunca dimos problemas en la escuela.

La vida en el pueblo prosiguió terriblemente monótona para mi madre, pero yo guardo de mi primera infancia en Pilas estupendos recuerdos. Tenía dos buenas amigas, Marianita y Danila. Mañanita, hija de un señorito del estilo de mi padre, era delgada como un alambre y vivía pared con pared nuestra. La otra casa vecina era de la familia del gran actor Paco Valladares, también de Pilas.

Como la madre de mi amiga estaba medio sorda, nos dejaba organizar grandes alborotos. Me gustaba mucho aquella casa, recuerdo el olor a cera y a madera vieja de los suelos y los muebles; me asombraban los dos enormes huevos de avestruz que había en un elegante aparador, y un gigantesco reloj de arena que estuvimos a punto de estrellar varias veces. Danila, una niña guapa, espigada y dulce, vivía justo enfrente, en una casita pobre. Tenían un corral con cochinos y pollos y con una terrible peste a estiércol y a letrina porque su váter turco era un simple agujero en el suelo con una tapadera de madera, algo que me llamaba mucho la atención.

Juana también tuvo una plácida infancia hasta que empezó a jugar con los niños del pueblo. Mi hermana era una niña inteligente y viva que empezó a leer con tres años. Cuando al poco tiempo se le quedó pequeño el colegio nacional, Pura la llevó a Sevilla a casa de sus padres para que se refinase en su antiguo colegio de las Irlandesas. Al volver a Pilas en vacaciones, se convertía en la jefe indiscutible de los varones de la casa, los manejaba en los juegos y rifirrafes que organizaban con pandillas de chiquillos de otras barriadas que venían a jugar a nuestro patio. Juana era temible, daba mandobles y bocados por doquier. Un día —tendría ella ocho años—, vino una mujer con su hijo a quejarse de mi agresiva hermana y a mi madre no se le ocurrió mejor idea que agarrar a Juana de los brazos por la espalda, inmovilizarla y decirle al resentido agredido: «Vamos, pégale lo que quieras». El niño se aprovechó de la circunstancia de tener a su enemiga en tan humillante posición y se vengó con rabia hasta que nuestra cocinera Antonia se interpuso y detuvo el castigo. Por lo visto, la ofendida madre disfrutó de lo lindo viendo a Juana llorar como la niña que era.

Antonia nunca aceptó estos métodos marciales e inflexibles que tenía su señora para que fuésemos buenos y obedientes. Siempre nos protegió. Abriendo sus fuertes brazos como alas de aeroplano, interponía su inmenso trasero entre los niños —que nos aferrábamos a su inabarcable cintura en fila india en una lagrimosa conga—, y la zapatilla de mi madre. Debido a este chocante trato materno, Juana vivió feliz en Sevilla en casa de los abuelos.

De: Concha.

Para: Juana, Amalia, Lucía y Asun.

Fecha: 28 de febrero de 2010.

Queridas hermanas: ayer aprovechamos un clarito de este dichoso invierno de lluvias para ir a visitar a Purita y de paso a hacer lo que habíamos convenido: escarbar en el Barranco de las Ranas. El que está contentísimo con este horrible tiempo es mi querido Paco, se está poniendo tibio de tagarninas, gurumelos y espárragos de los que le gustan, de los trigueros. Lo malo es que también se pirra por los gurugaos, esos gordísimos caracoles que tantísimo asco dan a los que no son de por allí, pero que están divinos con la salsita majadita de pan frito, orégano, pimentón, ajos y cominos que nos enseñó Antonia. Pero a mí me toca limpiarlos, ¡qué grima! Bueno, dejemos la cocina, que parezco la petarda de Amalia cuando, en su época obsesiva por el Cordon Bleu, venía, la muy cándida, con un maletón de libros de gastronomía que pretendía que estudiásemos.

Como habíamos acordado, quedamos con Lito y con Curro que estaban en Sevilla para comprar el mobiliario del palacete de un marqués, arruinado por esta maldita crisis que nos tiene a todos tiesos. Nos citamos en Paterna, en El Potro, donde nos tomamos unas tapas porque, a pesar de

que yo llevaba unos bocadillos de jamón, no me fiaba del hambre de tantos hombres prestos a echar una buena peonada excavando entre peñascos. Hice bien, no dejaron ni un trocito de pan para el nuevo perrito de Purita, sabréis que se le murió el Picio, ese que era tan feo, como el de la célebre frase. Me voy por las ranas, digo, por las ramas…

Sigo. Llamamos a Punta en cuanto enfilamos el camino de las Palmeras, cuando tuvimos la mole impresionante del castillo ante nosotros. Dijo Lito con razón: «¡Pero qué listos fueron aquellos moritos que pusieron su El Al Mizar en el mejor lugar del valle!». Purita nos esperaba cerca del pantano, fuera de la vista de los caseros. Se nos estaban echando encima unos nubarrones negrísimos que venían de la Pata del Caballo, de modo que metimos a Purita en la furgoneta y nos fuimos veloces para el Carrascal, al barranco.

No tenía agua, pues no había llovido en una semana. La tierra estaba blanda, era casi barro. Purita nos señaló dónde había descubierto su medalla, al lado de una gigantesca mata de espárragos. Paco encontró allí diez la mar de hermosos. Pues empezaron los tres hombres, con unas inadecuadas herramientas de jardín, el duro trabajo de levantar piedras y hasta riscos del tamaño del culo de nuestra Antonia, pero no nos topamos ni con un miserable hueso de conejo. Nada. Purita insistía en que era allí, pero el barranco tiene un montón de metros; una locura escarbar a la buena de dios.

Lito y Curro se lo pasaron pipa, ellos no se creen la historia. Estuvieron todo el tiempo de coña, sin parar de hacer chistes sobre el posible fiambre. A mí me da pena pensar en ese tal Gonzalo, que debe estar esperando mejor sepultura o que lo metan en el horno, y no estar rodando a merced de otra riada que deje sus huesos al aire y que se lo coman las alimañas que campan por aquel erial.

No hallamos nada, nos llevamos un buen chasco. ¿Estáis seguras de que allí se esconde el misterio que llevó por la calle de la amargura a nuestra madre? ¿No será que tú, Amalia, has leído demasiadas novelas de crímenes y policías y ahora tienes a la familia embarcada en estas macabras exhumaciones? Al final y antes de que diluviara, lo que conseguimos fue una fantástica maceta de espárragos que repartimos entre todos como buenos hermanos. Purita se fue tan feliz, la muy puñetera parecía contentísima de que no hubiéramos localizado «las joyas», como le dijimos, no fuera a contarle a Sebastián nuestras pesquisas. La dejamos de nuevo cerca de la casa, allá se fue triscando con el perrillo detrás de ella.

Os dejo. Creo que os he hecho una buena relación de nuestro fracaso. Lucía, bonita, ponte fuerte y arréglate la pierna, que tenemos que organizar una excursión con comilona por la dehesa. Si deja de llover, se pondrá aún más preciosa con los lirios que ya están saliendo. Tiene ya un manto verde que ni en el mejor golf de Marbella. Dice Lito que cuando vengas te llevará con Curro en la sillita de la reina a Punta Umbría o a donde se tercie. Espero vuestras noticias, muchos besos.

Concha.

Lucía se está restableciendo a marchas forzadas. Ayer la operaron por segunda vez, algo sin importancia; por lo visto el traumatólogo de Kabul hizo con su pierna un magnífico trabajo. Ya se le han pasado los efectos de la anestesia, está muy tranquila. Duerme como un bebé hasta que se mueve en sueños y entonces, la pobre, ve las estrellas y me llama para que le ayude a encontrar otra vez una buena postura. Nos han dicho que si en tres días no surgen complicaciones, la podremos llevar en otro avión-ambulancia a Madrid, al

Hospital Ruber Internacional, donde trabajaba. Allí la esperan sus amigos médicos; ella está deseando irse a España para poder estar cerca de sus hijos. Con lo mal que tiene la pierna, se preocupa del estado de Lucy, que lleva muy bien el embarazo. Yo le he dicho que me voy a Madrid en ese avión que le van a fletar, así me ahorro el billete de Air Berlin.

Me ha preocupado el *e-mail* de Concha, es extraño que no hayan encontrado los huesos de Gonzalo. Espero que cuando deje de llover Purita siga buscando tesoros por el Barranco de las Ranas. Mi hermana es como una urraquilla que guarda todo lo que encuentra en el campo. Tiene una preciosa colección de fósiles, fruto de sus paseos y de lo que le regalan los tractoristas cuando aran las tierras. Una vez descubrió un enterramiento árabe cerca del castillo, bordeando un camino. Eran losetas enormes de arcilla rosada con inscripciones, y dentro había hasta huesos. Los expuso en su cuarto al lado de san Pancracio, de la inmensa Virgen de Fátima que le regaló un amigo cura, de las innumerables estampitas que le manda Asun, de la foto que tiene de la visita del papa polaco en la inauguración de un asilo; allí estaba Purita, con cara de haber visto a un arcángel por lo menos.

También tiene en las repisas de su dormitorio a un Niño Jesús desnudito en un pesebre, y al llegar el invierno, lo arropa con un calcetín color fucsia de los que Concha le regala, de esos que compra en los chinos. Su habitación parece una tienda de todo a cien pero ella controla sus bagatelas; sabe perfectamente dónde tiene las horquillas o su colección de caracolas. Vive rodeada de peluches; ya en la cama, a la hora de dormir, no se le ve la cabeza entre tantos monos, conejitos y osos. Sus dos o tres perrillos de carne y hueso duermen a los pies de la cama, disputándose con más de un gruñido el mejor sitio.

Aparte de a sus animales, Purita adora a Sebastián porque se la tiene camelada; le lleva casi a diario chucherías del pueblo, a él no le importa que esté bien oronda. Solo le interesa controlar el cortijo y a nuestra hermana. Aunque tiene un chalecito en Paterna, desde hace años el primo vive en El Al Mizar, en el apartamento que se arregló en el muro este; vendió su casa de Sevilla y se trasladó al castillo al morir su madre. Siempre vivió con la tía Belén y no se quiso casar con Encarni, su eterna novia. Es tan egoísta, tan egocéntrico, que es incapaz de comprometerse en una relación sentimental, de responsabilizarse de alguien. Y menos aún de un hijo.

Cuando leyeron las últimas voluntades de Amalio, Sebastián se desencantó y cambió de talante, sobre todo con nosotros, los hermanos. Hasta entonces había sido un hombre afectuoso, si bien nunca se involucró totalmente con la familia como hizo el tío Ramón. Creo que siempre se sintió un intruso con los del Río. A pesar de que era listo y de que había llegado a ingeniero, Sebastián no tenía ninguna sensibilidad artística, ni pizca de lo que ahora llaman inteligencia emocional. No sabía tratar a la gente de su misma condición; estaba acomplejado, se sentía un patán porque se había criado en un pueblo. Al contrario que nosotros, que lo hicimos en un buen caserón y con comodidades, él pasó en soledad sus primeros años en Cereña con su madre, no se relacionaba con los primos Panero, solo quería estar con el abuelo Amalio. Sebastián, de niño sencillo y risueño, fue tornándose con el discurrir del tiempo un hombre triste, resentido y amargado.

He llegado a la conclusión de que quizá él se enteró del emplazamiento del cadáver de Gonzalo y lo ha trasladado de lugar. Pero el primo ya no está para encorvar el lomo con un azadón, y Concha no dice nada en su correo de que encontraran agujeros o excavaciones recientes en el

barranco. No sé qué pensar, tal vez estemos haciendo una montaña de un grano de arena, relacionando una medalla con la confesión de Pura sobre el chantaje que le hacía el primo. Deberíamos entrevistarnos con él y sonsacarle qué era tan importante para nuestra madre, qué la hizo capitular ante sus extorsiones y dejar a Purita en sus manos. De nuevo llamé a Juana, le conté mis dudas y sobre la necesidad de reunirnos con el primo, pero dice que aún es pronto, que antes debemos convencer a Purita para que nos diga el sitio exacto donde encontró su virgen negra. Y excavar. Me cuenta que tiene una íntima amiga, patóloga forense, que al enterarse de la historia se ofreció a examinar un hueso y sacar el ADN. Quizás así podamos aclarar de una vez quién está enterrado con las ranas, si es cierto que hay un cadáver compartiendo el barranco con ellas.

Moncho y yo fuimos niños bien acogidos por mi madre. Moncho porque fue varón, y yo porque, si bien era una niña, ella había reparado en que Purita necesitaba una hermana que le enseñara a hablar, cosa que hice, según me contaron, con bastante diligencia.

Pura solamente quería tener varones; cada vez que le nacía una niña, mi padre no sabía cómo comunicárselo ya que se deprimía del disgusto. Y tuvo seis hijas. Mi madre era misógina, solo le gustaba estar entre hombres, despreciaba las conversaciones de niños y de criadas. En el toldo, en la playa de Punta Umbría, siempre se colocaba junto al grupo de los hombres y los escuchaba con toda la atención de la que era capaz. Pocas veces intervenía en las charlas, no se sentía segura de sus opiniones, pero lo que no hacía nunca era caer en los paliques intrascendentes de las señoras o en críticas y cuchicheos.

Pura, como su padre, admiraba a los profesionales liberales, al magistrado del Tribunal Supremo que vivía a dos casas de distancia; a un notario intelectual que tenía un bonito chalet detrás de nosotros, a un abogado del Estado que estaba casado con la única mujer que la hacía reír, Marita, una mujer adelantada a su tiempo, de familia de profesores de universidad represaliados después de la guerra; era del estilo de Doris Day, atractiva, lúdica, simpática, de arrolladora personalidad. Marita pasaba olímpicamente de las estrictas convenciones sociales, se guaseaba de todo. No iba a misa, fumaba como un carretero, vestía al estilo americano con trajes de can-can escotados, muy alegres. Ella era un soplo de aire fresco para aquellos amigos del toldo y para nosotros, los niños; nos organizaba las fiestas, los concursos, las excursiones, los disfraces… Todos la queríamos.

Pura era muy diferente a su amiga; tenía un sentimiento trágico de la vida. Y con tal bagaje existencial nos educó: sin ningún privilegio, sin regalos, sin cumpleaños, sin fiestas, con bonita ropa, pero la imprescindible, sin viajes. Mi hermana Concha pensó que éramos pobres hasta que cumplió quince años y entonces se percató de que teníamos cocinera, niñera, dos doncellas, una señorita de compañía para los mayores, una costurera que era la sobrina de Antonia y que pasaba largas temporadas haciéndonos la ropa, una mujer que, antes de las lavadoras, se pasaba el día preparando las coladas, Manolo el chófer, Diego y Salud, los caseros del cortijo, Pepa y Leopoldo, los cuidadores de la casa de Punta, la tata Nina de Pilas… Un montón de gente que constituía el servicio cuya jefe indiscutible era nuestra querida Antonia, además de cocinera ama de llaves y el alma de mi casa. Pura delegó en ella el normal funcionamiento doméstico; Antonia contrataba, controlaba y ordenaba el trabajo a las mujeres, y a muchas de ellas las

amparó del enfado de nuestra madre. Siempre amenazaba con presentar su dimisión si Pura insistía en echar a la que juzgaba floja o sucia, siempre protegió a las empleadas que ella consideraba buenas personas.

Pura se dedicaba al recién nacido, pero en cuanto cumplíamos un año pasábamos a manos de Gabriela, la desdichada tata. Nuestra niñera, una mujer arrugada y seca como pasa de Corinto, era minúscula y estaba medio jorobada por la falta de calcio, por la gran desnutrición que sufrió en su infancia y el peso que tuvo que acarrear de niña cuando trabajaba cuidando bebés. Era bastante malaje, nada tierna, pero la respetábamos; se dedicó a nosotros con devoción, como Antonia, que siempre salía en su defensa. Nos contaba Antonia, cuando fuimos mayores, que Lela había nacido en una familia paupérrima, que muy pronto se quedó sin su pobre madre y que cuando la pusieron a servir, con seis años, la vestían con los camisones que a las niñas de la casa se les quedaban pequeños o se caían de viejos. En nuestra familia entró con treinta años y ya no salió hasta que se jubiló con más de ochenta.

Nuestra tata Lela siempre pareció una vieja. Ella nos bañaba, cuidaba de nuestra ropa, dormía en la habitación de los niños en el cortijo, con los hermanos pequeños… En mis pesadillas, cuando soñaba que me perseguía un asesino con un enorme cuchillo, me deslizaba dentro de su cama y ella me protegía. Siempre nos llamaba choncantones, era su calificativo preferido cuando le dábamos la tabarra. ¡Pobre Gabriela! Al final de su vida se fue a vivir con un sobrino, quizás el que estuvo en la cárcel porque tiró a alguien, no lo recuerdo bien, a las vías del tren, y lo mató. En Pilas, en su pueblo, la vi por última vez unos meses antes de su muerte. Me reconoció, aunque no tenía buena la cabeza, se alegró mucho de verme y yo de verla a ella; Lela, como la

llamábamos, era un miembro más de la familia del Río Panero, como nuestra Antonia.

En la casa sevillana del abuelo Amalio tuvimos durante años a otra mujer que trabajaba —como se decía por entonces— de cuerpo de casa. Se llamaba Carmen Barrera, una mujer tierna y entrañable pero un tanto simplona. Era excepcional, le pusimos la Barrera, como a la cantante la Pantoja, aunque ella era incapaz de arrimar el ascua a sus sardinas, como hace la tonadillera. Vino, lo recuerdo muy bien, de Alcalá del Río, un pueblo que linda con Sevilla. Carmen tenía unos cincuenta años y no sabía de horas —llevaba un reloj dorado de puro adorno—, ni siquiera hacer una cama. Nos hacía la petaca casi cada noche o ponía la sábana bajera, la manta y después la otra sábana, con solo la colcha por encima. Era un auténtico desastre, pero no tenía familia que la quisiera cuidar, así que fue Antonia la que asumió el reto de enseñarle lo imprescindible para que mi madre no se diera cuenta de que la pobre no servía para nada. Cuando le entraba el nervio y se ponía a barrer nuestra parte de acera, seguía y seguía barriendo la calle hasta llegar más allá de la iglesia de los jesuitas. Siempre limpiaba junto a la otra doncella y hacía barrabasadas. A veces tan anacrónicas y difíciles de creer como el día que lanzó, tal que en plena Edad Media, un cubo de agua sucia a la calle desde el último piso al grito de: «¡Agua va…!». Aquella agua inmunda le cayó a una fina señorita y la dejó pingando, con su blusa blanca de seda inservible… Con toda la razón del mundo la mojada transeúnte llamó a la puerta hecha un basilisco; mi madre la invitó a entrar y mientras le lavaban y secaban la blusa, le pidió mil perdones por la bárbara costumbre de una pobre inculta recién llegada del pueblo.

Carmen llamaba al aspirador respirador y a la televisión trevisión, y bañaba en salsa a mis hermanos al servir la

mesa; mi padre la regañó muy enfadado en un almuerzo porque se quedó como un pasmarote escuchando absorta la conversación de los comensales mientras removía prestamente con una cucharilla el azúcar que había puesto, por propia voluntad, en el vaso del zumo de naranja 154 de nuestro aristocrático amigo Carlos Mastra, no sé cuántas veces Grande de España. Otra vez derramó una jarra de agua por el cogote del mismísimo Pedro de Orleans y Braganza, amigo de mi hermano Moncho, primo hermano de nuestro rey, que nos visitaba a menudo a la hora de nuestras fantásticas comidas; recuerdo que le encantaba el chocolate y las charletas con mi madre y con mis hermanos mayores en las sobremesas. Mi padre, que era monárquico y se sentía como un pavo real cada vez que Periquito, como yo lo llamaba, venía a distinguir nuestra casa, no supo dónde meterse al ver los bonitos rizos rubios del príncipe Pedro, el heredero del Imperio del Brasil, remojaditos, como Antonia ponía los rabanillos rojos. La Barrera ni se inmutó, creo que no se dio cuenta de la zapatiesta que había organizado. Y se libró de nuevo del despido porque de nuevo salió Antonia a socorrerla amenazando a su señora de su inminente marcha. Los días en que se ponía enormes y durísimos rulos de plásticos en su desastrada cabeza, Carmen dormía de medio lado dejando la testa al aire, apoyada la cara en una mano, con el codo en la almohada, en una postura imposible, parecida a la del doncel de la catedral de Sigüenza; cuando lo vi hace unos años se me vino a la mente mi querida Barrera.

Todo esto pasó en el tiempo que vivíamos en la casa de la calle Jesús del Gran Poder, en Sevilla, a donde nos mudamos al morir el abuelo Amalio en 1957.

CAPÍTULO XI

De: Amalia.
Para: Juana.
Fecha: 3 de marzo de 2010.

Querida Juana, mañana temprano volamos a Madrid. Ya era hora, la pobre Lucía sueña con abrazar a sus hijos. La pierna le sigue doliendo, no puede dejar de tomar los analgésicos que le han recetado. Como todos sus congéneres, los alemanes tampoco son muy dados a recetarle fuertes calmantes por si se engancha. Hace dos noches me tuve que enfrentar, en mi miserable alemán, a una pazguata de enfermera que no quiso aumentar la dosis que tenía que suministrarle, a pesar de que Lucía chillaba de dolor. Le dediqué todas las palabrotas que aprendí de ti en la infancia y casi le tiro de los pelos, pero al final, y en vista del escándalo que organicé, vino el médico de guardia y se compadeció de nuestra hermana. Le puso una dosis de caballo por vena. Al fin se relajó y durmió como un bebé hasta la hora del almuerzo. Hoy está más tranquila, debe ser por las ganas que tiene de llegar a España.

En estos días de tan estrecha convivencia, Lucía y yo hemos estado repasando a la familia. Hemos imitado al meticuloso Wallander de Henkel, ese comisario rollizo y mustio que, sin la campechanía y el sentido del humor de su

colega de Montelusa, descubre truculentos asesinos en serie en la bucólica Suecia. Hemos seguido su metodología criminalista, le hemos dado muchísimas vueltas al misterio que nos obsesiona y lo hemos examinado desde todas las perspectivas posibles. Y llegamos a la conclusión de que somos una calamidad como investigadoras, no hemos sacado nada en claro.

Terminamos siempre frente a un muro más alto que los del cortijo, sin salida. No encontramos la tecla para dar con las razones ocultas del cabronazo del primo, del manejo que se traía con mamá.

¿Por qué le advirtió nuestra madre a su prima que no nos contase lo que decía su carta, que su secreto podía ser una maldición para nosotros?

Pienso, Juana, que en cuanto aterrice en Sevilla tenemos que ir a merendar con la prima Rosa. Solo tú y yo, sin la bulla de la familia. Llámala y queda con ella para mañana, a la hora que mejor le convenga. Seguro que nos puede dar alguna pista; ella era la persona que mejor la conocía después del abuelo. También quiero que vayamos a visitar a Purita. Dile que le llevo los regalos que los Reyes le han dejado en Heidelberg, a ver qué se me ocurre comprarle en el aeropuerto.

Por cierto, busca entre tus baratijas un anillo o un colgante para que lo encuentre Purita entre las jaras y lentiscos del Barranco de las Ranas. Nos tiene que contar lo que oculta. ¡Hasta Purita con secretos! Llamaré para decirte la hora de mi vuelo, voy a intentar coger el primer avión para Sevilla en cuanto deje a Lucía con sus hijos.

Y no te metas en preparar nada de cena, prefiero que nos vayamos de tapas por el centro, no sabes las ganas que tengo de unas buenas espinacas con garbanzos y de choco rebozado como lo ponen en Casa Román. Le llevaré trufas y florentinas a la prima Rosa en una linda cajita antigua

parecida a la que tenía la vieja, en la que guardaba los botones. Estoy segura de que le encantará porque es tan delicada como aquella. Lucía te envía miles de besos. Dice que tienes que ir a visitarla, quizás podrías volver conmigo en el AVE y así seguiríamos conversando sobre nuestros interrogantes. Te confieso que la dichosa medallita me tiene completamente obcecada. No hago otra cosa que pensar en Gonzalo y en todo lo que organizó el muy jodido. O al que bien jodieron.

Hasta mañana y muchos besos de Amalia.

P. D. Otra visita que podríamos hacer, si encontramos algún hueso, es a *'.3*. fumadora Ángela, la hermana de Gonzalo. Los del CSI suelen recoger las colillas para descubrir el ADN. ¡No dirás que no son provechosas mis aficiones policíacas!

Hace unos días llamé a Concha para ponerla al tanto de las novedades. Dice que yo mucho hablar de la familia —que qué bien la he retratado con la fiesta de los senegaleses—, pero que no suelto prenda de mi pasado. No hablo de aquellos años porque no fueron muy placenteros. Los actuales, si bien me siento más caduca y dispongo de escaso *money*, son más divertidos y gratificantes. Hasta ahora no he mentado apenas a Julio, mi ex. Tenía diecisiete años cuando me lo presentaron en el Liceo de Barcelona. Ese día cantaba Victoria de los Angeles las maravillosas *Bachianas Brasileñas* de Villa-Lobos. Julio Guzmán, conocido de mi cuñado Joaquín, iba buscando a una chica joven e inexperta de la vida y desgraciadamente me encontró; yo era entonces una pardilla sin más meta de futuro que casarme con un profesional, a poder ser con fortuna. Y Julio, con treinta años, era ya un famoso abogado que trabajaba

en el reconocido bufete de su padre. Los Romera & Guzmán eran abogados mercantilistas que llevaban principalmente los grandes escándalos económicos que en aquellos años empezaban a destaparse. Muchos de sus clientes eran, como se dice ahora, tiburones del régimen, con patrimonios de oscura procedencia.

Julio, mi futuro esposo, era un hombre normal en todos los sentidos. Ni rubio ni moreno, ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco, ni simpático ni malaje, ni gracioso ni muermo. Eso sí, era calvo, inteligente y frío como la muerte pero tenía un impresionante Lamborghini rojo cereza con tapicería de piel color visón, una monada. Y yo entonces me pirraba por las cosas bonitas, compraba revistas de decoración, quería estudiar interiorismo y me atraía cualquier objeto bello. No sé de dónde me venía esa afición estética; en mi simple y sencilla casa no tenía ningún ejemplo. Mi madre tenía un discreto buen gusto en el vestir. La vestía Félix, el mejor y más moderno modisto de Sevilla, del que tuve unos cuantos modelos justo cuando Julio pidió mi mano porque yo casi no tenía buena ropa, si bien lo poco que poseía era bonito.

A nuestra costurera la traía loca con mis ideas y mis diseños de trajecitos y minifaldas estilo Mary Quant. La verdad es que fui una adelantada en la Sevilla tradicional y seria de los sesenta; yo fui de las primeras que vistieron pantalones. Me decían barbaridades, las más inocentes sobre el caballo que debía de tener aparcado en alguna parte. Mi padre sí que tenía un gusto exquisito en el vestir, sus trajes se los hacía Moreno. Siempre iba con mascotas, impecable, como un profesional que fuera a su oficina a una entrevista de trabajo. Llegaba trajeado a Pilas, aunque allí se vestía con ropa deportiva para inspeccionar sus olivos. En las rarísimas ocasiones en que fue al colegio a recogernos, las chicas mayores se asomaban a las barandas del patio de columnas de mármol para atisbarlo; hasta las monjas

jóvenes se quedaban patidifusas ante su elegante estampa. Yo saqué de él ese amor a la belleza, si bien no le llego ni al tobillo en la preocupación por el aspecto físico.

Cuando más me desvelé por mi figura fue en los años de casada con Julio; a él le encantaba que me acicalase y que fuera enjoyada y vestida con ropa de las mejores *boutiques* de Madrid. Yo era para Julio un artículo suntuoso. Lo fui en mi juventud, casi niñez, cuando nos casamos y después, cuando nacieron mis hijas, en mis años de perfecta esposa y ama de casa, cuando me llevó a vivir a una mansión maravillosa en La Moraleja. Era de estilo neoclásico, como un palacete blanco de esas plantaciones del Mississippi. Buenas fiestas dimos entonces para quedar bien con sus amigos millonarios.

Tenía una doble terraza abalconada en el frente, esbeltas columnas que sujetaban el altísimo tejado, enormes ventanas como puertas y un jardín inglés plagado de encinas. En el *hall* de ochenta metros cuadrados, arrancaba una escalera en espiral que llegaba hasta el primer piso. Era preciosa, la diseñó el mejor arquitecto de la época, un alumno de Sert y de Félix Candela que había estudiado en Harvard y en México, país al que volvió al poco tiempo harto de la catetez española de aquellos años de los tecnócratas del Opus, de la incipiente apertura política a la que Julio se apuntó para aprovecharse de amigos influyentes, y de los magníficos negocios de importación y exportación que estos le propusieron.

Julio ganó mucho dinero; se pasaba la vida trabajando, encerrado en su despacho o de viaje por toda España. A mí me tenía olvidada, se le pasó la euforia sexual al poco de casarnos. Nuestras relaciones se volvieron rutinarias; hacíamos el amor al estilo misionero, sin ninguna fantasía, sin emoción, en realidad sin amor. Pero yo estaba entretenida con mis hijas, nunca quise tener una *nanny* que

las cuidara, solo tuvimos a una mujer de Paterna que me llevé a Madrid y que nos cogió mucho cariño; nos atendió a las tres como una madre. Se llamaba Petra y era, como su nombre indica, una mujer muy fuerte, pero tan blanda y dulce por dentro como un algodón de azúcar. Petra tenía mi edad, era lista, trabajadora y muy simpática. Siempre me hacía reír; fue mi amiga y confidente, estaba al tanto de todo lo que me pasaba. Ella me salvó de llevar una vida vacía, insulsa, loca. Por mis hijas y por Petra aguanté los desprecios y olvidos de Julio. Además, yo no tenía dónde caerme muerta, dependía económicamente de mi arrogante esposo, de su buen o mal carácter, de sus ganas de viajar, de su decisión para comprar cosas importantes; nunca me consultaba sobre asuntos económicos que yo consideraba familiares.

Recuerdo que teníamos —en el tiempo que íbamos al Madroñal, en Lozoya, a la finca de sus padres— un precioso descapotable Mercedes color verde plateado que a mí me encantaba. Pues un día no lo vi en el garaje, le pregunté por él y, sin dejar de leer el periódico, me dijo que se lo había vendido a un amigo a quien debía un favor. Y no fue perder el bonito coche lo que me cabreó, sino que no me lo consultara; yo era un cero a la izquierda en la familia, solamente hablaba conmigo de las niñas y de mis adelantos en el yoga o en el gimnasio. Fue una pena que no encontrase nunca a un buen profesor cachas, seguro que me hubiera alegrado la vida. Soporté a Julio catorce años. Ya con las niñas mayorcitas y con Petra casada con un antiguo novio, conocí a un profesor en la universidad cuando estudiaba periodismo. Estaba tan cansada de aquella vida insulsa, que mandé a Julio, a sus negocios, a sus amigos y la casa de La Moraleja a la puta mierda y me lie con Nicolás, un bohemio.

El legado de Amalio se repartió sin problemas entre los tres hijos. Pura heredó la casa de la calle Jesús del Gran Poder, la de San Eloy y El Al Mizar, ya que Ramón le cedió su herencia a cambio de que le pasara una mensualidad para sus gastos. El tío Felipe se quedó con la casa de la calle Tetuán, dos millones de pesetas con los que se compró el piso de La Palmera, las empresas de obras públicas y con el usufructo de un pequeño apartamento para pernoctar en el cortijo en los días de caza.

Debido a esas ocasiones cinegéticas, la rubia tía Inmaculada —cuya única preocupación era ir a la moda, mantener su bonita piel más tersa que el culo de un bebé y comprar valiosos muebles en los mejores anticuarios—, había decorado el cortijo cuando se casó. Quiso darle a aquel enorme edificio un poco de carácter andaluz y un mínimo de comodidades. Era entonces, en las fastuosas cacerías que se organizaban, cuando invitaba a sus numerosos amigos y hacía de relaciones públicas del tío y de las empresas del abuelo. Por esa razón Amalio aceptaba que su nuera se encargase de la dirección doméstica del El Al Mizar, y porque Purificación no tenía, en los años que siguieron a la muerte del tío Germán, ni ganas ni fuerzas para realizar esa labor. La abuela no se opuso a que Inmaculada se hiciera cargo de quehaceres de la casa que a ella ni le atraían ni gustaban.

Inmaculada buscó en Gerena a una pareja de mediana edad, sin hijos, a los que acomodó en una amplia habitación que miraba a la dehesa. Se llamaban Diego y Salud, y permanecieron en la familia hasta que murió Salud y Diego volvió a su pueblo con un hermano. Inmaculada instruyó y vistió al casero como si fuera un mayordomo inglés. Le compró un uniforme que le estaba al pobre a estallar,

porque, debido a la vida sedentaria que llevaba, había echado una enorme panza. Diego se colocaba aquel ridículo atuendo solo en las fiestas y cacerías, cuando El Al Mizar se llenaba de señores de Sevilla, de Huelva y hasta de personajes importantes de Madrid, algunos de ellos jerarcas franquistas; mi tía Inmaculada era aún más de derechas que mis padres.

En esas celebraciones Diego atendía a los invitados remarcando mucho las eses, intentando no emplear palabras y expresiones andaluzas, y los niños nos reíamos de él porque casi no se podía abrochar el chaleco de tan justo como le estaba. Aparte de chistes escatológicos del Vizco Parda y de Jaimito de cacas y de pedos, Diego nos contaba historias de su época de soldado en la guerra de Marruecos, de las hazañas del ejército español, de las maldades sanguinarias de los moros, de la catástrofe de Annual, donde fueron masacrados miles de soldados tan desgraciados como él; de cómo se vengaron Abd El-Krim y sus temibles guerreros del Rif de los trallazos de Diego y sus compadres, todos pobres infelices sin dinero ni cultura suficientes para eludir la leva, la recluta de tan loca e inútil campaña.

Diego tuvo la fortuna de ser enviado a intendencia; se pasó aquella carnicería entre pucheros y matando reses en vez de rífenos. En el dormitorio tenía exóticos retratos enmarcados de su juventud, un joven moreno de cara redonda vestido de Regular indígena con calzón moruno, turbante, espada al cincho y capa blanca; a nosotros nos gustaba entrar allí y curiosear las pocas propiedades del matrimonio. Salud era una mujer menuda, con el pelo níveo recogido en un alto rodete de trenzas: no levantaba la voz, era muy educada. No se relacionaba con nosotros, siempre estaba cosiendo, repasando la ropa de la casa o los viejos uniformes de su marido, sacándoles las costuras o añadiéndoles cuñas en los sobacos ya que Diego no dejaba

de comer y de engordar. Estaba tan rollizo como el Arrogante, el gigantesco mastín negro de hocico blanco amarillento y ojos siempre legañosos que dormitaba en la entrada, bajo la puerta verde de arco de herradura. El perro, repletito de garrapatas y con tufo al mismísimo Diablo, ya era viejo en el tiempo de mis primeros recuerdos del El Al Mizar y casi no se levantaba. Al incorporarse aprovechábamos para subirnos en su lomo, como si fuera un burro. Diego le tenía cariño al Arrogante; creo que fue él quien lo cuidó de cachorro, cuando lo llevaron al castillo los pastores que vivían en la dehesa. Estos hombres tenían una especie de *roulotte* de chapas de cinc sobre ruedas de carro, como las de los antiguos gitanos. Allí pernoctaban dos o tres pastores que vivían medio salvajes cuidando los rebaños, sin familias, solo con la compañía y la ayuda de varios mastines montaraces y violentos. Los perros llevaban al cuello, como collares, unas correas anchas con enormes clavos, auténticos cuchillos para defenderse de los lobos. Al acercarnos en bicicletas con un colosal canguelo, el Olivero, la Lobina y los demás mastines nos perseguían ladrando como fieras, enseñándonos unos dientes monstruosos. Nunca he pasado más miedo, hasta sus dueños les temían.

Los pastores iban al caer la tarde al castillo, y también Enrique el Poeta, un pobre infeliz sin familia y medio tonto que vivía en el Tinahón, en el cuartucho sin puertas que lindaba con los establos; casi no había diferencia en suciedad y en olor a estiércol entre las dos estancias. El Poeta —no sé el origen del mote— solo poseía un jergón de paja y unas púas en la pared, especie de perchas para la única muda —pantalones de pana y un viejo saco— que tenía. Además atesoraba un mugriento transistor que llevaba siempre pegado a la oreja para escuchar los partidos de fútbol, su única distracción. Moncho decía que la gorra del Poeta tenía más mierda que las patas de las gallinas de

Marisa. Junto con los pastores, Enrique subía todos los días al castillo con una cacerolita abollada y sucia que nunca lavaba. Antonia o Salud repartían la comida, siempre lo mismo, lo que comíamos nosotros en vacaciones: potaje de garbanzos, que se hacía en una enorme olla, como las de los cuarteles, en la hornilla económica. Se dejaba cocer desde muy temprano a fuego lento durante varias horas. Antonia le echaba mucha grasa: tocino, aceite, carne de cerdo, patatas, cebollas, ajos, laurel, tomates… de todo lo que se le ocurría. Y mucho pimentón. Siempre lo mismo, a diario garbanzos, que era lo que se producía en el cortijo. A veces tomábamos de postre zumo de naranja, cuando era época. Los pastores cazaban y se abastecían de liebres, conejos, algún corderito desechado… Al entrar en la cocina a recoger el condumio, se quitaban las gorrillas como señal de respeto, de educación, y siempre daban las gracias. También veíamos a los jornaleros los viernes, cuando iban a cobrar. Diego era quien preparaba los sobres de los salarios, les colocaba los nombres con bonita y floreada caligrafía y los ponía ordenados sobre una mesa a la puerta de su dormitorio. Y allí, engreído de su posición de hombre de confianza de los amos, se sentaba frente a un enorme cuaderno en el que la mayoría de los obreros hacían una cruz o plantaban el dedo gordo mojado en tinta como firma, porque casi ninguno de ellos sabía escribir, ni siquiera garabatear su nombre. Todos en fila, con las boinas en la mano, aguardando expectantes la exigua paga. Había entonces en El Al Mizar muchos trabajadores, hasta una brigada de albañiles de cuatro o cinco peones que se pasaban el año repasando y encalando los edificios. Según mi madre no daban mucho golpe, «especialmente en verano, con temperaturas de cuarenta grados a la sombra», le replicaba sarcástico el tío Ramón.

En aquellos años de mi infancia el cortijo no estaba totalmente mecanizado; muchas labores se hacían de

manera manual o con la ayuda de burros y mulos. Era emocionante cuando, al atardecer, llegaba al Tinahón la caballería a pleno galope levantando una polvareda inmensa. Entraban burros y mulos en el gran patio relinchando y felices después de muchas horas de trabajo, deseosos de beber, de revolcarse en el suelo y de entrar en los establos, donde Enrique ya les tenía preparadas la paja y la cebada en los pesebres.

El Al Mizar poseía una enorme cuadra de animales de tiro que fue desapareciendo conforme se fueron adquiriendo tractores y se iban modernizando las faenas agrícolas. De todas formas seguimos con los mulos, burros y caballos hasta los años sesenta. A finales de esa década, El Al Mizar se despobló totalmente. Las familias que vivían en la dehesa, en el Baldío, en Los Garabatos, en La Víbora, en El Chaparral y en las edificaciones que rodeaban el castillo, se fueron a Paterna. Se escolarizaron los niños, se elevó el nivel de vida, se humanizó el trabajo en el campo y El Al Mizar se sumió en la quietud y silencio en el que todavía permanece. Se acabó el alboroto y el bullicio de la pobreza; ahora nadie vive en el campo, solo mi hermana Purita. A ella la queremos ver pronto en Paterna, también socializada, como los niños que al fin se libraron de aquella vida primitiva y embrutecedora.

De: Amalia.

Para: Lucía, Asun y Concha.

Fecha: 4 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, son las doce de la noche y no puedo dormir, aunque estoy cansadísima después de un día tan largo. Nos levantamos a las seis de la mañana para estar en el aeropuerto a buena hora y coger el avión-ambulancia que

venía de Múnich con un estudiante madrileño que había sufrido un accidente esquiando. Pero el pobre chico, a pesar de que iba dolorido, no tenía una fractura tan grave como la de Lucía; él iba sentado a mi lado. Bueno, el caso es que llegamos a Barajas sin problemas.

El médico que nos acompañaba no tuvo nada que hacer, se pasó el viaje contándonos su vida. Nada más aterrizar, Lucía resplandeció cuando vio a sus hijos a pie de pista. Fue un momento muy emocionante porque Lucy se agarró a la mano de su madre y no se separó de ella en todo el trayecto, a pesar de que iba dando bandazos a todo el mundo con su enorme barrigón.

Asun, dice Lucy que sigas con tus rezos, que seguro que han servido para que Lucía haya salido del atentado con solo una pierna llena de clavos y la perspectiva de una rápida recuperación.

En cuanto dejé a nuestra hermana ya instalada en la ambulancia que la llevaría al Ruber, me subí al primer avión para Sevilla, que llegó a San Pablo a la una de la tarde. Juana me esperaba con buenas noticias: la prima Rosa nos invitaba a comer, nos cocinó un asado bogotano con mazorca, carne, plátano, pimientos… Estaba sabrosísimo. La viejita no paró de trajinar, aún está activa y con ganas de moverse. Es idéntica a nuestra madre, la misma expresión socarrona, los mismos ojos pequeños y negros, pero con gafas. Una auténtica Panero de nariz grande y piernillas finas, como el abuelo Amalio. Además se le parece a él en el buenísimo sentido del humor que tiene, no dejó de reírse y de contar anécdotas simpáticas de mamá y de toda la parentela. En mi antiguo magnetófono grabé la conversación, no quería perderme nada interesante.

Ya en el postre, Rosa se puso seria. Nos enseñó la carta que os envié escaneada y nos contó todo lo que recordaba sobre los años de la guerra, cuando mamá vivió recluida en

el cortijo. Dice que ella iba muchas veces a visitarla, que solía quedarse unos días y que la llevaba el abuelo o Antonio el chófer. Fue muy interesante lo que nos contó de él. Por lo visto Antonio era pariente lejano de los Negros. Vivía en Sevilla, y de eso me acuerdo perfectamente porque yo acompañé varias veces a mamá cuando iba a visitarlo. Tenía una sala en una casa de vecinos cerca de la plaza de San Pedro. Entonces, yo tendría unos ocho años, Antonio era un carcamal a quien se le saltaban las lágrimas al ver a su querida «niña» a su vera. Mamá le llevaba pestiños de Aznalcóllar, el pobre se pirraba por ellos.

Bueno, tengo que centrarme en el tema primordial. Antonio, según la prima Rosa, era un hombre muy grande y musculoso. Le gustaba el boxeo, afirma que parecía enteramente un matón de esos de las películas de gánsteres. Por eso era el chófer del abuelo, como su guardaespaldas. Y como conocía a toda Paterna por medio de los Negros, Antonio fue el gran protector de la familia en los violentos años de la República y de la guerra. Era de derechas, pero eso, opina Rosa, no quitaba para que tuviera buenas relaciones con los «rojos» y que quisiera muchísimo a los hijos de Santiago el Negro, especialmente a Lola, que era su ahijada.

Lo más impactante de todo lo que nos contó la prima fue el relato de un hecho que ya conocemos: la pelea del abuelo con Gonzalo.

Recuerda que ella estaba en el castillo aquel día memorable. Por lo visto el abuelo llegó una mañana que no se le esperaba. Nuestra madre y Rosa estaban sentadas en la terraza, en las hamacas verdes que todavía andan por allí. Pues estaban tan contentas hablando con Amalio cuando aparecen por la cuesta de la Córrala el tío Ramón junto con Gonzalo, los dos con escopetas, una buena percha de perdices a la cintura y rodeados de perros. Al abuelo se le

mudó el semblante y empezó a discutir con su hijo y con el indeseable de Gonzalo. Le espetó a Ramón, a voz en grito, que si estaba sordo, que le había dejado muy claro que no invitase más a su amigo al cortijo, y menos estando Pura. Gonzalo, al verse mentado de tan malas maneras, intentó justificar su presencia diciendo que estaban de paso, que esa tarde tenían un mitin falangista en Huelva. Rosa cree que fue una chulería de Gonzalo el nombrar a los falangistas sabiendo que el abuelo despreciaba cuanto tenía que ver con ese partido y con sus métodos violentos.

Amalio se acercó a Gonzalo, lo cogió por las solapas y lo zarandeó sin dejar de insultarlo. Le dijo que era un cobarde de mierda, que sin el revólver que llevaba al cincho no era nadie, un pelele sin carácter, un simple pistolero que disfrutaba asustando a los miserables, y que no volviese a poner sus sucios pies en El Al Mizar. A Gonzalo le dio un ataque de ira, dice que los gritos que pegaba asustaron a la abuela Purificación, que salió de la casa sobresaltada, pues creía que habían llegado partisanos y que estaban de gresca con los Flechas.

El que puso orden en aquel guirigay fue Antonio. Apareció con paso decidido blandiendo un enorme látigo, de esos que llevan los porqueros, y empezó a dar trallazos, cada vez más cerca de Gonzalo. Al ver el cariz que tomaba la bronca, Gonzalo se metió en su coche y junto con el tío Ramón salieron pitando para Huelva. Seguro que no llegaron tarde al mitin.

Nunca más volvió al cortijo ni molestó a Pura. Y el abuelo se quedó tranquilo porque le reconcomía pensar que el castigo en el que tenía a su hija para que no se viese con su novio estuvo a punto de darle un yerno de muchísima peor calaña que la del dandi inofensivo de Tóbalo. El caso es que Juana y yo pensamos que seguramente Antonio tuvo que ver

en la desaparición de Gonzalo. Hubiera hecho cualquier cosa por defender a su niña.

La tía piensa lo mismo, dice que Antonio se las sabía todas; que tenía redaños para haberlo mandado al Barranco de las Ranas, que hubiera matado a quien simplemente ofendiese a Pura. Y eso es todo sobre el misterio de la medalla de Purita. Mañana nos veremos con ella en el cortijo, seguro que esta noche no duerme pensando en los regalos que le llevamos. Os dejo, que me estoy quedando frita, en cuanto tengamos noticias frescas os mando un correo. Creo que está bien que estemos en estrecho contacto; todo lo que escribo me sirve de reflexión, quizás de esta suerte encuentre una buena pista. Besos para todas de vuestra hermana, Amalia.

P. D. La prima Rosa quiere que le mandéis fotos de vuestras familias. Asun, está muy interesada por ti y por la vida aventurera que llevas últimamente.

Ayer escribí sobre mi vida pasada, hoy me toca hablar de la de mi hermana Concha. La característica más esclarecedora de la personalidad de Concha es la de su sexualidad. Para qué ocultarlo a estas alturas, a mi hermana le encanta el sexo, no tiene ningún empacho en reconocerlo y pregonarlo a los cuatro vientos. No siente la menor vergüenza en confesar sus aventuras y lances amorosos. Hasta se explayaba delante de la pudorosa de nuestra madre, pero, claro, nunca con la crudeza que usa cuando me lo cuenta a mí, a las hermanas o a sus amigas.

Concha es muy guapa, tiene un gran atractivo para los hombres, se los lleva de calle. Aunque es más alta, es del estilo de Gina Lollobrigida en sus buenos tiempos. Lo

mismito que ella, mi hermana disfruta de un cuerpo lleno de curvas, tiene unos andares muy femeninos.

Concha es tres años más joven que yo, y según dice, sexualmente está de mí a años luz, que soy una mujer más dada al sentimiento. Ella asevera —para acallar su conciencia, pienso yo—, que cada vez que se va a la piltra con un hombre se tiene que sentir enamorada. No la entiendo; ¿cómo se puede enamorar para echar un simple polvo? ¿A cuento de qué, después de estar en la cama con un jovencillo —sus amantes suelen tener una década menos que ella—, Concha se desenamora rápidamente sin que el proceso le deje la menor secuela y, menos aún, la más mínima depresión? La verdad es que le envidio esa facilidad para pasar de una historia a otra. Yo he tenido pocos de esos cambios y siempre han estado seguidos o precedidos por un largo período de melancolía. Una vez fue tan acusada que necesité la ayuda de un psiquiatra para poner en orden, de nuevo, mi metódica vida.

Esa enorme facilidad de Concha para cambiar de amantes, a cual más estrambótico, me proporciona un valioso filón de personajes para mis cuentos. Una vez apareció en el Madroñal, en la casa de campo de mi circunspecta familia política, del brazo de un estrafalario kurdo. Paco, su marido, trabajaba por entonces en Canarias en el negocio pesquero de un hermano, asunto en el que estuvo enredado un tiempo, justo cuando ella comenzó su carrera de Derecho en Málaga. Fue una de las épocas más locas de mi hermana, pero como todas, no le dejó huellas anímicas relevantes.

Bueno, pues aquel día de verano en el que estábamos toda la familia Guzmán bajo la pérgola de las rosas, en el inmenso jardín, tomando el aperitivo, aparece Concha vestida de mejicana, con un traje largo lleno de flores que le había bordado la buenaza de su suegra. Llevaba el pelo tipo

afro tal como Angela Davis, aquella famosa del Poder Negro, y una pamela color chocolate, y un bolsón lila; no me olvidaré nunca de aquella escena.

Yadí, su amante, era aproximadamente de la estatura de mi hermana, no llegaba al metro setenta. Era feo como un retortijón de tripa y delgaducho, con gafas redondas de pasta roja y unos bigotes que se los reliaba hacia media mejilla continuamente, como si fuera un tic. Tenía una melena negra azabache enmarañada y unos tirabuzones que le llegaban a los hombros. Vestía como un encantador de serpientes, con una túnica negra y negros pantalones bombachos. Iba cubierto de cadenas y abalorios de infinitos colores y calzaba unas alpargatas de cuero de las que sobresalían largos y huesudos dátiles. Llevaba colgada en bandolera una especie de alforja, de las que usaban en Kansas los forajidos, pero la suya no estaba llena de dólares sino de su escueto y oloroso equipaje.

A mis suegros casi les da un soponcio, principalmente porque estaban alternando con un vecino ricachón, dueño de una famosa empresa de motocicletas. ¡Dios, qué entrada hizo mi hermana del brazo del Yadí! Julio me atravesó con su más hiriente mirada, la que tenía reservada y a punto para mi estrambótica familia. Al final, Concha se los cameló a todos y el kurdo terminó bailando una bella danza guerrera, de esas que su gente practica cada dos por tres cuando se acercan los temibles turcos para aventarlos a otros lares. Por eso estaba Yadí en España, huyendo de una orden de detención que seguro que lo mandaría, y no precisamente a bailar, a alguna cárcel de Ankara.

Otro amante simpático que tuvo Concha en aquellos moviditos años de estudiante fue Caetano, un brasileño del Mato Grosso que conoció en una discoteca de Marbella. Ya me había advertido Concha de la belleza de su efebo, un jovencito atlético y espigado de pelo rubio y ojos achinados

color turquesa y enormes pestañas. ¡Qué guapo era el condenado! Tenía una buena rebujina de sangres, negra por su piel aterciopelada y parda, hasta de indio amazónico por la forma de los ojos. Además era bromista, un encanto de chaval. Era representante de bikinis; a Concha la surtió de recuerdos eróticos y de bañadores para muchos años. Mi hermana se enamoró del muchachito como Jane de Tarzán; decía que estaba «más bueno que un pan de higos de Tolox», tan típicos de Málaga. Pero la samba brasileña no le duró mucho, solo tres meses. Cuando volvió a saber de Caetano por medio de un amigo común, se enteró estupefacta de que, aparte de bikinis, su exnovio representaba en Europa a un traficante de coca, y que terminó su muy alegre, encantadora y corta existencia lanzado desde un balcón, como nuestros gatos salvajes del El Al Mizar pero sin paracaídas.

Por entonces Concha llevaba ya tiempo con Alejandro, su eterno amante. Lo conoció al empezar a trabajar de procuradora en Estepona y la verdad es que fue un desconcierto para todos conocer la edad y aspecto del señor juez. Tenía más de cincuenta años y ninguna apariencia de atleta, ni siquiera de jugador de golf. Concha se enamoró, por primera y única vez, de un hombre mayor; le llevaba veinte años, pero era tierno y muy inteligente. Yo creo que lo que le atrajo de él fue su sentido del humor y su devoción por la historia y el cine, las dos pasiones de mi hermana.

A Paco no le van las aficiones de Concha, él es más rústico en sus gustos; le encanta pasear por el campo o ir de lances con halcones. Es un amante de la cetrería, que tanto gustaba a Félix Rodríguez de la Fuente. Siempre nos recuerda que el famoso naturalista decía que cuando domesticó a las aves de presa «fue la primera vez que el hombre no sometió al animal mediante el yugo y el látigo». Mi cuñado tiene un precioso halcón, un gavilán y un azor en

el jardín de su chalet, en una amplia halconera con forma de casita de muñecas. Es feliz reuniéndose con sus amigos en el campo para ver a sus queridas aves de presa en lances de caza, en verdad emocionantes. A mí me llevó un día a presenciar una exhibición en la que Perico, su gavilán, dejó grogui a una paloma, la acuchilló en un segundo, sin que la pobre se diera ni cuenta. Ya posadito en la alcándara, Perico degustó un trozo de carne que Paco sacó de su aljaba… ¡Me encanta utilizar algunas de las bellas palabras de raíz árabe que usan estos amantes del antiguo arte de la cetrería!

Pero Concha no gusta de esta disciplina, siempre anda protestando del ruido que hacen las rapaces sin la macabra caperuza que les pone Paco para que se relajen. Mientras su marido anda de lances de cetrería, mi hermana se va con Alejandro al cine o a tomar unos vinos por el Palo, cuando no tiene otros más sensuales a la vista, como los de Perico; claro que los de Concha son incruentos. A pesar de su movidita existencia, una cosa hay que reconocerle a mi hermana: la sinceridad. Tanto Paco como Alejandro saben que son compartidos y no les importa porque los dos la quieren y se sienten a gusto con ella.

Sin duda, las Navidades eran las mejores vacaciones de los niños en El Al Mizar, especialmente si eran soleadas. Disfrutábamos de una temperatura de cerca de veinte grados durante el día y de muchísimo tiempo para inventar juegos y distracciones. Allí teníamos pocos juguetes, mi madre solo nos compraba los que a ella le gustaron de niña, como diábolos, trompos normales o musicales, cromos, recortables… y los demás los improvisábamos como podíamos. Bajo un gran acebuche muy cerca del castillo, levantábamos todos los años una amplísima tienda de campaña. Era un auténtico tipi hecho con mantas viejas,

sacos o cualquier cortina vetusta que mangábamos del cuarto de la plancha, en el que jugábamos como diletantes *boy scouts*. Le poníamos cochambrosas alfombras alrededor de un fuego protegido con grandes piedras y, con enorme riesgo de salir chamuscados, en nuestra tienda-cabaña colocábamos una trébede sobre las brasas y cocinábamos bazofias en latas o en ollitas desechadas que nos daba Antonia. Nos encantaban las ancas de ranas que cogíamos en el barranco de tal nombre y en el pantano, una descomunal balsa próxima a la zona norte del castillo que recoge el agua de una fuente que fluye dentro de él.

Éramos duchos en construir carritos con arcones de madera y cojinetes con los que nos lanzábamos cuesta abajo, con riesgo de perder el pellejo en la aventura. Algunas veces les poníamos volante y hasta frenos. Hacíamos preciosas cometas con materiales que encontrábamos en la casa: cañitas, enormes hojas de La Codorniz pintadas con el azul añil de la ropa blanca, trozos de guitas unidas con nudos, trapitos que nos daba Salud para las colas... También confeccionábamos lindos y formidables paracaídas para los gatillos salvajes que se dejaban atrapar por el gallinero, donde tenían sus madrigueras. Invento de Moncho, que cogía al pobre felino con cuidado de que no le arañase la cara, y después de ponerle una especie de chaleco y amarrarlo al paracaídas, lo soltaba desde las almenas de las torres que miraban a la terraza. Allí nos colocábamos Concha y yo sujetando y extendiendo, como los manteadores del Quijote, la brazada vieja de la plancha. El minino caía con suavidad porque Moncho era un manitas en lo relativo a inventos infantiles, pero el animal no dejaba de maullar lastimeramente, a veces con unos chillidos agudos que nos helaban la sangre, y era entonces cuando retirábamos la manta asustadas de recibir arañazos como recompensa a nuestra labor. He de decir que

nunca murió un paracaidista gatuno, ni siquiera salió herido de aquella nuestra más grande travesura.

En Navidades mi madre no se desvivía por darle un ambiente festivo a la casa; no ponía ni un triste abeto artificial. Comíamos siempre lo mismo: potajes y carne de caza, pero al menos teníamos turrones y polvorones para empacharnos. En esos días Pura preparaba sus regalos para las familias que vivían en El Al Mizar. Compraba en los Almacenes del Duque una pieza de muchísimos metros de tela de pana, siempre de color marrón o verde, y la distribuía entre los obreros para que se hicieran un traje o dos pantalones. Repartía también alfajores, mazapanes y polvorones, los mismos dulces que comíamos nosotros, y juguetes a los más pequeños.

A Luisita, la hija de Feliciano el encargado, que tenía nuestra edad, le regalaba siempre unas preciosas muñecas que Concha y yo envidiábamos porque, al estar en el secreto de la identidad de los Reyes, fuimos castigadas sin regalos de por vida. Por eso íbamos a su casa, un chalecito en el Tinahón, a admirar el gran armario de su cuarto, llenito de pepones, muñecas y juguetes. Luisita los mantenía todos ordenados y en sus cajas, hasta envueltos en papel de celofán para que no los cagasen las moscas y no se estropearan. Nunca la vimos jugar con ellos, se conformaba con contemplarlos. Marisa, su madre, se pasaba el día tumbada en la cama en una habitación en penumbra; sufría de jaquecas, como la nuestra.

Aquella mujer estaba amargada, no aceptó nunca vivir en el campo. Lo único que le gustaba eran las gallinas. Tenía infinidad de ellas, campeaban por el patio y sus alrededores picoteando por doquier. Purita, Concha y yo nos divertíamos encontrando nidales en los lugares más insospechados. Era una alegría escudriñar entre la paja del henil y subir a las altísimas columnas de pacas para hallar en un rincón un

precioso nido con una docena de huevos, algunos de ellos aún calientes. La casa de máquinas, donde se guardaban la cosechadora plateada, el coche de mulas y la trilladora roja, era también un magnífico lugar para encontrar buenos nidales. Al único sitio a donde no iban las gallinas a poner era a la herrería, una enorme habitación negra con olor a gasoil, con un fogón con perenne candela en una de sus esquinas, y un gran fuelle que manejaba el muchacho que ayudaba al herrero en su labor de arreglar los arados o cualquier maquinaria averiada. Por las tardes, a la llegada de la caballería, las gallinas salían medio volando a recogerse en sus palos, para pasar la noche a salvo de los zorros.

El Tinahón era un gran edificio al este del castillo, donde nos pasábamos las horas muertas jugando o metiendo las narices en las labores ajenas. Vivía allí una especie de Platero que Enrique nos aparejaba para salir de excursiones. Se llamaba Remache. Era un burro grande, blanco, mansito y alto en el que cabíamos Moncho, Purita, Concha y yo la mar de cómodos. Nunca montamos a caballo, mi padre nos lo tenía prohibido. No quería que nos aficionáramos a la equitación para no tener problemas de accidentes y para que no nos pareciésemos a nuestro abuelo Cristóbal. Solo Concha aprendió a montar ya mayorcita, cuando apareció por allí un amigo de Lito de agitanada planta, tan señorito como mi padre; parecía un rejoneador. Con menos de quince años Concha tuvo con él una aventura amorosa y se llevó, de recuerdo, preciosas galopadas por el campo y un buen castigo de mi madre cuando la pilló, en la habitación de los moros, a beso partido con el ardiente jinete.

La habitación de los moros era un pequeño y misterioso cuartucho sin ventanas dentro de una torre; le llegaba la luz por una minúscula claraboya. Esa habitación apareció una vez que se hubo desprendido por la humedad un trozo de la

torre noreste. Empezaron a excavar y encontraron un habitáculo de dos alturas con una estrechísima escalera, e hicieron un buen hoyo en el suelo, pero no encontraron nada. Al comprar el cortijo, mis abuelos conocieron su bonita leyenda: existía un pasadizo secreto que comunicaba el castillo con la aldea de Tejada La Vieja, un antiguo asentamiento prerromano a nada menos que diez kilómetros de distancia del El Al Mizar. Lo único cierto y documentado es que de Tejada partía un acueducto que abastecía de agua a la ciudad romana de Itálica. Según Moncho, ese agua provenía de un arroyo del El Al Mizar.

Por mucho que buscaron —y sigue buscando Moncho—, de la habitación de los moros no ha salido nunca nada; solo un intenso olor a humedad. Allí guardaron mis abuelos en cajas de madera las preciosas y antiguas revistas Blanco y Negro. Las que pudimos rescatar del moho, Concha y yo las releímos durante años en las largas y tediosas siestas del verano. De esas lecturas nos quedó una gran afición a la historia, sobre todo a mi hermana. Pero lo que más nos chiflaba, lo que nos encantaba, eran las aventuras de *Celia, lo que dice*, de Elena Fortún; Celia, una niña culta e inteligente de siete años de rizos dorados y de familia rica y burguesa, se pasaba el día, como hizo después Mafalda, cuestionándose el mundo y su vida.

También encontramos en la habitación de los moros el gramófono antiguo de mi madre y un cajón repleto de pesados discos de baquelita La Voz de su Amo. Fue otra diversión en las horas ardientes del estío; Concha y yo aprendimos mucho de tango y de foxtrot. El que más nos gustaba era un disco llamado *Requiebros de una gata*. Debió pertenecer al tío Ramón, porque aunque no lo entendíamos bien por la mala calidad de las agujas que sobrevivieron, se trataba de un texto declamado con voz meliflua y chirriante por un hombre que contaba chistes eróticos. Terminó en la

barbacana, el día en que nuestro padre nos descubrió oyéndolo con total devoción.

El cuarto de los moros tenía una puertecita angosta y baja que daba al pasillo del cuarto de baño y de los lavabos. Cuando yo era pequeña, en El Al Mizar solo había dos aseos con retretes, y un cuarto de baño con una gran tina esmerilada de patas y un calentador de agua de cobre que se alimentaba con trozos de leña. Los niños utilizábamos esa bañera de tarde en tarde. Lela, nuestra tata, nos convocaba al oscurecer bajo los arcos de los esterones de esparto, y en una inmensa aljofaina que iba cambiando de agua nos lavaba la cara, las manos y los pies a modo de ablución, en perfecta consonancia con el carácter árabe del castillo. Pero era necesario pasar por aquel lóbrego corredor y por delante de la habitación de los moros cuando no teníamos más remedio que ir al váter. Y allí nos esperaba muchas veces el guasón de Lito, o bien Juana, detrás de la puerta, ululando palabras que creíamos pronunciadas por los fantasmas de los moros que habitaron El Al Mizar siglos atrás. Lo peor era en invierno, de noche, porque la palmatoria que llevábamos protegida por la cuenca de una mano se solía apagar con las corrientes de aire que se daban en aquel pasillo oscuro y alejado de las habitaciones. Entonces sí que nos entraba un enorme canguelo aun sin las bromas de los hermanos mayores.

CAPÍTULO XII

De: Amalia.
Para: Concha, Lucía y Asun.
Fecha: 5 de marzo de 2010.

Queridas hermanitas, ¡por fin hemos encontrado huesos que parecen humanos! Tenemos un trozo de tibia en una bolsa de plástico, mañana mismo se lo daremos a la patóloga. ¡Qué día tan duro pasamos! Yo estoy muerta de cansancio, con dolor de riñones de tanto excavar. Pero, bueno, empezaré por el principio, para que estéis al tanto de lo que pasó.

Nos fuimos al cortijo bien temprano, en cuanto nos lavamos como gatos porque sabíamos lo mucho que íbamos a sudar en el Barranco. Como siempre, avisamos a Purita a su móvil para recogerla a la entrada de la dehesa. Allí estaba con su nuevo perrito. Le ha puesto Napoleón II, familiarmente Ñapo, la verdad es que es muy gracioso. Se volvió loca de alegría con los regalos de los Reyes alemanes y con un peluche que le compré en Frankfurt. Iba canturreando por el camino, creo que algo de Mozart; Purita no deja de sorprenderme.

Cuando llegamos donde las ranas, empezó a chispear. Qué asco de tiempo, estoy deseando que se acabe este invierno tan crudo; ni siquiera en España voy a poder

disfrutar de un poco de sol. Bueno, a lo nuestro, Purita nos indicó el sitio en que Paco, Curro y Lito rebuscaron, pero, claro, no le hicimos ni caso.

Nos pusimos a hablar entre nosotras en inglés, no sé por qué tuvo Juana esa ocurrencia. Purita, que estaba sentada en un peñasco, nos observaba con asombro mientras nosotras hacíamos como que mirábamos al infinito, sin decirle ni media palabra, sin dejarle ver nuestro interés por encontrar «joyas». Entonces me di cuenta de que, mientras terminaba su cantata, miraba a un arbusto de reojo, con mucho disimulo. Le hice una seña a Juana para que observara a nuestra cicerone y enseguida se percató, como yo, del lugar en el que Purita había encontrado a su virgen. Se acercó al arrayán salvaje y se agachó como si se anudase los botines. Puso bajo una gran piedra la pulsera con colgantes que llevaba preparada y chilló como una descosida:

—¡Purita, mira lo que me he encontrado…! ¿Es aquí dónde estaba tu medalla?

Purita dio un respingo, corrió hacia Juana y se la quitó de las manos a velocidad ultrasónica.

—Sí, aquí estaba mi virgencita. Quiero ver la pulsera…

No le gustó mucho, se dio cuenta enseguida de que era falsa. Ya os digo que Purita no deja de asombrarme. Se la enganchó a la muñeca, impaciente por enseñársela a los caseros; seguro que la bruta de la Angustias se la quita para dársela a su hija creyendo que es de oro. Mientras tanto nosotras hicimos como si tal cosa; ni nos inmutamos cuando nuestra hermana confesó su secreto. Por fin vamos desentrañando enigmas. Llevamos a Purita de vuelta al castillo y después de despedirnos de ella hasta la Semana Santa, enfilamos de nuevo el camino del Barranco. Y entonces empezó a llover de lo lindo. Pero no nos arredró;

sacamos los picos y las palas que se había agenciado Juana y empezamos a cavar.

A las dos horas de intenso trabajo, más mojadas que un bacalao en Terranova, Juana dio un grito:

—Cono, Amalia, ¿no es esto un hueso?

Sí que lo era. Una buena tibia, según recuerdo de mis estudios anatómicos del colegio. Había otros pequeños trozos que imagino que serían del peroné, pero ya no quisimos seguir escarbando, de manera que volvimos a echar la tierra que habíamos retirado; hasta le pusimos unas cuantas piedras y ramajos. ¡Qué emoción, chicas! Ya tenemos el cuerpo del delito. Ahora falta que la forense nos diga si pertenece al piloto.

En cuanto dejamos el Barranco, totalmente empapadas y arrecidas de frío, nos fuimos a Paterna para secarnos en la chimenea de El Potro. Nos tomamos un buen ponche y pergeñamos el siguiente paso: nueva visita a Ángela, la hermana de Gonzalo, para birlarle una colilla.

Juana la llamó y hemos quedado mañana a desayunar en el Horno de San Buenaventura, al lado de su piso. También hemos quedado con su amiga la patóloga, en su clínica. Dice que se tomará mucho interés, y cree que tendrá el resultado muy pronto. Yo me voy en el AVE con Juana, que quiere darle un besote a la cojita y darse un garbeo por la capital; por lo visto hace siglos que no va a Madrid. Ya sabéis que Juana se toma todo con filosofía. No le altera el sueño ni la canina que hemos descubierto. Os dejo por hoy.

Besos a todas de Juana y Amalia.

P. D. Muchas gracias, Asun, por tu precioso correo. Ahora puedes rezar por el alma del mamarracho que mató a tantos rojos.

He contado cosas de mi vida, pero muy poco del Madroñal. Julio es hijo único y su madre, que aún vive, está recluida voluntariamente en su piso acompañada de Mielita, su loca pequinesa; con Mercedes, mi exsuegra, mantengo estupendas relaciones. Me está agradecida por lo buena que fui con su hijo y por la poca guerra que le di cuando el divorcio. Hace unos años Julio se casó con una pianista rusa que conoció en Basilea en uno de sus viajes de negocios. Por lo visto la rusa lo lleva más derecho que un cirio pascual. Se llama Olga, una mujerona guapa que le saca la cabeza a mi cada vez más encogido y viejo esposo. Olga se pasa el día tocando el piano, le importa un pito si Julio está en mi antigua preciosa casa o no. En épocas de conciertos, y para que nadie la moleste, ella se instala en la casita de invitados que teníamos al fondo del jardín. Ni siquiera Julio puede aparecer en los días que su mujer está en plena faena. ¡Cuánto me alegro de que ahora sea él el que se sienta ninguneado! A mí me fascina su rusa, lo malo es que es una metralleta cuando se pone a hablar en español. Puede contar la historia de sus ancestros, hasta la quinta generación, mientras tomamos un té.

Olga me invita a veces a mi antigua casa, afirma que le encanta cómo la tenía decorada y que todavía utiliza el sidecar azul eléctrico en el que yo paseaba con mi perrita Josefina. Lo único que ha cambiado la rusa es la cama. Eso sí, le ha puesto a las preciosas cortinas de diseño unos borlones horteras y una serie de colgantes que ha traído directamente de su tierra, de Vladivostok, porque ella es siberiana como Yul Brynner. Además ha colocado iconos ortodoxos y figuritas de cosacos por el salón, y en la puerta de entrada un negro de cerámica tamaño natural, vestido de eunuco y con una bandeja en las manos para recoger las tarjetas. ¡Qué imaginación tiene la jodía! De todas formas me gusta Olga, es una buena mujer que adora a mis hijas y

a mis nietos. A Elvirilla le está enseñando a tocar el piano a cambio de clases de inglés.

Ahora la familia Guzmán casi no va al Madroñal, que está en plena sierra norte madrileña. Me dicen mis niñas que la casa está cerrada, que solo se utiliza para alguna celebración familiar. A mis hijas no les gusta ir por allí, aquello no se parece ya en nada a la casa alegre y bulliciosa que fue cuando eran pequeñas. Mis suegros la compraron con la herencia que recibieron a la muerte de una tía solterona que se pasó la vida ahorrando y viviendo con lo justo. Mercedes la reformó añadiéndole un ala, un gran apartamento para cuando se casara su Julito.

El Madroñal era un caserón precioso, con columnas de granito y un altísimo techo abuhardillado de pizarra. Por dentro era muy luminoso, tenía grandes ventanales que daban a un prado con bellos madroños y encinas. A mí me recordaba un poco a la dehesa del El Al Mizar, pero la finca de la sierra era más escarpada, había más peñascos, más rincones entre colinillas por donde mis hijas jugaban al escondite con sus amigas y con los primos que nos visitaban. Teníamos un burrillo que vivía suelto^ que nos abastecía de grandes boñigas para abonar el jardín. Se llamaba Terencio y era muy mansito, como un gran perro. Terencio se escapó un día que Julio se dejó el portón abierto y apareció a la semana, con una herida en una pata; creo que no le gustó nada su experiencia emancipadora porque ya jamás puso sus pezuñas fuera de la finca.

Decoré el Madroñal con preciosos muebles rústicos. Vendí el horrible mobiliario castellano, también herencia de la tía, y puse muebles de madera clara y cojines blancos al estilo granja de Heidi. Quité todas las cabezas de ciervos y demás animales disecados y regalé unas perchas macabras de cuernos que colgaban por todo el *hall*. La cocina era la habitación más acogedora; miraba al sur y tenía, en isla, un

enorme fogón eléctrico que imitaba a los antiguos de leña. Coloqué al fondo una gran mesa de madera de caoba color miel y unos bancos con cojines azules, de la misma tela que las cortinas. Allí, en aquella luminosa habitación, aprendí a cocinar sola, con la ayuda de Petra que me hacía de pinche y de libros que fui comprando en Inglaterra, cuando iba a visitar a mis niñas internas en el colegio donde estudiaron.

Pero, en verdad, fue aquí en Heidelberg donde me obsesioné por el arte culinario porque al llegar, hace once años, me pasaba el santo día completamente sola. Rudolf trabajaba en Groupe, una famosa agencia de Frankfurt, y allá se iba a las siete de la mañana, hasta las nueve o diez de la noche. No tenía amigas, ni siquiera conocidos. De modo que me dediqué a comprar libros, manuales, guías de cocinas exóticas… toda clase de literatura sobre gastronomía. El mejor descubrimiento que hice en Londres, antes de mi época de cocinera, fue un manual de la escuela Cordon Bleu. Es la escuela a la que fue Sabrina en la famosa película de Audrey Hepburn. También fue alumna de la prestigiosa escuela —según me contó su directora de Londres, cuando estudié allí el primer curso— nuestra Infanta Cristina antes de casarse. Le Cordon Bleu edita maravillosos libros con recetas infalibles, todo lo que sé de técnica de cocina lo aprendí en ellos.

Después de mucho estudiar, llegué a cocinar como una auténtica profesional del *catering*. A mi hija Elvira, en su pedida de mano, le preparé una fiesta para sesenta personas. Como había leído hacía poco la novela *Como agua para chocolate*, quise imitar a Tita, que decía que un verdadero banquete no podía tener menos de veinticuatro elaborados platos. Yo cociné en quince días y con la única ayuda de Petra veinticinco. Muchos de ellos se quedaron en el congelador y en el frigo. Hice *sushis*, terrinas de carne de caza, cinco diferentes tartas, ¿*finger food*?, y tapas de todas

clases, helados, más de quinientos bombones de variados chocolates y rellenos que preparé aquí en Heidelberg… Estuvieron comiendo del convite todo un mes.

Aunque estaba perfectamente capacitada no me dediqué a este negocio porque me sentía demasiado vieja, sin fuerzas para un trabajo tan sacrificado. Ahora tengo un pequeño *catering* en la agencia, hoy he cocinado una especie de paella con arroz de jazmín (que es más barato), con un sofrito de cebolla, ajo, una lata de tomates, unos champiñones, una lata de judías verdes, unos trocillos de magra de cerdo, caldo de verduras, pimienta, sal y un sobre de especias Carmencita que me traigo de Madrid. Bueno, yo lo llamo «paella a mi estilo» y los pobres se la comen tan contentos, creyendo que viene directamente de Valencia.

Al castillo no llegó la luz eléctrica hasta mediados de los sesenta; mi padre murió sin conocerla. Llegó junto con el teléfono, cuando el primo Sebastián se empeñó en hacer una restauración total del edificio. Nos pasamos cerca de dos años de obras; no se dio mucha prisa la cuadrilla de albañiles. Debido al mal gusto de Sebastián y a la nula voluntad de Pura para involucrarse en el tinglado que se montó, aquella gran reforma dio al traste con la preciosa estética interior y con el entrañable ambiente que tenía El Al Mizar, hasta con sus intensos e inolvidables olores.

Se acabaron las velas, los aparatos de petróleo y los de carburo. El carburo era una iluminación a gas que se utilizaba en las minas y en el campo. Un aparato de carburo daba una llama blanquísima y brillante que iluminaba perfectamente una habitación mediana. Diego tenía en un cuartillo de trastos todos los carbureros bien revisados y cuidados. En aquellos aparatos, que eran de color turquesa, el casero echaba carburo de calcio en la base y agua en el

compartimiento de arriba. El agua iba cayendo a gotas en el carburo, lo que originaba una reacción química que producía gas acetileno. Había que tener mucho cuidado para que no estallasen; por fortuna, no pasó nunca. A veces salían pequeñas llamitas del pitorro de luz que en su punta iba recubierto con una «camiseta», una especie de red muy delicada y que hacía de bombilla. Entonces cogíamos un trozo de jabón y lo sellábamos sin mayores problemas. Y con ese gas nos alumbrábamos, pues era muy barato y sencillo de producir.

Los niños éramos unos expertos en iluminación natural. Lo que más nos gustaba al irnos a la cama era jugar con las velas. Nos vertíamos cera ardiente en las manos —creo que teníamos callos en las palmas porque no nos dolía— y con un buen pegote de cera caliente y moldeable hacíamos preciosas figuritas o simples pelotas que nos lanzábamos desde la cama. Concha y yo dormíamos con Purita, la tata Gabriela y las mellizas en una enorme habitación que daba a norte y al ancho y larguísimo pasillo de grandes ventanales en arcos pintados de verde. En los laterales de sus vidrieras había cristales fijos de colores que bañaban la galería de una preciosa luz rojiza. Aquel espacioso corredor terminaba en la capilla, que era, sin duda, la estancia más bonita del castillo. De forma octogonal, tenía una enorme y pesada puerta de estilo árabe de suelo a techo que nunca se cerraba. Desde el comienzo de la galería se veían el altar y los valiosos y antiguos azulejos de líneas geométricas y de color azul grisáceo. La tía Inmaculada, que era religiosa al estilo de los rocieros, llenó la capilla de imágenes de vírgenes con lujosos ropajes, de jarrones para flores y de candelabros de plata. Allí no había ventanas; la luz llegaba a través de un cimborrio y de una cúpula de cristales rojos, naranjas y azules.

Cuando se reformó la casa, la capilla quedó en el apartamento que se arregló el primo Sebastián; él fue quien convenció a nuestra madre para dividir el edificio y quedarse en usufructo con el ala este. Se apropió de la capilla y de la bellísima puerta original del castillo, que apareció al tirar el gran palomar.

A la habitación de los cachivaches la llamábamos el cuarto de la miel, porque allí se almacenaba en grandes tinajas de arcilla. También se guardaban en aquella estancia oscura los aparejos de los caballos, los arreos del coche de mulas y las sillas de montar; aquel lugar estaba colmado de nidos de golondrinas porque sus anchas y altas puertas, que daban al patio, quedaban siempre de par en par. Para visitar a las palomas, que vivían en una gigantesca dependencia adosada a todo el muro este, en forma de medialuna, teníamos que atravesar el lúgubre cuarto de la miel. Pero no nos intimidaba, porque desde el patio se oían sus alborozados arrullos, especialmente en época de celo, cuando el macho compite con sus rivales por copular con las hembras simplemente con el cántico, con el ruido gutural de sus gargantas. En el palomar del castillo, incrustados en su pared circular, había agujeros hechos con vasijas de barro con cientos de nidos, cada uno con una familia de torcaces. Las palomas del El Al Mizar eran grandotas, de pequeña cabeza, color gris azulado y dos manchas blancas a lo largo del cuello. Sebastián utilizaba el guano como valiosísimo estiércol y vendía las palomas para el tiro de pichón en Sevilla o Huelva. Muchas veces veíamos llegar heridas a las que se habían salvado de tan deportiva escabechina.

La luz matizada y sutil que entraba por las sucias claraboyas, el olor intenso de los excrementos, el polvillo que levantaban las palomas en su incesante revoloteo y el perenne zurear del palomar convertía aquel lugar en un espacio enigmático y misterioso para nosotros, los niños.

Nos gustaba entrar con cuidado de no atascarnos en el pringoso guano, indagar en los nidos y escudriñar a los polluelos en abril, en el tiempo en que salían de los huevos. Fue una verdadera pena la reforma del castillo; perdimos la belleza de la larga galería y el bellísimo palomar, si bien ganamos la puerta original de herradura —con blasón con figura de espina a su derecha— construida en el muro este por los almohades en el siglo XI d. c., y que ubicaron mirando a La Meca, como Alá manda.

La galería de los esterones fue la zona del castillo que más sufrió aquella desastrosa reforma. Perdió su especial penumbra, el olor de la lana guardada en una de sus estancias y los del tomillo, la yerbabuena, la albahaca, el laurel… de la despensa; perdió la hermosa pajarera que, empotrada en el muro, contenía un olivo seco repleto de periquitos; perdió los magníficos ladrillos árabes en espiga que la solaban. En aquella galería nos pasábamos mis hermanas y yo las siestas jugando a las casitas. Teníamos unos cubitos de zinc y unas minúsculas aljofifas que utilizábamos, arrodilladas en almohadillas, para relimpiar el suelo. También jugábamos a alisar, con unas planchitas de hierro que calentábamos en la hornilla de carbón, los trapos de cocina de Antonia.

Concha y yo nos convertimos en muy buenas amas de casa, cocineras de guisillos preparados con todo lo que mangábamos de la alacena. Al bacalao seco que colgaba detrás de su puerta lo dejábamos lleno de agujerillos, robábamos trocitos que nos sabían a chuche. Por las tardes recogíamos jazmines para hacer olorosas biznagas, delicadas bolas blancas que Antonia, Salud y Lela prendían en sus moños, y que nuestra madre colocaba en su mesilla de noche para espantar a los mosquitos. Y liábamos cigarrillos con papel de fumar y hojas secas de geranios que fumábamos a escondidas o vendíamos como si fueran

auténticos Bisontes a nuestro padre por unos céntimos, para comprar chucherías en el pueblo.

A pesar de no tener juguetes, nunca nos aburríamos en El Al Mizar.

De: Amalia.

Para: Concha, Lucía y Asun.

Fecha: 6 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, acabamos de dejar a Ángela en su casa. Fuimos a dejarle la «prueba» a la patóloga y nos vinimos volando a Santa Justa; os escribimos desde el AVE. Hemos estado de cháchara con Ángela. Al final no sabíamos cómo despedirnos, la pobre debe aburrirse muchísimo porque no paró de cascar durante las tres horas que estuvimos en el Horno.

Desde luego Juana me ha dejado pasmada. No veáis el rollo monumental que le soltó sobre ese trabajo que, presuntamente, está haciendo para una revista de una universidad americana sobre la aviación española en la guerra civil. Claro que Ángela estaba pletórica creyendo que colaboraba con tan magno trabajo; además está orgullosa de que aparezca el prenda de su hermano como un valeroso piloto de caza. Más le hubiera valido haberse quedado cazando estorninos en vez de ir a soltar sus delicadas bombas a los indefensos madrileños, que por lo visto no tenían ni reflectores para ver lo que les lanzaban los cabritos como el Gonzalo. Bien, dejemos la catadura moral del tipejo y vayamos a lo que importa:

Ángela, como nos comentó Juana, es una bellísima persona, nada que ver con su hermano.

Está emperrada en que le gustamos muchísimo como sobrinas putativas. No hubiera estado mal haber cambiado a

la malaje de la tía Inmaculada por esta mujer tan cariñosa. Mientras hablaba no paraba de fumar. Dice que lleva con el vicio —por los nervios— desde que operaron a su marido, hace más de cuarenta años. Se murió el esposo de un ataque al corazón y ella sigue tan pancha, más sana que una pera. En un momento de la charla, después de tomarnos un montón de tés, se fue al baño; el momento que estábamos esperando.

Recogimos con disimulo una de sus colillas y la guardamos delicadamente en una bolsita que llevábamos preparada. Daban ganas de ponerse unos guantes, lo digo porque como bien sabéis soy muy peliculera. Juana, que es todo lo contrario, siguió hablándole a Ángela de su artículo. Por lo visto tiene pensado escribirlo y publicarlo. Dice que le da pena de Ángela, que se merece el trabajo de investigación sobre su hermano, que en definitiva es un tema interesante y que a lo mejor lo escribe en plan libro.

Bueno, chicas, eso es todo. Le dejamos la colilla a la patóloga y ahora solo queda esperar. Esta noche dormimos en casa de Lucía, le han dado el alta en el Ruber, siempre que se meta en la cama y no se mueva. Lucy, linda, ahora nosotras te relevamos en el cuidado de tu madre. Ya verás como dentro de poco la vemos bailar sevillanas, aquellas que le enseñé en el Madroñal. Muchos besos a todas. Juana os manda recuerdos. Amalia.

El descubrimiento del hueso, posiblemente de Gonzalo, desató una conmoción fraternal. Nos llamamos y escribimos un aluvión de correos. Concha opina que este asunto la está asustando, que por ella abandonamos la aventura; prefiere seguir en espera del torero que se enamore del castillo, está por ir a proponérselo al Espartaco. Concha mucho sexo pero es un poco cobardica, será que no quiere más movidas

porque con sus historias eróticas tiene bastante. Además tenemos a Alejandro, que está *in albis* de nuestras pesquisas; y mejor que siga así, como se entere de estos negocios y con lo estricto que es en lo referente a su trabajo, es capaz de inculparnos de un delito de ocultación de cadáver y de secretos familiares.

«Pero —dice Lucía tan escrupulosa como es proverbial en ella— debe ser legítimo proteger la memoria de los muertos, y más si nos tocan tanto como el abuelo, el tío Ramón y nuestra madre». Está convencida de que entre estos tres se encuentra la solución al enigma. Afirma que uno de ellos cometió el asesinato y que no es cosa de airearlo después de tanto tiempo, que debemos, secretamente, sacar el cuerpo del Barranco de las Ranas y darle cristiana sepultura en algún campo sacrosanto, quizás cerca de un cementerio, ya que —dice con un pelín de guasa—, el acogerse a lugar sagrado «debe de ser como una *wireless*, que cuando tienes una cercana te aprovechas de su cobertura y ni siquiera hace falta pagar el enganche».

Asun contesta que nanay, que lo de la consagración de un cementerio no tiene nada que ver con las nuevas tecnologías; que para eso el cura tiene que ir con su hisopo y un montón de papeles firmados por los cardenales o los obispos; asegura que ya no se acuerda bien de qué hay que hacer para sacralizar un trozo de tierra, amurallarlo y plantarle unos cuantos cipreses para que parezca la Toscana, paisaje del que tiene bellos recuerdos del tiempo que fue con sus compañeras a visitar al Papa. Bueno, no son estas sus palabras, las suyas son difíciles de descifrar; están llenas de latinajos que, pondría la mano en el difunto, ni ella misma entiende.

Juana piensa que ya metidas en fregaos, hay que buscar una salida honrosa. Opina que no debemos olvidar a Los Negros, a nuestra querida Loli y a su madre. Por lo visto Lola

no está muy bien últimamente, le ha dado un arrechucho que la tiene postrada en cama. Dice Juana que deberíamos ir a verla en los días que nos reunamos en Punta en Semana Santa, que seguro que le damos un alegrón. No sé qué pensar sobre esa visita a los Negros, yo creo que aún no nos han soltado todo lo que saben sobre la muerte del piloto. Por otra parte estoy segura de que no sacaremos nada interesante de la prima Rosa. Ella nos contó todo lo que recordaba; se ha pasado años rumiando sus historias del tiempo de la guerra y de su vida en Sevilla antes de que le dieran pasaporte a las Américas.

Otro tanto pienso del jodío cura. La única que le podría sonsacar algo sería Asun, en plan secreto de confesión, pero no creo que se preste a esa artimaña; nuestra hermana es una mujer cabal y sigue siendo tan religiosa como cuando estaba en el convento. Quizá con el tiempo deje de rezar el rosario a diario, costumbre que adquirió cuando la vieja nos juntaba a todos al atardecer, servicio incluido, al amor de la lumbre o al fresco en la terraza, según fuera invierno o verano. Hasta en Punta Umbría fueron famosos los rosarios de los Panero al caer la tarde. A esa hora, a ninguno de nuestros amigos se le ocurría aparecer por la casa porque nuestra amantísima madre lo cogía por el cogote y lo sentaba entre nosotros. ¡Me río yo de los lunáticos esos de los Niños de Dios! De aquella pesadilla —mucho peor que las obligadas siestas—, solo se libraban el listo de mi padre y los tíos. Pero no Manolo el chófer ni Diego el casero; esos no tenían agallas para decirle a doña Pura que tararí que te vi. Los pobres se pasaban el tiempo de los rezos bostezando, y nosotros, los niños, jugando con los perros o aguantando las risas cuando alguno de ellos hacía algún extraño gesto o una pedorreta o cualquier otro ruido simpático. Entonces salía nuestra madre de su ensimismamiento religioso y nos echaba a la calle, lo que quería decir que al terminar los

misterios gozosos o dolorosos le tocaba al castigado su particular vía crucis, una buena tunda de zapatillazos en el culo.

Hasta eso preferíamos, antes que su normal indiferencia. Solo nos dedicaba sus escuetas atenciones los días que estábamos en cama con fiebre. Yo siempre pensé que mi madre era muy cariñosa ya que no tenía otra con quien poder compararla y porque, al enfermar, me visitaba varias veces para ponerme el termómetro, darme algún repugnante jarabe o para preguntarme —sin sentarse a mi lado, desde la puerta— cómo estaba y lo que quería comer. Lucía recuerda lo mismo, dice que deseaba ponerse mala para ver cómo le sonreía, y que envidiaba al enfermo de turno, por más que tuviera que recibir una inyección de aquellas que se hervían con alcohol, en el mismo recipiente metálico en el que Dionisio, el practicante, guardaba el émbolo y la enorme aguja. En cuanto veíamos aquellos tenebrosos instrumentos rompíamos a llorar.

Los años que siguieron al duelo de la muerte de Amalio fueron los más felices de la vida de mi madre, a pesar de que había perdido a la persona que más quería, más que a Tóbalo y a todos sus hijos juntos. Lloró a su padre a su manera, quietamente, sin echar una lágrima en público. Con la casa de Pilas olvidada, la vida en Sevilla le complació, principalmente por haber terminado con el trabajo de amamantar y cuidar a ocho niños, y porque al fin pudo dormir de un tirón. Ya las mellizas no eran bebés. Esos primeros años sesenta fueron los más alegres de mi casa; los mayores no habían empezado a dar problemas con los estudios y las pequeñas no necesitaban a Pura, estaban a cargo de Gabriela y Antonia.

Mi padre no le daba guerra, se comportaba como le había prometido; no volvió a emborracharse. Su vida no cambió en lo fundamental. Seguía levantándose a las diez de la mañana para ir a Pilas a inspeccionar el cine y sus finquitas, o se acicalaba aún más para pasar la tarde con sus amigos en el Real Círculo de Labradores. A Tóbalo le pirraba ir al Labradores, a la sede central. Estaba orgulloso de pertenecer a un club social de más de un siglo, y de poder disfrutar de su preciosa sala de lectura, también sala de estar, y de contemplar sus bellas columnas de mármol verde, y sus elegantes cornucopias, sus esculturas, y su lujoso mobiliario. Tóbalo iba al club para mantener horas de tertulia con amigos, muchos de ellos señoritos desocupados y ociosos como él, que pasaban la jornada leyendo el ABC y El Correo de Andalucía, arrellanados en confortables sillones tras discretos escaparates con vistas a la multitudinaria y siempre festiva calle Sierpes, la más comercial y turística de Sevilla. Nosotros no fuimos nunca al edificio de la calle Pedro Caravaca, aquel era un lugar de hombres. A partir del año 62, cuando se inauguró en la ribera del Guadalquivir la sede deportiva, Concha y yo acudíamos a menudo al Labradores con nuestras amigas a fisgonear a los apuestos remeros, a bañarnos en la enorme y fantástica piscina y a jugar al *ping-pong*. Ya mayorcita, a mí me encantaba fumarme un pitillo en el césped del repecho que bajaba hasta el mismo río, bajo la frondosa sombra de un viejo árbol. Allí disfrutaba de una vista privilegiada del palacio de San Telmo, del paseo de Colón y del parque de María Luisa. Era un auténtico lujo pertenecer al club, que en la Feria de Abril tenía la caseta más elegante y animada del Real. A nuestros padres les agradaba que fuéramos al Labradores, donde nos relacionábamos con chicos y chicas de nuestro nivel social, donde conocimos a nuestros primeros ligues.

Pero, antes de los años adolescentes, mis hermanas y yo pasábamos parte de las vacaciones del verano en El Al Mizar, ideando innumerables distracciones. Aparte de nuestras visitas al Tinahón, donde vivían Luisita y sus gallinas, Concha, Purita y yo visitábamos a Presencia en la Córrala. Íbamos a las cochiqueras casi siempre al caer el sol, la hora en que José recogía a las marranas. Cuando criaban, José les abría las pocilgas bien temprano para que las madres se atiborrasen de bellotas bajo las encinas de la dehesa. Nuestros cerdos ibéricos, los de pata negra, vivían en libertad y con muy buena comida; eran animales afortunados hasta el momento de la muerte, como los toros. A la hora de la recogida, las cerdas-madres entraban por el largo pasillo de la Córrala corriendo y chillando, como si las persiguiera el mismísimo Belcebú. José abría las puertas y cada una entraba en su pocilga, donde la esperaban los hambrientos marranillos, deseosos de enchufarse a las tetas. Ninguna se equivocaba, para felicidad de los cerditos; una cerda cabreada, con lechones que no son suyos, es temible y violenta. Puede comerse a toda la carnada ajena en un suspiro.

Al bueno de José lo llamaban «el cabezota» porque tenía una enorme testa y era muy obcecado para sus cosas. Además de ser una bellísima persona, como su mujer, la rolliza y siempre alegre Presencia, José era un magnífico jinete, pero no tenía caballo. Había pocos caballos en El Al Mizar. Mi madre, de jovencita, había montado a la amazona en Zulema, su jaca árabe. El primo Sebastián cabalgaba en Cleopatra, una bonita yegua negra de crines rizadas. Feliciano, el capataz, montaba a Reverte, un caballo zaino grande y mansito, y Nicanor el guarda, que vivía en los Aguilones, en la linde oeste del cortijo, disponía de un penco feo y sin gracia al que llamaba Lirón.

El guarda, un hombre alto, estilizado y apuesto se pasaba la vida con la escopeta al hombro en busca de furtivos; en aquellos años de hambre abundaban los cazadores ilegales, y también los recolectores de espárragos que echaban el día en la dehesa, sin permiso de Sebastián, afanándose un manojo de trigueros. Pura le tenía dada orden a Nicanor de que si el furtivo era un pobre desgraciado lo dejara cobrar algunos conejos o liebres para alimentar a su familia, o recoger una maceta de espárragos que después, normalmente, vendía a nuestra cocinera Antonia. El primo Sebastián era más duro; los amenazaba con llamar a los civiles y meterlos en chirona. Él cuidaba las perdices, los conejos y hasta jabalíes para las cacerías que organizaban los tíos en vida del abuelo.

Nuestro querido José no tenía ni burro, pero sabía montar a pelo, de cualquier forma, como un *cherokee*. Al no haber teléfono en la casa, en caso de accidente o de alguna razón imperiosa, nuestro porquero se acercaba a Paterna en menos que cantaba un gallo. También nos preparaba y manejaba el coche de mulas en las raras ocasiones en que mi madre nos permitía ir al pueblo en plan oeste americano. A pesar de que a Pura, al contrario que a la tía Inmaculada, no le gustaba hacer ostentación de su dinero, empleábamos el coche de mulas cuando en verano caía alguna tormenta tropical que inutilizaba los caminos de tierra para los autos. Entonces viajábamos en la elegante jardinera lacada en verde con el antiguo hierro de nuestra ganadería en sus puertas, perseguidos por un tropel de perros que, ya exhaustos, abandonaban la carrera al subir la cuesta de los Doblas. Si no llovía, en las raras ocasiones que utilizamos el coche de mulas por puro placer y después de mucho rogarle a nuestra madre, llegábamos a la iglesia totalmente empolvados, a pesar de que íbamos con sombreros y revestidos con largos guardapolvos.

Al alcanzar la plaza de la iglesia, nos rodeaban los zagalillos que desde la entrada del pueblo nos perseguían chillando. Hasta principio de los años sesenta, había mucha pobreza en Paterna. Las chabolas de la última barriada, la que lindaba con el campo, eran simples cabañas, no tenían las más mínimas condiciones de salubridad. Muchos niños estaban mal nutridos, vestidos con sucias y viejas vestimentas, algunos sin zapatos. Por allí vivía Marujita, la ahijada de Pura. Mi madre siempre se responsabilizó de aquella niña de cara como un queso, ojos redondos y saltones y gran desparpajo. Marujita era hija de una mendiga que la tenía medio abandonada. Pura le enseñó a leer, le construyó una casita y le daba dinero para ropa y comida. La ayudó económicamente ya de casada y la instruyó en el cuidado de sus hijos; ella la llamaba con cariño «mi madrina».

Un día, durante la Transición, cuando Pura ya viuda vivía en el castillo con nuestra hermana, apareció la dispuesta Marujita a la cabeza de una partida de jornaleros con la pretensión de ocupar el cortijo. Portaban pancartas y cantaban consignas de no sé qué partido o sindicato. Acamparon frente al El Al Mizar de pícnic, dispuestos a echarse al coleto lo que llevaban en sus mochilas, y mandaron a Marujita de emisaria para parlamentar con su madrina, tal como el Judas de la Ultima Cena. Marujita, después de las salutaciones de rigor, le contó a Pura la historia de la ocupación. Mi madre le dijo sin alterarse que la puerta estaba abierta, que ella no se iba, que entraran y que invadieran la casa. Entonces Marujita volvió con su gente y se los llevó de allí.

Mi madre no se lo tuvo nunca en cuenta. Decía: «Son cosas de Marujita». Al relatarlo se reía porque recordaba la escena de su ahijada haciendo de embajadora plenipotenciaria de aquel grupo de contestatarios que

querían emular a los campesinos portugueses, sus vecinos alentejanos.

CAPÍTULO XIII

De: Asun.
Para: Concha, Juana, Amalia y Lucía.
Fecha: 7 de marzo 2010.

Mis queridísimas hermanas:

Me adelanté a la idea de Amalia y le escribí una larga carta al padre Mier Darán en la que le contaba los problemas que tenemos con el primo, y relataba con detalle la situación miserable en la que se encuentra Purita. Le conté que ni siquiera la llevan a misa los domingos, que la tienen allí medio encerrada, sobre todo en los meses de verano. El vivir entre estas pobres mujeres me ha empujado a dar este paso porque veo que nuestra hermana vive casi como ellas, recluida y abandonada en el castillo.

Le decía al padre Mier Darán —sin la apostilla tan grosera que le habéis puesto— que llevamos entre manos un misterio que nos desborda y que nos tiene muy preocupadas. Yo ya no sé qué hacer desde tan lejos, por eso he intentado lo de la carta. Pues, hermanitas, acabo de recibir la respuesta del padre, una epístola de enormes letras vacilantes; debe estar ya fatal, a poco de presentarse ante San Pedro para reunirse allí con el Gran Hacedor.

Bueno, en definitiva y después de muchas vueltas y narraciones sobre la muchacha fuerte y valiente que —opina

él— fue nuestra madre, dice que fuera del secreto de confesión me podía contar que Pura sufrió en los años de la guerra, cuando vivió en el castillo, un enorme trauma que alteró su tranquilo espíritu y la volvió mucho más desconfiada de la gente, más encerrada en sí misma y mucho más espiritual. Dice que perdió su inocente júbilo, que él pensó que se metería a monja, que lo hablaron pero que él le aconsejó que tenía que esperar tiempos mejores y más tranquilos, que tenía que volver a ver a su novio, a Tóbalo. Recuerda que Pura escuchó sus consejos y que, ya terminada la guerra y una vez en Sevilla, dejó de pensar en tomar los hábitos porque se reunió con Tóbalo y decidió casarse con él.

El padre termina la carta contándome que siente lo que le está pasando a Purita y que debemos seguir con nuestras pesquisas, que seguro que encontramos el motivo por el que nuestra madre cambió de personalidad. Algo muy fuerte debió de ser, he leído que el carácter es extremadamente difícil de variar, solo se transforma al sufrir un profundo trauma que remueve nuestro espíritu desde lo más hondo. No cejéis en vuestra búsqueda, queridas hermanas; yo solamente os puedo ayudar con mis oraciones, pensando en vosotras y estando a vuestro lado en espíritu cuando mi trabajo me deja un ratito libre.

Sigo con mi vida de enfermera y de cuidadora de bebés, que es lo más gratificante. Me voy introduciendo poco a poco entre esta buena gente, ya puedo hablar con ellas con algunas frases que he aprendido de memoria. Mis compañeras enfermeras me cuentan casos espeluznantes de mujeres maltratadas. Afirman que en la cárcel de Kabul hay un montón de muchachas con sus respectivos hijos —ya que no quieren casarse con los cuñados después de la muerte de sus esposos— y de mujeres que se han fugado con un hombre al rechazar casarse con un viejo decrépito. Dicen, y

yo lo veo, que en la «cosmopolita» Kabul muchas mujeres cumplen a rajatabla las reglas más represivas impuestas hace unos años por los talibanes, que siguen usando el burka. Casi todas necesitan la autorización del marido en el momento que están enfermas y precisan consultar a una médica. En el campo es mucho peor. ¡Dios santo, qué crueldad!

Como veis, vivir aquí es muy duro, a veces hasta echo de menos las goteras del convento y a la peñazo de la madre Mariana. Pero al sonreírme una madre con su hijito en los brazos se me olvidan las penas y me entra una enorme energía. Os dejo, que se me está haciendo tarde para entrar en «el curro», como dicen ahora los jóvenes.

Mucho ánimo, seguid adelante sin desfallecer, que ya estamos cerca de liberar a la buena de Purita. Rezo por el alma del que está enterrado en el barranco, sea quien sea. Y por vosotras. Os mando todo mi cariño.

Vuestra hermana, Asun.

P. D. Lucía, gracias a tu afición por el cine y a tus muchas películas oigo español; me encantan las policíacas.

Nos fuimos a Madrid la misma mañana de la charla con Angela y llegamos a las dos de la tarde. Desde Atocha cogimos el metro, que nos dejó en la puerta de la casa de Lucía, en la estación de Lista. Mi hermana tiene un hermoso piso que reformó antes de su aventura afgana. Le recomendaron una cuadrilla de búlgaros que eran baratos y construían bien, y Lucía me pidió ayuda y me ofreció un buen salario; no lo dudé, a mí me encanta todo lo que sea embellecer y decorar, de forma que me fui a vivir a Madrid durante los meses de la obra.

Lucía disfrutó su piso muy poco tiempo porque enseguida se fue a Kabul. Ahora se lave dichosa, instalada en su enorme canapé, recostada en una montaña de almohadas y cojines que su hija le ha llevado. Hace precisamente unas horas le han dado el alta con la recomendación de que no se mueva de la cama en unos días.

Mi sobrina nos tenía preparada una comilona, no por nada había estado cocinando más de una semana al enterarse de que su madre volvía a España. Es buena esta Lucy en la cocina; es la única joven de la familia del Río que ha sacado mi afición por la gastronomía. Nos puso un montón de entrantes, una riquísima pescada al horno con salsa de sidra, un tiramisú superfino y un montón de pastas de té que nos dejó preparadas para que pasáramos la tarde conversando con su madre. Ella se fue temprano, tenía una revisión de su embarazo. Después de haber comido y echado una buena siesta (Juana no la perdona, en eso ha salido a nuestro padre, que el día que fue a Córdoba para ver la Mezquita reservó una de las mejores habitaciones del parador de la Arruzafa solo para sestear unas horas), preparamos el té y nos dispusimos a debatir el tema del misterio del El Al Mizar.

Grabé la conversación en mi aparatillo, esta es una transcripción de casi todo lo que hablamos:

L: Chicas, tenemos que poner en orden las ideas. Intercambiar opiniones… Amalia, ¿tienes papel y lápiz?

A: Voy al salón a buscarlo. Juana, ve contándole a Lucía lo que hemos venido charlando en el AVE.

J: Mira, Lucía, tú no estás muy ducha en el misterio, demasiado que tienes interés en conocer bien la historia, ¡con lo que llevas encima! Pero creo que estaría bien tener una conversación a tres bandas. Debemos poner orden en lo

que lleva escrito Amalia, y analizar sus notas desde que comenzó este tinglao.

L: Sí, es lo mejor. Conviene ir apuntando los datos principales, los hechos, toda la información, intentar recordar algo significativo… ¡Qué jaleo! ¿Cómo puñetas lo harán los policías? ¿Cómo investigaran? Somos unas pardillas con voluntad, pero no sé, Juana, creo que no vamos a sacar nada en claro. Oye, se me está ocurriendo una cosa: ¿no sería conveniente buscarnos a un auténtico comisario y contarle todo esto? Mi vecino y buen amigo del quinto trabaja en la comisaría de la calle Príncipe de Asturias, aquí cerca.

A: Pero ¡qué dices mujer!, ¿estás loca? ¿Quieres que hagamos público que hay un muerto en la familia, mejor dicho, un criminal? ¿No piensas en tu gente, en Lucy, en tu nieto? No creo que sea del agrado de nadie saber que su abuela o su padre es un asesino.

L: Anda, Amalia, no seas fantasiosa. ¿Por qué tiene que ser el asesino papá? Con lo miedica que era… ¿Es que no te acuerdas de que se mareaba cuando veía sangre?

J: Bueno, chicas, tenemos que concentrarnos y no salimos del guión. A ver, Amalia, escribe. Empecemos desde el principio. Como en el cole.

1) EL SECRETO:

a) Loli la de los Negros sabe del misterio y no suelta prenda. Está cagada de miedo de que su secreto salga a la luz.

b) Loli echa la culpa a nuestra familia de la desgracia de los Negros, ¿por qué? Su padre, Santiago, era un anarquista con muchos amigos en Paterna y en Sevilla. Era un hombre valiente y honrado, eso lo sabemos todas. ¿Tenía enemigos? ¿Gonzalo sabía algo comprometido de él?

c) Purita encuentra la medalla de Gonzalo. Yo estoy segura de que es de él.

d) El puñetero Mier Darán afirma que nuestra madre sufrió un enorme trauma en los años de la guerra, podemos pensar que ocurrió en el tiempo que estuvo en el cortijo, cuando la «castigó» el abuelo por sus amores con papá. ¿Tuvo relación ese trauma con Gonzalo? ¿Con el tío Ramón?

2) LA PRIMA ROSA, fuente de información:

a) Gonzalo estaba por los huesos de Pura, le daba la coña y esta se quejó al abuelo. No dice, podría no haberse enterado de ello, que Gonzalo la atacara, que se propasase con ella.

b) Amalio, al saber que Gonzalo era un asqueroso pistolero falangista, le prohibió que fuera al cortijo.

c) Ramón iba a la zaga de su amigo Gonzalo, seguramente también era pistolero. Pero ¿pasó algo entre los dos amigos para que Ramón lo matase o lo mandara matar?

d) Antonio el chófer, que era un tío bragao, estaba dispuesto a despachar al piloto por defender a su niña. ¿Pero de qué?

e) Pelea brutal entre el abuelo Amalio y Gonzalo, participa Antonio.

f) Nos cuenta que papá no podía ir al campo, pero que estaba al tanto de lo que pasaba, que terminó odiando a Gonzalo porque estaba celoso de él.

g) El locatis del tío Ramón se fija en Lola, la de los Negros. Lola se casa con un pastor buena gente y trabajador. Lola dice que la guerra la hundió, le desbarató la vida. ¿Por qué? Tenemos que investigarlo.

3) GONZALO, el presunto muerto:

a) Es un pistolero, se enamora primero de una gitana. Según Paca, su hermano lo tenía enfilado porque la había desvirgao.

b) Se va a Argentina por amenazas de muerte. Vuelve en plena guerra.

c) Se enamora perdidamente de Pura y le da la monserga para que deje a su novio.

d) No hace caso de la prohibición de ir al cortijo, va algunas veces con Ramón.

e) Cuando se pelea con Amalio, ya no va más y al poco tiempo desaparece definitivamente.

f) Su hermana asegura que está muerto, que era un buen hijo, que hubiera avisado a la familia si hubiera huido. No sabe quién o quienes lo amenazaron de muerte en la primera escapada.

Y ya no tenemos más información. La patóloga nos dirá pronto si el hueso que hemos encontrado es de Gonzalo. ¡Mira que si hemos descubierto un enterramiento de gente a la que dieron el paseíllo!

J: No, no lo creo, sé que la guerra no fue muy violenta en Paterna, solo mataron al alcalde y a un guardia civil, no se sabe de gente de otros pueblos que pueda estar enterrada por aquella zona.

L: No hemos hablado del primo Sebastián.

A: Bueno, Sebastián está descartado como asesino, en aquella época era muy chico, tendría nueve o diez años.

L: Lo digo por lo del chantaje. ¿Sabría Sebastián toda esta historia? ¿Se lo soltó a mamá y con eso la chantajeaba? ¿Cómo se enteraría el muy jodido?

J: Sí, he estado pensando en todo eso y tengo una teoría: Sebastián vivió mucho tiempo con los abuelos, en la casa de Jesús del Gran Poder. Además, Ramón se fue a Gerena con la tía Belén y con Sebastián al final de la guerra, al volver herido del frente de Navarra, ¿no os acordáis?

L: Es verdad, Sebastián tuvo mucho roce con los abuelos y con el tío Ramón. Con lo fisgón que es, seguro que averiguó algo, que sabía lo que había pasado, o por lo menos tenía la mosca tras la oreja.

A: Jesús con el Sebastián, está en todas partes. Es un cabrito amargado, no sé por qué ese odio a Pura, ella siempre confió en él, lo dejó de administrador cuando le pudo haber dado una buena patada en el culo al morir el abuelo.

J: En el fondo es un jodido desgraciado. Yo creo que es tan palomo cojo como nuestro Lito. Pero el pichón de nuestro querido primo se ha pasado toda la vida en una jaula.

L: ¿Pero qué dices? Eso es nuevo, ¿de dónde lo has sacado?

J: Ayer hablé con Lito. No sé, pero me contó algo extraño y, justo ahora, hablando de Sebastián se me ha ocurrido…

A: Venga ya, Juana, desembucha, como en secreto de confesión.

L: Sí, vamos, Juana, no nos vengas con más misterios, ¿qué te contó Lito?

J: Pues vino al caso que nos traemos entre manos. Lito me preguntó cómo iban las pesquisas; opina que estamos majaras, que si no tenemos suficiente con el problema de no poder vender el cortijo. Me preguntó por Moncho y sus gestiones de venta. Y también por Purita. Cuando le dije que Purita no tuvo este año Reyes de Sebastián, que no encontró ni una bolsita de pipas rebuscando por los rincones de la casa, se puso hecho una fiera. Le llamó de todo, hasta maricón. Bueno, ya sabéis que Lito diferencia bien lo que es un homosexual como él, que va a cara descubierta, de uno de esos que, hoy en día, no se atreven a salir del armario y que joden a todo dios con sus paranoias. Pues lo puso a parir. Pienso que él sabe historias de su pasado sexual, pero que no las quiere contar.

A: Vaya con el primito, ahora está claro por qué no se ha querido casar con la pobre Encarni. La habrá tenido de pantalla… ¡la virgen, creía que ese montaje, como dicen las malas lenguas, solo lo hacía el guaperas del Cloony!

L: Bueno, chicas, no os embaléis, eso de la pluma del primo no está claro, es una suposición tuya, Juana…

J: Pero si fuera cierta explicaría un montón de cosas, principalmente del carácter reconcomio de ese mamón. Joder, por qué los hombres no folian como dios manda y se dejan de neuras, después dicen de las histéricas de nuestras abuelas, que no se comían una rosca más que nada porque no las dejaban. El Mier Darán, el primo… unos cacho locos por no echar un polvo en condiciones.

L: Vamos, Juana, que ya vas entrando en calor, empiezas a soltar barbaridades.

J: Y eso que me estoy conteniendo. Vale, debemos hablar largo y tendido con Lito, creo que se lo tendremos que contar a Concha, ella seguro que le saca sus secretos, buena es Concha para eso.

A: De acuerdo, dejemos ese tema aparcado y centrémonos en el objetivo, en el móvil del crimen. ¿Tenéis alguna idea?

J: No sé. A ver, a mí se me ocurre:

1) Los Negros, Santiago: por muy falangista que fuera Gonzalo, no veo que Santiago, su mujer o su hija Lola tuvieran motivos para matarlo. ¿Porque era falangista? ¿Mató o maltrató Gonzalo a algún amigo o familiar de los Negros? Ese sí sería un buen móvil.

2) Pura: ¿Sería Pura capaz de quitarlo de en medio porque defendía a alguien o porque Gonzalo le daba la coña? ¿O porque se propasó con ella? Pero entonces, ¿no se lo contaría a Ramón? ¿Y cómo, si el tío lo sabía, seguía llevando a su amigo al El Al Mizar? No sé, no me cuadra

mamá como asesina. Aunque sí que tenía agallas para descerrajar un tiro a cualquier cabrón si se terciara, sabía disparar con su pistola muy requetebién. Según me contaba, tenía una puntería del carajo, participaba de joven en concursos de tiro al plato, y los ganaba. Por cierto: ¿dónde está la dichosa pistolita de la vieja? ¿La tiene Sebastián? Creo que tendremos que buscarla, le preguntaremos a Moncho si él la cogió de la cómoda. Esta noche le llamo.

3) Ramón: ¿Pasó algo entre los dos amigos que hizo que Ramón lo liquidase? Quizás se enteró Ramón de algún asesinato que cometiera Gonzalo… Pero no sé, pienso que Ramón no era un inocente corderito en aquellos años.

4) El hermano de la Paca: ¿El gitano que quiere lavar la honra de su hermana? Es un buen móvil, pero al volver Gonzalo de su primer autoexilio, la Paca estaba bien casada con un payo. ¿Pudo el hermano seguir con esa mala sangre después de tanto tiempo y apuñalarlo? Pero ¿cómo es que aparece el cadáver en el cortijo? No me encaja. Claro que si quería inculpar a nuestra familia, el Barranco de las Ranas era un lugar ideal para dejar el paquete…

5) Tóbalo: Papá tenía sobradas razones para cagarse en los muertos del Gonzalo, pero de ahí a darle un tiro… Yo creo que no, no lo veo en ese brete, era bastante rajado, lo demostró en la guerra, le daban terror hasta las aglomeraciones, ni nos llevaba a la calle del Infierno. No, yo estoy segura de que papá no lo hizo, si bien tenía un magnífico móvil para cargárselo. Por otra parte, no hubiera podido soportar la presión del secreto, lo hubiera confesado tarde o temprano.

6) El abuelo Amalio: Sí, el abuelo tenía un buen motivo, estaba rabioso, pensaba que su hija podía enamorarse de semejante criminal. O quizás porque le temía, sobre todo después de la pelea… Gonzalo estaba muy bien relacionado… Un simple chivatazo y meten a toda la familia

en la cárcel y hasta hubieran paseado al abuelo, a Ramón y a papá.

7) Antonio, el chófer: No era moco de pavo y si tenía un móvil seguro que lo mata por Pura, eso nos lo ha dicho la prima Rosa. Ya no caigo en más gente, no me veo al Mier Darán empuñando un arma, por más que el muy gilipollas no necesitaba de ellas para acogotar a nuestra madre con amenazas de chamusquinas eternas. Y a vosotras, ¿se os ocurre algo?

L: No, no tengo ni idea. Estoy bloqueada, son demasiados datos inconexos. Os repito que necesitamos a mi amigo el poli, es un chico fantástico, es comisario.

A: Ni hablar, Lucía, me opongo como Juana. Intentaremos resolver este guirigay entre nosotras. Voy a transcribir lo que hemos hablado, seguro que cuando esté por escrito, cuando lo releamos muchas veces, encontraremos alguna pista. Pero ya está bien por hoy, apago el aparato.

Acto seguido nos dimos una comilona con las sobras del almuerzo. Dejamos el tema para otra ocasión porque yo quería ver una buena película en el vídeo, ya estoy cansada de ver las alemanas como si fueran mudas, no me entero ni del veinte por ciento de los diálogos. Eso sí, soy experta en descifrar el lenguaje visual, hasta descubro peluquines en sobrios caballeros y gazapos.

El mes de septiembre era el más laborioso del campo. Era también el tiempo más seco, cuando las tierras recuperaban su original marrón oscuro, cuando perdían el color dorado de los trigales y de los sembrados de maíz. Solo permanecían verdes los campos de algodón, milagrosamente nevados al abrirse las cápsulas y al aparecer las hilachas blancas bajo aquella calorina terrible del final del estío.

Volvíamos tristes de los días de playa, pero enseguida nos incorporábamos al trajín de la recolecta del algodón y la aceituna. A los algodonales íbamos en el tractor, sentaditas encima de los grandes guardabarros posteriores. Veíamos a las cuadrillas de jornaleros frente al castillo, muchas de ellas compuestas solo por mujeres que iban vestidas exactamente como las actuales campesinas marroquíes: pantalones largos, faldas a media pierna, blusones con mangas, grandes pañuelos a la cabeza bajo un amplio sombrero de paja, calcetines de lana, alpargatas y guantes protectores porque las cápsulas del algodón tienen enormes y afiladas espinas.

Se protegían del sol, sobre todo la cara. Ninguna estaba bronceada; la piel blanquísima era, entre los pobres, símbolo de buena posición económica. Muchas de ellas llevaban gruesas rebecas, decían que el sudor las refrescaba al correr la brisa. Nunca lo entendimos, nosotras vestíamos pantalones cortos, blusas ligeras y zapatillas Victoria de lona. Al poco tiempo, después de recoger ni siquiera medio costal, nos refugiábamos en los chamizos, muertas de calor y muy cansadas. También trabajaban niños de diez o doce años junto a sus padres, casi al mismo ritmo que ellos. Era una labor dura, a destajo, siempre con los cuerpos doblados, con un sol a plomo que fundía los sesos. El tractor, acarreando un remolque, iba recogiendo los sacos de algodón y, al finalizar el trabajo, los llevaba a la fábrica de Hytasa, a Manzanilla, el pueblo lindante a Paterna. Allí hacían el desmote y lo preparaban para elaborar tejidos.

Al finalizar la campaña del algodón comenzaba el verdeo, la recogida de la manzanilla, una aceituna de mesa de gran calidad. El cortijo tenía un olivar llamado El Majadal del tío Roque de más de quinientas hectáreas que ocupaba la zona norte de la finca, en el límite con el paraje natural y la reserva de caza de La Pata del Caballo, parque protegido

que ahora se recupera del terrible incendio del 2004, que lo arrasó por completo.

Cuando la pista de tierra al sur de la finca, la más corta entre El Al Mizar y Paterna, quedaba embarrada e impracticable por tormentas de verano, teníamos que dar un largo rodeo, atravesar el olivar y entrar en el cortijo, si era posible, por el norte. El olivar tenía un mejor camino de piedras ya que era necesario sacar la cosecha en camiones en la época del verdeo. A Purita es la faena del campo que más le gusta; con sus cinco años perennes, y como es natural, a mi hermana le encanta visitar los sombrajos de los obreros, colocarse una inmensa pamela, agenciarse una escalerilla y un cesto que se cuelga al cuello y subirse a los olivos para coger manualmente las aceitunas, con sumo cuidado, como si fueran las más delicadas de las frutas, porque cualquier golpe las negrea y las hace inútiles para las conservas.

Mi hermana sigue siendo una fan del verdeo a pesar de que ahora esa labor ha perdido su encanto; ya no se reúnen las jornaleras alrededor de grandes mesas, bajo el frescor de los chamizos y con una radio a todo volumen para animar el día. Cuando los hombres derramaban en los tableros sus espuertas para desechar las hojas o las aceitunas dañadas o negras, las mujeres las empujaban delicadamente con la mano hacia unas toberas con superficie de barritas de hierro para que las más pequeñas cayeran a unos capazos; esas tenían otro precio, eran de menor calidad.

En los sombrajos, Concha y yo oíamos a Machín, a los famosos de la copla y los seriales de los años cincuenta: *Ama Rosa* y *Simplemente María*, las dos primeras y memorables radionovelas. Las mujeres estaban encandiladas con aquellos relatos amorosos que reservaban una sorpresa al final de cada emisión, una ventana abierta al sentimiento y a la intriga que hacía que sus seguidoras

necesitaran seguir escuchando las enrevesadas historias románticas en sucesivos programas. Eran de mucho llorar.

A mi hermana y a mí nos entusiasmaba otra serie radiofónica de quince minutos diarios que se llamaba «*Perico, Matilde y Periquín*». Eran episodios que narraban la vida cotidiana de un matrimonio y su hijo, un niño de cinco años muy inteligente y travieso. Antes y después de cada relato se escuchaba la canción del Cola-Cao, con aquello de: «*Yo soy aquel negrito del África tropical*...», melodía pegadiza y amable que se hizo famosa en todo el país, haciendo del Cola-Cao el desayuno preferido de los niños españoles. Fue uno de los primeros éxitos de la publicidad y de la mercadotecnia en la España miserable de principios de los cincuenta.

El ambiente de los sombrajos se parecía, en otro nivel social, al del toldo de mis padres en Punta; era un lugar para charlar, para contar experiencias o vivencias personales, para relacionarse con los amigos. No era tan cansado y terrible aquel trabajo; mucho peor para las mujeres era el de la recogida del algodón porque se hacían polvo los riñones. Tampoco para los jornaleros, que trabajaban bajo la sombra de los árboles y que, cuando Feliciano el capataz se daba la media vuelta, acudían al club de los sombrajos para descansar, fumarse un caldo gallina, echar un trago de agua fresca de los búcaros y parlotear con las mujeres. Ya no existe esa tertulia que se organizaba en el verdeo, ya no hay mesas de selección de aceitunas, ni mujeres. Las manzanillas se llevan directamente a las fábricas, donde modernas máquinas hacen ese trabajo en muchísimo menos tiempo, con menor coste y mayor eficacia. Pero en julio y agosto, los dos meses más aburridos y calurosos del campo, Purita sigue pensando y hablando del verdeo. También porque el primo Sebastián le da unos cuantos euros por su trabajo, dinero que se funde en la primera visita a Paterna

comprando una descomunal bolsa de chucherías en el kiosco de la plaza de la Iglesia.

De: Amalia.
Para: Lucía, Asun, Juana y Concha.
Fecha: 9 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, de nuevo Heidelberg, en casa. Una fresca y ya no tan sorprendente noticia: la tibia es de Gonzalo. Acabo de recibir un correo de nuestra amiga la patóloga. Casi cien por cien de posibilidades de que sean hermanos. O sea, que nos ha caído la gorda. Ya no estoy tan segura de lo que te decía, Lucía. Lo he estado rumiando toda la mañana y la verdad es que me he desinflado.

Eso de tener un muerto conocido en el Barranco de las Ranas me supera. ¡Vaya, que teníamos que haberle hecho caso a Loli y dejarnos de investigaciones y gilipolleces policiacas!

Y todo por escribir el libro de la familia, por contar la sarta de tonterías que hicieron los señoritos antepasados. ¡Es que quitando al abuelo…! Bueno, chicas, a ver qué hacemos ahora.

Juana, tú qué opinas, ¿debemos continuar o tendremos que ir al cuartelillo de Escacena a dar parte? Creo que, hermanas, es muy serio saber del muerto y quedarnos como ídem. ¡Vaya escándalo se iba a organizar en Paterna si se enterasen! ¡Y la de chascarrillos que sacarían sobre el macabro suceso! Eso si no terminamos en chirona.

Asunti, ¿se te ocurre algo? A ver si nos aconsejas, que por ahora tú eres la que está menos contaminada con esta milonga, allí cuidando a las madres, rodeada de bebés, ¡qué suerte, tía!

Concha, necesitamos que te veas con Lito. Hay que sonsacarle lo que sepa de la «pluma» del primo, tenemos que ir arreglando cosas, despejando el asunto principal, el asesinato. Debemos encontrar algo que lo comprometa para hacer que suelte a Purita. Pero no le digas a Lito nada del finado, que siga con sus chuflas y guaseándose de nosotras. Bueno, hermanas, me voy a casa, ni siquiera el jaleillo de la agencia me saca de mis lúgubres pensamientos. Además, mañana tenemos una entrevista con otra posible dienta y tengo que preparar una buena tarta.

Espero vuestras noticias. Juana, se me ocurre que deberías hacerle otra visita a Loli y contarle lo que hemos descubierto, a ver si de este modo suelta lo que sabe.

Se me olvidó otro tema, el de la pistola. Ayer hablé con Moncho, con todo este trajín se me había pasado por completo la cuestión de la pipa de mamá. Me dijo que no sabe nada, que ni sus niños ni él se dedican a rebuscar en la habitación de la vieja; solo entrar ya les da escalofríos, porque están sus cenizas en el armario. Me insiste en que investigue a los templarios de Heidelberg, cada loco con su tema… Así que pienso yo que la pistola la debe tener Sebastián, si no la ha cogido Purita para su museo de trastos. Juana, el día que vayas al pueblo, ¿no podrías pasarte por el cortijo, mandar a los caseros a algún recado y husmear entre los chismes de Purita? Seguro que la tiene, me juego el pastel de la dienta.

Os dejo, espero vuestros correos con ideas de cómo salir de este marrón en el que nos encontramos. Muchos besos a todas de Amalia.

P. D. ¿Habéis pensado que hay otros dos sospechosos? No hemos caído en meter en el saco de nuestros barruntos a la jodida de la tía Inmaculada y al tío Felipe. Concha, tú que eres su queridísima ahijada, deberías hacerle una visita.

Seguro que le sacas algo que no sea material, ¡con lo rata que es! Y si Concha no puede, ¿podrías ir tú, Juana?

Me gustan las reuniones fraternales, aunque sean para descubrir asesinos. Yo, por edad, siempre he estado más unida a Concha, pero siento que con todas mis hermanas he compartido muchas vivencias, aparte de la sangre, que siempre tira. Nos llevamos bien a pesar de que mis padres no hicieron por crear lazos entre nosotros; ni siquiera se ocuparon de que arropásemos a Purita, de integrarla en la familia. Mi madre decía que intentó que la vida de nuestra hermana no interfiriese en las nuestras, pero eso fue una terrible equivocación. Claro que, si no supo crear esos lazos fraternales entre sus hijos «normales», menos lo hubiera podido hacer con Purita, una niña que necesitaba de todo su cariño y sus atenciones. Como bien dijo su confesor, la consideró siempre como su cruz, un castigo divino que debía aceptar con resignación.

Recuerdo una de las veces que la calificó de «cruz» y yo le dije que mucha gente vivía feliz con sus hijos discapacitados, que tenía el ejemplo de la soprano Victoria de los Angeles, que tuvo un niño con síndrome de Down. La cantante siempre hablaba maravillas de su hijo, decía que era su mayor alegría, que dormía en una cama pegadita a la suya. A Purita la estamos conociendo bien desde que murieron la vieja y el tío Ramón. Ramón la quería mucho, siempre conversaba con ella de sus cuitas infantiles y la entretenía jugando al parchís o a la brisca. Sabía ponerse a su altura. Pero es que el tío Ramón era un hombre especial, tenía una personalidad arrolladora, se camelaba a todo el mundo.

Ramón se vino a vivir a la casa de Jesús del Gran Poder cuando murió nuestro padre; las mellizas eran unas crías.

Llevaba un tiempo viviendo solo en Mérida porque se quedó viudo de una mujer del pueblo, a la que no llegamos a conocer. Por lo visto la buena señora no había llevado una vida recta. O sea, que había sido puta. Mi madre no la aceptó en la familia, decía que su hermano no estaba enamorado de Isabel, que aquel matrimonio fue un arreglo entre ellos para aliviar soledades. La rechazó, no se dignó tratarla a pesar de que sabía que su cuñada era muy buena persona y que cuidaba con devoción al tío, ya por entonces enfermo. Le había dado una angina de pecho, cosa normal en los Panero; todos mueren de un ataque al corazón. El tío no tuvo hijos, ni con la tía Asunción ni con Isabel. Él fue para nosotros como un abuelo; nos consentía los caprichos, no tenía voluntad para contrariarnos y siempre salía a defendernos de las somantas a zapatillazos de nuestra madre. Se aliaba con Antonia, nuestra otra abuela postiza.

Ramón salía poco. Los domingos iba con nuestra madre y las pequeñas al parque de María Luisa, como hacíamos en vida de papá. Cuando yo era pequeña, Manolo nos llevaba a la plaza de América, donde alimentábamos a las blanquísimas palomas que se abalanzaban sobre nosotras como los pájaros de Hitchcock. Las muy jodidas picaban, arañaban y tiraban de los pelos, y eso que las atiborrábamos de alverjones. Gastábamos el poco dinero que nos daban en la comida de las insaciables y glotonas palomas. Se la comprábamos en cartuchitos de papel de estraza a las viejas de los puestos de globos y chucherías.

El tío Ramón, a veces y como hacía Tóbalo, nos llevaba al cine. Mi madre se negaba en redondo a acompañarnos, le repateaban las películas relamidas. No era nada sentimental como nuestro padre, que lloraba al unísono con nosotras viendo a Joselito, a Marisol o al Marcelino Pan y Vino; después las comentábamos en las cenas y obligábamos a la vieja a empaparse de todas las catetadas que habíamos

visto, en castigo al poco interés que tenía por sus retoños. Ramón era más duro, no lloraba con las cursiladas de aquellos niños prodigio, pero siempre recriminaba a Pura el desapego que tenía por nosotros; le decía, medio en broma, que debía confesarse porque acariciaba con ternura a sus perros y que a sus hijos ni nos rozaba, solo cuando cogíamos el sarampión o la escarlatina.

El tío Ramón iba también con las mellizas a remar en las barquitas de la plaza de España, la que adoquinó su padre para la Exposición del 29; nos lo contaba orgulloso, como Pura, su hermana, que siempre soltaba la misma retahíla: «Hijos, este suelo que pisáis lo puso el abuelo Amalio». A nosotros nos fascinaban aquellos relatos familiares ya que creíamos que el abuelo había muerto mil años atrás, si bien no hacía ni una década de su defunción. Imaginábamos al pobre abuelo con esparteñas y pantalón de dril amarradillo a la cintura con una tomiza, con un pañuelo a la cabeza de aquellos enormes de los mocos, con cuatro nudos en las esquinas y con un cincel en las manos colocando sus adoquines en perfecta alineación.

Concha no se acuerda del abuelo. Yo guardo algún recuerdo de él. Era un viejo generoso, alegre, delgado y no muy alto. Tenía ojos negros, triangulares, pequeños y muy vivos, y una gran nariz —Pura nos contaba que los Panero eran judíos reconvertidos por necesidad al cristianismo— que disimulaba con gafas de concha y con la mascota que no se quitaba nunca en la calle. Recuerdo algunos viajes a Sevilla, cuando vivíamos en Pilas. La vieja nos llevaba una vez al mes a visitar a su padre al morir la abuela Purificación y lo primero que hacíamos era acercarnos al Britz a darle un beso al abuelo. Él presumía de nietos ante sus amigos y nos llevaba a un bazar cercano donde elegíamos un regalito, lo que quisiésemos.

En tiempos del abuelo, su casa siempre permanecía en penumbras y tenía olor a cerrado y a comida. Los muebles eran muy oscuros, muy labrados, con caras de castellanos, con yelmos como los de los conquistadores. Y muchas garras en las patas de las sillas y en los brazos de los sillones del despacho; había allí una enorme y negra caja fuerte que llegaba casi al techo, donde imagino que el abuelo guardaba sus innumerables documentos de compraventa, de títulos y escrituras de sus bienes. Aquella caja de caudales terminó en el salón del primo Sebastián en El Al Mizar cuando murió el abuelo y nos fuimos a vivir a Sevilla, a su casa de Jesús del Gran Poder, que era larga y de estrecha fachada con un bonito patio con enorme claraboya por donde se iluminaba, mal que bien, casi todo su interior. En aquel patio de dos plantas mi madre colocó una red, como la de los circos, porque temía que uno de nosotros terminase su corta vida despachurrado en el suelo de mármol de la entrada. A escondidas de los mayores, Moncho, que era muy intrépido, se dedicaba a hacer de Pinito del Oro; se saltaba la baranda del patio y se metía en la malla para hacer tontunadas y para que Concha y yo le imitásemos. No sé cómo aguantó la red los saltos que pegábamos; era nuestra cama elástica, le quitaba encanto al patio, pero fue muy necesaria cuando fuimos pequeños. Nos salvó la vida.

Yo volvía todos los años a Pilas cuando a mediados de junio me daban las vacaciones. Me llevaba mi padre en coche, y esa era una de las pocas veces que viajaba en el asiento delantero. Pero el viaje no me gustaba, sentía una enorme vergüenza de hablar con él, que casi no me dirigía la palabra. Al conducir iba en completa concentración, nunca quiso poner una radio porque contaba que la música le distraía. Solía viajar con el chófer, por si se pinchaba una

rueda; entonces se sentaba en un risco y fumaba mientras veía a Manolo sacar el gato y cambiarla.

Además de chófer, Manolo era mecánico. Mantenía los coches brillantes, en perfectas condiciones. También cuidaba del funcionamiento de todos los aparatos de la casa, era electricista, fontanero… un verdadero manitas. Nos llamaba «gachupines», extraña palabra que nadie más parecía conocer. Ya de mayor supe que gachupín significa «hombre a caballo» y que era como nos denominaron los indios mexicanos cuando nos vieron aparecer en plan misioneros; bueno, esa era la versión que enseñaban en el colegio en aquellos años. Gachupín es ahora un término despectivo para el español establecido en México, lo mismo que «gallego» lo es en Argentina. Por lo visto, en la revolución mexicana del Zapata tenían un simpático pasatiempo: el tiro al gachupín.

Manolo nunca fue santo de la devoción de mi madre porque había sido rojo y seguía siendo contestatario, pero era atento y bueno con nosotros, especialmente con Concha y conmigo, las que nos mareábamos. Al emprender el largo viaje de todos los veranos, después de pasar medio mes de julio asfixiados en el cortijo, salía primero el precioso Simca Versailles con mi padre de conductor, mi madre de copiloto y Purita, Moncho y las mellizas detrás. A Juana y a Lito los llevaba Manolo en otra expedición con más equipaje. El coche de mi padre era parecido a los que ahora se ven en Cuba; cuando estuve allí en el noventa, me acordé muchísimo del Versailles y pensé que los cubanos habrían hecho maravillas con él de no ser porque estaba desguazado desde hacía mil años.

El coche lo compró Tóbalo cuando nací, en 1950. La Santa Madre Iglesia declaró el dogma de la asunción de la Santísima Virgen María al cielo y mi abuelo lo quiso celebrar haciendo a sus hijos un buen regalo. Ramón se fundió el

dinero en convites a sus amigos. El tío Felipe y la tía Inmaculada se apuntaron a un lujoso viaje a Roma para estar aquel famoso uno de noviembre en la plaza del Vaticano y recibir la bendición del Papa. Pura, que me estaba amamantando, declinó la idea y prefirió el obsequio, al igual que el tío Ramón, en *cash*. Habría cambiado de parecer si llega a imaginar lo que iba a pasar con su regalo.

Tóbalo le dio una sorpresa con el dinero del suegro. Compró a un importador amigo el último modelo de un automóvil francés de lujo y se lo puso en la puerta. El Versailles parecía un coche americano, con carrocería azul celeste, grandes alerones posteriores, tapicería de piel blanca y enorme frontal cromado, como una grandiosa boca de pez plateada. Pero fue una desilusión para mi madre: ella no quería un coche tan ostentoso. Con todo, Tóbalo consiguió de nuevo su capricho. Le encantaba llegar a Pilas y que todo el mundo le mirase mientras saludaba a diestra y siniestra como la reina de Inglaterra.

En aquellos viajes a la playa, Manolo salía un poco más tarde en el Austin negro y viejo del abuelo. El vehículo se había pasado un montón de años en el garaje de la casa de Sevilla sobre tacos de madera, porque decían que era la mejor forma de que no se estropease sin rodar. Tenía problemas de papeles, así que no lo utilizamos hasta que nos fuimos a vivir a Jesús del Gran Poder y mi padre se buscó a un amigo que le hizo el favor de facilitarle el permiso de circulación. Pues en aquel coche, parecido a los taxis londinenses, de techos altos, con banquetitas abatibles en la parte trasera, íbamos Concha y yo con el servicio: Antonia, Lela, la señorita de compañía y las dos doncellas. Concha iba encima de la tata, y yo encima de Antonia, sobre un montón de toallas. Éramos terribles cuando nos daba la vomitona, principalmente Concha, cuando decía: «Para, Manolo, estoy mareada, quiero devolver», y zas, soltaba un

chorro que llegaba hasta el cogote del pobre chófer. Por eso, muy escarmentado por nuestros vahídos, Manolo paraba en cuanto nos veía mala cara.

Aquellos sesenta kilómetros se nos hacían interminables. Cruzábamos los pueblos pisando huevos, a bocinazo limpio, apartando burros y carros, esquivando camiones, a velocidad de caracol. Y también nos deteníamos en las ventas. El chófer pedía un anís del Mono que nos tomábamos con la nariz tapada; decía que era buenísimo contra el mareo. ¡Y tanto! Nos dejaba listas, medio borrachas y dormidas. Era normal que por las numerosas paradas llegásemos a las tantas al puerto de Huelva.

Tengo incrustado en la nariz el olor del embarcadero de las canoas. Ya al llegar recibíamos un guantazo de calor húmedo, de hedor a pescado podrido y del olor acre del petróleo que ennegrecía el suelo. Una asquerosa rebujina que nos mareaba aún más. Mi padre le echaba a Manolo un buen rapapolvo, pero al ver las toallas manchadas y la pestucia de las vomitonas, comprendía lo afortunado que era, que llegaba al puerto elegante y fresco como una rosa, con su panamá y su traje de lino blanco impecable.

Antes del viaje a Punta Umbría y de los días de julio que pasábamos en El Al Mizar, me iba con mi padre a la casa vieja de Pilas. Tóbalo no quiso venderla, le tenía cariño, decía que la necesitaba porque en Pilas tenía sus negocios; en verdad la quería para dormir las siestas y pasar algunos días lejos del barullo de la familia. Allí lo cuidaba Cristobalina, llamada cariñosamente Nina, que se quedó en la casa del pueblo en el tiempo que nos fuimos a vivir a Sevilla. Ella la limpiaba y le hacía la comida a mi padre. No he vuelto a degustar un gazpacho tan rico como el suyo. Lo hacía en un dornajo majando, con enorme flema, dos dientes de ajo con sal gorda y un trocito de pimiento verde. Después ponía otro trozo pequeño de pepino, un buen chorreón de

aceite de oliva y unos tomates muy carnosos y maduros. Se pasaba media mañana con la maja de madera, dale que dale a aquel puré que no colaba. Le echaba unas gotas de vinagre, agua fresca del búcaro y ya estaba listo el gazpacho, que todas las hermanas recordamos con añoranza porque no hemos sabido copiarlo.

Nina era una mujer joven muy alta, grande, ancha, de voz dulce y carácter risueño. Me contaba que en los años del hambre, de adolescente, como era tan mujerona necesitaba comer mucho más de lo que permitían la miseria de su casa y las cartillas de racionamiento; decía que las pasó canutas, que se desmayaba de debilidad. Con la Nina yo era feliz, me sentía hija única. Me cocinaba mis platos preferidos, me dejaba ir a la cama a las tantas y llevar una vida sin el orden militar de mi casa de Sevilla. No me daba la lata, me dejaba hacer mi santa voluntad: coser durante horas en la Singer, bailar mis propias coreografías con la música de la Telefunken, llevar a mis amigas al patio a jugar a las casitas, cocinar en el fuego... También mi madrina Carmen me trataba con mucho cariño cuando iba a Pilas de vacaciones; la visitaba todas las tardes, a la caída del sol, y me dedicaba a observar las lagartijas que habitaban las macetas de su patio. Yo les refrescaba las paredes y las losas rojas del suelo con una regaderita de latón que la tía Carmen guardaba para mí.

En esos días recuperaba a mis amigas, Danila y Marianita. Con ellas pasaba las siestas jugando a los cromos o haciendo recortables, en silencio para no despertar a mi padre. Muchas veces íbamos al cine de invierno, que estaba muy fresquito en aquellas horas de bochorno. Si estaba la Piti, la limpiadora, solíamos tomarle el pelo asustándola o escondiéndonos de ella. Cuando nos cansábamos de jugar al corre que te pillo entre las filas de butacas, me sentaba al piano con mucha parsimonia, invitaba amablemente a mis

amigas a colocarse bajo el escenario y les daba un recital inventado. Les decía, tan novelera desde chica, que estaba aprendiendo a tocar el piano en Sevilla y que aquello era una serenata de Chopin… y las pobres se lo creían o hacían que se lo tragaban, ya que en las noches de los sábados y los miércoles, si la película no era de mayores con reparos, las colaba por la puerta de socorro que comunicaba los dos cines, el de invierno y el de verano, o por la puerta cerca de los servicios; pero esa era asquerosa, siempre olía a orines y a zotal.

Manolo era, además de chófer, el operador, el que proyectaba las películas. A mí me chiflaba subir a su cabina, un pequeño cuartillo repleto de extraños aparatos: la mesa rebobinadora, tableros con innumerables interruptores, el espejo reflector, los rollos de latas plateadas de las películas, bonitos carteles en las paredes… Pero lo más emocionante era estar cerca del enorme proyector Ossa, la máquina negra acharolada que arrojaba un humo azulado y una luz blanquísima al techo y que era, según decía Manolo, de temer. Me gustaba coleccionar los fotogramas de celuloide que Manolo desechaba al cortar y pegar las películas. Esos eran mis pequeños tesoros que después cambiaba por tebeos o por chicles *bazoocas*, que hacían globos descomunales y que por las noches dejábamos en un vaso con agua, como unas encías postizas sin dentadura, para seguir masticándolos al día siguiente.

La taquillera era la hija de Manolo, se llamaba Barbarita y era muy guapa, muy rubia. Barbarita me dejaba ayudarla en el cine de verano, que tenía dos ventanillas. Yo me sentía la mar de importante declamando el precio de la entrada, recogiendo las pesetas y dando la vuelta. Pero cuando la película era de Imperio Argentina, de Alfredo Mayo, de Antonio Molina o de la Sarita Montiel, Barbarita me quitaba de en medio porque llegaban las gentes en tropel y, según

ella, me tomaban el pelo. Los chuflas me pedían entradas para el gallinero haciendo gestos con los brazos y ruidos del cloqueo gallináceo y entonces intervenía Barbarita, cerraba mi ventanilla con determinación y malas pulgas, y mandaba a la porra a los graciosos. Ya con la película empezada, Barbarita cerraba las puertas de madera y recontaba la taquilla. Cruzaba el patio, entraba en el despacho de papá y dejaba el dinero en su mesa. Él ni lo contaba; yo lo veía meter la recaudación en una caja para llevarla al banco y cambiar la calderilla en billetes que, más tarde, entregaba a mi madre para el gasto diario de la casa.

CAPÍTULO XIV

De: Juana.
Para: Concha, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 11 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, quise mandaros un *e-mail* ayer, después de la visita a la tía Inmaculada, pero estaba tan jodida con los dolores de espalda que me metí en la cama y me quedé frita. Hoy estoy ya descansada y, aunque con el mismo coñazo de dolor, me dispongo a daros toda clase de detalles de la esperpéntica visita a la queridísima tía. Os adelanto que me hizo un estupendo regalo; algo bueno había de tener estar siempre en el brete familiar, que a mí siempre me tocan los marrones, Concha.

Así que llego a su casa de La Palmera y me abre una linda muchachita con cara de rusa o polaca. La pobre no sabe ni decir en español buenos días —¡de lo que se está librando con la vieja!—, casi no se hablan. Eso sí, estaba vestida como las doncellas en los años de preguerra, con uniforme negro de satén y delantal blanco… hasta con guantes y cofia almidonada. La rusita me conduce al maravilloso salón de más de cien metros cuadrados que mira al parque de María Luisa. Lo tiene igualito que cuando éramos pequeñas, con muebles antiguos pero de un gusto exquisito, cortinas de seda y alfombras en las que te hundes hasta el corvejón.

Pues allí estaba la momia; me recordó al Mier Darán, tan consumida. Ya no tiene arrugas porque es, en sí misma, una pasa con pelambreras de canas azules. Pero la muy puñetera conserva los mismos bellísimos ojos color lila, como los de la Liz Taylor. La querida tía me mira intensamente y, al cabo de un minuto, alarga una especie de garra de largas uñas rojas indicándome un sillón. Yo no hice por besarla porque sé lo mucho que le molesta todo contacto físico. En eso se parece a la vieja, que al intentar abrazarla o darle un beso me repelía diciéndome que le dolía el coco.

Como la grabé subrepticiamente, voy a transcribir lo más importante de la conversación, principalmente para ti, Amalia, para que lo pongas en el libro:

—¡Qué alegría, Juana! ¡Cuantísimo tiempo sin saber de ti!

—Eso mismo digo, tía. Sabía que estabas bien, me entero en el pueblo, me lo cuenta Gregorio el chófer.

—Sí, sí, Gregorio. Ya no trabaja conmigo porque hace cinco años que no salgo ni a la puerta de la calle, pero me visita cuando viene a Sevilla…

—Te veo fenomenal, estás igualita que al morir el tío. ¿No hace ya dieciocho años?

—Veo que tienes muy buena memoria, sí, murió en el enero de la Expo, ¡con la ilusión que tenía por verla!

—Tía, mira, vengo por un asunto importante que afecta a Purita. Se trata del primo Sebastián, que como bien sabes, se quedó de tutor de nuestra hermana; mi madre lo dispuso de esa manera en su testamento.

—Ya, sí, me acuerdo. Nunca lo comprendí, dejar al primo antes que a vosotras, las hermanas. ¿Es que estaba disgustada contigo? Siempre pensé que tú serías la tutora, por ser la mayor…

—Pues ya ves, tía. Dejó a ese mamarracho, a ese hijo puta que tiene a Purita en una situación lamentable, en manos de los Rendejos, unos caseros mierdosos.

—Vaya, Juana, sigues con tu buena lengua... desde pequeña decías palabrotas. En más de una ocasión nos pusiste en evidencia.

—Tía, tenemos que desenmascarar al primo y necesito saber sobre los asuntos de la familia. Indagar en lo que pasó en los años de la guerra, porque estamos seguras de que Sebastián conocía un secreto, se enteró de algo muy gordo con lo que chantajeaba a mi madre.

—Bueno, hija. Pregúntame lo que quieras, pero la verdad es que ya no tengo la buena memoria que tenía de joven, todo se pierde.

—Tía, ¿te acuerdas de un amigo del tío Ramón, de un piloto que se llamaba Gonzalo?

—Claro, cómo me voy a olvidar de semejante pájaro. ¡Valiente granuja era el amigo de mi cuñado! Por más que Ramón tampoco era un santo varón… Le dio muchos disgustos a su padre, y al tío Felipe, que en paz descansen.

—Pero ¿por qué Gonzalo era tan hijo puta? ¿Os hizo algo a vosotros?

—Y tanto, como a todos. Mira, Juana, y lo hago por la pobre de Purita. Que siempre fue muy cariñosa con nosotros, te voy a contar algo que no ha salido nunca de mi boca, pero como ya me queda poco de vida, la verdad es que…

—Gracias, tía. ¿Qué pasó?

—Verás, en los años previos a la guerra, tu tío Felipe estaba muy desquiciado. Tuvo miles de problemas con los obreros, con los sindicatos, con los comunistas y hasta con los falangistas. Felipe nunca simpatizó con ellos, odiaba la violencia. Él era de derechas, pero de una derecha civilizada, burguesa. Después vivió feliz con Franco, siempre decía que había puesto orden en el terrible caos que era España, de eso ahora no se habla…

—Pero, tía, ¿qué pasó con Gonzalo?

—A ello voy, espera. Mira, a Felipe le dio por jugar al póquer en casa de un marqués. Estaba muy nervioso, muy deprimido por lo que se avecinaba y se dedicó a jugar… Allí iba el coronel Moresco, el padre de Gonzalo, que era casi profesional. Un día tu tío perdió muchísimo dinero. El coronel le exigió el pago, pero él se hizo el longui, le dio largas diciéndole que estaba a punto de recuperar el dinero de una puja, que se lo daría enseguida… Pasaron unos meses y Felipe le pagó cien mil pesetas, casi la mitad, pero Moresco no tenía paciencia. Un día, en el Labradores, tu tío se encontró cara a cara con Gonzalo Moresco. Tuvieron una discusión sobre la deuda. Por lo visto, Gonzalo le dijo que la pistola que llevaba —y se la enseñó— le servía también para asuntos «personales», de este modo los llamó.

Felipe me pidió que le ayudara, que le dejase el dinero que le debía a Moresco, estaba muerto de miedo, y yo le di todos mis ahorros, lo que había heredado hacía unos años a la muerte de mi padre, la parte de la fábrica de azulejos de mi familia. Todo se lo di, para que volviera a dormir en paz.

—Vaya jugarreta, valiente personaje era el Gonzalo.

—Sí, Juana, era un buen charrán, además de una mala bestia; se dedicó a darle el paseíllo a un montón de gente. Podía habernos denunciado, tenía mucho poder.

—¿Y el tío hizo algo?

—No, no hablamos más del asunto. Al cabo de unos años nos recuperamos económicamente, ya no volvimos a tener problemas y a Felipe se le olvidó. Además, ¿no desapareció Gonzalo? ¿No se decía que se lo habían cargado?

—Sí, hasta su hermana lo cree así. Seguramente alguien lo liquidó como venganza.

—Se lo tenía bien merecido. Que me perdone Dios, pero no me da ninguna pena de él. Un asesino menos.

Y así terminó la conversación sobre el chulo del piloto. No sé, pero la tía no lo ha olvidado, le tiene muy mala leche.

Después me invitó a un escueto té, con dos galletas viudas. Pero, hermanas, a mí me hizo un regalo fantástico.

Se levantó con mucho misterio y al rato apareció con una preciosa cajita de la Joyería Reyes. Me la dio con mucha ceremonia, me confesó que yo era su sobrina preferida, que se acordaba de mí y de las veces que estuve viviendo en su casa, me enseñó fotos en las que se me ve con traje de flamenca de la mano de ellos dos en el Real de la Feria y en Punta, en la olita con el tío Felipe. Bueno, pues me ha regalado la pulsera de brillantes de la abuela Purificación, su regalo de pedida de hace ya miles de años. Es preciosa, la guardaré para Marínela, la novia de Kino, cuando se casen.

Allí la dejé al rato, sola. Su único sobrino, Miguel, vive ahora en Filadelfia y, según me contó, viene poco a España. Esto es todo. Amalia, piensa bien en esto que te he relatado, y tú, Lucía, se lo puedes enseñar a tu amigo el comisario.

Muchos besos a todas de Juana.

Hoy, poco antes de que llegara *Frau* Köhler, la posible dienta, aparecieron dos amigos de Rudolf, el primero Phil, un tipo altísimo un tanto grillado, con cara caballuna, pelo largo y aspecto de pintor renacentista. Pero no tiene nada de pintor, en realidad es una de esas personas que tienen el cocoroto a reventar de pájaros. A Phil se le ocurren toda clase de negocios, a cuál más ruinoso y estrafalario. Y, a pesar de sus fracasos, el pobre no desiste en vivir con modestia de sus múltiples elucubraciones empresariales. Es un hombre positivo, de esos que no se deprimen, como Rudolf. Hace unos meses emprendió el negocio de confección de mermeladas de Heidelbergen, o sea de arándanos, que es casi el nombre de esta ciudad. Como sabe que soy una experta en mermeladas y para que le diese mi opinión, me trajo un botecito con el logo que se había

inventado, eternamente fiel a su estilo, porque siempre pinta corazones en todo lo que hace, ya sea en tazas con el nombre de Heidelberg, en cajitas de bombones o en rollos de papel higiénico. El de la mermelada es un corazón morado con una cruz blanca en medio, del tipo de la bandera suiza, aunque después Phil le dio su personal impronta y le pintó filigranas que le brotan a la cruz como sarmientos de parras. Vamos, un horror. Con esos trapicheos creativos, el polifacético amigo de Rudolf va manteniéndose, que ya es una heroicidad en los tiempos que corren. Die Brücke, que hace cosas serias y no las pendejadas del Phil, no logra sacar cabeza. Quizá deberíamos nombrarlo consultor, a ver si nos aclara las ideas y le da un giro naif a la agencia.

El otro visitante a deshora fue Robert, el exnovio de Sonia, nuestra mejor creativa. El pobre se ha visto relegado no hace mucho de su corazón, pero Robert no le ha cogido tirria. Yo creo que está esperando otra oportunidad para retomar el idilio que disfrutaban, está coladito por ella. Es un chico enorme, tiene cara de ángel de los que pintaba Murillo y una perenne sonrisa. Es profesor en un instituto, que aquí llaman *Gymnasium*, nombre que a mí me lleva siempre al error. Debe ser que en el *Gymnasium* los chicos alemanes hacen gimnasia mental, no como los nuestros, que ni siquiera hacen gimnasia, ni saltan a pídola… bueno, sí, para pasarse por el forro las reglas académicas en plan olímpico, y así nos va.

Después me enteré del motivo de tan extrañas visitas: a dos de nuestros becarios les ha finalizado el contrato, y uno de los ejecutivos estaba de vacaciones. Rudolf había pedido ayuda y los dos amigos llegaron para hacer el paripé de que trabajaban en la agencia. Se sentaron delante de los ordenadores como si estuvieran enfrascados en un proyecto. Antes, Rudolf se había pasado la mañana limpiando con una

bayeta la mesa, los marcos de las puertas, había puesto orden en su despacho, regado los dos escuálidos ficus benjamina y quitado el polvo de las rojas lámparas Campari del salón de clientes; había preparado el café y a mí me puso a decorar la mesa con vistosas servilletas, tacitas de porcelana, con el bizcocho de zanahorias que nos sobró ayer y la deliciosa tarta de chocolate rellena de mermelada y fresas, revestida de nata y de grandes rosetones, y en el centro un enorme fresón de los de Lepe, cortado con arte en finísimas lonchitas, como si fuera un abanico.

Pues llegó la *Frau* Köhler y, por lo visto, le gustó nuestra pequeñísima agencia, del tamaño del *hall* de otras. Cuando cerraron la puerta del salón, los dos amigos salieron raudos y veloces a sus trabajos; si *Frau* Köhler llega a ir al baño se hubiera llevado un gran chasco, se hubiera dado cuenta del percal, de la situación catastrófica de Die Brücke. Menos mal que Rudolf, que más que alemán parece napolitano, es hombre de recursos y con sus ardides salimos de atolladeros como este. Pero, sin duda, el mayor enredo lo he dejado en España con lo del muerto.

Gracias al dios Thor que Juana no ha perdido comba. Acabo de recibir un correo en el que me cuenta sus impresiones. Ha sopesado los riesgos de seguir en la aventura y ha claudicado, como lo he hecho yo. Comenta que le ha dicho a Lucía que le entre a su amigo, el comisario, que si es buena gente y tiene buen carácter podríamos hablar con él y pedirle opinión; que nos aconseje lo que debemos hacer de ahora en adelante. Lucía dice que le va a invitar a una copa en su casa para hablar del tema, que ella ya puede moverse un poco con la ayuda de un andador, y que ya nos relatará lo que hable con su amigo el policía.

Juana, de nuevo diligente y tal como nos cuenta en su *e-mail*, se fue a visitar a la tía Inmaculada porque Concha se negó a ir a Sevilla a ver a la vejestoria, no la puede soportar.

Por lo visto, aunque hacía un montón de tiempo que no sabía nada de ella, la tía no se cabreó; le tenía dicho que fuese en el momento que pudiera, que ella no se movía de la casa, que no sale a la calle desde que hace cinco años se cayó y casi se rompe la crisma. De todas formas yo no esperaba que la tía nos proporcionara ninguna pista decisiva, como así ocurrió; ha vivido siempre en la cresta de la ola, sin profundizar en nada, sin molestarse por la gente, solo pensando en su cutis y en su belleza, y bien que era guapa la puñetera. Claro que para conseguir no tener arrugas con sesenta años, la tía no sonreía nunca; se ha perdido muchas risas, como las que me echo con mi hermana al contarme sus locuras. Y para qué, me digo, inevitablemente ahora está apergamina y sin jocosas remembranzas.

Recuerdo cuando éramos pequeños y nos visitaba en el chalet de Punta: amanecía embadurnada con un kilo de cremas, se sentaba en uno de los sillones de la terraza y esperaba que le pusieran por delante la bandeja del desayuno. Antonia la tenía enfilada, no la podía ver ni en pintura. Pero nosotros, los niños, insistíamos en ser cariñosos con ella; cuando nos acercábamos a darle el beso de la mañana, Inmaculada nos cogía por los hombros y estiraba sus bellos y torneados brazos dándonos dos besitos al aire, y diciendo con voz melindrosa: «¡Oh, cuidado, bonita! Te voy a manchar la cara». Era bien jodida la tía.

El tío Felipe era mucho más cariñoso, sobre todo en aquellos días de Punta. Recuerdo que nos compraba lindos globos de papel, que soltaba por la noche encendiendo un recipiente —sería de alcohol— que tenían dentro. El fuego y el aire, al caldearse, hacían que salieran volando como maravillosas linternas. También nos gastaba bromas a la hora del almuerzo; tomaba comida de cada plato, como si fuera un ogro, haciendo ruidos extraños que nos hacían

muchísima gracia. Nos reíamos un montón con el tío Felipe; yo creo que todas aquellas payasadas fastidiaban a la tía, que se ponía verde de celos, según contaba Antonia en la cocina.

Pero la verdad —y más aún tras la visita de Juana— es que no veo el posible móvil que pudieron tener para cargarse a Gonzalo. No parece que el jaleo de la deuda con el coronel Moresco fuera motivo suficiente para liarse a tiros. Eso sí, recuerdo que el tío Felipe era un forofo del juego, que se pirraba por el póquer. Tenía una famosa timba en el Carambolo, en la Real Sociedad de Tiro de Pichón. La tía lo recordó perfectamente, conserva buena la cabeza, a pesar de que no la hizo trabajar mucho; solamente leía el Semana y el Hola. Al final incluso fue generosa con Juana, que se merece la pulsera y hasta su lindo collar de perlas grises nada más que por la tarde que pasó con ella.

Asun nos escribe desde la casa de Lucía cuando va a descansar. Menos mal que ha encontrado la distracción de los videos, al final nos va a salir tan cinéfila como nuestro padre. Concha también me ha mandado un *e-mail*. Dice que ha quedado con Lito en Marbella el próximo sábado, que seguro que le saca a nuestro hermano todo lo que sepa del primo Sebastián. ¡Qué ganas tengo de tener un as en la manga para poder machacarlo, como hizo él con la vieja!

Juana y Lito, «los mayores», tenían un estatus especial. Fueron los primeros en comer en la mesa grande con nuestros padres. Yo lo hice cuando aprobé el ingreso del bachillerato, con diez años. Pero no todo fueron ventajas para ellos. Como vivimos durante quince años en Pilas, Juana y Lito sufrieron desde muy pequeños el internado. Juana ingresó en Castilleja al morir la abuela Purificación. Vivió con ellos para educarse en un colegio de monjas ya

que la niña empezó a ser rebelde a muy tierna edad. Claro que con los abuelos empeoró, hacía su santísima voluntad; la malcriaron a conciencia. También fue mimada por Inmaculada y Felipe, que se habían casado unos años antes que mis padres y no tenían hijos. Pero aún no habían perdido las esperanzas. Juana disfrutó de sus atenciones; entonces Inmaculada no tenía mala sangre contra los hijos de Pura, eso vino más tarde. Mucha culpa la tuvo su destino de madre yerma, el sentirse minusvalorada por el abuelo Amalio, por su propio marido, el tío Felipe, ansioso por tener descendencia, y por Pura, su cuñada, que le daba un hijo al patriarca cada año.

Mis tíos se llevaban a mi hermana a su casa en vacaciones, y a veces de viaje. Juana fue la del Río más cosmopolita porque a corta edad había estado en Córdoba, en Granada y en Cádiz. Además fue la que tuvo más lujos, como juguetes y buena ropa. Tiene una fotografía en la que se la ve con cara de mala leche de la manita de los tíos en el Real de la Feria de Sevilla, con un precioso traje de flamenca blanco lleno de encajes y lacitos de colores. Como era rubita, muy lista y aprendió a leer con tres años, la nombraban reina de todas las fiestas de Pilas y salía de Virgen María en los belenes. Con cuatro años se aprendió de memoria una larguísima poesía de Rubén Darío que declamó, ataviada con un traje celeste, largo y con lazos, en una función de teatro de las Medinas en nuestro cine Murillo. Por lo visto fue un completo éxito, Juana no cabía en sí. Desgraciadamente le llegó la mala suerte a la muerte de Purificación, la abuela, cuando tuvo que ingresar en el tenebroso castillo de las Irlandesas. Allí la visitaba el abuelo Amalio siempre que volvía a Sevilla del El Al Mizar, porque Castillejas de la Cuesta le cogía de camino. El abuelo, en primavera, aparecía en el colegio con un enorme cesto rebosante de ramitos de violetas, la flor preferida de la madre superiora.

En Castillejas mi hermana se relacionó con todas las desterradas ricas de Andalucía de su misma edad. Tiene amigas en las ocho provincias y, curiosamente, todas divorciadas como ella. Menos una. Es una estadística que dice mucho de las costumbres machistas que nos tocó vivir a las dos mayores. Por desgracia Juana no cursó el bachillerato, ya que no se estilaba en aquellos colegios de alta alcurnia; todavía seguían el plan de estudios de la época de mi madre. A pesar de su preclara inteligencia, salió del internado con quince años y un escaso bagaje cultural; ni siquiera hablaba bien el inglés, y se suponía que tendría que ser bilingüe. Juana intentó ponerle solución y, ya la familia en Sevilla, comenzó a estudiar en el British Institute. Llegó a obtener el Proficiency, el más alto diploma, pero nunca dominó el idioma del todo; como las demás, que lo chapurreamos, tiene un acento andaluz terrible. De todas formas, le sirvió como adorno y filigrana de su objetivo vital: casarse con un buen partido. También se preparó para ser una perfecta ama de casa recibiendo clases de economía doméstica, de corte y confección, de puericultura y de manualidades. Se hacía estilosos trajes y elegantes bolsos de piel, y nos llenó la casa de muñecos de fieltro; incluso aprendió a realizar iconos con esmaltes y pan de oro y a pintar bonitas flores para decorar su futuro hogar. Pero Juana, ya antes de salir del colegio, les dio un severo disgusto a mis padres.

Se enamoró locamente del hijo de Nicanor el guarda, un joven apuesto como su padre y de mirada socarrona. Paquito era tractorista y un real buen mozo, grande, espigado, de varoniles andares. Y Juana, que era alta y muy guapa, cayó rendida a sus pies, sin importarle un bledo su insalvable estatus de proletario. Se veían en la dehesa en secreto, hasta que un día que el tío Felipe iba de caza, se los encontró abrazados en la cueva del Chorrito. Fue mala

suerte; aquel día Juana se llevó al viejo Remache, nuestro burro, y lo amarró en un eucaliptus a la orilla del Corumbel. Felipe vio al borrico, se extrañó de su presencia tan lejos de la casa e investigó en la cueva. ¡Pobres enamorados! Fue la última vez que Juana puso los pies en El Al Mizar hasta que se casó con Joaquín.

Mi otro hermano mayor, Lito, sí iba al cortijo de adolescente. Le gustaba ir de caza con el tío Felipe, con Sebastián y con los hijos del guarda; era un magnífico cazador, nos abastecía de conejos, perdices, estorninos, codornices y de liebres; hasta de jabalí. Lo que cazaban era la carne que comíamos en las vacaciones. El menú era bien parco, sin electricidad y sin frigorífico no había mucha comida fresca en la despensa. Pura no era muy vegetariana, nunca le interesó tener una huerta. Decía que costaba más caro producir nuestras propias verduras que comprarlas en el pueblo. Teníamos al Mora, que nos hacía de recadero y traía a diario, en el serón de su mulo, las vituallas que Antonia necesitaba, y en verano una gran barra de hielo en un saco con serrín. Con un punzón la troceaba para meterla en el depósito de una nevera de roble en la que se guardaban la carne, la mantequilla y alguna que otra comida delicada. Nunca comíamos pescado, el que vendían en Paterna era de muy mala calidad. El único pescado que Antonia nos preparaba en el cortijo era la sardina arenque que, a la parrilla, acompañaba a riquísimos tostones de pan rústico, chorreados de aceite.

Lito era, aparte de excelente cazador, buen pintor y ceramista. Se preparó un cuartillo cerca de la barbacana en el que instaló su estudio y un horno de alfarero. Allí se pasaba las santas horas encerrado. No consentía que apareciéramos los pequeños porque le dábamos la lata y lo descentrábamos de su trabajo. Mi padre quiso ponerle un profesor de dibujo, pero se negó; no quería que nadie

interfiriese en sus labores artísticas. Y la verdad es que fue una pena que no estudiara Bellas Artes, siempre reacio a que lo tutelaran, a aceptar unas normas, a seguir un método de estudio y de trabajo. Era, por el contrario, autodidacta, ni siquiera tenía buenos libros de pintura. Ahora sigue pintando y vende muy bien sus cuadros en la tienda de antigüedades que montó con su marido; dice que viven más de su arte que de las antiguallas de su mercadeo.

Por lo visto ya no está en boga decorar con cosas viejas, ahora todo el mundo amuebla sus casas al uso nórdico, a la moda de Ikea. Por una parte, Lito está contento con ese cambio estético del gusto de los andaluces, eso dice. El odia el estilo de los catetos que alicatan con azulejos de baños las fachadas de sus casas, y hasta los salones; no soporta a los que ponen macetitas de flores de plástico y altarcitos con farolas encima de los sofás, tapetes de *crochet* en lo alto de los televisores con marcos repujados de bebés en pelotas, y esos horribles cuadros de ciervos atacados por feroces lobos en medio de la tundra siberiana.

Lito es también un guasón de cuidado. Sus fiestas son excesivas, barrocas, llenas de sorpresas. Tiene una preciosa casa a las afueras de Ronda, con vistas a la ciudad, al Mercadillo, su espectacular puente; por ella han pasado toda clase de famosos, básicamente *gays*. Pero, en su juventud, mi hermano no llevó una vida de rosas. En España, hasta hace bien poco, los homosexuales no han estado bien vistos. Durante el franquismo, la policía y la prensa los llamaba despectivamente «violetas» y fueron duramente perseguidos. En 1954, con la Ley de vagos y maleantes, los homosexuales eran condenados a penas de hasta tres años que cumplían en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía, en Fuenteventura. Allí eran tratados como los prisioneros de los campos de concentración nazis. El diabólico penal se cerró a mediados de los sesenta cuando dicha ley se

sustituyó por la Ley de Peligrosidad Social. Entonces se crearon galerías de «invertidos» en todas las cárceles grandes, sobre todo en la de Badajoz y en la de Huelva. Unas cinco mil personas fueron detenidas; cumplieron condenas hasta 1979, ya en plena transición democrática. Lito se libró de caer en redadas, como muchos homosexuales de familias ricas. Los que sufrieron más esa terrible represión fueron los pobres: obreros, camareros, empleados…

La persona que mejor lo comprendió —mejor que mi madre— fue Ramón. Mi hermano estuvo protegido por el tío hasta su mayoría de edad; con él pasaba las vacaciones en Mérida desde que cumplió trece años. Lito fue poco a la playa porque se sentía señalado por unos vecinos ultraconservadores, sobre todo por la matriarca, Doña Ignacia Lepeda, una vieja terrible vestida con draculino hábito morado que iba a la playa arrastrando una silla de enea, y que tenía a su extensa familia amedrentada con sus paranoias religiosas. Con el tío Ramón Lito se sentía libre, aceptado y querido; por eso lo cuidó, muerta Pura, en su casa de Ronda.

De: Concha.

Para: Juana, Amalia, Asun y Lucía.

Fecha: 13 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, me encontré con Lito en Marbella y estuvimos los dos solos, como él quería. En el jardín de Los Monteros nos pasamos la tarde hablando del dichoso tema del cadáver del Barranco y de la antigua historia que nuestro hermano ha mantenido en secreto hasta que Sebastián le ha tocado las narices después del desprecio

que le ha hecho a Purita con lo más sagrado para ella: los Reyes Magos.

Después de tomarnos varias copas, un tanto piripis, me contó que tenía diecisiete años cuando aquello pasó. Dice que, ya con más plumas que el ave Fénix, un día que iba de caza con Sebastián, mientras descansaban bajo la sombra de un eucaliptus, Sebastián le cogió la mano y se la besó. Cuenta que se quedó pasmado, no imaginaba que el primo cojeara de su mismo pie, y que le dio un asco terrible porque Sebastián insistió medio llorando, babeando de deseo, estrujándolo en sus brazos… Dice nuestro hermano que se puso malo de rabia y que casi lo deja allí frito de un tiro como a una codorniz. Entonces estaba ya con Curro, su gran amor.

Desde entonces ha rehuido a Sebastián. Me dijo que nunca volvieron a hablar de aquel día, que el primo hizo como si no hubiera pasado nada, como si tal cosa. Pero nuestro hermano no volvió ya nunca más a cazar con él, siempre se iba con el tío Felipe y con Paquito.

Lito odia a Sebastián por lo que le hizo y, fundamentalmente, por Purita. Dice que contemos con él para lo que decidamos, que con mucho gusto irá a enfrentarse con el jodido tutor, pero que necesitamos más pruebas del chantaje que le hacía a la vieja, que diciendo que es un maricón reprimido no es suficiente, que sería su palabra contra la del primo y que en Paterna todo el mundo creería a Sebastián.

Bueno, chicas, tenemos que darle al magín y pensar cómo quitarnos de encima al muerto y al simpático del primo. Juana, ¿fuiste al pueblo para hablar con Loli y para buscar la pistola? Estaría gracioso que la tuviera él y además, engrasada. Este vodevil pasaría de castaño oscuro.

Os dejo, he de arreglarme para ir al cumpleaños de mi jefe, que celebra por todo lo alto en El Casino, la mejor

coctelería de Málaga. Ya os contaré. Muchos besos de vuestra hermana Concha.

He recibido un *e-mail* del hermano que tenemos más olvidado. Vive Moncho su esotérica vida entre piensos de gorrinos y caballeros templarios, con visitas a casas de oración de la Obra. Una buena rebujina mental que lo tiene al borde de la neura. Hasta a Mary Luz, su paciente y pacífica esposa, la tiene aburrida con sus dislates.

Moncho es muy diferente de Lito, ni en el físico se parecen. Lito es grandote como un oso, y Moncho ligero como una bailarina. No estudió cuando debía y ahora se está especializando en el tema de la Orden del Temple. Se ha leído toda la bibliografía que existe sobre tan edificantes caballeros; bueno, edificar edificaban, tenían sus propios arquitectos. Al parecer, el mismo castillo de Heidelberg, o parte de él, pudo haber sido construido por templarios. Lo afirman los compañeros teutones de Moncho porque han descubierto cinco rosas sobre la puerta principal; los estudiosos del Temple, como mi hermano, llegan a la conclusión de que los sacerdotes que levantaron el castillo eran de la Orden Rosa Cruz, ¡bonito nombre!

Al enterarse de este dato histórico se ha vuelto loco de alegría, y me ha insistido en que siga indagando y lo ponga cuanto antes en contacto con templarios alemanes. Mi vecino, el cirujano, me ha contado que conoce a un profesor de la universidad que es ducho en estos temas y me ha dado su teléfono. Tendré que invitarlo a una de nuestras comidas de la agencia.

Sobre el tema que nos tiene sin dormir a todas, a partir del *e-mail* de Concha en que narra la pasión de Sebastián por Lito he recibido un aluvión de correos a cuál más interesante. Asun dice que no debemos utilizar aquel tropiezo del primo para ponerlo verde en Paterna, que

deberíamos hablar con él y llegar a una solución pacífica sin hacer público lo de Lito.

«Pero, bueno —brama Concha—, ¿es que aún no te has enterado de que llevamos un montón de años parlamentando con él y no hemos sacado nada en claro? ¿Que Amalia le ha puesto cinco denuncias que le han servido para limpiarse el culo? ¿Tenemos que esperar a que le dé un zurriagazo al corazón para poder tutelar a Purita? Asun, a veces pienso que estás en Babia y no en Kabul».

Juana comenta que acaba de volver del pueblo y que su pesquisa ha sido un fracaso. Ni siquiera pudo hablar con Purita, que tendría descargado el teléfono o cogía caracoles y se lo olvidó. Sí que estuvo con Loli, le dijo en secreto que el cuerpo del barranco es de Gonzalo, el piloto amigo del tío Ramón. Dice que Loli sabía que había desaparecido, por lo visto su madre le ha contado historias de los años de la guerra cuando Pura montó la escuela. Loli le comentó que «Gonzalo estaba enamorado de doña Pura hasta las trancas» y que al no poder conseguirla empezó a atosigar a Lola; le contaba sus problemas, como si la pobre pudiera ayudarlo. Cuenta que su madre lo odiaba porque era irascible y arrogante, siempre enseñando la pistola, que no se la quitaba ni para cagar.

Dice Loli que Gonzalo conocía bien las actividades anarquistas de Santiago el Negro, lo tenía atemorizado, pero que no le hizo nada; ni el abuelo ni Ramón se lo hubieran permitido. El tío quería mucho a Santiago, le conocía de años atrás, de antes de que Amalio comprara El Al Mizar, cuando la Negra amamantó a nuestra madre. Más tarde la familia bajó de la sierra y se estableció en la casa del Baldío, aislada, a kilómetros de cualquier atisbo de vida humana. Loli recuerda con terror los aullidos de los lobos, y alguna vez se encontró cara a cara con un jabalí. Odiaba vivir en aquel sitio, así que se volvió loca de alegría cuando su

madre decidió llevar a toda la familia a Paterna, a la casa que le regaló el abuelo al casarse.

Lucía ha estado con el comisario Evaristo Trevélez. Lo describe como un hombre joven, inteligente y muy sagaz. Vamos, el perfecto policía. Estuvieron toda la tarde hablando del caso, tuvo que ponerlo en antecedentes desde el principio, cuando Purita encontró la medalla. Le dio a leer un resumen que había hecho de los correos que nos hemos mandado, principalmente del que enviamos a Concha y a Asun cuando nos reunimos las tres hermanas en Madrid. «Es una cosa muy seria llevar este caso de manera particular, en plan familia, pues hay otra gente implicada» opinó el comisario. Y dijo que tiene que estudiar el asunto y que en cuanto pueda se pone de nuevo en contacto con Lucía y le da su parecer. Vale, ya me he quedado mucho más tranquila sabiendo que Evaristo nos va a ayudar. Nos hacía falta la opinión de un profesional.

Lito nos ha mandado un correo, cosa rara en él, que es reacio a utilizar el ordenador. Dice que tras hablar con Concha ha decidido visitar a Sebastián, que sería bueno que fuera con Juana, a la que el primo respeta más de entre todas nosotras. Le he contestado que estupendo, pero que antes debemos encontrar alguna prueba que lo achante. ¡Dios, cuándo vamos a terminar, tengo unas ganas tremendas de pensar solo en mis comidas de Die Brücke y en mis cosas de antes de que empezara este follón!

Mi padre enfermó de cáncer cuando yo tenía diez años. Tuvo suerte después de todo, porque se lo descubrieron a tiempo. Estábamos en Punta Umbría, pilló un terrible resfriado, le dolía el pecho de tanto toser y se acercó a la consulta de nuestro médico de cabecera en Sevilla. Después de verlo por rayos x, el galeno le dio la mala noticia: se veía una pequeña

mancha en el pulmón derecho, algo preocupante. Mi padre se vino abajo, y aquella misma tarde quiso hacerse la biopsia que el médico había recomendado.

Fue dolorosa, un anticipo de lo que le esperaba en su lucha contra el cáncer. Tenía un tumor en un estadio muy incipiente. Había que operarlo, extirparle el pulmón dañado, entonces no había tratamientos no invasivos como los actuales. Mi padre insistía, como un niño chico, en que él no pasaba por el quirófano. Le daba horror todo lo que implicara sangre, se mareaba si nos heríamos y salía huyendo cuando mi madre se ponía de parto. En el nacimiento de las mellizas un año antes, mi madre ni se molestó en avisarle. Recuerdo que preparó su maleta, le dijo a Antonia que le buscase un taxi y se fue a parir a la Clínica de Lourdes con su querida Alicia, su matrona. A mi padre le avisó cuando ya estaban en el mundo las dos niñas, bien limpitas y refajadas.

Al conocerse el grave diagnóstico, se convocó una reunión familiar. Buscaron el consejo médico de los mejores catedráticos andaluces y se decidió contactar con Jacques Besson, famosísimo cirujano de Montpellier, el mejor oncólogo europeo junto con otro sueco que no pudo operar a mi padre por motivos de trabajo. Tóbalo se empecinó en su tajante deseo de no moverse de Sevilla, quería que lo operaran allí. Al de Montpellier le gustó la idea de viajar a esa ciudad tan bella que no conocía, y llegaron a un acuerdo económico que a mis padres les pareció más módico que si lo hubiera operado el catedrático sevillano. Al mes, este ofició de ayudante del francés en la operación y cobró casi lo mismo.

Jacques Besson era simpatiquísimo y se hizo amigo de la familia. Accedió a grabar la operación de Tóbalo para la Facultad de Medicina, todo un hito en la universidad sevillana. El anfiteatro del quirófano se llenó de médicos y

estudiantes que fueron a admirar al cirujano francés. A mi padre le extirparon totalmente el pulmón derecho. Lo peor de todo fue el posoperatorio; entonces no había UVI, lo instalaron en una habitación donde lo visitamos libremente desde que salió de la mesa de operaciones. Yo me impresioné al verlo rodeado de máquinas, con mascarilla de oxígeno, asaeteado de agujas y tubos. Él se impresionó mucho más, ya que al despertar de la anestesia y verse en tal situación, se desesperó; y no se le ocurrió nada mejor que tirarse al suelo, como protesta. Mi madre, en ese momento sola con él, consiguió a duras penas subirlo de nuevo a la cama. Creo que le dio un ultimátum: «O te comportas o me largo y aquí te quedas, que te cuide tu abuela».

Mi padre se recuperó de la operación y del cáncer y Pura, al fin y para alegría de los pequeños, volvió a los colores después de años de promesa vestida con trajes negros y blancos. Así que a los cinco años dimos una gran fiesta porque había pasado ya el peligro de que reapareciera el tumor, como nos había advertido el cirujano. Seguimos en contacto con él para revisiones durante ese tiempo. Mi madre lo invitó a una *suite* del Hotel Alfonso XIII cuando vino a la intervención, y lo volvió a invitar al regresar al cabo de un tiempo para impartir una lección magistral en la Facultad de Medicina.

Sin embargo, a pesar de que había vencido al cáncer, mi padre fue perdiendo la salud, tenía taquicardias y dolores en el pecho. No se cuidaba, no consintió seguir el régimen de comidas sin sal y sin grasas, y siguió fumando como un carretero. Al poco de la fiesta, le dio un infarto que lo postró en un sillón durante semanas y ya no se recuperó. El siguiente infarto le dio en El Al Mizar, y fue Pura, al ver que mi padre se moría, quien despertó a sus hijos. Le pidió a Lito que le inyectara la droga que había prescrito Besson.

Mi hermano, que había hecho un curso sanitario cuando estuvo en la mili, se la administró después de unos minutos angustiosos hasta encontrar la vena. Pero no sirvió de nada. Tóbalo murió sabiendo que se iba, que la vida no le daría otra oportunidad. Sus últimas palabras fueron para nosotros: «Mis hijos, mis hijos…».

Yo no lo recuerdo, pero dice Moncho que Lito salió corriendo hacia la terraza como un loco, dando unos aullidos que helaban la sangre. Lito quería muchísimo a nuestro padre, a pesar de los enfrentamientos que tuvieron al hacerse pública su homosexualidad. Ese día también vieron sollozar a Pura, y al día siguiente, en el entierro, cuando se abrazó a las mellizas que lloraban como magdalenas.

Pura organizó el traslado del cuerpo de mi padre a Pilas. Él le había aleccionado días antes en el caso de que muriera en el cortijo, para evitar problemas burocráticos por estar El Al Mizar en otra provincia. Y de esa manera se hizo. De madrugada se formó el macabro cortejo con Manolo de chófer, mi madre en el asiento delantero y detrás mi padre vestido y con mascota, sentado como si estuviera vivo, con los pobres Moncho y Lito sujetándolo. Allí, en su querido pueblo, se le hizo un funeral al que acudió muchísima gente. Fue la última vez que Pura pisó Pilas, nunca quiso saber más de aquella casa. Una vez enterrado su marido volvió a Sevilla con un luto de dos años y la idea de vender el cine y el caserón de nuestro padre cuanto antes. Se había quedado viuda con solo 45 años.

CAPÍTULO XV

De: Concha.
Para: Amalia.
Fecha: 15 de marzo de 2010.

Amalia, ¿dónde coño te metes? Llevo toda la mañana intentando hablar contigo y no me coges el móvil. Te llamo a la agencia y me salen esos lechuguinos hablándome en alemán, ¡y no me entienden! Necesito urgentemente hablar contigo, estoy fatal, no paro de llorar, no sé qué hacer. Tú siempre me das buenos consejos, te necesito hermana, ¡llámame!

Ha pasado algo terrible, ¡han acuchillado a Paco! El pobre está muy mal, dice que no quiere dejarme, que vaya sorpresas da la vida… Ha sido una chica de Paterna, de su pandilla de la cetrería; ya me había hablado de ella: joven, guapa, pelirroja, con una finca el doble de grande que la nuestra, es rejoneadora… La muy canalla. Eso no se le hace a nadie, casi romperle el corazón… ¿Qué va a ser de mí, de mi familia, de mis hijos? Con lo bueno que es Paco, dejarnos…

Llámame en cuanto puedas, te necesito, hermana, estoy en un pozo, ni Alejandro puede ayudarme… Besos de Concha.

¡Dios, qué susto me metió Concha con su correo! Se lo reenvié a todas y me busqué un billete de avión para salir inmediatamente para Málaga. La llamé y no hubo forma de que me cogiera el móvil, ni el fijo, ni me devolvió el *e-mail* que le envié en respuesta al que leí a las dos de la tarde, al volver con Rudolf de una feria en Frankfurt. Hice la maleta y me fui al autobús que sale cada hora de Heidelberg al aeropuerto, rezando para que hubiera plaza, ya que la alternativa era ir en tren y hacer varios transbordos, pues Rudolf tenía una cita importante y no me podía llevar. Así que seguí llamando a Concha y me fue imposible contactar con ella hasta que llegué a Madrid a las diez de la noche. Por fin pude conectar mi móvil cuando aterrizamos y, al marcar su número, me sale la muy jodida con un hilo de voz, como de muerta viviente, y va y me dice:

—¡Ah! Amalia, qué alegría oírte, qué bien se te escucha, parece que estás aquí mismo.

—Y tanto, hermana, ya he llegado a Madrid, dentro de una hora enlazo con un avión a Málaga, supongo que apareceré por allí cerca de la una, te llamaré. ¿Cómo está Paco?, ¿cómo te encuentras?

—¿Que cómo está? Tan feliz de la vida, el muy gilón.

—¿Cómo? Eres la monda, hermana. ¿Cómo puedes hablar de esa manera de él? ¿Está muy grave?

—¿Que si está grave? Fatal, le falta un tornillo, está majara, totalmente gilipollas.

—Pero, Concha, ¿no lo había acuchillado una tía?

—Ya… ya estoy viendo que ha habido un error. ¡Oh, Amalia!, ¿te has venido porque a Paco lo han acuchillado?

—Bueno, déjate de coñas, Concha, que ya eres mayorcita. ¿Por qué puñetas crees que he vuelto, que estoy a las once de la noche en Barajas, a la semana de regresar a Heidelberg?

—Lo siento mucho, de verdad, Amalia. Ha sido un gran… ¿No entendiste lo que te quise decir con «acuchillado»?

—Pues lo que se entiende, que una tía le había metido un cuchillo a Paco cerca del corazón, o donde carajo fuese…

—Bueno, si no fuera porque estás en Madrid me partiría de la risa, hermana. «Acuchillar» es lo que hacen los halcones cuando atacan a una paloma y la dejan frita. Era una metáfora… A Paco lo ha seducido una rejoneadora.

—… Concha… me cagaría en tus muertos si no fueran los mismos que los míos.

La muy jodida había estado toda la tarde en casa de Alejandro, durmiendo profundamente después de atiborrarse de Dormidinas. Concha no sabe lo que tiene con Alejandro. Siempre ha estado a su lado, incondicional, sin pedirle nada a cambio de su amor y su protección. En el tiempo que su hijo Cristóbal estuvo tan enfermo con leucemia, Alejandro le pagó los gastos del Anderson Cáncer Center de Huston, sin ni siquiera conocer a mi sobrino porque no quiso nunca interferir en su matrimonio. Alejandro ha tenido siempre nuestra amistad y nuestro respeto. Esto que pienso sobre el juez se lo dije a Concha y seguimos hablando, aunque ganas tenía de colgarle y mandarla a la mierda. Como si los ochocientos euros que me costaron los billetes me llovieran del cielo, con lo mal que estamos.

Decidí no ir a Málaga y perder el viaje; Alejandro sabría consolarla, así que me fui en el metro a casa de Lucía. Ella ya había hablado con Concha y estaba la mar de tranquila, dice que no cree que Paco deje a nuestra hermana, que será una aventurilla sin importancia. Desde el piso de Lucía llamé a Rudolf, que no salía de su asombro del alboroto que había organizado la loca de Concha con su poética metáfora; opina que no le extraña que Paco la haya mandado al carajo… Exactamente pronunció «carajo», se le dan muy bien las

palabrotas españolas. Al colgar me fui enseguida a la cama, estaba molida por los nervios de la falsa agonía de mi cuñado, del buenazo de Paco, que no sé cómo no ha dejado a mi hermana hace mucho tiempo, después de todo lo que le ha hecho pasar. Concha, en el fondo, se lo tiene merecido. Pero está mal, me da miedo que se deprima como me pasó a mí cuando me separé. Veremos cómo se lo toma.

Hoy, en el desayuno, Lucía me ha puesto al tanto de sus conversaciones con Evaristo. Esta tarde vendrá para exponernos el plan a seguir. Por una parte el viaje no ha sido en balde, conoceré al comisario y le contaré todo lo que sé. Asun ha llamado alarmada con la noticia del «acuchillaje», cuenta que está curada de espanto con los crímenes pasionales de por allí. Juana ni se inmutó, no le hacen mella las locuras de Concha; dice que imaginó que era otra de sus historias para no dormir. Juana y Concha son las más distintas, las que menos congenian. Juana es seria y metódica. Ha llevado su vida con mucho orden, por eso no entiende bien ni a Lito ni a Concha. Con la que mejor sintoniza es con Lucía, y también con Asun. Juana fue para ellas como una segunda madre, muchísimo más cariñosa que la auténtica.

En el año 65, al morir mi padre, empezó una época de cambios en la familia. Mi madre llamó a su hermano Ramón para que viniera a vivir con nosotros y el tío aceptó de buena gana. Pura le dispuso un pequeño apartamento en el piso bajo de la casa con un amplio dormitorio, un baño y un saloncito donde antes estaba el despacho del abuelo. A pesar de que no tenía mucha luz, al tío le gustó su nueva morada, porque estaba cerca de nosotros, del jaleillo de los niños, pero cuando quería se aislaba en sus «dominios», como llamaba a sus dos habitaciones. Subía por las tardes

un rato y a las horas de las comidas. Estaba encantado con Antonia, decía que cocinaba como el gran Escoffier, y ella se ponía todavía más gorda de lo que era; siempre le tenía preparada alguna cosita especial, algo apetitoso que no se saliese de su estricto régimen. Ramón tenía diabetes y un riñón destrozado, aparte de que el hígado no le funcionaba bien; siempre estaba amarillento y con dolores de piernas. Pura se dedicó a cuidarlo como no cuidó a mi padre; se sentaba por las tardes frente a él, tejía nuestros chalecos y comentaban cosas del campo y de la familia. Tenían pocos temas de palique aunque nunca dejaban de hablar. Pero a pesar de la compañía que le hacía Ramón, ella echaba de menos a su marido, si bien en los últimos años del cáncer la relación de mis padres no fue muy buena. Pura lo añoraba, sobre todo, en Punta Umbría.

Fue duro para mi madre el primer verano sin él, no eran lo mismo las reuniones del toldo. Se quedaba más callada, más aislada de los amigos, que ya no la invitaban en tantas ocasiones. Tampoco celebró el convite del quince de agosto, el día más importante, su cumpleaños. Ese día se esmeraba, ella, que no era detallista en las cosas de la casa; para tan especial ocasión sacaba algunos mantelitos bordados que dejaba en Punta, y una vajilla mejor que la de diario. Nada especial, mi madre no le daba importancia a los lujos, y menos en el chalet de Punta Umbría, pero sí se preocupaba en ofrecer buena comida a los invitados y Antonia se lucía en aquellas ocasiones. Preparaba riquísimos langostinos, cigalas, gambas, bocas, almejas de río, salmonetes, acedías… los mejores pescados de Huelva. Y muchas ensaladas, macedonia de frutas y de postre algo que nos encantaba a los niños: Antonia casi nunca nos hacía dulces, a pesar de que había trabajado en uno de los mejores obradores de Sevilla, pero en esa comilona, y en algunos otros cumpleaños que celebrábamos en la playa, mandaba

traer a las muchachas riquísimos helados en garrafas de corcho de la Ibense, la mejor heladería del pueblo.

La fiesta duraba mucho, casi hasta la hora del rezo del rosario, que Pura no perdonaba ni siquiera el día de su cumpleaños. A la muerte de Tóbalo ya no hubo más celebraciones, ni más paseos por la playa. Ese era otro rito de mis padres, pasear al atardecer por el filo del rompeolas; era la única vez que los veíamos de la mano, alegres y compinchados.

Pero aquella vida se acabó cuando las mellizas cumplieron trece años. Entonces mi madre vendió el chalet y el primo Sebastián se hizo cargo de los asuntos económicos de la familia. Lito vivía ya en Ronda con Curro, y Moncho estaba aún en el colegio. El tío Ramón no tenía fuerzas para administrar el campo, así que mi madre se apoyó en su primo, que puso en orden la herencia, le aconsejó que se deshiciera del cine y de la casa de Pilas e invirtiera ese dinero en acciones de El Caballo Negro, una cementera que aquel año había puesto en el mercado sus activos; sus principales accionistas eran miembros de una familia de abolengo. Mi padre le había aconsejado a Pura que, si le pasaba algo, comprase una finca que vendían por entonces en Pilas. Pero ella no le escuchó, como de costumbre, y siguió los consejos de Sebastián, destinando todo el dinero de las ventas a la fábrica de cemento. Nunca debió hacerlo; El Caballo Negro quebró, a los dos años no teníamos nada de las acciones que nos dejó el abuelo y de la herencia de nuestro padre. Empezó el declive de la familia del Río Panero.

Y aun así, Pura siguió confiando en su primo. Felipe se ofreció a ayudarla, pero ella no se fiaba de él. Casi no tenían contacto porque las dos mujeres no se entendían, dejaron de tratarse. Desde que a Inmaculada le naciera su sobrino Miguel, el hijo de su hermana Catalina, volcó su instinto

maternal frustrado en el niño que ella sentía de su sangre y empezó a tratarnos cada vez con más distancia y frialdad. Pero no nos importó, ninguno de nosotros le tenía cariño; nos dimos cuenta de que no éramos bien recibidos en su preciosa casa las pocas ocasiones que la pisamos y no fuimos más.

De: Juana.
Para: hermanas.
Fecha: 16 de marzo de 2010.

Queridas hermanitas, ¡no ganamos para sorpresas! Tenemos ya al Sebastián agarrado por los cataplines. ¡Qué a gusto me he quedado cuando encontré la pistola de mamá! Os cuento: entro en la habitación de Purita en plan ladrona, intentando no dejar señales de mi presencia, por no tener que oír a los gilipollas de los Rendejos quejarse al primo de mi intervención. Rebusco por los muebles y no encuentro nada más que lo que bien sabéis: un montón de porquerías de Purita, eso sí, en perfecto orden y limpieza. Ya a punto de abandonar el registro, se me ocurre mirar debajo de la cama y veo que tiene allí una caja de cartón enorme, de esas de IKEA. Abro la caja y, chicas, ¿a que no sabéis qué encuentro? La cajita de los botones de la vieja, aquella que tiene un retrato de la Reina Victoria en una esquina y una bandera de España que la cruza con un lazo. La abro y me veo la pistola en su funda de piel. La desabrocho, la saco y, hermanitas queridas, se cae una carta que contenía unos papeles amarillentos. Eran algunos recibos del cortijo, de principio de los ochenta, unos años antes de la muerte de mamá. Además había un recorte del ABC con la noticia del robo de las joyas y una carta del tío Ramón a nuestra madre. En resumen, una carta que le escribió el tío a mamá desde el

cortijo. Fue cuando estuvo ingresada en el Sagrado Corazón, en una de las sesiones de quimioterapia. Como es cortita, os la transcribo en su totalidad:

El Al Mizar, 14 de mayo de 1984.

Querida hermana:

Me ha contado Juana que lo estás pasando fatal con la quimio, bien que lo siento. Pero también me ha dicho que, aunque con muchos vómitos, te ve más repuesta y con ganas de volver al campo. No sabes el alegrón que me va a dar el día que regreses. Aquí todos te estamos esperando, sobre todo Purita, que no pasa un solo día sin preguntar por ti. Dice que todas las noches le pide a su Jesusito, el que tiene con el calcetín, que te mejores.

Hermana, no he podido esperar a que vuelvas para decirte lo que pienso de lo que me contaste cuando te ingresaron. El miserable del Sebastián ha enseñado ya sus cartas. Nos hemos pasado todos estos años pensando que nadie conocía lo que ocurrió. Pero mira por dónde, ese estaba en el ajo. Te aconsejo, hermana, que no pases por su aro, que utilices todos los documentos que tienes para ponerle una denuncia; bastante ha robado desde que murió Tóbalo. Se ha aprovechado de nosotros, que confiábamos tanto en él.

No pienses en mí, me queda poco de vida. Me importa un cuerno que se sepa, hicimos lo correcto, ya te lo dijo tu confesor y te lo digo yo: Pura, no permitas que Sebastián se salga con la suya. Ya hablaremos cuando regreses, que espero sea pronto, pero te pido por lo que más quieras que no firmes nada antes de consultar conmigo.

Un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere.

Ramón.

A pesar de los consejos del tío Ramón, Pura no le hizo caso y consintió en sacrificar a Purita antes de abrir la boca. Os escanearé los documentos mañana desde mi oficina. Si estáis con el comisario y quiere hablar conmigo, voy a estar un ratito en el bar porque viene Loli a verme. No le diré nada a nuestra amiga hasta que hayamos planeado el siguiente paso.

Besos a todas de Juana.

Justo cuando apareció el comisario en casa de Lucía a primera hora de la tarde, recibimos el asombroso correo de Juana con tan insólitas noticias. Evaristo, que no se fue hasta las doce, mantuvo con nosotras una larga conversación, densa y a veces dura, porque traía la idea fija de dar parte al cuartelillo de Escacena. Nuestra pertinaz detective nos había comunicado que iría sin falta al cortijo; iba a aprovechar que era miércoles, el día de la clase de pintura de Purita, y no habría nadie en la casa. Tenía una llave que pensaba utilizar. Por supuesto, durante toda la operación estuvimos en contacto con Concha y Asun para tenerlas al tanto de lo investigado y del cambio de impresiones con el policía. De todas formas les mandaré este sumario.

Evaristo es, como lo describió Lucía, un hombre joven, muy cachaza y un tanto reservado. Nos trató con cariño de amigo, pero se notaba a la legua que nos hablaba desde su posición de comisario. Nada de compadreo. Le volvimos a explicar el asunto desde el comienzo, cuando Purita encontró la medalla en el barranco. Él iba tomando apuntes, no perdía ripio de la truculenta historia, pero claro, pienso yo que debe de estar curado de espanto, que nuestro arcano debe ser para él un cuento de niños al lado de los casos realmente macabros que llevará. Es interesante eso de tener un amigo policía, especialmente si te dedicas a escribir

novelas de crímenes. Creo que no le voy a perder la pista a este buen hombre.

A la hora de relatarle la información que teníamos, Lucía me mandó en busca del gráfico que había hecho con Lucy, que es matemática especializada en estadística. Nos hizo una obra de arte en plan sencillo —para gente como yo— en un cartón enorme con todos los datos cronológicos de los hechos y los personajes que intervienen en la maraña de sucesos en que nos vemos envueltas. «Muy bien realizado —observó Evaristo—, se nota que veis *Perdidos*». Lo dijo con una sonrisa alabeada y liviana, con buena intención, sin atisbo de quedarse con nosotras. Lucía torció un poco el gesto, pensé que le iba a contestar una gracia de esas que suele soltar a destiempo y que nos fastidiaría el buen *feeling* que estábamos teniendo con el poli. Pero no, se quedó calladita con cara de: «Por mí como si me comparas con el CSI», claro, que ya comentó antes el comisario algo sobre tan famosa serie en relación con Juana y conmigo. Dice que la patóloga se la ha jugado por hacernos un favor, que no se puede realizar un examen de ADN a un cadáver desconocido así como así, como si fuera un análisis de orina. Eso dijo: orina. Creo que se pasó el comisario, podía haber dicho «de sangre» y hubiera quedado mucho más fino.

Después de verificar todos los datos de la línea cronológica, le leí parte de lo que llevo escrito y le ofrecí las casetes que grabé a la vieja por si ellos, los profesionales, encuentran alguna pista que se me haya escapado. Se va a llevar también unas fotocopias de mis escritos que, previsora, hice esta mañana en el *copy shop* de enfrente. Evaristo, después de quedarse unos minutos en silencio, tiempo que aprovechamos para ponerle unos aperitivos, dijo que nos aconsejaba una entrevista a cara de perro con el primo Sebastián, que debería ir Lito y que le dejásemos caer que estábamos en contacto con la policía. Cree que se va a

arrugar cuando sepa que un comisario de Madrid se está tomando interés por el caso.

A continuación le explicamos a Evaristo lo del jaleo de la pistola y comentamos los hallazgos que nos detallaba Juana en su correo y el robo de las joyas. Este surrealista suceso ocurrió en el año 74, recién instalada la familia en el piso de los Remedios. Lito había ido a Sevilla en esas fechas, era la semana de Feria y mi madre, las mellizas y el servicio estaban en el campo. La vieja sospechó del pobre Lito ya que por aquel tiempo no andaba muy bien de dinero, acababa de ampliar la tienda y tenía un sinfín de acreedores. Sebastián la secundaba, pero al final nunca se supo quién había sido el caco, y Pura no volvió a hablar más de aquel desagradable asunto.

Evaristo volvió a leer con atención la carta del tío y en verdad se quedó pasmado de la eficacia de nuestro trabajo detectivesco. Pidió que le mandásemos los documentos que ha encontrado Juana y además la pistola. Piensa que seguro que los recibos tienen que ver con la administración del cortijo, que quizá eran pruebas que tenía nuestra madre contra el primo, los guardó en la funda y se olvidó de quemarlos. Si Pura consintió el chantaje, no creo que planeara dejarnos pruebas contra Sebastián. Ella quiso, y lo dejó bien claro en la carta a su prima Rosa, que no nos enterásemos de nada porque muy gordo sería lo que ocultaba. Seguro que no lo supo nunca Tóbalo, que ni a él se lo contó; mi padre no hubiera guardado el secreto en sus días de vino y rosas. Evaristo se quedó muy escamado con el recorte del robo. Nosotras, cuando se fue el comisario, recordamos el tema, que fue muy chungo por las sospechas de la vieja en torno a Lito.

La primera boda de la familia del Río Panero fue la de Juana. Mi hermana consiguió, después de mucha insistencia, el permiso de mis padres para ir a París a casa de la tía Asunción. Estaba cansada de llevar una vida aburrida y vana en Sevilla, cansada de sus clases para ser una perfecta *geisha*. Pensó que ya que había aprobado el examen de inglés podría intentarlo con el francés. Era una ocasión idónea, tener en París a una tía que acababa de enviudar, y no se podía permitir el lujo de desaprovecharla. Asunción le ofreció su casa, estaba deseosa de tener compañía y abogó por ella hasta que al fin, tras mucho rogar, Juana consiguió convencer a mis padres. Se marchó poco antes de cumplir diecisiete años, en avión, una aventura en aquellos tiempos. Se puso un bonito traje de chaqueta con falda tubo que le hizo Félix y un sombrero que salió de su particular taller de manualidades, al igual que el bolso. Al verla tan elegante, Moncho empezó a reírse de la facha de señorona que tenía; le tomó el pelo con el sombrero, decía que parecía la pantalla de una lámpara boca abajo con un lazo azul marino.

Juana se instaló en la fantástica casa que tenía la tía en el Barrio Latino. Hacía un año que Asunción había perdido a su esposo, el tío Bernard, un elegante y distinguido francés que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se quedó muy sola porque su única hija, la prima Consuelo, vivía en la Martinica, en la plantación de azúcar que tenía la familia de su marido en la bella isla caribeña. Asunción, según nos contaba Juana cuando volvía en vacaciones, era una mujer fantástica, hospitalaria, cálida; tenía un sencillo saber estar y muchísima cultura; hablaba inglés y alemán perfectamente, y el francés como nativa. Mi hermana la adoraba, fue muy feliz el tiempo que vivió con ella. La indómita Juana se apaciguó en París, llegó a pulir su habla arrabalera, se apuntó en una academia de idiomas y llegó a

dominar el francés mejor que el inglés que estudió durante once años en las Irlandesas.

Juana no quería volver a Sevilla, decía que era una ciudad provinciana y atrasada. No soportaba la falta de libertad, la omnipresente censura, la presión religiosa ni, decía ella, a los sevillanos capillitas. Rebelde desde niña, se afianzó en sus ideas de izquierdas. Al volver a la playa, a la familia, solía discutir con Tóbalo; a Pura ni se molestaba en revelarle lo que opinaba sobre su vida malgastada; no tenía confianza con ella, no le tenía cariño. Había vivido mucho tiempo fuera de casa y no se sentía parte de los del Río Panero.

De vuelta en Francia de las vacaciones de verano, conoció a Joaquín en un mitin político frente a nuestra embajada, en una protesta de jóvenes españoles contra la encarcelación de unos estudiantes comunistas de la Complutense. Joaquín, que ese año había terminado Medicina, se fijó en la bella Juana y la invitó a un *bistró* cercano. Siguieron viéndose durante los meses en que el catalán estuvo perfeccionando su francés en París, con pleno consentimiento de mis padres porque el pretendiente era de muy buena familia, hijo y nieto de unos famosos psiquiatras de Barcelona. Mi hermana vio en Joaquín a un hombre de talante liberal, educación exquisita y con mucho mundo. Todo lo que ella admiraba. Y aunque no era nada especial en el físico, a Juana no le importó.

A la presentación oficial, mi hermana llevó a su novio a la casa de Jesús del Gran Poder en una balsa neumática. Fue una fatalidad, llevábamos tres días en plena inundación y aquello parecía Venecia. Se había desbordado el Tamarguillo, un arroyo del Guadalquivir que anegó casi todo el centro histórico. Fue gozoso para nosotras, las niñas, despertarnos y saber que no había cole, ya que el mismísimo colegio parecía un palafito gigante, con su patio de

columnas con dos metros de altura de agua. Nos pasábamos el día asomados a los balcones, viendo pasar las barcas con gente de la Cruz Roja o los bomberos. También a los espabilados que llenaron canoas de alimentos para venderlos por las calles-río al doble de su precio. Yo tiraba una cesta que iba amarrada a una cuerda para subir las patatas, las frutas, la leche y los huevos; era muy divertido. Lo malo fue cuando bajaron las aguas y apareció la planta de la entrada llena de barro y porquería. De esta suerte conocimos a Joaquín, no pudo ser más folclórico el encuentro; creo que mi futuro cuñado se quedó prendado del tipismo del sur, de nuestra gracia andaluza y, sobre todo, de la buena cocina de Antonia.

Joaquín parecía agradable; entonces no discutía con mis padres de política, eso llegó ya de casados. Tóbalo dio su bendición y mi hermana se casó por todo lo alto en la iglesia de la Hermandad de la Caridad, donde la estatua de Miguel de Manara, aquel aristócrata don Juan que, según la leyenda, se arrepintió de su vida de crápula y construyó un hospital para los enfermos abandonados. Es la iglesia sevillana más bonita, con un valioso retablo barroco y magníficas pinturas. A mí me impresionó el cuadro del obispo-canina dentro de su ataúd, recomido por gusanos, el llamado *Finis Gloriae mundi*. A Joaquín y a su empingorotada familia les gustó mucho ver a san Jorge en un lateral del altar.

Pero ya en la boda tuvo Juana problemas. Mi madre —que no se había ocupado de nada porque la novia lo dispuso todo— olvidó en casa las tarjetas con los nombres de los invitados para las mesas del banquete, que se celebró en el Hotel Alfonso XIII. Aquello fue un total desconcierto: doscientos invitados deambulando entre las mesas sin atreverse a sentarse. La familia de Joaquín y sus ilustres invitados quedaron desagradablemente sorprendidos de la

desastrosa organización. Joaquín culpó a Juana y estuvo toda la comida sin hablarle. Así dio comienzo una luna de miel funesta. A la vuelta del crucero por el Mediterráneo, mi hermana era otra. Aceptó obedecer a su esposo y no contar a sus padres nada de lo que empezó a sufrir; más tarde nos aclaró el motivo de su extraño proceder.

Lito llevó a la boda a Curro, primera vez que lo presentaba en familia. Mis padres lo aceptaron, si bien nunca les permitieron vivir como pareja a todos los efectos. Curro nunca durmió en la casa de Jesús del Gran Poder, en la de Punta o en el cortijo. En aquellos años, en los que se despreciaba a los homosexuales, la aceptación de Curro fue un escándalo en la familia y entre algunos amigos. Mis padres no se arredraron, comprendieron que su hijo no iba a cambiar; ya había habido otros casos de homosexualidad en los del Río, allá en el pueblo. Mi padre tenía un tío, Enriquito, que era también homosexual, muy amanerado. Yo le conocí de pequeña, tenía un diminuto bazar cerca de nuestra casa. El pobre había vivido siempre con su madre y con sus hermanas solteronas, dos viejas medio locas que adoraban a los gatos. Mi padre se preocupaba de sus primos del Río, de que no les faltase de nada. Por el recuerdo del pobre Enriquito, mi padre no quiso que Lito se sintiera un paria y, cuando vio que no daba escándalos ni tenía maneras afectadas, aceptó su condición de homosexual y hasta le tomó cariño a Curro. Al morir mi padre, mi hermano se fue a vivir a Ronda, donde abrió la mejor tienda de antigüedades de la ciudad y se compró, con su herencia, una casa grande y bellísima en la que todavía vive.

CAPÍTULO XVI

De: Concha.
Para: Amalia.
Fecha: 17 de marzo de 2010.

Queridísima Amalia, mi hermana preferida, perdón por la que he organizado. ¡Para una vez que me pongo poética con esa jodida metáfora! A la que han acuchillado, y bien, es a mi menda. Nunca imaginé que Paco me abandonase, jamás se me pasó por la cabeza; ni siquiera cuando se enteró de mi lío con Alejandro. Claro que entonces los niños eran pequeños y Paco siempre fue mucho más «maternal» que yo. Pero tengo la conciencia tranquila porque mis hijos me adoran, casi tanto como a su padre.

Bueno, hermana, que estoy hecha un despojo. No salgo de la cama, tengo una depresión bárbara… No veas, Amalia, lo que es esto; claro que tú ya lo pasaste hace años al enamorarte de tu profesor. A mí esta hecatombe me va a cambiar, de eso estoy segura. Comprendo que Paco se haya sentido atraído por la rejoneadora, dicen que si bien no es ninguna beldad, es joven y tiene dos buenas tetas la mar de tiesas. Paco me llama a todas horas, le rompe el alma verme tan melancólica, por él estaría con las dos, pero ella le ha dicho que si pone los pies en nuestra casa le dará rejón de

muerte, joder con la tía… ¡No se ha podido buscar una dulce doncellita!

Te cuento todo esto solamente a ti, a los demás hermanos les he mandado un correo en plan esquela comunicándoles el fin de mi matrimonio. He entrado en vuestro club, ya estamos todas solas… ¡Qué calamidad! ¡Si nos viese el pobre abuelo Amalio!

Pero no te cuento mis penas para que me perdones. Solo quiero decirte que no te olvides de mí, que ahora es cuando más te necesito. El pobre Alejandro no sabe qué hacer, dice que todo esto le desborda, que por qué no nos casamos. Pero de eso nada, a pesar de que lo adoro.

Bueno, Amalia, te dejo, que tendrás mucho trabajo en la agencia y con la escritura de tu novela. Por favor, no me saques como una Mata Hari, ahora me siento como Adéle, la hija medio loca y desquiciada de Víctor Hugo en aquella famosa película.

Muchos besos y hasta pronto, dime cómo va el tema del crimen del Gonzalo. Ese está mucho peor que yo, tendré que consolarme.

Te mando muchos besos, te quiere un montón tu hermana.

Concha. Por cierto, ¿cuándo es la reunión de Punta? Tengo que hacer mis planes.

El correo de Concha me llegó al alma. Le respondí que podía contar conmigo, como siempre, porque con Concha no valen consejos previos; hay que aceptar sus locuras y las consecuencias de las mismas como hechos consumados y estar preparada para cuando se dé el batacazo. Nunca aprenderá a ser más cauta en los asuntos sentimentales y del sexo. Hay que aceptarla como es —una mujer generosa y

de buen corazón— porque no va a cambiar, ni siquiera con este golpe tan duro de perder al buenazo de Paco.

Moncho me escribió preocupado al recibir la necrológica del matrimonio de Concha. No la entiende, no comprende cómo puede ir por la vida sin anhelos espirituales, y no dice religiosos porque sabe que en eso soy como mi locuela hermana. Moncho solo respeta del todo a la monjita, a Asun. Ni siquiera a la buenaza de Lucía; la ve muy seglar, nada devota. Allá Moncho con su cacao mental, esa mezcla de esoterismo barato y religión ultramontana. Con todo, es buena gente, se desvive por su familia; para él no hay nada más importante que Mary Luz y su caterva de hijos. No sé cómo hace para alimentarlos a todos y darles estudios, todos están en la universidad. Claro que el Opus ayuda con becas y otras prebendas que no quiere contarnos; es bastante peculiar esa orden, casi tanto como antaño lo fueron los templarios.

Además me decía Moncho que se puso en contacto, vía mi vecino el cirujano, con *Herr* Franz Himmelmann, el jefe del club de los templarios de la región Rhein-Neckar. Por lo que cuenta, el alemán está muy interesado y quiere visitar El Al Mizar en la Semana Santa. Moncho no cabe en sí de gozo, está pensando en organizar una fiesta especial para recibir a los «compañeros» alemanes. ¡Dios, qué familia tengo, estamos todos chalados!

Juana, la más juiciosa, me cuenta que mandó vía Seur la pistola y los documentos a Evaristo, y que se quedó con copias de la carta de Ramón, de la nota del robo y de los recibos. Llamó a Sebastián y le contó un rollo de Purita (que quería llevársela el viernes a jugar a los bolos y al cine) y, de paso, que necesitaba hablar con él sobre las revisiones médicas que creemos que no le están haciendo a nuestra hermana. Tiene los dientes llenos de sarro y, según nos cuenta, hace siglos que no la llevan al dentista. Sebastián la

ha citado el sábado en El Al Mizar por la mañana. No sospecha que va también Lito.

Ya lo sabe mi hermano, que ha hecho planes para pasar con Curro en Sevilla esos días en casa de Juana. Ahora están decorando el apartamento de Punta Umbría que Juana compró hace tiempo y todavía no ha terminado de amueblar. Se quedó sin dinero para ponerlo como a ella le gusta, con muebles antiguos de estilo inglés y bonitas cortinas de cretonas con muchos lazos, flores y pájaros. Siempre ha decorado de esta forma sus casas, Juana no ha adoptado las nuevas tendencias en muebles de diseño, dice que no dan calor de hogar, que no entiende cómo los nórdicos utilizan tan limpias y sutiles líneas, sin cortinas, sin adornos, con lo que a ella le gusta ir poniendo por la casa, como en un museo, todos los recuerdos que ha ido comprando en sus buenos viajes cuando estaba casada con Joaquín. En eso somos muy diferentes, a mí me encantan los muebles modernos, aunque no los muy excéntricos, porque pasan de moda enseguida. A mi hija Elvira, en mi época de estilista, le hice la reforma de su precioso chalet de La Moraleja, el que le regaló su padre cuando se casó, y se lo llené de diseños italianos y de Le Corbusier. Es que me da por hacer cosas y no paro.

La época más obsesiva de mis múltiples quehaceres y aficiones fue la del baile, la que más duró: diez años de dedicación plena. Me pasaba los santos días en la cochambrosa academia de la calle Amor de Dios, en un ambiente de bailarines profesionales. Entonces yo era pija perdida. Aparecía por aquellas aulas negruzcas y medio en ruinas con preciosos y conjuntados atuendos comprados en las mejores tiendas: castañuelas numeradas, zapatos de tacón hechos a mano y a medida, vestidos de volantes de Lina y de los mejores modistos de trajes de flamenca de Sevilla, zapatillas de *ballet* de Freed, calentadores y mallas

que compraba en mis viajes a París… Una pasada, iba la mar de mona. Pero en las clases intentaba esconderme en un rincón de la última fila, muerta de vergüenza por mi elemental nivel académico, porque hasta el pequeño Manolito, un gitanillo de ocho años, me daba mil vueltas cuando zapateaba; era un auténtico monstruo aquel macaco, seguro que habrá llegado muy lejos.

El famoso profesor de jota aragonesa, Pedro Azorín, me tenía gran cariño. Era un hombre ameno y sarcástico, un baturro brutote pero cariñoso y muy humano con todos sus alumnos, y el mejor bailarín que he conocido. Bailando la bellísima jota de Calanda —herencia estética de los árabes—, daba unos saltos increíbles a sus cincuenta años. Danzaba con movimientos felinos, con una suavidad y fuerza como las de Nureyev en la noche que lo vimos en *Las Sílfides*, en la Ópera de París.

Mi querido maestro me trataba con enorme afecto y deferencia. Entonces yo estaba físicamente en forma, tenía bonitos gemelos, redondeé mis palillos heredados del abuelo Amalio y, desde entonces, me atreví a ponerme minifalda. Ahora ya he perdido la cuenta de la última vez que me vestí de «señora», creo que fue en el bautizo de Guillermo, mi último nieto.

A los tres años de morir mi padre, el día de mi dieciocho cumpleaños, el tío Ramón me llevó del brazo al altar. Conocí a Julio en Barcelona, una noche en el Liceo. Fue la primera vez que me vestí de largo y que me ponía las joyas que me prestó Juana. Solía ir mucho con ella, principalmente en agosto, cuando la acompañaba al precioso apartamento que tenían en Bagur, justo en un acantilado frente a un mar esmeraldino y una calita de arena blanca.

A partir de los trece años no quise pasar las vacaciones en El Al Mizar. Me aburría con los juegos de Concha, quería estar con pandillas de chicos y chicas de mi edad, como en Punta. Allí tuve mi primer ligue serio, un inglés larguirucho de quince años que se llamaba Jimmy. Como paseábamos por la playa frente al toldo de mi familia y de sus amigos, fuimos inmediatamente atisbados por mis hermanos. Monchito, que siempre le sacaba punta a todo, empezó a llamarlo «el langostino» porque era alto, fino y desgarbado, y cuando tomaba el sol más de lo conveniente se le ponía al pobre el color rosa típico de los crustáceos al pasarlos por agua hirviendo. Jimmy era hijo de un ingeniero que trabajaba en la compañía de Río Tinto. Le conocí en el club de tenis donde me hice amiga de Verónica, una chica de la pandilla de las minas. La simpática Verónica me invitó a pasar unos días de vacaciones en su casa donde disfruté un montón, me encantaba Bella Vista, el pueblo inglés de estilo Victoriano de los directivos. Años después, en mi primer viaje a Inglaterra, me di cuenta de lo parecido que era Bella Vista a cualquier barrio inglés burgués. Las casas tenían fachadas de ladrillos rojos y los techos abuhardillados, y estaban rodeadas de lindos jardines al igual que la iglesia protestante, las pistas de tenis, la piscina y el club social con su salón de lectura, de billar, el *men only*, donde las chicas no podíamos entrar. Todo exactamente igual que si estuviésemos en York.

Era fantástico vivir allí. Llevaban una vida privilegiada, separados del resto de los habitantes de Río Tinto por un muro y unas garitas. Como Verónica era hija de un director químico que llevaba toda su vida trabajando en la compañía, habitaba uno de los mejores chalets, con un enorme césped que su madre cuidaba con esmero. Todavía recuerdo el olor de los eucaliptus y de las muchas flores que la señora Ferrara tenía en su jardín. En Bella Vista nos vimos

Jimmy y yo a la vuelta de Punta; vivimos un infantil romance que duró un verano y un curso, este último por correspondencia ya que le escribía larguísimas cartas de amor que enviaba a su internado, en Inglaterra; creo que con mis epístolas a Jimmy empezó mi interés por la escritura.

Lo del inglés no cuajó, como era de esperar a tan tierna edad y con tanta distancia, que todo lo atempera. Después, y por solo cinco meses, tuve otro novio, este sevillano y hermano de una amiga del colegio que vivía en la calle Trajano, al ladito del Cine Club Vida, donde acudía Juana en su deseo de culturizarse. Su casa estaba a las espaldas de la nuestra, se llamaba Carlos y era también hijo de familia numerosa; tenía diez hermanos y él era el mayor. Me llevaba tres años y cursaba Derecho en la antigua Fábrica de Tabaco, donde estudió Tóbalo. Era guapo, alto, de rubio pelo rizado y ojos azules. No parecía sevillano, su abuela era francesa, de la Lorena, lugar al que él iba de pequeño. Mi novio vivió con sus abuelos unos años hasta que estos murieron y Carlos volvió a su casa, que estaba a rebosar de niños y ruidos. Como era muy flemático se quitó de en medio en cuanto pudo. Se fue a estudiar inglés a Londres, sin una peseta y con muchas ganas de ver mundo, porque se le quedó pequeña Sevilla, como le pasó a mi hermana. Solo recibí dos cartas de Carlos en los tres meses del verano. Al volver a finales de septiembre, se encontró con la noticia de que yo, su novia Amalia, me había comprometido con un madrileño con la carrera terminada y un brillante porvenir. Recuerdo que fue a verme a la salida de la academia en la que estaba matriculada de las dos asignaturas que había cateado de sexto de bachillerato y me rogó, con lágrimas en los ojos, que no lo dejara. Pero yo estaba, o eso creía, colada por Julio, que era más cosmopolita que Carlos, que tenía un futuro mucho más claro que el suyo, que me ofrecía un raudo

matrimonio y una casa fantástica que sus padres le habían regalado en La Moraleja.

No había comparación, hubiera sido una inconsciente si en ese momento no elijo a Julio, aun cuando Carlos era muchísimo más guapo y divertido. Fue una gran equivocación que marcó mi vida y de la que ya me he recuperado, todo ocurrió muy rápido. En ocho meses y con solo quince días de tratarle, me vi vestida con un traje de Félix estilo primera comunión que yo misma diseñé. En vez de velo me puse una especie de gorrito con un gran lazo lateral; estaba horrible pero yo me veía muy moderna.

Me casé en El Salvador, la iglesia sevillana más grande después de la catedral. En realidad es una basílica. Frente a ella hay una capilla barroca de paredes pintadas de rojo sangre de toro y de color albero, y a su alrededor naranjos, muchas palomas y bares de tapas. A la hora del aperitivo la plazoleta se llena de jóvenes que toman el sol sentados en su escalinata. Aquel día estaba abarrotada, nos fue difícil llegar al altar. Recuerdo el bello retablo plagado de azucenas, y también que el tío Ramón contrató a un coro de Almonte para que cantaran su linda Salve rociera. Más que nada quería impresionar a mi ilustre familia política que, como la de Juana, quedó maravillada de las francachelas sevillanas y de los del Río Panero, tan alegre gente.

Pura iba muy elegante con un traje de chaqueta de seda color lila y un tocado de tul. Ese día vi contenta a mi madre, se achispó un poco antes de la ceremonia porque el tío le hizo beber una copa de champán. Estaba nerviosa, pues casi no conocíamos a Mercedes y Ricardo, los padres de Julio, que resultaron ser muy agradables, nada estirados; enseguida conecté con ellos. Como no tenían más hijos que mi reciente esposo, mis suegros se comportaron conmigo con mucha generosidad y atenciones, nada que ver con

cómo me trató Julio al poco tiempo de la boda, cuando me quedé embarazada de Sofía.

De: Juana.
Para: Concha, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 20 de marzo de 2010.

Queridas hermanitas, no puedo esperar a mañana para daros noticias. Acabo de llegar a casa con Lito. Él se ha ido con Curro a tomar unas tapas a la Alfalfa, pero yo tengo tanto dolor de espalda que he preferido quedarme para transcribir lo principal de lo que he grabado. Le hice caso a Evaristo y me llevé la casete. En definitiva: el soplapollas de Sebastián no suelta la presa fácilmente.

Empiezo. Al llegar al cortijo, Purita, como es costumbre, salió a recibirnos rodeada de perrillos y con el nuevo en los brazos. Mientras nos daba un beso, buscaba con la mirada dentro del coche algún paquete con regalitos. Nuestro hermano le llevaba una cazuela antigua de latón con dibujos de preciosos pájaros, para que le ponga allí la comida al Ñapo [11]. Y yo le di una bolsa de chucherías con la advertencia de que no se las comiera de golpe.

Ya dentro saludamos al primo, que nos esperaba en el salón. Hacía mucho que no lo veíamos y lo encontré muy desmejorado. Creo que, de todas formas, si no lo conseguimos por las buenas, Sebastián está a un tris de estirar la pata, tiene más de ochenta años y se le notan. Su careto es del color de la tierra de la cuesta, blanca grisácea, señal de que no debe de pasear por el campo y menos aún ir de cacería.

Cuando vio que me acompañaba Lito, se puso muy nervioso. Y como el muy cabrón es inteligente, empezó a darme todas las facilidades del mundo para que llevara a

Purita de médicos y así perdernos de vista rápido. Lito, aunque serio, fue amable con él al principio.

Os transcribo lo más importante de la charla. También le mandaré esta parte del *e-mail* a Evaristo:

S: Bueno, está claro que no venís solo a hablar de los dientes de Purita. ¿Qué os trae por mi casa?

J: Mira, primo, hemos estado con un comisario de policía en Madrid que nos ha aconsejado que tengamos una conversación contigo sobre el asunto del chantaje.

S: ¿Qué me dices? ¿De qué chantaje me hablas…? Como no te expliques mejor…

L: No te hagas de nuevas, Sebastián, lo sabes requetebién. Tenemos una carta que escribió mamá en la que le decía a la prima Rosa lo que pasaba. Por lo visto, te pescó robando a manos llenas. Y tenemos las pruebas, los documentos que ella había guardado.

S: ¡Ah! Es por eso. No tengo por qué daros explicaciones, pero vuestra vieja madre estaba perdiendo la cabeza, como su abuela Begoña, que terminó chocha perdida en un sanatorio.

J: A nuestra madre no le pasaba nada, déjate de trolas, ella tenía recibos y pruebas contra ti, los hemos encontrado y ya están en manos de nuestro amigo el comisario.

S: Escucha, Juana, si piensas que me vas a arrugar con eso de la policía, bueno, pues que vengan contra mí, denúnciame y ya veremos qué pasa. Amalia me ha puesto un montón de querellas que no llegan ni a juicio, haz lo que quieras, no tengo nada que temer. Era tu madre la que tenía mucho que esconder.

L: ¿Qué sabes de nuestra madre, so cabrón?

S: De ella nada, era como su nombre, Purísima. Pero otros no lo eran tanto y no te digo más. Búscate un detective, que no son muy caros.

L: No, tenemos a la policía. Con ellos no te vas a poner tan chulo. Te vas a cagar patas abajo porque pensamos que no solo has estado robando y chantajeando a nuestra madre con algo que no nos quieres soltar. También has tratado a Purita de una manera miserable, seguro que incluso a ella le has robado a espuertas. Aparte de que has hecho todo lo posible por enemistarla con nosotros, la tienes en manos de unos granujas que se llevan a su casa hasta los yogures… Todo esto irá incluido en la denuncia que te vamos a poner los hermanos, hasta Asun está dispuesta a ir contra ti.

S: Lito, ¿crees que tengo edad para oír tantas sandeces? Sois como un gallinero histérico, solo sabéis hacer ruido pero de nueces nada… ni me asustan tus bravatas, Lito, ni las tuyas, Juana. ¿De esto habéis venido a acusarme? Para eso están los abogados y los tribunales, habéis perdido vuestro valioso tiempo.

L: Si no tuvieras tantos años y esa cara de cadáver, te rompería el alma, so mamón.

S: Será mejor que salgáis de mi casa y que no volváis con esas historias truculentas. Siento que terminemos mal.

J: Déjalo, Lito, que le queda poco de vida.

Así fue, nos fuimos y el viejo siguió contemplando el valle de Sanlúcar, solo, sentado en el mirador de su horrible cuarto de estar. Lito y yo pensamos que Sebastián no va a hacer nada, no va a renunciar a la tutoría de Purita. Esperará a recibir nuestra última querella y que sea tramitada en La Palma. Pensará que se morirá antes de que nos llamen a declarar, tal como está la justicia. Concha, tú como procuradora de eso sabes mucho más que nosotros. Tenemos que buscar un buen abogado en Huelva que nos lleve el caso.

No le dijimos nada del robo de las joyas, pero Lito y yo pensamos que él estuvo detrás de todo aquello. Tampoco sacamos el tema del piloto, no era momento.

Os dejo, espero que Evaristo me indique lo que tenga que hacer a partir de ahora. Amalia, no dejes de escribir, por lo menos podemos dejar constancia de la catadura moral de nuestro querido primo.

Besos para todas de Juana.

P. D. Sobre la reunión en mi apartamento de Punta, por favor, id preparando el viaje, especialmente tú, Amalia, que después dices que el billete te sale muy caro. Y tú, Lucía, ¿podrás venir aunque sea en ambulancia?

Asun está apabullada por todo lo que hemos descubierto y las noticias sobre el misterio de la medalla. Además se siente optimista, comenta que Evaristo le da buena espina. En sus correos ya no nos da la vara con sus santos, supongo que no tendrá tiempo para abstraerse en el mundo del más allá. La pobre comenta que le será imposible estar en la reunión de Punta, algo que, según dice, le «quebranta el ánimo» porque no es habitual que podamos reunirnos todas las hermanas. Pero estaremos en contacto con ella por *e-mail*. Nos cuenta sobre su vida en el hospital y sobre hechos de su infancia, «por si Amalia considera importante incluirlos en la novela».

Insiste en los buenos recuerdos que tiene de nuestro padre, opina que sale en esta historia bastante mal parado. Ella y Lucía lo adoraban y sintieron muchísimo su muerte. Se acuerdan perfectamente de él, de cómo les contaba cuentos en la «cama grande», cómo las llevaba al cine a ver las películas de Walt Disney, cómo lloraban juntos con *Bambi*.

Sí, en eso le doy la razón. A mi padre le gustaba tanto el cine que hasta disfrutaba con las películas animadas infantiles. Pero sus preferidas eran las americanas: *Mogambo, Lo que el viento se llevó, La diligencia, Gilda* con

Rita Hayworth, en realidad Margarita Carmen Cansino, una sevillana de Castilleja de la Cuesta… y películas italianas como *Arroz Amargo* y *Ana*, con la Mangano y su famoso bayón que mi padre, burlándose de la censura, hacía pasar varias veces para disfrute de sus espectadores… Tenía dos preferidas. Le encantaba *El tercer hombre*, basada en la novela de su admirado Graham Greene, con Orson Welles y Joseph Cotten como intérpretes. Siempre que podía la alquilaba para proyectarla en su cine y nos contaba miles de veces el argumento; una historia policíaca, de misterio, en una Viena empobrecida y en la que Welles borda el papel de amigo y amante con un pasado terrible. Y nos tarareaba su melodía, la bellísima banda sonora de Anton Karas.

La otra cinta venerada por Tóbalo era la francesa *Mi tío*. Nuestro padre nos relataba la película al completo, haciendo hincapié en su sátira contra la deshumanización y la frialdad de la vida moderna. Tati retrataba y comparaba la vida artificial y *snob* de la familia Arpel con la sencilla de *Monsieur* Hulot, que vive en un barrio humilde en el que los niños juegan en libertad, en contacto con la naturaleza, con los pájaros, con los perros… El protagonista, un hombre mesurado, discreto, que ha perdido su empleo y que no tiene ningún interés por entrar a trabajar en la fábrica de tubos de plástico del cuñado, le enseña ese mundo cálido y amable a su querido Gérard y de esa manera se gana la confianza y el corazón de su sobrino. Tóbalo entendía *Mi tío*, casi sin argumento ni diálogos, como un homenaje a las películas del cine mudo que conoció y gozó de niño, las de su admirado Charlot o las de Buster Keaton, y nos ponía la música en el *pick up* de Juana mientras nos contaba por enésima vez su amado filme.

Asun me ha recordado que papá era un hombre sensible, amante del arte, especialmente de la literatura. Leía por las tardes, mientras nuestra madre hacía punto a su lado; y le

compraba sus primeros cuentos a un señor alto, moreno y con bigote que aparecía por la casa cada mes. Libros grandes, llenos de sueños y de colores como *Las cien mejores fábulas africanas, Leyendas nórdicas, Los cuentos de Grimm* y otros muchos. Concha interviene en el cruce de correos y recuerda que a ella le regalaba las divertidas aventuras de Guillermo y *Los cinco*, de Enid Blyton. Las tres hermanas tienen muy buenos recuerdos de él y dicen que era muy tierno con ellas.

Yo no lo recuerdo así. A mí me impresionaban sus silencios, nunca pude tenerle confianza. Tengo recuerdos de Pilas, de cuando llegaba del casino y a indicación de mi madre, «Tóbalo, los niños han hecho esto… o aquello», se ponía en la puerta del salón y los llamaba uno a uno mientras se quitaba la correa. Yo tenía menos de siete años y nunca sufrí esos castigos, pero oía los gritos de los tres mayores y desde esas palizas temí a mi padre.

Como nos prometió, Juana nos ha mandado los documentos. Es curiosa la crónica del robo publicada en el ABC, un hecho que nunca se aclaró; Pura ni siquiera quería hablar de ello después de muchos años. Al leer lo que pone la noticia me entran ganas de investigar, y si no fuera porque tenemos otra cuestión mucho más importante en marcha, creo que profundizaría en ello. Es extraño lo que observa el periodista: «El presunto ladrón comió una ensaladilla y la dejó a medias al oír a alguien que entraba por la puerta principal». ¿Tan mal estaban las cosas en aquellos tiempos que un chorizo, con un botín de joyas de más de un millón de las antiguas pesetas, se pone a comer tranquilamente?

El suceso fue misterioso; al cabo de unos días aparecieron las joyas en El Al Mizar, en un cajón de la cómoda de Pura, entre las toallas. Era uno de los escondites de mi madre, en el cortijo no tenía caja fuerte. Pero… ¿no

había mirado allí antes de denunciar el robo? ¿Fue eso —que apareciera el cuerpo del delito en el castillo— lo que le hizo sospechar de nuestro hermano? ¿Por qué de Lito? Él nunca había robado nada, quizá algunas perrillas del monedero de la compra de Antonia, igual que los demás, ya que no nos daban paga. Entonces, ¿por qué mi madre sospechó de su hijo?

Fue una gran injusticia, todos nos pusimos de parte suya. Al final Pura dijo que seguramente olvidó «el detalle» de que tenía las joyas en su cómoda. Pero remachaba esa aceptación de culpa diciendo que, de todas formas, dos piezas antiguas del abuelo Amafio no habían aparecido. Y menos mal que recuperó su joyero porque poco antes de morir nos repartió sus alhajas y las que había heredado de la abuela Purificación. A mí me tocaron unos preciosos zarcillos largos de brillantes que reconvertí en dos enormes rosetas como estrellas, las tiene Elvira en su casa de Madrid. Me los pongo en grandes ocasiones, quizá dentro de un mes, cuando celebre con mis hijas, hermanas y amigas los sesenta. Ni pizca me atrae tan festivo evento, por los muchos años, no por otra cosa.

En el verano en que Concha cumplió dieciocho años, nos comunicó que estaba embarazada de su novio Paco. Aquel noviazgo no era del gusto de mi madre, porque Paco empezaba a estudiar Derecho y, sobre todo, porque no tenía una lata. Mi hermana lo había conocido en Punta Umbría, el día de la Virgen del Carmen, en un barco de pescadores. Concha se metía en los más variopintos ambientes, no tenía problema en entablar conversación con cualquiera y esa tarde, al ver el barco engalanado a punto de soltar amarras, pidió permiso para embarcar a un chico musculoso y guapísimo que levaba el ancla. Era Paco, el hijo del dueño

de aquel pesquero y de otros tres que seguían a la imagen del Carmen que encabezaba la procesión. Esa tarde yo iba con mi hija Sofía, que como loca quería subirse al barco, y allá fuimos todas a acompañar a los marineros en su gran jornada.

Mi hermana siguió saliendo con Paco en Sevilla, donde estudiaba su novio y donde ella terminaba el bachillerato a duras penas interna en Castillejas. Concha tuvo una adolescencia problemática, se rebelaba contra todo y, en particular, contra la autoridad de mi madre. Cuando Pura se enteró del embarazo no quiso saber de casamiento, nada de celebrar aquel «mal paso» de su hija. A pesar de que el tío Ramón abogó por ella, mi madre no cedió un ápice: nada de boda como las de las otras del Río.

Juana y yo decidimos ayudarla, pero aun así la ceremonia fue bastante triste. Se casó un día normal, sin invitaciones, solo con los padres y la familia más cercana de Paco y nosotros, los mayores. Ni siquiera fue el tío Ramón, que en aquellos días pasaba una mala racha de salud. Antonia no quiso acompañarnos, se moría de pena de ver que Conchita, su niña querida, ni siquiera iba vestida de novia. Antonia le dio dinero para que se comprase en El Corte Inglés un traje de chaqueta; recuerdo que era gris claro, con una blusita celeste de seda y un sombrero de fieltro azul marino, que a la pobre le quedaba grande y no la favorecía nada. Los padres del feliz prometido les regalaron el viaje de novios a Mallorca y le costearon la carrera. Pero Paco no se hizo abogado, abandonó la universidad en el tercer curso y se puso a trabajar como oficial del juzgado de Estepona.

El tío Ramón le dio a Concha un dinero para el alquiler de un pisito en Sevilla, y las hermanas mayores hicimos un fondo común para comprarle el ajuar, lo más imprescindible, porque ni eso le proporcionó Pura. Después de la celebración religiosa en la bellísima capilla de San José, nos fuimos los

quince invitados con los novios a un bar cercano de la calle Sierpes a tomarnos un café con leche y churros.

Unos años más tarde, en el 73, ocho después de la muerte de mi padre, Pura decidió vender la casa de Sevilla porque decía que era fría y muy grande para los que habían quedado en la familia. Buscó una buena inmobiliaria que al poco tiempo llevó de visita a Katy Hudson, su cliente. La americana, al ver la casa un día en que nos habíamos reunido todos para celebrar el cumpleaños del tío Ramón, quedó prendada de sus posibilidades y, especialmente, de sus residentes.

Katy era una mujer resultona y muy simpática, rayaba los cuarenta años; estaba divorciada y tenía tres hijos pequeños, dos grandes perros, tres gatos y una jaula de pájaros. No recuerdo más animalillos, pero sí que venía acompañada por un argentino más joven que ella con traza de no dar golpe. Por Alberto había recalado en Andalucía, según contaba, huyendo del ambiente de drogas y delincuencia de San Francisco, su ciudad. Estaba fascinada de Sevilla, de su belleza y clima, que le recordaba mucho al de su California natal.

Cuando llegó la americana, Pura desplegó con ella y con el amante todo su encanto y virtudes de buena anfitriona, y Antonia las suyas culinarias. Katy pasó dos semanas en la ciudad; aparecía a diario a la hora de comer, decía que le chiflaban nuestras sobremesas. Se veía instalada en aquella típica casa andaluza con toda su familia... y con nosotros haciendo de figurantes. No lo dudó, la compró inmediatamente; entregó cuatro millones de pesetas de adelanto con la condición de que si no pagaba el resto, mi madre se quedaba con la señal. Con aquel dinero y unos ahorros, Pura compró frente al parque de los Príncipes un gran piso que decoraría con algunos muebles de la antigua

casa y con otros —como nuevos sofás y el comedor— de Los Certales.

Al principio la cosa marchó bien porque el piso, aunque bastante feo para mi gusto, era amplio y confortable. Estaba refrigerado y tenía calefacción, cosa que valoraba mucho mi madre. La casa de Jesús del Gran Poder era ideal en otoño y primavera, pero cuando apretaba el calor nos achicharrábamos en el segundo piso, donde estaban los dormitorios. El techo de cristal del patio, a pesar de la vela blanca que tamizaba la luz, calentaba la casa como una estufa; solo se estaba fresquito en la planta de la entrada, donde vivía el tío Ramón. Las casas típicas sevillanas tenían esos inconvenientes y por ese motivo estaban arregladas para que las familias pudieran mudarse de piso según avanzaba el calendario. Mis abuelos tenían en la planta baja una pequeña cocina, un baño y una alcoba para el caso de no poder huir de Sevilla en los meses de calor. En octubre subían sus bártulos al primer y al segundo piso. Pero sin duda, lo peor de la casa eran los terribles y húmedos inviernos. Vivíamos arrecidos. Todos teníamos sabañones en los veinte dedos; en los gélidos amaneceres sevillanos, los niños nos poníamos los uniformes del colegio dentro de las camas. Y por las noches parecíamos espantajos, vestidos con batas largas de *boatiné*. ¡Qué frío pasábamos en aquella casa de mármol! A pesar de que las criadas calentaban las sábanas por las noches con botellas o bolsas de agua caliente y de que dormíamos con gruesos pijamas de viyela y patucos de lana que nos tejía nuestra madre.

La americana no imaginaba lo que le esperaba, ni nosotros la pusimos al tanto de los inconvenientes. Pura hizo la mudanza al nuevo piso al mismo tiempo que Katy aparecía en Sevilla con sus hijos y sus muebles. Todavía vivía con Alberto, pero el novio le duró muy poco. Tuvieron una enorme trifulca y Katy mandó al argentino a la Pampa.

Se quedó sola, sin saber una palabra de castellano, en manos de unas muchachas que Antonia le buscó. Aquello fue un completo caos. Los niños no se adaptaron a una ciudad tan histórica pero sin campos de béisbol, sin parques gigantescos y sin mar; duraron solo tres meses. Katy hizo de nuevo las maletas y si te he visto no me acuerdo. Mi madre recuperó la casa, que le había proporcionado en pocos meses una buena renta, y la vendió al poco a una familia que montó allí un hotelito. Al cabo de los años, cuando fui a enseñarle Sevilla a mi novio Nicolás, pasé por mi antigua calle y me detuve en nuestra puerta. Pedí permiso a los dueños del hotel para entrar y echar un vistazo al patio en el que tantas veces había saltado en la red con Conchita y Moncho. Fueron muy amables, me contaron que no hacía mucho que una señora mayor comentó lo mismo, que aquella había sido la casa que había construido su padre, que entró sola al patio y se fue llorando. Al contárselo a Pura me dijo que no había sido ella. No la creí.

Un año antes de que mi familia se mudara al piso de los Remedios, se casó mi hermano Moncho con la rubita Mary Luz. Como no terminaba la carrera de perito agrícola, ella le dio a mi hermano un último aviso. Era un poco mayor que él y se había licenciado en Literatura Española. Ya tenía trabajo y un piso pequeño que pagaba a plazos. Los padres no eran gente de dinero, pero Mary Luz, que era muy religiosa, se metió en la Obra y comenzó a trabajar de profesora en el colegio del Aljarafe. Como buena opusina, empezó a parir niños y no paró hasta el séptimo, cuando Moncho se plantó porque con sus sueldos, por mucha ayuda de la Obra, solo podían aspirar a pasar el mes de agosto en un apartamentillo que alquilaban en Isla Cristina. Así que la familia de Moncho, más hijas que hijos, vendió el pisito de Sevilla y se quedó a vivir de alquiler en Mairena, en un chalet adosado al de sus suegros.

Moncho se adaptó a su familia política sin inconveniente; es un hombre sencillo que no necesita lujos. Tiene una caravana de segunda mano que usa en vacaciones, donde se meten todos como sardinas en lata y se van al norte, «a los dulces prados, a no pasar calor», dice Moncho, que sufre mucho con los más de cuarenta grados a la sombra que se estilan en nuestra bendita tierra. Desde que se casó con Mary Luz, mi hermano fue el preferido de nuestra madre, contenta con la religiosidad de Moncho y su feliz familia. Incluso a veces iba con ellos a los retiros que convocaba la Obra, pero nunca se afilió a esa congregación porque ella era de los jesuitas; fue leal a su padre espiritual hasta poco antes de morir.

CAPÍTULO XVII

De: Amalia.
Para: Juana, Concha, Asun y Lucía.
Fecha: 21 de marzo de 2010.

Queridas hermanas, os mando la noticia publicada el 28 de abril de 1974 en el ABC sobre el robo de las joyas de mamá. Me parece muy curioso, por lo que tiene de psicodélico, eso de la comida del ladrón; digo yo que por muy bien que cocinara Antonia no creo que su fama llegara a los antros sevillanos.

Paul, un becario de la agencia, la ha limpiado y la ha colocado en una sola columna. Me he informado y he descubierto, tal como nos contaba Lito, que el día de autos era sábado de Feria. Por eso la vieja, el tío Ramón, las mellizas y Antonia estaban en el campo; ya recordaréis lo poco que le gustaban los folclores a la familia. Recuerdo que lo primero que hizo mamá fue llamar al tío Luis, al yerno de la tía Carmen de Pilas. Luis, que era comisario de policía y trabajaba en la comisaría central de la plaza del Duque, fue el que llevó el caso, pero por desgracia falleció hace años. No sé cómo el tío Luis no fue más prudente, cómo le aconsejó a la vieja denunciar sin dilación el robo sin antes mirar bien en los escondites que utilizaba cuando se llevaba las joyas al campo, sobre todo en las vacaciones. Claro que a

lo mejor las buscó en su cómoda y no estaban, pero… ¿aparecieron luego en el cortijo por arte de magia?

He hablado con Lito largo y tendido y me cuenta que era verdad que por esas fechas estaba pegado, que tenía que esconderse de sus acreedores, estaba en la lista de morosos del Cobrador del Frac. Había ampliado la tienda con dos nuevos almacenes y, por lo visto, no previo la enorme crisis económica que sufrimos en el 72, el año que se arrumaron un montón de empresarios. Bueno, pues Lito le pidió ayuda a nuestra madre, quien, como siempre, convocó a su sanedrín de hombres ilustres y de su confianza. Juan, su antiguo novio, le advirtió lo mismo que el primo, que no estaba el horno para bollos, que si pedía otra hipoteca de la finca aquello iba a ser una bola ingobernable, que ya estaba al límite de sus posibilidades de crédito y que las mejoras que se habían hecho en el cortijo no estaban liquidadas, etc. El caso es que mamá le contestó a Lito que se las arreglase como pudiera, tal como le dijo a Concha cuando se casó de penalti.

Lito tuvo que vender aquellos locales a un precio de risa para pagar sus créditos. Le costó mucho salir de aquel atolladero, pero al final lo consiguió. Todo esto os lo cuento, a pesar de que estáis en el ajo, para que lleguéis a la misma conclusión que yo: ¿quién odiaba a Lito? ¿Quién conocía perfectamente su desastre económico? ¿Quién se la tenía jurada desde hacía años? ¿Quién era tan cabrón —entonces no lo sabíamos— para inculparlo en el robo? ¿Quién tenía llaves del piso? ¿Quién fue el que apareció por la casa justo en el momento que «huyó» el ratero? ¿Quién fue el que se acobardó cuando Pura denunció el robo? ¿Quién pudo dejar las joyas en la cómoda tan cómodamente y quedarse con el reloj del abuelo y con sus gemelos de diamantes? El primo Sebastián. Seguro que al final de su vida nuestra madre se

dio cuenta de su error, pero ya estaba acogotada por el primo.

Ahora lo que hay que hacer es investigar. Yo he hablado con el comisario y le he contado todo esto y lo del primo Luis. Enseguida nuestro amigo se ha puesto en contacto con la central de policía de Sevilla y afortunadamente ha dado con el comisario Sánchez, que está a punto de jubilarse y que trabajó en el caso. Dice que se acordaba perfectamente del robo porque Luis se volcó en él; pero que como aparecieron las joyas en el cortijo, el tío Luis pensó que había sido nuestro hermano y que era preferible dejar el suceso sin resolver. Así que el pobre ha cargado con el sambenito todos estos años cuando teníamos al ladrón sentado en nuestra mesa.

Evaristo opina que no está todo perdido, que la policía no puede actuar en un caso de hace tantos años, que está prescrito, pero que no nos preocupemos porque en cuanto tengamos pruebas, ese va a cantar La Traviata. Me ha dicho que contemos siempre con él y nos aconseja que busquemos un detective privado, tal como nos advirtió Sebastián. Nuestra hermana investigadora ha recordado a una agencia catalana que utilizó una vez para un asunto sobre su marido. Dice que se va a poner en contacto con ellos para que le aconsejen.

Os cuento esto para que tengamos esperanzas de que se va a resolver bien el asunto, ya estamos cerca del final. Por cierto, Concha está muy fastidiada con el tema de su separación, deberíais animarla. Muchos besos a todas, Amalia.

La del periodismo fue otra de mis obsesiones, en este caso mental, nada que ver con la física cuando, en mis años de bailaora, me rompía el alma y los talones taconeando ritmos

que me costaba un huevo retener, por culpa de mi desastrosa memoria. La universidad fue una bendición, amplió mi mente y mi mundo. Y me independizó. Llegué a ella en el momento que las niñas crecieron y tuve tiempo para dedicárselo a mi espíritu. En eso fui cuca; en vez de ampliar las horas de baile o de yoga, corté por lo sano y no volví a levantar una pierna. De todas formas, al principio no me tomé los estudios muy en serio. Iba a las clases en mi BMW color guinda, casi siempre sin capota, por eso de lucir palmito. Aparcaba detrás del edificio porque si lo hacía enfrente de la gran puerta de entrada de aquella especie de *bunker* que era mi antigua facultad, los chicos me decían de todo, y eso que yo pensé que en Ciencias de la Información encontraría gente ensimismada en trascendentes pensamientos, que iría a lo suyo, sin mirar al vecino. ¡Qué equivocada estaba! Hasta los profesores jóvenes me tiraban los tejos; claro que yo aparecía con elegantes modelitos deportivos. Se veía a la legua que cada uno de ellos costaba más que la beca anual de algún que otro compañero, los que más se fijaban en mí y, principalmente, en mi lujoso coche.

Recuerdo a un chico de San Andrés del Rabanedo (y digo yo, ¿cómo me puedo acordar de tan extraño nombre?) rubio, alto y la mar de guaperas que me engatusó con su sonrisa para que le dejase conducir el coche hasta la boca del metro de Moncloa. Pero yo no me fijaba en ellos desde el punto de vista sexual. Yo iba a lo mío, a hacer crecer mi pobre intelecto, a mejorar mi escritura y ampliar mi escaso vocabulario, que desde hacía años se reducía al lenguaje de mis niñas y a las vacuas charlas con mis amigas del *bridge* sobre interiorismo, moda y las nuevas tendencias en la alimentación.

Pues sí, así fue, la universidad fue poco a poco cambiándome. Al segundo año dejé de ir en mi aparatoso coche y quise pasar desapercibida; para ello Julio me

compró un pequeño Peugeot de segunda mano. Pero no lo conseguí, ya que entonces me dio por estudiar en serio, hacer todos los trabajos, leer toda la bibliografía que nos prescribían y que solo yo leía. Me dio por investigar, comentar con los profesores, no perderme ni una conferencia en el Instituto Ortega y Gasset, en el que más tarde hice un curso de Relaciones Internacionales. Fue en verdad un duro esfuerzo, y terminé la carrera con muchas matrículas y con ganas de ejercer la profesión, pero me sedujo Nicolás, que me dejó chafada, otra vez sin las ideas claras y con una depre del carajo.

Nicolás era de mi quinta, del cincuenta. Cuando lo conocí era profesor adjunto y la antítesis de Julio, por eso me quedé prendada de él. Bohemio, despegado del dinero, afable, tierno, de una enorme cultura. Sensible y sensual, además de ser un real buen mozo. Vamos, que todas las chicas de la facultad iban tras él. Pero Nicolás se fijó en mí ya que no entendía cómo una pija ricachona se había metido a estudiar, y además en plan serio, no como otra señora que presumía de ser la mujer de un arquitecto muy famoso.

Zita, mi compañera, se camelaba a todos los profesores mencionando el nombre de su marido y con una conversación agradable, pero después la muy jodida daba cambiazos en los exámenes y, en los grupos de trabajo, no pegaba ni chapa; se apuntaba la primera para recibir parabienes. Sin dar golpe, Zita sacó mejores notas que yo, que sí que me lo curré. Ese curro impresionó a Nicolás y un buen día en su despacho se me declaró. Con mucho misterio me entregó una poesía alegórica que terminaba con un ROMA, ROMA. Yo, tan tonta, no caí hasta que me lo explicó al día siguiente; tenía que leer las dos palabras al revés, al estilo árabe, de derecha a izquierda. Después de aquella declaración tan infantil y tierna, decidí darle puerta a Julio. Estaba cansada de que no me valorase, de que me tuviera

olvidada, de que solamente fuese amable conmigo delante de sus clientes. Cuando regresó, me encontró tan contenta haciendo la maleta porque me iba con Nicolás.

A Roma, claro.

Nada más casarse Moncho, Pura vendió la casa de la playa. Las mellizas tenían trece años, una edad fantástica para hacer pandillas y amigos de los que duran toda la vida. Mi madre no podía soportar la soledad del chalet, ya no bajaba al toldo ni se reunía con sus amigos de siempre. La existencia medio salvaje que habíamos llevado hasta entonces se esfumó. La vida en Punta cambió por completo cuando se construyó la autovía que une la costa con Huelva, cuando aquel precioso pueblo se urbanizó sin orden ni concierto y de forma irrefrenable. Se levantaron miles de apartamentos, se asfaltaron las calles que eran de arena, llegaron los coches y su polución, aumentó en gran escala el número de veraneantes, surgieron como hongos urbanizaciones, hostales, un hotel… Pura no reconocía su querido ambiente; algunos amigos se fueron, ya los niños se tenían que calzar y no tenían libertad; no se decían misas de campañas en el Cerrito, a espaldas de la iglesia, justo al lado del club de tenis, de los pinos, de las casas de madera de los ingleses, de la Ría que estaba a un paso, de la plaza junto al embarcadero de las canoas donde íbamos al terminar la ceremonia a tomar horchatas, granizadas o riquísimos helados en la cafetería Ibense.

Aquellas eran las misas más bonitas que recuerdo; toda la familia Panero sentada en la arena blanquísima, menos mi madre, que tenía una silla con reclinatorio con el rótulo: «Familia Panero» y que alguno de nosotros, de mala gana, iba a recoger dentro de la iglesia al llegar al lugar en el que normalmente nos colocábamos para oír la misa. Yo me pasaba toda la ceremonia, junto a Concha, haciendo bellos dibujos con un palito en la arena que alisaba con la mano.

Le escribía notitas a mi hermana en una especie de chat orgánico. Cuando nuestra madre notaba que teníamos la cabeza en la luna de Valencia, nos miraba sin cambiar la expresión pero era suficiente el aviso: «Os vais a quedar sin helados». Y sin dudarlo un instante desistíamos de nuestro despiste y nos disponíamos a ir, bien concentradas y con las manos juntas, detrás de nuestros padres, amigos y vecinos a tomar la comunión.

Las misas del Cerrito se acabaron, como las visitas al cine de verano en el barrio de los pescadores, donde Concha conoció a Paco. Las raras veces que nos dejaban ir al cinemar San Fernando era una experiencia entrañable; ir solos en plena noche por aquellos caminos de madera, iluminados por escasas farolas y pasar la fonda de María Mandao, un caserón muy grande de dos plantas donde vivía mi amiga Rosarito, nieta de la dueña. Aquellas noches disfrutábamos de dos horas de pelis americanas con un buen cartucho de pipas o masticando chicles, con el olor a algas y a salitre del puerto, bajo un cielo negro taladrado por millones de estrellas. Antes de llegar al cine, reconocíamos por sus nombres todos los chalets hasta llegar a la estrecha calle peatonal de la Ría, donde estaban las más grandes y bonitas casas de Punta. Y por la Ría llegábamos hasta la plaza del pueblo, después de pasar la de mi amiga Dora, la hija de un ingeniero jubilado de Río Tinto que siempre estaba borracho. Dora era una chica fantástica, aunque nada agraciada. Mayor que yo dos años, me daba mil vueltas en inteligencia y cultura. Tenía varios *bulldogs* que se ponían a ladrar como fieras siempre que pasaba alguien frente a su chalet. Durante un verano fui a diario a ver a Dora a la hora de la siesta porque me daba clases de latín. Me encantaba su casa, una de las más pintorescas y antiguas, de estilo colonial, totalmente de madera pintada en verde oscuro, con un torreón con techo en punta como las capillas

protestantes. Al no darle el sol tenía las columnas, los suelos y las paredes deshechos de carcoma y humedad. Los altísimos eucaliptus que cubrían con sus hojas la arena del jardín no dejaban que nada creciera más, ni siquiera los lirios blancos silvestres o las adelfas. Mi amiga siempre estaba sola con su padre; sus hermanas mayores vivían en Londres. No parecía feliz, pero nunca la vi triste. Se crio sin madre, creo que la abandonó cuando era casi un bebé. Me hice muy amiga de ella, de mi profesora, que me enseñó tan bien que en septiembre saqué un notable, a pesar de haber tenido que empezar de cero; yo era un desastre de estudiante, principalmente en matemáticas, física, química y latín. Sin embargo era muy buena en historia, arte, geografía, literatura y, sobre todo, en gimnasia. Al cabo de muchos años, supe que mi amiga Dora se había suicidado.

Mis hermanas mellizas se quedaron sin veraneos en la playa. Juana y yo nos las llevábamos a nuestros apartamentos de Bagur y Marbella, pero no era lo mismo. Nunca pudieron adaptarse a nuevas pandillas, a veces no encontraban a jóvenes de su edad, pero se tenían la una a la otra, siempre estuvieron muy unidas. Se amoldaron bien al piso de Los Remedios en el que convivieron con el tío Ramón, con Pura y con Antonia. A los dos años del cambio de vivienda, mi madre se cansó también de Sevilla y decidió irse al cortijo con su hermano, que estaba medio inválido. Sostuvo que se iba a cuidar a Purita, que llevaba diez años viviendo en El Al Mizar atendida, después de una infame cuidadora, por unos caseros que se portaban muy bien con ella. Desde ese momento, Pura le contaba a todo el mundo que vivía en el campo por su hija Purita, por su «cruz».

Mi madre dejó en el piso de los Remedios a las pequeñas al cuidado de Antonia hasta que Lucía se fue a estudiar

medicina a Madrid; al poco tiempo le siguió Asun, que se matriculó en enfermería solo por estar al lado de su hermana. El piso siguió abierto para las pocas veces que mi madre y el tío Ramón iban a la ciudad a hacer gestiones o para cuando nosotras, las casadas, pasábamos en Sevilla unos días en primavera. Lito, con Curro, lo disfrutaban en las fiestas sevillanas porque mi hermano mayor era y es el único de la familia aficionado a la Semana Santa, devoto del Jesús del Gran Poder, la cofradía de nuestro antiguo barrio de San Lorenzo.

De: Asun.
Para: Juana, Amalia, Lucía y Concha.
Fecha: 23 de marzo de 2010.

Mis queridísimas hermanas, cómo me alegro de la recuperación de Lucía, ya sabía yo que todo iba a salir bien. El que sigue preocupado, hermana, es tu querido Ismail. No hay día que no venga a verme o me llame si está fuera de Kabul para saber si hay noticias de su novia. A pesar de que estáis en contacto, quiere conocer nuestra opinión; quizá piense que tú no le vas a contar enteramente la verdad. Está a tope de trabajo, como todos aquí, pero el no tener a su Lucía cerca lo está volviendo melancólico, ya no se ríe como cuando llegué. Creo, querida hermana, que le debes animar para que vaya a verte. Necesita unos días de descanso, unas vacaciones.

Yo estoy bien, con mucho trabajo, pero, gracias a Dios, con buen ánimo. Si tengo un rato libre me voy a casa de Lucía; allí Fátima me agasaja con comidas riquísimas que está aprendiendo a hacer porque dentro de poco la casan con —menos mal— un joven que tiene un negocito de reparación de motos. Después de cenar me pongo una de las

películas de la gran colección que tiene nuestra hermana, se nota que ha sacado la afición y el amor de papá por el cine, igual que Concha.

Si veo que la película es de mayores con reparos, como se decía antes, de puro asunto de sexo, la quito enseguida. No las soporto, ¡son tan crudas, tienen un lenguaje tan asqueroso! Pero hay otras románticas que me encantan, como *Los puentes de Madison*, que tiene un final muy virtuoso cuando esa estupenda actriz que no conocía, Meryl Streep, decide no seguir al fotógrafo y sacrificar sus sentimientos por no abandonar a sus hijos. La verdad es que lloré como lo hacíamos con *Bambi*.

Hace unos días vi una película que me impresionó. Se llama *La duda*, también con esa gran actriz. Al principio, al ver que el argumento era de monjas católicas pensé quitarla, porque sé que nuestra religión es tratada casi siempre con guasa en esta sociedad tan moderna. Pero la verdad es que me enganchó el papel de la madre superiora, un ogro para los niños y hasta para algunas de sus hermanas religiosas, aunque inteligente, recta y buena persona. Yo, la verdad, no he sufrido a una superiora como esa, de tan mal carácter. Las dos que he tenido desde que entré en el convento hace veintinueve años han sido mujeres afables y cariñosas. Pero sé que existen superioras o abadesas tan secas como la hermana Aloysius.

La película está tristemente de actualidad. Como además me informo por las páginas de Internet de los diarios, sé que no pasa un día sin que se destape un escándalo de abusos y pederastia en los colegios católicos. Son noticias que me llegan a lo más hondo, como si me clavasen puñales o me molieran a palos. No me entra en la cabeza que religiosos que se dedican al cuidado de niños pequeños, inocentes, puedan hacer las barbaridades que cuentan las pobres víctimas. ¡Qué canallas!

Me hizo meditar sobre la inoperancia con la que actúan para impedir esas barbaridades, sobre nuestra Santa Madre Iglesia. Y qué decir de la actitud desesperada e incomprensible de la madre del chico, que prefería que el cura le metiera mano con tal de sacarlo de la miserable vida que llevaban. ¡Qué horror!

Es tristemente verdad lo que denuncia la película, la inferioridad de la mujer en la Iglesia, el machismo imperante en ella. Se está demostrando en los tribunales que ha habido obispos que han tapado o intentan tapar los escándalos, cosa que me espanta.

Es muy fuerte todo esto, hermanas, estoy poniendo en cuarentena mi obediencia ciega a los ministros de mi Iglesia. Y me refugio en el Jesús de los Evangelios, cuando hablaba de los niños, de las mujeres y de los débiles, y de cómo debemos amarlos y protegerlos. Vivir en esta tierra de costumbres tan brutales y con gente que parece estar todavía en la Edad Media me hace recapacitar sobre lo esencial. Me refugio en los fundamentos de mi fe y en las verdades de mi religión. Hay buena gente en todas partes, gente auténtica, bondadosa, que hace el bien a los demás; pero también hay canallas y criminales, y mi Iglesia, al parecer, no se libra de ellos.

Pero no hay que negarlo; creo que no debemos esconder la cabeza bajo el ala para evitar responsabilidades repartiendo las culpas, diciendo que estas canalladas ocurren en otras congregaciones religiosas, en colegios seglares… Para nosotros, los católicos, es hora de reflexionar y de entonar un *mea culpa*. Como, al fin, lo está haciendo este Papa.

Os dejo, hermanas, me ha salido una carta triste y no es el momento de echarse a llorar sino de actuar, así que me voy a limpiar culitos de bebés y a repartir la comida entre

las madres. Hoy toca arroz con trocitos de pollo. Os mando todo mi cariño, que Dios os bendiga. Asun.

Mi hermana dice verdades como puños sobre su Iglesia. El correo de Asun nos ha sobrecogido, estamos espantadas por las noticias que llegan a diario sobre malos tratos, abusos y violaciones a niños. Aquí, en Alemania, no hay un solo día en que no salgan víctimas hablando de sus sufrimientos en internados, coros o parroquias. Mi madre no sabría ni podría ya salirse por la tangente, como hacía cuando empezaron a destaparse casos de pedofilia. Ella decía que siempre hubo criminales, en todas las sociedades, en todas las organizaciones. El portavoz de los obispos alemanes, en sus declaraciones contra los pederastas de colegios católicos y en las que reconoce la culpa de sus religiosos, añadía que «no solo en el ámbito de la Iglesia católica» se dan estos espeluznantes crímenes. Sin coger totalmente el toro por los cuernos, como mi madre. ¿Qué diría Pura de los casos de violencia y abusos contra niños en el colegio jesuita de Berlín durante veinte años? ¿Seguiría aferrándose a la arraigada costumbre de mirar para otro lado y callar?

¡Qué pesadilla tuve anoche sobre este escabroso asunto entremezclado con el robo de las joyas de la vieja! Me desvelé dándole vueltas al tema. Recordé que ella insistía en que le habían desaparecido el reloj de oro del abuelo con su cadena y los únicos gemelos valiosos que tenía su padre, el regalo que le hizo el tío Hilario al casarse con la abuela Purificación. Ya lo dejé claro en el *e-mail* que le mandé a las hermanas: Sebastián se quedó con los recuerdos de Amalio seguramente para jorobar más a Pura, que los tenía en gran estima. Porque no creo que fuera por amor a la memoria del abuelo. Sebastián se quedó chafado cuando descubrió que Amalio no le dejó ni un cachito de tierra, a él, que había

dedicado todo su esfuerzo y años de estudios al El Al Mizar, su fiel y leal sobrino. Ni siquiera le dejó las setenta hectáreas de olivos que lindan con la huerta de naranjos, que el primo sembró y cuidó con tanto afán.

Estas reflexiones se las he mandado esta mañana al comisario. Estoy convencida de que esas joyas tienen que estar en la casa de Sebastián. Evaristo no quiere tocar el tema del crimen hasta que no le apretemos las clavijas al primo, hasta que nos cuente todo lo que sabe sobre el piloto. Opina que en el caso de que no suelte prenda, tendremos que aceptar la actuación policial con los Negros, habrá que denunciar la aparición del esqueleto de Gonzalo y poner en marcha toda la maquinaria jurídica para esclarecer el misterio. Seguramente llamarán a Lola a declarar, porque ella lo sabe todo, de eso estamos seguras. Lo cierto es que me inquieta que la molesten; por lo visto está muy grave, a punto de morirse.

Juana habló con el detective catalán que conocía y que le aconsejó a una colega de Huelva: es una chica *free lance*, con tarifas bastante razonables. Mi hermana opina como yo, dice que ni hablar de meter a los Negros en este asunto, no quiere que incordiemos a Lola que está en cama con fiebre alta.

Concha se va el sábado al cortijo a pasar el fin de semana con Purita; cuenta que necesita caminar por el campo, descansar y reflexionar. Lucía escribe que se ha quedado muy preocupada por el correo de Asun, que seguro que lo está pasando fatal aunque no lo admita, que ella la conoce bien. La pierna ya casi no le duele, le molestan los clavos pero dentro de poco se los van a quitar.

Lito también manda un *e-mail* interesándose por el tema de las joyas. Quiere que su nombre quede bien limpio, todavía hay gente en Paterna que recuerda el suceso y que nunca quedó convencida de su inocencia. El único que no

está involucrado en el misterio es Moncho; él tiene suficiente con preparar esa macrofiesta que les está organizando a sus «compañeros templarios» para abril.

Justo al año de vivir en el piso de los Remedios, mi familia se conmocionó con un extraño suceso. En un sábado de Feria robaron las alhajas que Pura tenía en un joyero de piel en el fondo de su armario. Ese día, mi hermana Juana estaba pasando la Feria con Lito y con Curro y quiso ponerse los pendientes de esmeralda que papá le había regalado a Pura cuando nació ella, la primogénita. Al no encontrar el estuche, llamó a nuestra madre, quien le aseguró que las joyas estaban en la casa. No las hallaron, por mucho que mi hermana puso el piso patas arriba. Al día siguiente mi madre contactó con el primo Luis, que era comisario de policía y yerno de la tía Carmen de Pilas. Luis enseguida fue al piso para buscar huellas dactilares, pero en vano, puesto que el ladrón llevaba guantes.

La noticia salió en una nota del ABC: contaba que el caco había sacado de la nevera un plato de ensaladilla y se la había comido en la mesa de la cocina. Al poco tiempo aparecieron las joyas en el cortijo, en el cajón de la cómoda de mi madre. Luis no siguió investigando y nunca se supo quién las había robado.

Después de aquel misterio, en el 76 Pura se llevó al campo a su hermano Ramón. El tío estaba muy mal, a punto de perder la pierna derecha a causa de la diabetes. Casi no salía del perímetro del castillo, y solo daba pequeños paseos por la terraza y los dos jardines que lo circundan. A veces, Lito o Moncho le llevaban a Paterna a tomar el aperitivo en el bar de la plaza.

Pura tenía una enorme falta de calcio y secuelas de sus numerosos partos. Había envejecido mucho, parecía tener

ochenta años; no seguía el tratamiento de inyecciones prescrito ni se preocupaba de su aspecto físico. Como sufría intensos dolores de espalda y cervicales, se pasaba la vida sentada en el cuarto de estar, mirando las puestas de sol, tejiendo y pensando, decía, en la familia. Por las tardes continuaba el rito de los hermanos de charlar sin descanso de viejas historias. Ramón se entretenía con sus novelas y con Purita, con la que jugaba a la oca o al dominó. Conversaba con ella de mil pequeñas cosas, la hacía hablar, pintar, la mantenía activa.

Con dieciocho años, ya mayores de edad, las mellizas se fueron a Madrid. Lucía quería estudiar Medicina en la Complutense y Asun se fue tras ella para hacerse enfermera. Alquilaron un pequeño piso en la calle Ponzano, que lindaba con el huerto de un convento de monjas de clausura. Las dos sacaban buenas notas, así que Pura no tuvo que preocuparse; eran serias y responsables. Antes de que Asun se hiciera monja, Pura las visitó solo en dos ocasiones: cuando montaron el apartamento, para dar su visto bueno, y cuando Lucía cogió una escarlatina que la tuvo en cama dos semanas. Yo me encargué de que estuvieran bien abastecidas y les ayudé a comprar el ajuar y a decorar el piso con el pobre peculio que les había dado Pura. Muchos fines de semana me visitaban en La Moraleja, especialmente los días que hacía bueno para bañarse en la piscina.

Por aquellas fechas fue cuando al tío Ramón le amputaron la pierna en el Hospital de la Cruz Roja, y allí estuvo mi madre junto a él hasta que se recuperó del trauma de verse inválido y se acostumbró a las muletas y la silla de ruedas. El tío, que era un hombre alto, ágil y delgado, intentó no pensar en su invalidez y seguir con optimismo la vida plácida que llevaba en el campo. Purita salió llorando al verlo llegar liado en una manta, repentinamente envejecido.

Para estar al lado de Ramón, cuidarle y darle ánimos, llegaron las mellizas y Lito a Sevilla.

Por entonces, y antes de que Asun entrase en el convento, entré yo en la universidad; con treinta años, después de terminar la carrera de danza española en el conservatorio de Sevilla. Asun terminó su diplomatura de enfermería, vivió un breve romance con su novio veterinario y se metió a monja en el convento que veía desde las ventanas de su piso. Pura y el padre Mier Darán acogieron gozosos la decisión, no así los hermanos, que intentamos hacerle cambiar de idea, pero fue inútil. Asun parecía feliz con la decisión de encerrarse de por vida en aquel tétrico caserón. Mi madre, acompañada por Purita y por el tío, volvió de nuevo a Madrid al ingresar nuestra hermana en el convento. Purita no entendió la ceremonia, a pesar de que le encantan las iglesias y los santos; sufrió en el instante en que se despidió de ella. Decía que no quería que se la llevaran los extraterrestres. Algo así ocurrió.

Mientras tanto Lucía iba sacando con buena nota sus cursos y nosotras, las dos mayores, finiquitamos nuestros matrimonios. Mis hijas, Sofía y Elvira, tenían trece y doce años y sufrieron mucho cuando me enamoré de Nicolás, con el que intenté llevar una vida distinta a la que había llevado hasta entonces.

Julio consintió que me quedase en la casa de La Moraleja hasta que las niñas fueran independientes, con la odiosa condición de que no me casase con mi novio ni lo llevara a vivir allí. Como estaba estudiando y no tenía ninguna renta, acepté su oferta y una buena mensualidad para mantener la casa, aparte de dos pisos que puso a mi nombre para que viviese de sus alquileres al finalizar el trato. A Nicolás no le pareció mal el arreglo, él vivía en un bonito apartamento cerca de la Ciudad Universitaria, en el barrio de Moncloa. No tenía ninguna intención de convivir con mis hijas, no quiso

nunca involucrarse en sus vidas, y menos aún en su educación.

Juana también terminó con su matrimonio, se quedó viuda al año de mi divorcio y de manera sorprendente. A su marido, Joaquín, le dio un infarto viendo un partido de fútbol. Juana demostró tener una enorme entereza, porque ese día, domingo, estaba sola y sin servicio. Lo llevó de inmediato en una ambulancia al hospital más cercano, pero no pudieron hacer nada por él, llegó muerto. Juana preparó sus maletas, mandó sus muebles y pertenencias a Sevilla y dejó a Kino, su único hijo, estudiando medicina en Barcelona en casa de los abuelos. Compró un fenomenal piso en la plaza de la Alfalfa y se matriculó en Geografía e Historia. Mi hermana rejuveneció en su tierra, recuperó su ciudad, hizo muchos amigos y vivió desde entonces sin necesidad de obligadas relaciones sociales. Tuvo un idilio de nueve años con Javier, un antiguo novio médico, divorciado y sin hijos. Juana no quiso casarse y volvió a tener mala suerte, ya que Javier murió en un accidente de coche. Desde entonces vive sola, rodeada de libros y con su perrito Palafox.

CAPÍTULO XVIII

De: Juana.
Para: Concha, Amalia, Lucía y Asun.
Fecha: 28 de marzo de 2010.

Queridas hermanitas:

Me puse en contacto con mis amigos detectives de Barcelona; menos mal que se acordaban de mí. Ya os contaré algún día el tema que me llevaron y que resolvieron de manera positiva. Me dieron el teléfono de una detective, una joven que resulta que es de Escacena y se llama Luna como su patrona, ¡qué chico es el mundo! Me puse en contacto con ella y quedamos ayer sábado a tomar un café para irla poniendo en antecedentes.

Tiene un novio en Escacena y se quiere quedar allí, dice que de fijo abre una pequeña agencia para aquella región. Pues vamos a ser sus primeros clientes. Me parece que tiene un gran interés por nuestro asunto. Ella conoce El Al Mizar, fue una vez con el colegio al Chorrito para hacer una acampada en las charcas del Corumbel, una primavera de no hace mucho, porque es muy joven. Parece bastante inteligente, enormemente avispada y de ánimo alegre. Es pequeña, gordita, morena, nada especial como físico pero tiene unos ojos negros preciosos y una sonrisa abierta que camela a todo el mundo. También tiene una forma muy

graciosa de hablar. Bueno, esto que os cuento es solamente para que Amalia lo ponga en el libro; tiene que ser muy realista, como lo son las novelas policíacas.

Luna ha entendido perfectamente el caso, que en realidad son dos: el robo de las joyas y el misterio de la muerte de Gonzalo. Ella está fascinada con ambos, opina que no es normal que le encarguen la resolución de un robo y de un asesinato, que eso solo pasa en el cine, que lo normal es olisquear en asuntos de cuernos o seguimientos de falsos parados. Y que a ella esos trabajos le aburren. Pues con los nuestros va a estar la mar de entretenida. Por lo visto ahora no tiene mucho curro, hasta para los detectives es terrible esta aciaga crisis.

Nuestra investigadora me ha pedido los datos de Sebastián, de su novia Encarnita, sus números de teléfono, las costumbres de sus caseros, la rutina de su jodida vida… Creo que quedó satisfecha con toda la información que le di, pero por si acaso necesita más referencias le he dado vuestros teléfonos. Sobre el precio, me comentó que cobrará por jornada de trabajo, que su tarifa es de 150 euros al día, las fiestas las cobra el doble. Pienso que no es cara, que le podremos pagar entre todos, tenemos que hacer un fondo común. Y también para el abogado de Huelva, el que nos llevará el asunto de la denuncia a Sebastián. Luna piensa que no vamos a conseguir nada por ese camino, que seguramente lo desestimarán en el desastroso y lentísimo juzgado de La Palma del Condado. Insiste en que hay que actuar, que es la única forma de conseguir que el primo deje la tutoría de Purita en nuestras manos. El tema de Purita le ha llegado al alma, es bueno que la detective sea una mujer.

Os dejo, he quedado mañana con ella en mi casa para seguir hablando, ya os contaré. Asun, ánimo, hermanita, que vivir sin la coñazo de la madre Mariana compensa. Me

acuerdo mucho de ti, estoy segura de que vas a salir de esa tan bien como tu querida Lucía de su atentado.

Muchos besos de vuestra hermana mayor, Juana.

P. D. Soy una pesada, pero vuelvo a recordaros la reunión de Punta. Ya estoy preparando todo, os voy a poner unos langostinos celestiales.

Mi hermana Concha está mejorando, vuelve a ser la de siempre. Hemos estado de charla más de una hora sobre lo bien que se lo pasó ayer con sus amigos, con los que sale los fines de semana. Yo le sigo haciendo de psiquiatra, solamente le tengo que decir: «Anda *sister*, suelta qué parranda organizaste ayer para tener esa voz aguardentosa». Esta vez me ha contado que ha empezado a chatear en una web muy formal, de pago, de esas que te borran si te pones borde y en las que puedes denunciar a los que se comportan de manera chabacana. Afirma que en las que no se paga, las que suelen usar los chicos, es terrible las cosas que se oyen, que es un completo cabildeo; cuando entró no pudo seguir enganchada ni cinco minutos, una obscenidad.

Pero lo que ella me ha contado de sus primeros *chats* no es nada fino, es más bien hortera. Ayer me comentó que un señor con el que había contactado, que por lo visto le mandó «un flechazo» al ver sus bonitas fotos, le pidió si podía utilizar su cámara, quería darse a conocer. Concha dijo que vale, pero que ella no estaba presentable porque se acababa de levantar de la siesta; los viernes por la tarde libra, no va a la oficina. Pues contesta el del *chat* que no le importa, que deseaba que ella lo viera. Sigue Concha: «Yo lo veía, y él a mí no. Y como yo tenía que ir a recoger unos papeles al despacho, a Marbella, le dije que sí, y quedamos

cerca de un quiosco para ir a la cafetería que está pegando a la oficina. Estaba en la esquinilla, muy emperifollado, los cuatro pelos pegados al mondo cráneo; tenía sesenta y cuatro años por más que había puesto cincuenta y seis en su perfil. Me aseguraba que él era sincero, que solo me había dicho una mentirijilla piadosa (dice entonces Concha: Piadosa sería para él»). No me llegaba a la oreja, tenía un ojo a la virulé, estrábico. Una monería, vamos, un auténtico merdellón pero no demasiado cateto, muy relamido, contaba solo tonterías, me daba grima…

—¿Pues por qué quedaste? —le pregunto en plan psicóloga.

—Eso digo yo. Me tomé el pastel y mi café y propuso: «¿Vamos al cine?». «Pues va a ser que no», le solté.

Dice Concha que le contestó con una sonrisa. Por lo visto le dio una buena excusa: que había quedado con su grupo.

—¿Y te fuiste con tus amigos? —pregunto con el cuadernillo sobre mi mantita mientras voy apuntando a gran velocidad.

—Claro, todas mujeres menos tres hombres, uno un médico delgado como un alfiler, más fino que el que roncaba (ese fue un ligue de hace poco), sesenta años, caballuno, bastante conocido en Estepona. Se llama Rodolfo Valentín, vaya nombre le puso su mamá.

—¿Tiene personalidad? —le digo para ir encasillándolo.

—No lo sé —contesta Concha después de pararse a pensar un segundo—. Yo lo veo, no sé cómo expresarlo… solitario. Es soltero, pero tiene el gran problema de su madre, que es viuda. Una de mis amigas, Lupe, divorciada y poca cosa, va con él, no sé si tiene interés, yo sé que algo hay, pero él no le hace mucho caso. A mí me daba el barrunto de que yo le gustaba al tío. Pero a mí él me importa un cuerno; no me agrada que esté eternamente en su casa, el puto día en el piso con su mami, además está lo de Lupe.

—Pero Concha… —Me reí—. ¿Cómo dices eso? Tú también estás siempre en casa hecha polvo.

—¿Yo? Nada de nada, tú no entiendes de la misa la mitad, estás *out*. Yo salgo de tapas algunos días, lo típico que hacen los divorciados, aunque yo antes no lo estaba.

—¿Y luego qué paso? —Me dispongo a seguir anotando cual cohete sideral…

—Fuimos a una tasca con música en vivo. Tenía una pistita y nos pusimos a bailar. Bailé mucho con un tal Felipe, que se parece al de Mafalda, los mismos dientes. Pero noté que Rodolfo tenía muchas ganas de bailotear conmigo y tiraba de mí. La cuestión es que después de ocho mil copas va y llama a Lupe su hermano porque sus padres habían tenido un accidente, por lo visto nada serio. Se fueron casi todos para acompañar a mi amiga en ese trance. Yo tenía ya una borrachera del carajo. Los que quedaron se fueron a un horrible *pub* y yo dije que me iba al Ranchón Dominicano. Felipe, Rodolfo y otra pareja nos fuimos apretados en mi coche. Pues nos quedamos allí y lo pasé fetén, bailamos bastante. De repente me di cuenta de que en la pista había un negrito que se parecía a aquel animador del hotel de Varadero con el que me enrollé hace años. Pensé «voy a hablar con él»; con tantas copas estaba desinhibida. Le conté la historia a los amigos y entonces… ¡¡Ah!!

—¿Qué pasó, Concha, cuenta? —le dije toda interesada dejando el boli a un lado.

—Coño, que me ha dado un calambre. Sigo. Me fui a hablar con el cubano que, como yo pensaba, era un profesional del baile, y le pregunté si daba clases. Estoy buscando un profesor particular para bailar en las discotecas. Va y me dice el caribeño señalando a Rodolfo: «Está usted con su marido…». «De eso nada, ni marido ni mierda», le contesto. «Ok, cuando pongan una salsita yo la

jalo y bailamos. Para ver su nivel. Pero no me tiene que pagar».

Me dice Concha que al ponerse a bailar le dijo con el acento cadencioso isleño y todo asombrado: «¡Mamita (porque me vio mayor, incluso pudo llamarme doña) *usté m'engañao*!».

—Y entonces me agarró, me apretó y bailamos. No quería cobrarme, pero yo le insistí: «Te pago una hora cuando me venga bien», y guardé su teléfono en el móvil. Él quiere que bailemos en la discoteca, por el ambiente. Rodolfo nos veía enfrascados y no parecía sentirse mal. Al cabo de media hora ya no podía más, me cansó el cubano, así que el negrito se fue a danzar con una mulata joven que era un dulce. A las tres me acompañaron mis amigos a casa, donde nos tomamos la enésima última copa. Pero la verdad es que Valentín está interesado en Lupe. Tendré que seguir chateando.

Y eso fue lo que ocurrió en esa sesión terapéutica. Le debo cobrar a Concha, se está ahorrando una buena pasta contándome sus zozobras. No les insistiré a las hermanas para que la consuelen, creo que lo pueden hacer Rodolfo o el cubano. ¡Qué pena, me dije, que no pueda ser Alejandro!

Tres años antes de terminar la carrera y meses antes de que a mi madre le diagnosticaran el cáncer que la llevó a la muerte, Lucía se casó en El Al Mizar. Estaba cansada de esperar a terminar sus estudios porque se sentía sola en su apartamento de Madrid y porque llevaba muchos años de relación con Luca, un médico del Gregorio Marañón. La familia de Luca era italiana; su madre no podía negar que se había criado en Sicilia, parecía la mujer del Padrino. Doña Nicoletta era una mujer sesentona, grandísima, gorda, afable y con el pelo canoso. Solía llevar trajes holgados y

sencillos y un moño bajo, como nuestra abuela Purificación en las fotos.

Tomasso, el padre de Luca, un hombre cuadrado, bajito y con enorme bigote cual felpudo de hotel, era traficante de armas, aunque él decía que se dedicaba a importar alfombras pakistaníes. Tenían un inmenso palacete en la urbanización de Marbella donde residían casi todo el año. Lucía nos contó —nosotras nunca estuvimos allí— que la casa era un espanto. Por fuera de mármol blanco, con torres y grandes ventanales pintados de azul eléctrico, como el sidecar que me regaló Julio en nuestro segundo aniversario. Por dentro, lo que no era de mármol negro o color grana estaba revestido de pan de oro. Nos contaba Lucía que la decoración era la típica de las casas de lujo marbellíes que salen en las revistas de los Real Estates de la zona; los sofás de seda estilo imperio con cenefas doradas y aguiluchos en las patas; figuras de cobre y de plástico imitando bronce que hacían de mesas o de camas. Y muchísimos espejos, arañas, cortinajes y cornucopias.

A mi hermana no le importó el mal gusto de su familia política, ni conocía entonces la profesión de su suegro; así que siguió con Luca, que era un hombre cabal y serio, todo lo contrario que su padre. Lucía quiso casarse en el cortijo, celebrar una boda sencilla y en plan campestre, y así lo hicimos. Yo la ayudé a elegir su vestido de novia en una *boutique* de la calle Serrano; era entero de encajes, de color champán. Se puso a los hombros la bellísima mantilla de la abuela y flores de yuca de tocado y en el ramo de novia. No llevaba velo ni más adornos que unos zarcillos de turquesas con brillantes, de las joyas de Pura. Estaba preciosa. Luca se vistió con traje oscuro y un chaleco heredado de un abuelo de Siracusa; iba asimismo muy elegante, con un reloj de oro con cadena, como en los viejos tiempos.

En la pared del fondo de la galería pusimos el Simpecado de la Hermandad del Rocío de Paterna y una fila de preciosas macetas con geranios blancos bordeando la alfombra que llegaba al altar. Todo preparado por nosotras, por las hermanas y por Luca, que se pasó el día poniendo farolillos de papel cubriendo el patio para que pareciese una enorme caseta de feria. Además instaló dos grandes focos que iluminaban las torres y las almenas. ¡Nunca estuvo el castillo más bonito!

Como pista de baile colocamos el remolque de un tractor en un lateral del patio y lo cubrimos de ramas de jaras, palmeras y encinas para disimular las ruedas; también se esparció tierra de albero del Chaparral donde se celebró el convite. Eso fue lo único que no hicimos nosotros ya que la cena la sirvió Ochoa, el mejor *catering* sevillano de aquella época. Concha y yo adornamos las mesas con lindos *bouquets* de violetas y lirios blancos del campo y contratamos una orquestina de jóvenes de música de *rock* y un grupo rociero para las rumbas y las sevillanas. Lucía bailó hasta caer rendida, no he visto nunca una novia tan flamenca. Fue una preciosa noche, una boda que todos los del Río recordamos con cariño.

La familia de Luca, inclusive su abuela siciliana, se quedó maravillada del castillo y sus fértiles tierras. Tanto le gustó a Tomasso, que ya con unas copas de más le dio la lata a mi madre para que le vendiese el cortijo. ¡A saber para qué lo querría!, nos preguntamos cuando al cabo de un tiempo Lucía descubrió que los negocios de su suegro no tenían nada de legales, que la fastuosa tienda de alfombras era una pantalla para lo que en verdad lo enriquecía: el negocio de armas con los árabes. Aun sabiéndolo, Lucía siguió casada porque Luca no estaba implicado en aquel asunto; él se dedicaba solo a cuidar a sus pequeños enfermos como pediatra. Abrió una clínica en Moratalaz y ella, al terminar su

especialización en ginecología, entró a trabajar en la Ruber de Juan Bravo.

Mi hermana solo puso una condición a Luca para seguir con él a pesar de la «profesión» de su padre: no admitir una lira de la fortuna de la familia y mantener a sus futuros hijos fuera de la influencia de Tomasso. Justamente así fue, lo que tienen ha salido de su trabajo, hasta el bonito piso del que disfrutaron, pagado con la herencia de nuestro padre y una enorme hipoteca a plazos. Sobre Tomasso tuvo suerte; ni Luca ni Lucy, sus hijos, conocieron a los abuelos, ya que al poco de casarse murieron en un ajuste de cuentas entre bandas. Su exmarido fue y es un hombre respetable y honrado. Su único problema, que le gustan demasiado las mujeres.

Hasta que no apareció el hijo que tuvo con una ayudante, Lucía perdonó todas sus aventuras porque eran pasajeras. Ella se sentía amada, la única. Pero aquel sueño se acabó al presentarse un día en su casa la amante con un bebé en los brazos igualito a su marido, hasta con el antojo que tiene mi excuñado cerca de la boca. Justo en el tiempo que apareció el niño de Luca, a mi hermana le diagnosticaron un cáncer de pecho. Se operó y superó la enfermedad con verdadero coraje. Cuando se recuperó decidió divorciarse y empezar una nueva vida como cooperante de Unicef en Kabul, en el Hospital Malakai. Lucía no terminó mal con su marido, se quedó con los ahorros y una buena pensión y siguió manteniendo con él un trato cordial. Luca visitaba a sus hijos en el piso de Lucía hasta que mi hermana se fue a Afganistán.

El mismo año de la inolvidable boda campera, dio la cara el cáncer de matriz de Pura. La operaron de inmediato y cuando descubrieron la metástasis que sufría, lo único que pudieron hacer fue darle sesiones de quimioterapia para alargarle la vida unos meses. En el verano siguiente, en el

año 85, mi madre falleció en su cama del El Al Mizar. Donde murió Tóbalo.

De: Juana.

Para: Lito, Concha, Asun, Amalia y Lucía.

Fecha: 31 de marzo de 2010.

Querido hermano y hermanas:

¡Una buenísima noticia! Encontramos al ladrón de las joyas de mamá. Tenemos las pruebas. Lo pillamos, Lito, ya puedes estar tranquilo… ¡Pobre, después de tantos años de estar en boca de la gente! Os cuento.

Hoy miércoles es el día que Purita va al pueblo a sus clases de pintura. Luna me dijo que nos acercásemos al castillo para ir conociendo el terreno, que la llevara al Barranco de las Ranas y le enseñara dónde habíamos encontrado los huesos de Gonzalo.

Fuimos bien temprano. Primero la llevé al Barranco, donde estuvo tomando un montón de fotos del escenario del presunto crimen y sus alrededores. Decía que era el lugar ideal para enterrar a un hambre, lejísimos de cualquier casa, que si bien el terreno era escarpado, al que lo enterró no le costó mucho escarbar un buen hoyo, porque el fondo del barranco es de arenilla, de una tierra blanda.

Lo que no pudo prever el sepulturero fue que al cabo de muchos años construirían un embalse en el Corumbel, un poco más arriba, ya en la Pata del Caballo. Esta obra ha provocado que el barranco se inunde en cuanto caen lluvias torrenciales como las de este año. Por eso ha subido a la superficie la medalla que encontró Purita, que seguro que se le cayó al muerto y quedó enterrada casi a ras de suelo. Bien que nos costó llegar hasta los huesos, ¿te acuerdas, Amalia?

Después del examen de la tumba del finado, nos fuimos al castillo. Los caseros habían ido con Purita al pueblo para hacer la compra semanal. Pues llegamos y solo estaba Anunciación, la guardesa de Sebastián. Por suerte su marido estaba en Sevilla, había llevado al primo al médico por su reuma. Anunciación, que es una mujer estupenda, nos invitó a entrar a la cocina y nos sacó un refresco. Le presenté a Luna como mi ayudante, y estuvimos un buen rato hablando de cosas del campo y de lo cariñosa que es Purita; dice que cuando coge espárragos siempre les lleva una maceta, y también les surte de espinacas y de gurugaos. En esas estábamos cuando Luna comentó que tenía un terrible dolor de cabeza y le pidió una aspirina. Me hizo un gesto con los ojos como diciéndome: «Llévatela, déjame sola». Al darle la pastilla, yo saqué el tema de su afición a la jardinería. La verdad es que tiene muy buena mano para las flores. Anunciación dejó a Luna descansando en su cuartito de estar y me dijo que la acompañara al jardín de la barbacana, llenito de preciosas flores blancas de jarro y de violetas, las que había plantado la abuela Purificación, las que el abuelo llevaba a las monjas del colegio de Juana y las que Purita regala ahora a las cofradías del pueblo para sus pasos.

Pues nos fuimos para allá con la idea de recoger algunas flores para Luna y para mí. Estuvimos una media hora dando vueltas entre los arriates. Yo no dejaba de alabar su arte, sus macetas llenas de claveles olorosos y lindos geranios, los numerosos rosales que bordean, junto con los mirtos, los parterres donde antes estaba el palomar… Al volver nos encontramos a Luna recostada en la mesa, con la cabeza sobre los brazos, haciéndose la dormida. Anunciación le ofreció un café, pero Luna aseguró que ya estaba mucho mejor, que lo que necesitaba era meterse en la cama.

Nos fuimos y, bajando la cuesta, cuando ya la casera no nos podía oír soltó un ¡¡¡YUJUH!!! De alegría y me enseñó las

fotos que había hecho a las joyas del abuelo con su móvil; estaban en el secreter que Sebastián tiene en su despacho y que por suerte no tenía la llave echada. Seguro que se le olvidó, debe estar perdiendo la memoria. Allí las dejó nuestra investigadora, dice que el comisario dispondrá lo que tenemos que hacer; si hace falta ella vuelve otro día para entregárnoslas. Luna presiente que Sebastián está implicado pero que no lo sabe todo.

Bueno, hermanitas, voy a remitir este correo a Evaristo a ver qué nos aconseja. Le diré que nos eche una mano, que después lo invitaré a mariscos en la playa. Os dejo, con tantas emociones estoy rendida; mañana tengo que entregarle a Moncho el *dossier* de sus templarios. Amalia, estaré en Santa Justa pasado mañana a las nueve y media para recogerte.

Muchos besos a todas. Juana.

¡Qué movida la de Juana con su detective! Luna parece una chica interesante, estoy deseando conocerla. Evaristo aceptó complacido la invitación a comer en Punta con nosotras. Juana le ofreció su piso sevillano para la Semana Santa, para que fuera con su novia a ver los pasos que cruzan, por debajo de sus balcones, la plaza de la Alfalfa. Todo está preparado, estamos las del Río coordinadas para reunirnos en la playa a la hora del almuerzo. Hasta Lucía irá aunque sea en helicóptero-ambulancia, anuncia en su correo. La llevará Ismail, que está en España desde hace unos días.

Organizamos el plan, quedamos en ir a desayunar al Potro. A continuación, Lito, Evaristo, Luna y Juana le harán al primo una visita de cortesía. Yo me quedaré en el bar, a mí Sebastián me tiene clava en una pica. Evaristo dice que quiere asustar al viejo. Otra cosa no puede hacer, pero ya es mucho; es un tipo fantástico que se está desviviendo por nuestro caso. A él también le ha afectado una barbaridad la

situación de desamparo de Purita. Dice que tiene ganas de conocerla, que como se ha leído lo que llevo escrito hasta ahora se ha metido mucho en la familia y sus berenjenales.

Purita es, sin saberlo, nuestra espía en el cortijo; le hemos preguntado si estará Sebastián el viernes y ha dicho que sí, que con el reuma casi no sale de casa. Así que por esa parte todo controlado. Yo avisé a Loli para verla en Paterna, hace mucho que no sé de ella; el día de la excavación no tuvimos ánimo de llamarla cuando fuimos a secarnos al Potro, que parece nuestra oficina en el pueblo. Loli estaba de buen humor, su madre ha salido de la fuerte gripe que la ha tenido en cama casi un mes. Pero cuenta que aunque ya no tiene fiebre, no está para tirar cohetes, tiene muy mal el corazón. Me dijo que le sería imposible vernos, que iba a Sevilla de procesiones.

Para tirar cohetes está Rudolf, tan contento porque me voy unos días a España y él se queda sólito. Creo que ya está haciendo planes. Se irá con su amigo Phil a esquiar a la cabaña que tiene su padre en Austria. Me da pena no poder ir este año, creo que mi suegro le ha hecho reformas, la ha ampliado para instalar un nuevo baño. Menos mal, antes el *water* pegaba a un mínimo lavabo y una escueta ducha; todos los sanitarios embutidos en una especie de armario sin puertas que daba a la única habitación. Hasta ahora ha sido un incordio ir a la cabaña con mi suegro ya que como nosotros dormíamos en el sofá-cama del cuarto de estar, teníamos que brincar por encima de los catres de la «*suite*» y realmente era violento eso de hacer pis u otra cualquier cosa aún más cortante entre los ronquidos de Dieter. Pero eso mismito es vivir en una *Hütte* tirolesa de treinta metros cuadrados, me decía yo para consolarme. Y me continuaba diciendo a mí misma que, a pesar de estos inconvenientes, tenía sus ventajas estar en plena cordillera de los Alpes, frente a un paisaje que por las mañanas, si hacía bueno,

levantaba el ánimo de tan bello, de tan grandioso. Y también era fascinante oír el mugir de las vacas vecinas de largo pelaje castaño, pastando cerca de nuestro pequeño jardín, no por nada estábamos rodeados de granjas y de otras cabañas mucho más grandes y lujosas que la nuestra.

Me asomo a la ventana de la cocina aquí en Heidelberg y pienso que ahora estarán empezando a salir en el jardincito austríaco los liliums y los jacintos, como los de nuestro vecino el cirujano, que se pasa su tiempo libre trajinando con las macetas, recortando los setos, podando la bella wisteria de inmensos racimos de flores moradas que cuelgan sobre el alto muro en donde se levanta nuestro edificio, que él tan bien cuida. Porque *Herr* Müller es además un estupendo portero. Nos tiene la entrada hecha un sol, llena de tiestos de geranios, de lilas y de plantas de flores celestes. Ya han salido los tulipanes, este año rojos, rosas y amarillos. También ha sacado fuera del *hall*, donde pasa el invierno, el naranjito que tiene plantado en un enorme macetón de terracota. El pobre árbol mediterráneo pensará: «Qué hago yo en estas latitudes, sin poder crecer como Dios manda, dando unas naranjillas enanas que seguro que no tienen sabor». No como las que tenemos en El Al Mizar, en la huerta cercana al pantano. Allí hay sol de sobra y toda el agua que necesitan los fértiles naranjos, porque la fuente del pantano nunca se agosta.

El pantano, según Moncho, prueba que El Al Mizar fue construido por los templarios. Es un embalse enorme que solo una vez vimos limpio, sin lodos y sin la inmensa suciedad que se va depositando en el fondo con el paso del tiempo; allí es donde viven las anguilas que solíamos pescar con unas cañas que nos construía Monchito en un plis plas. Inspirándose en aquellos peces que parecían culebras negras, ahora va y dice mi clarividente hermano que el

pantano era la piscifactoría de los monjes porque estos necesitaban el pescado para los enfermos y para las vigilias.

Nada de necesario, yo disiento (¡vaya!, qué bien vivían los del Temple), aquí en Die Brücke pasamos semanas sin oler el pescado, comiendo solo verduras con pasta o con legumbres. Pero me salgo del tema. Sigue diciendo Moncho que la hermosa escalera que baja al estanque es plenamente templaría, ya que servía para facilitar el uso de la alberca a los valientes pioneros que marchaban en busca de mejor vida, o sea, que allí se adecentaban antes de aparecer en Palos para conseguir un trabajo en las naves, un pasaje medio gratis para la conquista. Los templarios eran —sostiene en otro apartado— tan escrupulosos como los árabes; hasta se obligaban a hacer cinco abluciones diarias. Para finalizar su extravagante hipótesis, el sagaz Moncho se explaya largo y tendido en una disertación caótica para demostrar que El Al Mizar tuvo rosetas, cruces de ocho puntas y demás aderezos del Medievo. Se olvida totalmente de nuestros primos los almohades, que fueron los auténticos constructores del castillo. Pero lo cierto es que ha hecho un buen trabajo; a ver si cuelan sus estrafalarias teorías y vendemos la fortaleza templaría a los alemanes que llegan el domingo.

De este tema tan importante nos ha dejado tranquilas. Aduce que ya lo tiene todo listo, que se fue en una furgoneta a Madrid, a Cornejo, para alquilar el vestuario y el atrezo de armas, complementos, accesorios y utilería para vestir a todo quisqui en la fiesta que está preparando. Tendremos que acudir al sarao, no habrá manera de escaquearse, nos quiere colocar a las del Río Panero en la tribuna donde va la aristocracia, dice que iremos vestidas de damas medievales, hasta con cucuruchos y túnicas con colas. Concha opina: «Paso por vestirme de mamarracho pero a mí no me pone ese soplapollas cinturón de castidad».

La cita con los alemanes es a la hora del almuerzo. No sé, pero creo que Moncho se pasa. Se está fundiendo sus ahorrillos y el dinero de las vacaciones. Su hijo Daniel, el que es director artístico de cine, le está ayudando a pergeñar la macro fiesta; el loco de Moncho tiene a todos los sobrinos revolucionados, ya sabemos que los jóvenes se apuntan a un bombardeo. Me ha dicho que la comida la va a servir El Potro, que van a hacer unas enormes paellas de pollo y conejo, y que un argentino que conoce va a colocar en la terraza un espetón gigante para asar un novillo en canal a la manera de su tierra. De postre, rosquillas de anís, almendras garrapiñadas, rosas de miel, pestiños, piñonates y otros dulces heredados de nuestros antepasados árabes, y cantidad ingente de sangría para invitar a cualquiera con pinta de medieval que aparezca por allí.

Ha corrido la voz en el pueblo, veremos la que se organiza. Con las ganas de juerga que tienen los de Paterna. Nada que ver con los de Luna, con los de Escacena, que cuando cruzamos el pueblo parece que están todos de letanías en la iglesia o rezando el rosario en sus casas; ni una vieja se ve escoba en ristre barriendo la puerta. En Paterna todo el mundo está en la calle, ya estén cayendo chuzos de punta. No he visto gente más amante de la charla y las relaciones sociales. Pues una buena charlita van a tener los de mi bando con Sebastián dentro de poco. Yo voy a empezar a preparar la maleta con los libros del Madroñal que escribí antes de empezar este tocho. Ha quedado lindo, nuestro director creativo me lo ha diseñado; lleva fotos, recetas de cocina y anécdotas divertidas. Es un regalo para mis hijas, hermanas y las amigas que quieren celebrar mis sesenta años. ¡Qué espanto, cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando pescaba anguilas en el pantano…

Solo seis meses pasaron desde que diagnosticaron el cáncer a mi madre hasta el momento de su muerte. Pura volvió al El Al Mizar en la convalecencia de la operación que le alargó la vida ese tiempo. Volvió al cortijo sin fuerzas, esquelética; nos dijo que no quería regresar a la clínica, que no la sacáramos de su casa.

Juana le tenía arreglada su habitación, había empapelado las paredes con florecillas lilas, su color preferido. También cambió las cortinas y mandó tapizar el sillón donde Pura pasaba las tardes haciendo punto y contemplando la dehesa. Mi madre se instaló en su cuarto y pocas veces volvió a salir de él. A veces Lito la llevaba en brazos a la terraza, en los días de sol suave, para que admirase los sembrados de trigo y maíz, por donde el camino de las Palmeras, justo enfrente de la puerta verde. Y allí se adormilaba envuelta en mantas, pues siempre sentía frío a pesar de que aquella primavera fue muy templada. Pura no se cansaba de mirar las tierras que su padre había reunido durante sus años de constructor, cuando la Exposición del 29. Vivía en sus ensoñaciones, con la mente en otro tiempo, en un silencio que parecía de oración; ninguno de nosotros pudo entrar en aquella hermética nostalgia, se aisló aún más.

Sebastián no apareció por allí hasta que ella murió. Se quitó de en medio, cerró su casa del castillo y se fue al chalecito que tenía en Paterna. Nuestra madre nos ocultó las coacciones a que la tenía sometida el primo. No lo nombraba, cambiaba de conversación cuando alguien hablaba de él, ni siquiera se lo permitía a su hermano. Ramón fue la única persona que la hizo sonreír, que la animó en lo que pudo en sus últimos días porque hablaban un mismo lenguaje y tenían experiencias y recuerdos comunes de aquellos aciagos años de la guerra civil.

A veces mi madre tomaba en sus manos un puñado del nuevo trigo, de la cebada, del maíz, de la remolacha… Todo lo que sus obreros iban recolectando y que le llevaban como ofrenda. Le traían pequeñas aceitunas inmaduras que Pura colocaba entre los brazos de una bonita talla de la Inmaculada que presidía un altar encima de su cómoda, junto a estampas de unos beatos, de un Cristo de plata en su cruz y de pequeñas efigies de perros, gatos, vacas, petirrojos… un extraño zoológico, al estilo del de Purita. También tenía una vela roja eternamente encendida. Ella me contaba que cada una de aquellas figuritas representaba a un hijo, y que nos colocaba bajo la Virgen, bajo su protección. En medio de los frutos de su tierra, los del Río Panero con cuerpos de animales… ¿Por qué, me preguntaba yo, no nos pone en marcos, en fotos? Tenía solo dos o tres; en una de ellas, en un marco de plata que le regalé por su santo, posábamos las cuatro hijas pequeñas vestidas con el uniforme del colegio. Adornaba su mesilla de noche.

Juana contrató a una enfermera para que la relevase cuando ella descansaba y más tarde llegó Asun con una dispensa que le permitía vivir en el cortijo el tiempo que hiciera falta. Cuando su estado se agravó, Lucía se fue al campo. Le administraba morfina que el médico había recetado y la mantenía sedada casi todo el día, ya que los dolores eran terribles. Una madrugada en que tuvo un gravísimo problema respiratorio, que se ahogaba, que no se aliviaba ni con la mascarilla de oxígeno, Asun nos llamó a todos. Yo había aterrizado aquella tarde en Málaga para irme a la mañana siguiente con Concha a pasar con ella unos días. Pero Pura murió serena, inconsciente, antes de que Concha y yo apareciéramos a las tres de la madrugada; no llegamos a verla con vida.

Purita lloró y lloró, llamaba a su madre angustiada. Nos alarmamos mucho porque rara vez había llorado. Lucía le dio

un calmante y mandó a los caseros que se la llevaran a Paterna, a casa de Sebastián, quien tuvo la delicadeza de no aparecer por el castillo en aquellas malas horas. En el funeral fue a darnos sus condolencias, pero ninguno de nosotros fuimos afables con él, porque por la reacción de nuestra madre con solo nombrarlo presentíamos que algo había tramado a nuestras espaldas.

El tío Ramón no pudo resistir el dolor de la muerte de su hermana, el eje de su vida, su protectora; tuvieron que sedarlo porque no paraba de llorar como un niño, decía cosas sin sentido, como si estuviera delirando. No fue a la iglesia ni al tanatorio. La enfermera de Pura estuvo el completo día a su lado, velando su reposo.

Al funeral vinieron nuestros primos de Gerena, todo Paterna y mucha gente de Pilas. La lloraron los viejos obreros, que la recordaban con cariño porque doña Pura nunca les faltó al respeto y los trató con caridad. Lola, su querida hermana de leche, se abrazó a nosotras y nos dijo lo buena que había sido siempre con ella y con su familia. Una de sus niñas se llama Pura por nuestra madre. Ofició el funeral su amigo el cura polaco, el que le dio la extremaunción y se quedó con el secreto de sus últimas confesiones. Nos quiso reconfortar, pero no sabía cómo. Todos los del Río estábamos muy enteros, fríos, distantes, como Pura recibía en Pilas a Tóbalo cuando llegaba con un fino de más. Trasladamos a nuestra madre al tanatorio de Huelva y allí la incineraron. Y desde entonces sus cenizas reposan en una urna azul en el armario de su cuarto, llevan veinticinco años esperando que les demos sepultura. Excepto Asun, que regresó esa tarde a Madrid a su convento, los demás hermanos volvimos a dormir al El Al Mizar; estuvimos la bendita noche contando las vivencias que recordábamos de nuestra madre y charlando sobre nuestras cosas. Ninguno de nosotros lloró ese día.

CAPÍTULO XIX

De: Asun.
Para: Concha, Amalia, Juana y Lucía.
Fecha: 2 de abril de 2010.

Mis queridísimas hermanas, hoy es el gran día en que conoceremos el secreto de mamá y en que liberemos a Purita; yo no paro de pensar en su futuro, en dónde debe vivir. Sé que tristemente es imposible sacarla del pueblo, del campo, del entorno en el que ha vivido siempre. Al llevárosla va contenta e ilusionada, pero es solo el primer día, al poco está deseando volver.

Espero que la pobre comprenda que es imposible seguir en el cortijo, en ese castillo incómodo y gélido como mi antiguo convento. Cuando hablo con ella le digo que piense en una bonita finquita a las afueras de Paterna, lindando con la campiña, con un huerto muy grande lleno de árboles frutales, con un gran corral para sus animalillos y con un chalet en condiciones, suficientemente grande como para que podamos ir todas a visitarla. Yo no sé si podré hacerlo, pero estoy segura de que vosotras pasaréis parte de vuestras vacaciones con ella si tiene una casa decente.

Os recomiendo paciencia, tranquilidad, todo se va solucionando. Hasta parece que Concha está más pacífica en sus cosas, me acaba de mandar un *e-mail* en el que cuenta

que está cansada del chateo, que solamente encuentra impresentables.

No sé, siempre he estado en contra del lío que se traía con Alejandro, pero tengo que reconocer que es una bellísima persona, que siempre ha estado pendiente de ella y de sus hijos, sin siquiera conocerlos. Le he dicho que piense que a veces tenemos la felicidad justo al lado y no nos damos cuenta. Mira por dónde yo la tenía un tanto lejos, en esta tierra que hace tres meses ni sabía señalar en el mapa y ahora, ¡quién me lo iba a decir!, aquí estoy tan instalada, la mar de a gusto.

Os voy a dar una noticia que creo que os va a encantar: he renunciado oficialmente a mis votos. Dentro de poco seré seglar. Otra vez Asun a secas. No me llamará hermana nadie que no sea de mi familia, solo vosotras.

Ya os lo iré detallando en otros correos, ahora tengo que irme a cenar a casa de Lucía. Esa es otra novedad. Creo que me voy a quedar a vivir allí. Hablé con ella y con el dueño de su casa para cambiar el contrato verbal, aquí no se escribe nada. Tiene un precio que me puedo permitir, hasta estoy ahorrando para pagaros la cuenta de El Corte Inglés.

Si no me mandáis noticias urgentes, dentro de tres horas os envío otro correo para que podamos hablar directamente y vernos. ¡Qué inventos! Que seáis felices y que Dios os bendiga.

Besos a mis queridas hermanas. Asun.

Por fin Purita está bajo nuestra tutela, la de sus hermanas. Como debe ser, como debió dejar estipulado nuestra madre en el testamento, porque Purita no es algo con lo que se pueda negociar. Se acabaron nuestras preocupaciones, se acabó que viva en El Al Mizar. Ya tenemos un montón de planes para ella y todavía no se ha enterado de nada, ni

siquiera de lo que pasó esta mañana en la casa que hay enfrente de la suya. Empiezo a contar desde mi llegada a San Julián a las nueve y media. Allí estaba Juana, en lo alto de la rampa mecánica, sonriéndome. Nos abrazamos emocionadas.

—Hoy es el gran día, hermana; empieza la cuenta atrás.

Yo asentí sin tenerlas todas conmigo, no me fiaba un pelo de Sebastián, temía que tuviese algún as en la manga para dejarnos con la miel en los labios. Juana y yo nos fuimos directamente a El Potro, y allí nos tomamos un buen desayuno mientras esperábamos a Evaristo y a Luna. Apareció primero nuestra detective, con una sonrisa aún más grande que la que me dedicó Juana. Llevaba en las manos unos documentos que agitaba como si fueran un abanico y estuviésemos en agosto. Después de las presentaciones nos soltó:

—Chicas, pruebas que conseguí ayer en Huelva. Tenías razón, Juana. Ha cometido un fraude como vuestro castillo de grande, el muy zorro.

—Cómo, cuéntanos, Luna, ¿qué son? —le dije impaciente.

—Comprobantes de que el viejo ha estado recibiendo las ayudas comunitarias y subvenciones a cultivos que no ha explotado. Ha inflado pérdidas con facturas falsas. Estudié muy bien todos los documentos que me diste, Juana. Me enteré de que Sebastián es cliente de la Gestora Andaluza de Servicios Empresariales, una agencia que ayuda a gestionar subsidios, créditos; unos profesionales competentes. Allí tengo un buen amigo quien, después de contarle el caso, no tuvo problema en darme toda la información que necesitaba para ultimar este explosivo *dossier*. Tenemos suficientes pruebas del continuado robo de vuestro primo para poder enchironarlo por una pila de años. ¡Pena que tenga ochenta tacos!

No dábamos crédito a lo que oíamos, cuando en esas llegó Evaristo con Curro y con Lito, que se retrasaron un poco porque tuvieron problemas con el coche. Curro y yo nos quedamos en el bar mientras el resto de la brigada criminalista enfiló el camino de las palmeras. Lo que ocurrió allí lo he sabido cuando he escuchado el casete de última tecnología de Luna; Juana iba pertrechada del suyo, un artilugio antediluviano, por si fallaba el de la detective.

Llegaron a casa del primo y le pidieron a Anunciación permiso para entrar. Ella, al ver a tanta gente se puso nerviosa, no sabía qué hacer. Llamó a su marido y le preguntó si el señor Sebastián se había levantado. No la dejaron hablar más, pasaron decididos al salón donde el primo leía el periódico sentado en su sillón, junto a una mesa camilla. Dice Juana que se quedó cuajao, que se le cayeron las gafas y apenas le salía la voz:

—Pero… ¿qué es esto, quiénes son ustedes? —preguntó mirando al policía. Evaristo se presentó para decir que no iba en misión oficial, que era amigo de Lito y que quería conocer el cortijo. Y continuó:

—Y ya que estamos aquí, señor Alcántara, quisiéramos hablar un momento con usted. ¿Nos permite sentarnos?

—¡Cómo no! Siéntense. Pero llámeme Sebastián, se lo ruego. Anunciación, traiga café para los señores…

—No, gracias, no se moleste, tenemos prisa. Mire, Sebastián, mi amigo el comisario Sánchez, de la central de policía del Duque de Sevilla, llevó hace muchos años el tema del robo de las joyas de su prima Pura…

—¡Ah! Sí, me acuerdo de eso. Fue un duro golpe para ella, toda aquella marimorena que nunca se aclaró…

—En efecto, no se aclaró. Ya me lo dijo Sánchez. ¿No fue usted quién entró en el piso de Sevilla mientras se largaba el ladrón?

—Sí, sí que tiene buena memoria su amigo, fui yo. Tenía llaves del piso porque a veces me quedaba a dormir allí; ya había vendido mi casa de Sevilla cuando murió mi madre.

—Eso tengo entendido, y les contó la historia del plato de ensalada, y no hallaron huellas…

—Ciertamente, no se encontraron pistas. Además, las joyas aparecieron aquí en el cortijo, en la cómoda de mi prima Pura que en gloria esté.

—Así fue, pero faltaban dos joyas: un reloj de oro y unos gemelos de brillantes del señor Panero.

—Justamente, nunca se encontraron. Pero… ¿qué tiene todo esto que ver conmigo, si es tan amable de decirme?

—Pues está claro, esas joyas están en su secreter.

—Qué locura está diciendo, yo no tengo nada, pero…

Entonces fue Luna y sacó las fotos. Se veían claramente dentro de una cajita abierta en el segundo cajón del secreter. Sebastián se quedó lívido, se le blanqueó la cara, se puso a tiritar, le castañeaban los dientes, pero ni aun así quería aceptar los hechos. Sebastián tronó con voz entrecortada, histérica.

—¡Fuera, váyanse, llamaré a mi abogado, a la Guardia Civil, esas fotos están trucadas, ese no es mi secreter y ustedes no tienen orden de registro de mi casa, salgan inmediatamente!

Luna sacó entonces el informe con los documentos fotocopiados y le dijo con toda la tranquilidad del mundo:

—Y de esto, ¿tiene usted alguna explicación? Son pruebas irrefutables de que ha estado robando a esta familia, a Purita. Ya hemos puesto la denuncia, toda Paterna se va a enterar de que es usted un auténtico chorizo; ya me encargaré yo de aventarlo con mucho gusto.

Entonces Sebastián echó un vistazo al *dossier* y se hundió, se replegó en el sillón como esas cochinillas que cuando las tocas recogen sus patas y se hacen una bolita.

Más o menos eso pasó cuando bajó la cabeza y empezó a sollozar. Entonces intervino Lito, que sin poder controlar la rabia le chilló:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué robaste a mi madre? Desembucha toda la mierda que tienes atora, viejo asqueroso…

Sebastián siguió sollozando unos instantes. Cuando se repuso, le contestó desafiante:

—Por ti Lito, ¿es que no te has dado cuenta? ¿Es que no sabes lo que he sentido por ti todos estos años? ¿Quieres que te lo diga delante de esta gente? Por ti, porque me rechazaste, porque me evitabas, porque solo veía en tus ojos asco y odio.

—Sí, so cabrón, todo eso es verdad, me dabas asco. Pero yo no le conté nada a mi madre, ¿por qué la tomaste con ella? Eres un jodío cobarde que no tuviste cojones… Te vengaste con la vieja y con el tío Ramón, que estaba enfermo.

—Porque eran unos mierdas con ínfulas de mártires. Ellos y vuestro querido abuelo Amalio. Yo averigüé algo importante en el tiempo que viví con tu abuelo, la persona a quien más he admirado. Más que a mi madre. Pero en su testamento me trató como a un empleado, me di cuenta entonces de lo poco que yo contaba en la familia; yo era solo un asalariado más. Comprasteis muy barata la dedicación que en cuerpo y alma os di. Vuestros tíos eran unos flojos, unos ineptos, unos señoritos, y también tu madre, ella no era menos. Nunca la vi trabajar en la casa, mi madre sí que dio el callo.

—Déjate de chismes y cuenta qué sabías de ella y del tío Ramón.

—¿Realmente quieres saberlo, Lito? Pues ahora te vas a joder porque te lo voy a contar. Con doce años, en Jesús del Gran Poder, oí una conversación entre mi tío Amalio y

Ramón. Me enteré de que Ramón había matado a un hombre, que está enterrado en alguna parte del El Al Mizar. Amalio le decía a Ramón que no se fiaba de él, que era un desgraciado y un borracho, que en una de sus tajadas soltaría el secreto, que llevaría la desgracia a toda la familia. Por eso lo mandó a Gerena a vivir con mi madre, para quitarlo de en medio. Ya mayor me enteré de la desaparición de Gonzalo, el íntimo amigo de Ramón, y comprendí que ese era el muerto.

—¿Pero qué dices…? ¿Pero Ramón? Tú estás loco, a saber lo que oíste…

—Lo oí muy claro. ¿De qué te extrañas, Lito? Si en el fondo lo sabes.

Mi hermano desfalleció, se apoyó lentamente en una silla y se sentó. Callado, se agarró la cabeza, como si le fueran a estallar los sesos. Todo encajaba: la carta de Ramón, el miedo de Pura a desvelar el crimen… Lito y Juana se miraron en silencio. Nuestra hermana le dijo a Sebastián con un hilo de voz:

—Y te aprovechaste de eso para quedarte con Purita, para que mi madre te dejara de administrador universal de los bienes de la familia, para seguir robando y para vengarte de Amalio, de Ramón, de todos nosotros.

Entonces Juana, enfurecida, se levantó y se fue hacia él como una leona. A un palmo del primo le espetó a gritos:

—¡Eres un malnacido, una víbora! Mordiste la mano de quienes te ayudaron. Pero eso se acabó, ¡todo el mundo va a saber la clase de alimaña que eres!

Lito, rojo de cólera, quebró su silencio y se fue también hacia el viejo. Evaristo y Luna lo sujetaron.

—Por todos los santos, qué más quieres, Lito. Os he dado mi vida, bastante he pasado por ti. ¿Quién levantó la finca? ¿De qué vivió vuestra familia? ¿Quién se dejó el alma y el

pellejo en estas tierras cuando murió el abuelo? Y ahora queréis hundir mi buen nombre, lo único que me queda.

Juana le replicó más serena:

—Esto tiene fácil arreglo. Renuncia ahora mismo a la tutoría de Purita y a la administración de sus bienes. Devuélvele a nuestra hermana lo que le has estafado. Ahora, delante de testigos; estos repugnantes trapos se lavan en familia. Retiraremos la denuncia que te hemos puesto.

—Y después qué, ¿me vais a echar de mi casa como a un perro…?

—Peor que a un perro has mangoneado tú a Purita. No te vamos a tratar tan mal como tú a ella, por más que deberías estar en boca de la gente, por lo canalla que eres. De aquí al verano te damos de plazo para que te lleves tus cosas. Y no nos vengas con monsergas, no nos valen tus jodidas justificaciones, tus desvelos por nosotros, tu asquerosa pasión por Lito. No nos vas a conmover. Te ha importado un carajo nuestra hermana. A ella, que te adora, la has engañado con falsas atenciones, la has mantenido aquí en manos de esos indeseables por pura mala sangre contra el abuelo y nuestra madre. Devuélvele lo que le has robado y firma ahora mismito la renuncia a la tutoría y al usufructo de esta casa y tendrás nuestro silencio, no contaremos en Paterna esta jodida historia.

Así fue. Sebastián firmó el documento que llevaba Luna preparado y quedaron en verse en la notaría de La Palma para legalizarlo. Con el escrito en las manos, Juana le dijo: «Ahora entréganos las joyas del abuelo».

Se levantó el viejo y al momento vino con ellas y se las dio a Lito, que se las arrebató de sus temblorosas manos con violencia. Hasta que muera Sebastián, Lito mantendrá su compromiso: no hablará del asunto de las joyas, pero sabe que falta poco para dejar su honra bien limpia. Al fin apareció el ladrón.

Llevábamos los de la retaguardia poco más de una hora de espera cuando llegaron al Potro contando las noticias. Loli se alegró muchísimo por Purita y se enteró de que el secreto que mantuvo a nuestra madre callada y por el que sacrificó a su hija fue que el tío Ramón era un asesino. Al oírlo me eché a llorar. ¿El tío un asesino? ¿Pero cómo? Si era tan buena persona… Evaristo intentó cambiar de tercio, nos habló de lo bonito que era El Al Mizar y nos felicitó por haber llevado los dos casos con tantísima «profesionalidad». Nos advirtió, muy serio, que él no había estado allí, que se la estaba jugando si no denunciaba a Sebastián por sus ilegalidades y trapicheos. Y nos aconsejó, ya como amigo, que comunicáramos a la guardia civil la aparición del cadáver, que aunque para nosotros iba a ser duro porque todo el mundo se iba a enterar de que el tío lo mató, Angela tenía derecho a saber que su hermano estaba en el Barranco de las Ranas y a investigar el móvil del crimen.

Por fin, recogimos a Purita por primera vez sin el permiso de su odioso tutor y, después de poner de patitas en la calle a los caseros, nos fuimos a la playa donde nos esperaban Lucía, Ismail y Concha. Le mandamos un *e-mail* a Asun felicitándola por su recuperada condición de seglar y con un breve sumario de las novedades, y les contamos a todos el drama del tío y cómo Sebastián había renunciado a la tutoría de nuestra hermana. Pasamos muy malos momentos, pero hicimos de tripas corazón por la presencia de Ismail y del amigo policía.

Después de dejar a los hombres tomando un vino en la terraza y mientras Juana preparaba la comida —había rechazado nuestra ayuda, no le gusta cocinar con nadie a su alrededor—, nos fuimos las del Río a dar un paseo por la playa para pensar en Ramón y sedimentar de paso las emociones. Tuvimos sentimientos agridulces y contradictorios. Por una parte estábamos muy contentas por

haber liberado a Purita, pero por otra nos sentíamos totalmente abatidas por la revelación del secreto de nuestra madre. Ninguna de nosotras podía imaginar la razón que llevó a nuestro queridísimo tío a cometer tal atrocidad. A la vuelta, nos encontramos la comida en la mesa y a la rescatada hermana con un inmenso langostino en la mano, dispuesta a empezar su banquete.

Más repuestos de la terrible noticia y después de unos sabrosos entrantes, a las tantas del mediodía nos pusimos tibios de cañaíllas, camarones, langostinos, bocas, gambas y cigalas. Juana no sabe cocinar muy bien, pero se le da de gloria cocer mariscos, freír pescado y preparar deliciosas ensaladas. Un completo festín que, según nos dijo Evaristo, era motivo más que suficiente para un viajecito al sur.

Lito, Curro y el comisario se marcharon a Sevilla a ver las procesiones mientras Ismail se fue a pasear a las dunas con Purita. Las hermanas nos quedamos en la terraza, adormiladas al solecito tierno de abril, ante la Ría, la Punta y la playa de cuando éramos niñas, de cuando cogíamos coquinas removiendo la arena con los pies y de cuando, en los charquitos de las mareas bajas, pescábamos con pequeños embudos los rápidos chanquetes que huían de nosotras. Jugábamos felices mientras llegaba nuestro padre y nos daba permiso para meternos en el mar.

En esas evocaciones estábamos cuando recibimos otro *e-mail* de Asun.

El tío Ramón sobrevivió a Pura tres años, sin reponerse del golpe brutal de la pérdida de su hermana. Vivió ese tiempo con muchos problemas de salud: le amputaron la otra pierna poco antes de su fallecimiento. No quisimos que viviera en el campo, por si necesitaba asistencia médica urgente y porque se pasaba la vida en sus habitaciones, no deseaba salir de la casa para no encontrarse con Sebastián. Cuando pasó el verano, en octubre, Lito se lo llevó a Ronda.

Decía que era el único de los hermanos capaz de ayudarle, que entre Curro y él podían bañarlo y arreglarlo. Durante aquellos años estuvieron pendientes de Ramón, y Asun, que consiguió dispensas para pasar temporadas con él en Ronda cuando perdió la movilidad. El tío no volvió a ver a Purita; se fue afligido del El Al Mizar, aunque le consolaba saber que Antonia se quedaba allí para cuidarla.

Gabriela, nuestra tata, había fallecido antes que mi madre. Se la llevó a Pilas un sobrino y nada más llegar le dio un ictus que la dejó medio paralítica y sin habla; hasta para morir tuvo mala suerte la pobre Lela. Al irse Gabriela a su pueblo contratamos a una polaca prima del cura para que ayudase a Antonia, que estaba ya muy mayor. Sufría de flebitis y de grandes dolores de tobillos, pero no quiso dejar a Purita en manos de Sebastián hasta última hora, cuando ya muy enferma se fue con su sobrina la costurera. Nuestra cocinera tenía en Aznalcollar una casa, y en su corral naranjos, pavos y un lavadero. Al cabo de muchos años, cuando al fin pudo reunir unos cuartos, se construyó un bonito baño y la mejoró. Recuerdo que tenía un amplio zaguán con dos dormitorios a los lados. Esa entrada terminaba en una cocinita y una habitación cuadrada en la que Antonia había colocado su mesa camilla y unos sillones que yo recordaba haber visto en Jesús del Gran Poder. Creo que se los llevó, junto con un aparador y un armario ropero de luna, al vender mi madre su casa a la americana. En Aznalcollar vivía su familia, cuatro sobrinos que la adoraban porque era muy generosa con ellos. Antonia, que no entendía de bancos, les repartía su sueldo.

Antonia murió apaciblemente en su cama: amaneció muerta. Yo la había visitado dos semanas antes y me impresionó verla inmóvil; nunca la había visto acostada. Las dos sabíamos que nos veíamos por última vez, y nos despedimos en paz. La lloré desconsoladamente, al igual

que todos los hermanos, sobre todo Purita, porque Antonia fue nuestra abnegada y querida abuela, nuestro refugio.

Cinco años antes de su pérdida, un día de mayo, se fue el tío Ramón, también en paz, sin dolores. Asun, Lito y Lucía le atendieron con cariño hasta que le dio un ataque al corazón, en el jardín de la casa de Ronda. Una tarde, se quedó dormido en la mecedora que le habían puesto en el merendero del jardín. Era su lugar preferido, bajo un tierno nogalito y frente a la majestuosa vista del Mercadillo. Estaba leyendo y se le cayó de entre las manos el libro, los Episodios Nacionales de Galdós, la lectura preferida de nuestro padre.

Así se fueron los viejos de la familia del Río Panero. Ahora somos los hermanos los que estamos en la línea de salida. Esperemos que sea dentro de mucho tiempo, cuando vayamos despidiéndonos, uno a uno, como aquellos negritos de Agatha Christie.

De: Asun.

Para: Lito, Concha, Juana, Amalia y Lucía.

Fecha: 2 de abril de 2010.

Mis queridos hermanos, acabo de recibir vuestro correo con el resumen de la terrible entrevista con el primo. ¡Virgen Santa! No logro entenderlo. El tío Ramón, asesino de Gonzalo; no me entra en la cabeza, no he parado de llorar hasta ahora que he vuelto a abrir el ordenador. Pero… ¿por qué? ¿Qué lo movió a matarlo? Él era pacífico, no conocía la ira. Nunca lo vi enfadado, ni siquiera cuando hacíamos travesuras… ¿Qué se le pasaría por la mente? El tío Ramón amparó a alguien, no tengo otra explicación para su terrible acto. Pero… ¿a quién? ¿A mamá?

Gonzalo era su mejor amigo, eran como hermanos, siempre estaban juntos. ¿Qué o quién lo sacó de sus casillas? No, hermanas, no puedo aceptar que el tío mató a sangre fría, tuvo que enloquecer por algo que pasó, por algo que vio. Pero qué, qué pasó… Intentad descubrir el móvil que lo llevó a cometer tan horrible pecado. Rezo por Gonzalo y por el tío Ramón.

Gracias a Dios que estáis juntas. ¡Qué daría yo por poder acompañaros ahí, en nuestra playa! Pero mi lugar está aquí, en Kabul. Por otro lado me ha llenado de alegría saber que Purita ya está bajo nuestra protección.

Sobre Sebastián, me he quedado helada de su desvergüenza y su cinismo. Sabía que era un trápala, pero eso de robar las joyas y echarle el mochuelo a Lito me parece una canallada. ¡Pobre hermano, en boca de la gente durante tantos años!

Os dejo, tengo cosas que hacer, pero como os he dicho en dos horas vuelvo a conectar con vosotras para hablar de este terrible asunto, a ver si al fin lo aclaramos. Besos de vuestra hermana Asun.

P. D. Juana, dile a Luna que muy bien por sus investigaciones en los balances de Sebastián. Dale un abrazo de mi parte, ni el Colombo lo hubiera hecho mejor.

A las ocho de la tarde, cuando ya caía el sol y empezaba a refrescar en la terraza, vimos aparecer a Ismail con Purita, que traía un cesto lleno de conchas y caracolas. Nos dijo que como la marea estaba alta no había encontrado coquinas. Purita siempre rebusca alimentos en la naturaleza, ella sí que es *Verde*, más que los de Greenpeace.

Le dimos la cena, buenas cigalas y pescado, lo que más le gusta; ya está hastiada de comer siempre los guisotes que le

han puesto a diario. Se fue a la cama contenta, cansada por la caminata.

Llevó a Ismail hasta las Tres Marías, los chalets idénticos que están al borde de la playa, las viviendas más lejanas de Punta en nuestra infancia. Mucho más lejos, hasta el Rompido, llegó mi hermana con diez años el día que se perdió. Una mañana se puso a andar sin rumbo, buscando nuestro toldo. Al darse cuenta de que Purita no estaba en el charquito, Lela se puso nerviosa, nos dejó al cuidado de otra tata y se fue corriendo a la casa a dar la voz de alarma. Los mayores de la familia y el servicio salieron en su búsqueda; se unieron también los vecinos, pero a nuestra hermana no la encontraron hasta bien entrada la tarde, cuando empezaba a oscurecer. Llegó del color del chocolate, después del día completo bajo la solanera sin ninguna protección (entonces no embadurnaban a los niños con Nivea). Iba en lo alto de un carro, ella sola, imperturbable, con la mirada perdida, con un bañador verde de elásticos que formaban bulloncitos y su lindo pelo trenzado como si llevara corona. Parecía una princesita azteca. Purita no nos contó su aventura. Fue el amigo panadero, el que nos traía el pan con su mulo, el que la reconoció en la inmensa playa; una niña andando hacia la puesta de sol. Si no llegan a dar con ella termina en Portugal, porque mi hermana ni lloraba ni se cansaba nunca. El panadero la dejó en el cuartelillo de la Guardia Civil y ellos nos la llevaron en el carro. Parecía una santita, con toda la familia y los vecinos rodeándola, serios y en silencio.

Mi hermana quizás no se acuerde de aquel día, pero seguro que se acordará del de hoy. A ella le encanta conocer gente y creo que el afgano le ha caído muy bien. Ismail, después de otra cena igual de pantagruélica que la comida, se retiró a leer a su cama.

Nos dejó que charláramos como cotorras, cinco hermanas menopáusicas por fin reunidas con una misión por delante: escribir un libro sobre sus ancestros, un best sellen Juana tuvo la idea, pero en realidad la que ha escrito este tocho he sido yo en mi tiempo libre. Ella ha aportado un montón de datos, me ha recordado muchas de las anécdotas y vivencias que cuento, pero se quedó como perro a quien le quitan pulgas cuando constató que me había entrado la neura, que otra vez yo, Amalia, me había obsesionado con un nuevo tema: escribir la historia de la familia.

Pensaba que íbamos a necesitar un año, pero se equivocó. Ya estamos en el final y solo han pasado tres meses desde que recibimos su correo: «¡¡¡Hermanas, he tenido un sueño!!!». Yo diría una pesadilla. Todas las familias tienen una sarta de secretos, pero creo que la nuestra se ha pasado. Un cadáver, un robo, un montón de vivencias, de recuerdos de las viejas tías, historias que no conocíamos o que estaban repartidas entre nosotras. Ahora todas estamos metidas en el cotarro de lo que aconteció en los del Río Panero a partir de los abuelos. ¡Dios mío, si nos hubiéramos remontado más años atrás, qué otros dramas hubiésemos destapado! Creo que así está bien, con un crimen en la familia tenemos suficiente, ya es bastante triste descubrir que nuestro amado tío Ramón fue un asesino.

Pues nos pusimos a recordar lo ocurrido desde que empezó la novela, todo lo que he narrado, las cosas buenas y las malas de nuestros abuelos, tíos, padres y de nosotras mismas. Entonces sale Lucía y dice:

—¿Estáis seguras de que lo sabemos todo? ¿Queréis que seamos sinceras? Yo tengo algo que contaros.

Nos revolucionamos, nos quedamos sobre ascuas; Lucía, la más sensata, la más buenaza, nos alucinó con su propuesta. Enchufé mi vieja casete, conecté vía Internet con

cámara incluida con Asun y, después de comentar con ella durante un buen rato la confesión del primo, le dije a Lucía:

—Venga, tú la primera. Ya que hemos escrito de los viejos, de los que han muerto o están a punto del último paseo, es hora de que contemos nuestros secretos. Sí, tienes razón. Es hora de ser sinceras.

—Aquí Asun. Preparada para oír lo que quiere contarnos Lucía. Seguro que yo lo sé, no puede esconderme nada. ¡Soy su melliza!

—No, mi querida Asun, esto no lo conoces, ni lo hueles. Veréis… yo he matado a una persona.

—No nos vengas con camelos, Lucía, venga ya. Tú no eres capaz de… —Amagó Juana.

—¿No? Bueno, pensándolo bien creo que no fue un asesinato, fue eutanasia. ¿Os acordáis de la madrugada cuando Asun os telefoneó? Mientras ella llamaba al médico y al cura y contaba a los hermanos que mamá había entrado en agonía, yo le estaba inyectando una dosis de morfina como para liquidar a un elefante.

Quedamos aturdidas, sin habla. Lucía, apesadumbrada, nos miraba una a una. Asun fue la primera en reaccionar.

—Hermana, eso no es matar, ni se te ocurra repetir esa palabra. Yo estaba contigo cuando mamá se ahogaba, fue terriblemente angustioso verla así; con el oxígeno y todo, ya nada pudimos hacer. Sufría tanto que después de darle un beso y oír sus últimas palabras me quité de en medio, no podía soportar verla así… Tú te mantuviste firme, aguantaste el tirón de acompañarla en sus estertores de muerte.

—Sí, eso es cierto, Asun, pero pude haberla dormido, haberla sedado al límite… Pero no, lo hice con plena consciencia, yo no quería que siguiera viviendo así, ella me lo pedía con los ojos, no quería sufrir esa muerte, quería despedirse de este mundo como se fue su padre, que una mañana no despertó.

—Hiciste bien —le dije—, no tienes de qué acusarte, no te martirices. Ella seguro que lo quiso de ese modo, era muy dura, nunca se quejaba de sus dolores de huesos, de sus enfermedades. No soportaba verse incapaz, dependiendo de otros; ni siquiera quiso tener una enfermera hasta que ya no hubo más remedio, en el momento que se quedó en la cama. Lucía, fuiste valiente. Yo, sin embargo, fui una cobarde de mierda cuando mi aborto.

—¿Qué? ¡Abortaste! ¿De quién? —preguntaron todas a la vez y voz en grito.

—Esto no se lo he contado ni a Rudolf. Fue cuando Nicolás. Como bien sabéis, él no era nada niñero, no se interesó nunca por mis hijas. Decía que no quería inmiscuirse en su educación ni en sus vidas. Nunca habló de vivir juntos. Y aunque yo tenía aquel arreglo con mi ex, si Nicolás lo hubiese querido yo hubiera mandado al carajo la casa de La Moraleja y todos aquellos lujos. Pero no, no era por eso, no tomé esa decisión solo por él. Yo pensaba que estaba muy bien el acuerdo, yo en Boston y él en California. Hasta que me quedé embarazada con cerca de cuarenta años.

—Joder Amalia, espera que te sirvo un trago. ¡Mira que tenemos cosas guardadas…!

—Esta la he mantenido bien en secreto. Gracias por el *gin-tonic*, Juana, falta me hace. A ver, sigo contando. Pues llena de ilusión le preparé una preciosa cena con velas, música romántica de Sinatra… una buena puesta en escena para darle la noticia. Cuando se lo dije, se quedó mudo y tardó un buen rato en reaccionar. Yo pensé que era por la emoción, pero no, hijas, fue por el pavor que le entró. Empezó a decir que él no tenía madera de padre, que no sabría cómo educar a un hijo, que era demasiada responsabilidad, que estaba preparando la oposición para la cátedra, bla, bla, bla. «Bien, no te inquietes. No tendrás que

preocuparte por el bebé. Yo me las puedo arreglar sólita, ya lo hice con mis hijas», le dije esperanzada. Y va y me contesta el muy cerdo que había otra solución, que si no la había pensado. La pensé dos semanas y me fui a la clínica. Allí me trataron con mucha ceremonia, me hicieron un test psicológico, visité a un psiquiatra, a un ginecólogo… Todos me preguntaban si estaba segura, si no tenía otra alternativa.

Y tanto que la había, que Nicolás se hubiera encariñado con su hijo, con el niño que llevaba en mi vientre. Pero no fue así y yo estaba como loca; caí en una terrible depresión, aunque entonces no sabía que era eso lo que me ocurría. Era una desgana, un no tener fuerzas ni para levantarme. Me pasaba el día llorando, únicamente pensaba en el problema, no veía la salida. No tenía aliento para tomar la resolución de tener el bebé yo sola. Me citaron a los tres días. Yo quería que fuese rápido, que se acabase de una vez aquella angustia. Era una tarde helada de febrero, lo recuerdo bien, al día siguiente fue el día de los Enamorados, qué sarcasmo. Me subieron en la camilla, y yo no paraba de temblar. Una enfermera me cogió la mano y me contaba rollos que nada tenían que ver con lo que estaba pasando, querría que no cavilara en el niño y en lo que estaba a punto de hacer. Llegó el médico, un hombre pequeño con gafas que también intentaba que yo no pensara en el embrión que iba a sacarme. ¿Dónde lo dejaría? ¿En un cubo ensangrentado como había visto en la tele? Me dijo: «Tranquila, no le va a doler nada, le administraré un sedante, ya verá qué pronto terminamos». Terminamos qué, pensé, ¿acabar con una vida que no tiene ninguna culpa de querer llegar a este mundo? Terminar qué, ¿quedarme con el recuerdo de ahora, aquí tumbada, una mujer sana, con dinero, sin problemas de salud, sin motivos graves para abortar? Y entonces reaccioné, le di un patadón al médico y me zafé de la mano

de la enfermera. Me puse las bragas y mi ropa que estaba en una silla y como alma que lleva el diablo salí a la calle, llorando como una Magdalena.

—¡Gracias a Dios! No esperaba menos de ti, Amalia.

—Gracias, Asun, pero espera, que aún no he terminado la historia. Resulta que esa noche llamé a Nicolás y le dije que no quería verlo ni en pintura, que no me llamara, que me mandase por Seur las cosas que tenía en su casa. A las dos semanas empecé a manchar, ni me dio tiempo de dar la noticia del embarazo a la familia. De manera que me hicieron un legrado y me quedé hundida una larga temporada. La depresión me duró dos años, pero al menos ahora no tengo pesadillas.

—Pero Amalia, ¿por qué no lo contaste? —me dijo Juana con su voz más dulce.

—Eso mismo digo yo. Hablamos continuamente de tonterías, y te callaste esto tan importante. No te entiendo, ¿por qué no lo soltaste? Te hubiera servido de terapia —dijo mi psicoanalizada.

—No sé, Concha, ahora lo veo de otra forma y ya hace muchos años de aquello. Entonces no quise tocar el tema porque me era muy doloroso; ahora, porque es un mal recuerdo que no quería que aflorara. Me equivoqué con Nicolás. Salí de un marido que me tenía ninguneada para encontrar a un hombre débil, absorto en su mundo, en la universidad, en sus libros. Tampoco era importante para él.

—Vaya, vaya, hermanitas. Vuestras historias son fuertes, la mía no es gran cosa.

—No me vengas con rollos, Juana. Tú debes esconder algún misterio entre libros, alguna historia gótica… ¡¡¡Uh!!!

Concha salió ululando como un fantasma y dando saltos como un mono. Desde que adelgazó siete kilos y se puso dura con el *fitness*, está imposible, no para de moverse y de dejarnos a todas con la lengua fuera. Antes de llegar al

apartamento, en el *parking*, nos retó a una carrera por la Ría. «¡A ver quién llega antes al Club Náutico!», decía la loca de mi hermana como cuando teníamos cincuenta años menos, que se dice pronto. Juana se rio y empezó a contar, ya seria, lo que le pasó:

—No fue una historia entre libros, ni en la biblioteca de la universidad. Fue en el salón de casa el día que me quedé viuda. No os conté todo lo que ocurrió cuando a Joaquín le dio el infarto. Yo estaba, como siempre, leyendo y él viendo un partido de fútbol con una cerveza en la mano. Era un día de primavera, teníamos el balcón abierto, veíamos el mar, los transatlánticos en el puerto; un día perfecto. De pronto, Joaquín me miró; tiró la cerveza y se agarró el pecho con las dos manos. Cerró los ojos, le salió un alarido atroz, como si le hubiera fulminado un rayo. Dicen que es eso lo que se siente. Entonces dejé el libro en la mesa y me senté enfrente de él. No me hablaba, pero yo sabía lo que le estaba pasando. Le quise coger la mano, darle agua, pero él, de un manotazo, tiró el vaso al suelo y me insultó. Entonces, sin decir media palabra, me levanté con una tranquilidad pasmosa; me veía actuar, como si estuviese en el patio de butacas en una representación de teatro. Cogí el teléfono y llamé a urgencias. Di la dirección y me fui al baño. Me puse mi mejor traje de chaqueta, me empolvé la cara y me pinté los labios. Me miré de reojo en el espejo y me vi por primera vez en mucho tiempo: una mujer envejecida, con solo cuarenta años, con los pelos canosos, mal cortados, con unos kilos de más, con cara mustia. Me sonreí, pero aquella no era la Juana que mordía a los niños en Pilas, que se besó con el tractorista, que se enfrentó a Pura en muchas ocasiones y se fue a París huyendo de posibles novios señoritos. No, no era yo, no me reconocí. Joaquín había hecho un buen trabajo conmigo. Desde el primer año de

casados, cuando me tiraba los platos de *espaguettis* al suelo si no me habían salido *al dente*.

Poco a poco fue machacándome. Como hacía la tata Nina en el dornajo, con el gazpacho de papá. Me recordaba a diario que no tenía estudios, que mi familia era de campo, que eran unos brutos, incultos, que no tenían conversación. Me tenía chantajeada con mi hijo. Si yo me hubiese vuelto a Sevilla, Joaquín no hubiera permitido que lo volviese a ver. Cuando armada de valor, una vez llegué a plantearle el divorcio, me llamó neurótica, paranoica, de todo… La verdad es que yo estaba desquiciada después de tantos años de ultrajes y entonces el muy cabrón incluso me amenazó con ingresarme en un manicomio; él era psiquiatra y yo me horroricé. Además, la vieja fue explícita al casarme: «Aquí no quiero verte con la maletita. Si te quieres casar, allá tú con las consecuencias».

—Lo mismito me dijo a mí. Nos educaba —bueno, es un decir— para que fuéramos perfectas esposas, como aconsejaba el panfleto de la Sección Femenina; nos preparaba para ser buenas amas de casa y después nos cortaba la retirada.

—Sí, Amalia, no nos dio ninguna formación para ganarnos la vida, para ser autónomas, para poder mandar al carajo a cualquier gilipollas como el que me tocó en suerte. Y después…, aquí no aparezcas, arréglatelas como puedas, aguanta al vaina que has elegido.

—Pero a mamá sus padres la habrían arropado.

—Y tanto, Concha, mira cómo amenazó a papá con irse a Sevilla con el abuelo cuando lo del póker. Aquello no fue un farol, ella bien sabía que tendría refugio en casa del abuelo. Pero bueno, dejemos a mamá, sigo con mi secreto.

Mientras tanto, Joaquín se había recostado en el sofá. Él era médico y sabía perfectamente lo que le ocurría. Me miró con ojos desorbitados, con una mueca en la boca, y se volvió

a reír de mí como tantas veces. Pero yo no agaché la cabeza, le miré fijamente, le desafié. Y entendió mi mensaje, vio que al fin me había liberado de él. Me quedé impertérrita, callada, me fui al balcón, y me puse a mirar el paisaje de aquel precioso día de primavera. Oía el ruido de la gente, la vida que corría bajo mi casa y que tenía olvidada. Llegó la ambulancia, lo metieron en ella y al segundo salió como una flecha hacia el hospital. Bajé al garaje, subí al Mercedes y tranquilamente me dirigí a urgencias. Cuando llegué me dieron la noticia: Joaquín había llegado muerto. Yo ya estaba lista, vestida con un traje oscuro, dispuesta para recibir las condolencias de la familia y los amigos. Kino no llegó hasta la mañana siguiente. Estaba de viaje con unos amigos en París y no le quise aguar aquella noche.

—Joder, Juana, de modo que murió solo en la ambulancia, sin cogerle la mano… —le dije.

—Él me rechazó, me insultó, tiró el vaso de agua que quise darle… A mí nunca me dio nada.

—Sí, es cierto, yo fui testigo de cómo te trataba. Cuando Asun y yo fuimos en los veranos a Bagur, vimos cómo era Joaquín. Muy amable con la gente, muy educado, muy cortés, pero después en la casa era un auténtico hijo de puta. Muchas veces te vimos llorar.

—Es verdad lo que dice Lucía. Nosotras no sabíamos cómo ayudarte, éramos muy pequeñas. Pero no estábamos ciegas, era un diablo, un hombre con dos caras y la mala la dejaba para casa. Kino le huía, no lo podía soportar. Menos mal que no ha heredado nada de su carácter, es un pedazo de pan con tomate.

—Vaya con nuestra monjita, qué aguda. Asun, ¿y tú? ¿Cuántos rosarios te has fumado? ¿Cuántas rabonas de misas has hecho? ¿A que le pusiste a la madre Mariana polvitos de estornudar en su pañuelo? ¿O es que le hiciste la petaca a alguna novicia?

—Me encanta que estés de tan buen humor, Concha. Pero primero me gustaría oír tu secreto… o tus secretos.

—¡Huy! Si empiezo a contar, estamos aquí hasta pasado mañana, y Moncho nos espera. Pero bueno, una vez me fui a Santo Domingo con un amigo del trabajo, un amigo casado que estaba pasando una mala racha y, claro, allí, bajo los cocoteros, con aquella música tan sensual, tan alegre, pues…

—Venga ya, Concha, ese fue Liberto, ¿no? Eso ya nos lo contaste. Desembucha el secreto, lo más recóndito —le insistí yo.

—Bueno, si os ponéis así, os cuento que le puse los cuernos a mi buena amiga Albertina. Quiero decir que follé con su marido, un hombre fenomenal, médico, guapísimo, enamorado hasta el tuétano de su mujer, pero tan follador como yo. Fue el día del cumpleaños de mi amiga, en plena cuchipanda.

—Concha, ¿fue el que después de echarte un tórrido e instantáneo polvo en el baño corrió con una copa de champán a brindar por su bella esposa?

—El mismo, Juana. ¿Pero cómo lo sabes? No se lo he contado a nadie. Me sentí fatal cuando me di cuenta de lo que había hecho porque yo soy leal a las amigas.

—Hasta yo me enteré de eso, so tontona. Lo contaste un día achispa, cuando estuve cuidando a mamá. ¿No te acuerdas? Vaya que te reñí, un montón de rosarios te dediqué.

—Pues queriditas mías, así fuerte, fuerte, no recuerdo nada más. ¿Será que la menda no tiene secretos?

—Vaya, Concha, qué sorpresa contigo. Yo me esperaba un folletín de aquellos que oíamos en el verdeo —dije yo la mar de extrañada.

—Para que veáis, malpensadas, Concha no tiene secretos, como mi querida Asun.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Tú, Lucía? Veo que no me conoces tan bien como crees. Yo tengo el secreto más gordo. Pero creo que ya pagué por él.

CAPÍTULO XX

¡Dios, la que se armó! Aquello era un gallinero, una partida de cacatúas hablando al mismo tiempo, cada una con una exclamación diferente, la más fuerte, la de Juana:

—¡Coño, Asun! ¿No tienes bastante con todo lo que hemos conocido hoy? Ahora nos vienes con otro misterio. Mira, larga ese secreto, creo que vivir en Kabul te ha trastornado.

—Asun, ¿me oyes bien? ¿Has dicho «más gordo» o «más tonto»?

Todas nos reímos con mi bromita, pero en verdad habíamos oído perfectamente: más gordo. De modo que nos repanchingamos en los comodísimos sofás de Juana —como era de esperar de cretona inglesa con pájaros— y guardamos un silencio abisal mientras Asun empezaba a narrar:

—Ya lo tendréis olvidado, pero yo tuve un novio que se llamaba Fermín y que era veterinario. Estuvimos cinco años de relaciones, el tiempo de mis estudios de enfermería más los dos que trabajé con él en su clínica. Y nos acostamos, nos queríamos mucho. Eso de que mantuvimos relaciones íntimas solo lo sabe Lucía. No quería que mamá se enterase, y menos el padre Mier Darán.

—¿El de los cojones?

—Juana, deja a Asun que se explique, que la historia promete. Joder con la monjita, qué calladito se tenía que ella también folló.

—Qué bruta eres, Concha, aquello no fue como dices, era hacer el amor. Fue muy romántico, como en la película del piloto inglés, aquel al que se le muere la amante en una cueva en pleno desierto…

—Déjate de películas, Asun, y ve al quid de la cuestión. ¿Qué pasó cuando lo de Fermín?

—¡Ah!, Lucía, ¿te acuerdas bien de Fermín? Era un hombre muy galante, grandísimo. Yo estaba colada por él, deseando casarme. Teníamos todo preparado, incluso mamá lo aceptó encantada porque era un magnífico veterinario, y ya sabéis cuánto le gustaban a ella los animales…

—Claro que lo sabemos. Nos decía «en broma» que donde se pusiera su queridísimo *coolli King*, que se quitaran todos los hijos… —dijo Juana recordando un dicho de la vieja.

—Sí, siempre me alababa lo bueno y cariñoso que era Fermín con ella. El traje de novia me lo había hecho Félix, como los vuestros; era precioso, tenía una cola de tres metros…

—A mí no me hizo nada Félix, ni una falda. No tenía que deslumbrar a ningún buen partido.

—Tú no necesitas de elegancias, Concha, eres guapa con ganas. Heredaste la belleza de la abuela Purificación.

—Gracias, mi exmonjita, pero la guapa de la familia es Lucía; sigue con la historia, se pone emocionante.

—Pues un mes antes de la boda, a punto de irme a Sevilla para ultimar detalles, va y me dice Fermín que se ha enamorado de la dueña de un caniche. Y me entero de que me había estado engañando desde casi el principio de nuestro noviazgo. Le entregué mi virginidad, le di todo el dinero de la herencia de papá, mi confianza, mi amor… Me utilizó. Jesús, qué sofocón tuve, enfermé.

—Lo recuerdo como si fuera hoy, Asun. No parabas de llorar. Yo no te podía consolar, te daba tranquilizantes y ni por esas.

—La verdad es que no recuerdo casi nada de lo que ocurrió en esos días. Estaba siempre acostada. Llamé a mamá para darle la mala noticia y no vino a Madrid a verme. Gracias que te tuve a ti, Lucía. Bueno, sigo con la historia. Una tarde viendo una película de asesinatos, tuve una diabólica idea. Al día siguiente, grogui perdida, cogí un kilo de azúcar y me fui en busca de Fermín.

—¿Con un kilo de azúcar? ¿Querías glasearlo? ¿Hacer un almíbar bien dorado y echárselo por el pito?

—Concha, deja de decir estupideces, estoy contando una cosa muy seria. ¿Sigo?

—Joder, Asun, que nos patitiesas. ¿Qué coño pasó con el azúcar?

—Muy sencillo, Juana. Encontré la moto de Fermín a la vuelta de la clínica, en un callejón solitario. Le abrí el depósito y le endulcé la gasolina. Después busqué por allí el coche de la novia, pero no estaba, de modo que me fui a casa como una zombi, tan contenta.

—¿Para qué buscaste el coche de la novia? ¿También querías meterle un chute de glucosa? —preguntó Concha la mar de interesada.

—No, a ella le quería dar una sorpresa. Con la navaja que llevaba oculta en la mochila quise rajarle los neumáticos. Pero eso no me salió bien.

—Asun, una pregunta, ¿por qué le echaste el azúcar, para qué, cómo querías vengarte? —siguió indagando Concha.

—¿No lo sabes, so listilla? El azúcar hace que el motor se gripe, y si vas a mucha velocidad, el vehículo se para de golpe y cataplún. Imagínate lo que le pasó al pobre Fermín.

—Ya, ya caigo. Recuerdo que en esas fechas tuvo un accidente. ¿No es así, Asun? —recordé aquel día de

inmediato. La verdad es que no me dio ninguna pena del veterinario.

—Sí, así ocurrió. Al poco de poner en marcha la Ducati se le gripó el motor y salió disparado contra un contenedor de basura.

—Vaya, qué oportuno, chocó con lo que era… —opinó Concha, que tampoco le tenía mucha simpatía.

—Bueno, pues Fermín estuvo hospitalizado unos días, desgraciadamente se quedó un poco cojo. Al final se casó con la dueña del caniche, tuvieron seis hijos y fueron muy felices. Yo quise ir a la policía para autoinculparme del accidente y declarar que no fue sino un intento de asesinato en toda regla. Me confesé en Sevilla con el padre Mier Darán, que me aconsejó no hacerlo. Me dijo que mataría a mamá del disgusto, que pensara en otra penitencia… Y al ver a las monjitas desde mi ventana, en el huerto, decidí apechugar con la culpa encerrándome en el convento de por vida.

—Qué bárbara, Asun. Ese castigo era bestial. Hay asesinos en serie que purgan sus crímenes con muchos menos años que los que tú has pasado enrejada. Además, el accidente no fue grave —dijo Juana al borde del cabreo.

—No lo entiendes, hermana, esa no es la cuestión. Yo me impuse esa penitencia por intentar matarlo. Gracias a Dios que Fermín no salió malparado de la monstruosidad que hice. Y sí, fue el mejor castigo que se me ocurrió, el padre Mier Darán me dio su bendición, me absolvió de mi pecado cuando me confesé con él. Si queréis que os diga la verdad, a los seis meses a punto estuve de salir del convento porque mi vida, al principio, fue muy dura, no os lo niego. Pero después me acostumbré a aquella existencia tan plácida, sin problemas ni responsabilidades, si bien el frío que pasábamos en invierno…

Lucía comenzó a llorar. Sentí, creo que como las demás, un nudo en la garganta. Y entonces Juana se acercó a la cojita y comenzó a mecerla en sus brazos como hacía cuando era bebé. Fue un momento muy emotivo, que nos sumió en un profundo silencio, hasta que Juana, limpiando la cara a Lucía con una servilleta, dijo:

—Hermanitas, arriba el ánimo, esto se acabó. Creo que hemos cumplido, ya no hay nada oculto. Tenemos todos los datos para finalizar el *best seller*, que más que escribir una novela esto ha parecido una terapia de grupo. Bueno, ¿se os ocurre algo más? —nos sorprendimos al no escuchar una sola palabrota.

—Sí —le contesté—. No puedo creer que la vieja nos ocultara lo del chantaje y que sacrificara a Purita únicamente por no involucrar al tío. Tuvo que haber algo más.

En ese momento recibimos una llamada de Loli. Con voz gélida y cortante nos dijo que Lola, su madre, quería hablar con nosotras. Nos echamos a temblar. Debían tener noticia de nuestra gresca con Sebastián, en un pueblo todo se sabe. Juana dijo que éramos unas cobardicas, que escudándonos en la enfermedad de Lola habíamos eludido hablar abiertamente con los Negros, desde que Loli se le puso hecha una fiera: «Bien que me dejó claro que se oponía rotundamente a que indagásemos en el pasado de su familia. Pero Lola quiere vernos, ahora tendremos que dar la cara. Tendremos que responder de las consecuencias de nuestras pesquisas, del perjuicio que seguramente les vamos a ocasionar, por mucho que no logro entender qué pintan los Negros en el crimen». Quedamos en ir el domingo por la mañana, antes de la fiesta de Moncho.

Esta mañana de Sábado Santo ha amanecido soleada. Concha nos dijo que quería visitar a su cuñado, el hermano de Paco, que se había quedado con la empresa pesquera de

sus suegros. Y allá fuimos, con Purita tan contenta porque iba a conocer a más gente. Mi hermana tiene espíritu de relaciones públicas, es simpatiquísima con los desconocidos, con quien la trata con afecto y le habla como a una niña, como lo que es. Se mete a todo el mundo en el bolsillo.

El hermano de Paco, un hombre discreto y amable, nos presentó a su familia y nos invitó a comer. Dijo que encargaría una buena paella de mariscos para llevárnosla en uno de sus barcos, el más pequeño. Como hacía tan buena mar podíamos hacer una excursión a los bajos, anclar y coger coquinas, la ilusión de Purita.

Así que felices como perdices nos pusimos en marcha. Mientras preparaban la paella nos fuimos instalando en la borda con los cojines, mantas y colchonetas que la familia de Paco trajo de su casa. Todavía no sabían la noticia del lío de la rejoneadora y Concha no quiso hablar del espinoso asunto hasta que finalizara el paseo, no quiso arruinar una fiesta que se preveía tan bonita.

Se puso, pues, en marcha La Gaviota con un repiquetear de campana y unos cuantos bocinazos, de esos que oíamos en nuestra infancia al amanecer, cuando los pesqueros enfilaban la ría para salir a faenar. Purita estaba radiante, con una sonrisa inmensa.

Mientras navegamos hacia mar abierto revivimos las bellísimas procesiones del Carmen, cuando nos sentábamos en la orilla de la ría a la espera del jolgorio que organizaban los pescadores en el día de su patrona. La imagen de la Virgen del Carmen iba en la proa de la barca más engalanada, junto con la banda de música, que tocaba marchas de procesiones y pasodobles; evocamos las bocinas, los tañidos de campanas, las risas de la gente, la luz rosada de la tarde, la arena suave y blanca, los niños tan alegres, tan elegantes, nosotros, los del Río Panero, con nuestros padres y con las tatas. Lo único malo de aquellas

fiestas eran los cohetes. Al primer chupinazo, Purita se ponía a chillar como una histérica, salía corriendo y no paraba hasta que llegaba al chalet, subía de cuatro en cuatro los escalones y se metía en el fondo de un armario recogida como un caracol; una vez se le estallaron los botones de su trajecito blanco por la espalda.

En aquella mañana mágica no hablamos de Pura. Eso fue al atardecer, en el momento que Purita se fue a la cama henchida de vivencias que seguro soñará cuando nos hayamos ido cada una a nuestra casa. Ismail disfrutó de lo lindo, aprendió a cebar los anzuelos de los aparejos y pescó algunas morrallitas. Se hizo amigo de la familia de Paco, aunque solo pudo comunicarse con ellos a través de nuestras traducciones, por gestos y por medio de algunas frases en español que le ha enseñado Lucía.

Enchufamos de nuevo la casete y empezamos a chatear por Skype con nuestra hermana. La pusimos al tanto de la preciosa gira y Asun nos mencionó que fue a la boda de Fátima, que para ella también había sido un día especial y que nos contaría en otro momento lo bien que se lo había pasado. Empecé yo la charla.

—Vale, hermanitas, ya estamos preparadas para empezar a hablar de la vieja.

—Mis vivencias con ella son muy distintas a las vuestras; yo te llevo a ti, Amalia, siete años, y a las mellizas, dieciséis. A mí me despachó a casa de los abuelos muy pequeña, no viví mucho tiempo con mamá, con la familia.

—En eso tienes razón, pero no en que te tratara de manera diferente. Bueno, quitando eso de que te ponía un bozal y te paseaba por el pueblo… A ti bien que te quitó la manía de chuparte la pipa untándote chile en los deditos mientras dormías. ¿No fue así, Amalia?

—Sí, Concha, y tanto que consiguió que no me metiese más los dedos en la boca. Con vosotras las mellizas no

empleó esos métodos pedagógicos tan peculiares, erais muy tranquilas, pero tampoco fue muy cariñosa que digamos.

—Es cierto. Yo creo que el que cambió la manera de tratarnos fue papá. Como afirma Amalia, fue duro con los mayores, ¿no, Juana? Pero con nosotras, las mellizas, no pudo ser mejor padre —dijo Lucía.

—A mí no me pegaba ni tanto ni tan fuerte como a Lito y a Moncho, ellos fueron los que más lo sufrieron. Sería porque eran varones.

—Yo me llevé más de una buena paliza por travesuras y alguna que otra gamberrada. Recuerdo que me perseguía con una varita de olivo y lo que picaba al alcanzarme; no lo conseguía fácilmente, yo era ligera como una pluma y corría cual liebre barbacana abajo mientras papá se tenía que agarrar a los acebuches y por eso muchas veces me salvé. Después, cuando me veía por la casa, se hacía el loco para no pegarme —recordó Concha.

—Precisamente, así era de contradictorio —les dije—. Eso era lo que yo no entendía. Que te zurrara y que después viniese a tu cama a besarte, a veces llorando. A mí me rompía los esquemas, no me daba sensación de hombre fuerte, no me daba seguridad. Además no entendía su reserva, sus silencios, me imponía, me daba vergüenza hablarle.

—Yo comprendo mucho mejor a papá que a la vieja. Él fue un niño malcriado por un montón de mujeres, sin padre desde los cuatro años. Era plenamente hedonista y mucha culpa la tuvo la abuela Juana. Además era muy sensible, tenía un gran sentido artístico desaprovechado y la vida resuelta con las fincas de los del Río. Como era el único varón, estaba claro desde joven que administraría los bienes familiares. Por eso fue tan gallito y mandó al carajo al catedrático que lo había cateado, sabía que tenía el futuro resuelto. Además, tened en cuenta la época en la que vivió,

entonces los señoritos no estaban tan mal considerados como hoy. Pensad en los aristócratas, en los hidalgos. En nuestra bendita patria y más, en el sur, se tenía a gala no trabajar. El trabajo ha sido siempre el estigma de los pobres. Claro que ya en la época de papá la sociedad estaba cambiando, por eso pasó lo que pasó…

—Efectivamente, estoy de acuerdo contigo, Juana. Y bien cierto es que nunca tuvo problemas económicos, ni siquiera en la guerra. Nunca sufrió una crisis como la jodida de ahora… Hasta tuvo la fortuna de toparse con una mujer muy rica —dijo Lucía.

—Ya, es cierto. Pero, digo yo, si bien papá nos contaba delante de mamá y con toda la tranquilidad del mundo que se había casado con ella por El Al Mizar, también nos decía que estaba muy enamorado de nuestra madre. Eso lo tendréis claro, ¿no?

—Sí, Asun, la quería mucho. Era extremadamente púdico, pero yo lo veía enamorado cuando la miraba, no lo podía ocultar. Y cuando iban de la mano por la playa en sus paseos de las tardes. Mamá siempre dijo que estaba segura de que Tóbalo jamás le puso los cuernos. Recuerdo que decía: «Y yo tampoco. Pero no sé qué hubiera pasado si algún hombre me hubiera tirado los tejos». Claro que en aquella época era impensable que una mujer casada, con un montón de chiquillos, que no trabajaba, que se enclaustraba en la casa y que solo salía con el marido, pudiera encontrarse en peligro de follar con algún hombre.

—Qué bruta eres, Concha. Y tanto que era imposible, por la vida recluida que llevaban. Pero además porque eran mujeres religiosas, mucho más que las de hoy.

—Y un cuerno, Asuntita. Yo estoy segura de que si mamá hubiera vivido en estos años habría parido nada más que a Juana, quizás a Lito. Habría sido tan folladora como yo. No sé por qué, pero pienso que no era nada relamida en la cama, a

pesar del corsé asqueroso que le pusieron, o que ella se dejó poner. Siempre he pensado que nos envidiaba a todas, no a ti, Asun, que estabas fuera de peligro. Estoy segura de que en el fondo le hubiera gustado vivir a tope los sesenta, quizás se hubiera hecho *hippie*.

—Bueno, dejémonos de bromas y de la cuestión sexual. Pero ¿qué me decís de su incapacidad para darnos cariño? ¿Por qué era tan amante de los perros, por qué acariciaba con ternura a sus chuchos y a nosotros no nos cogía ni en brazos? —preguntó Juana.

—Yo he pensado eso muchas veces, sobre todo mientras he escrito lo que llevo de novela, y solamente encuentro una explicación: nuestra madre no quería entregarse, no quería amargarse, no quería amarnos por si nos ocurría algo, no sé, por si cogíamos una enfermedad mortal o sufríamos un accidente —les comenté.

—Eso le ocurría a nuestras antepasadas, cuando de ocho hijos te sobrevivían cuatro, como le pasó a la abuela Purificación. Pero en tiempos de mamá, con el Perlagón, la penicilina y el asqueroso aceite de hígado de bacalao, no había mucho peligro de que se te muriera un hijo —nos aclaró la médica.

—Es cierto, además, que otras madres de nuestra familia y de nuestros vecinos eran muy afectuosas y tiernas con sus hijos. Mirad la prima Rosa y la tía Moncha. Yo no me creo eso, Amalia. Mamá era fría como el témpano. Y muy machista —dijo Concha.

—Totalmente. Después de sus perros, ella prefería a los varones.

Al nacerle una hija, papá las pasaba canutas para darle la noticia. Qué mal le sentaría el tener mellizas, ¿verdad, Asun, hermanita?

—Sí, efectivamente Lucía. Un sofocón se llevaría, dos mocosas de un parto. Nos amamantó y nos cuidó hasta que

tuvimos conciencia. Entonces yo me recuerdo en la cama grande con papá cuando nos contaba cuentos, y con él en la playa, y con él paseando por el campo cuando nos enseñaba el nombre de las plantas. Me recuerdo feliz en los días en que nos llevaba a Pilas, a su querida casa, para que nos cuidara la tata Nina. Y nos llevaba a su finca, a La Ventura, para que viésemos cómo crecían las gordales y las manzanillas.

—Sí, la gente decía que era la finca mejor cuidada de Pilas, que la tenía tan hermosa como un jardín —les dije.

—Pues tú bien que opinas que era un flojo, un señorito caprichoso y sin carácter.

—Y lo sigo manteniendo, Juana. Grandes oportunidades tuvieron los vencedores en esos años de posguerra para ser buenos profesionales. Para mí fue una lástima que papá no terminara derecho y ejerciera. Nos habría educado en un ambiente de trabajo, se habría preocupado de nuestra formación, de nuestros estudios, como hicieron muchos de nuestros vecinos de Punta, a los que les salieron hombres y mujeres muchísimo mejor preparados para la vida que lo fuimos nosotros; más seguros de sí mismos, sin los traumas que tenemos y que, gracias a los dioses, vamos superando a la vejez viruela.

—Vale, papá fue incapaz de hacer todo lo que dices, pero no tenía mal fondo. Era una buena persona, todo un caballero.

—Eso nunca lo he dudado, Juana. Era un hombre honrado, recto, que lo demostró muchas veces. Tenía muy buenas aptitudes que no desarrolló por pura vagancia. Eso es lo que siempre digo.

—Bueno —intervino Lucía—. Cada una piensa como le fue con él, pero lo cierto es que coincidimos en el carácter glacial y adusto de nuestra madre. Era distante, indiferente a nuestros problemas, enormemente inexpresiva con

nosotros cuando éramos niños. En ninguna de las escasas fotos que tenemos con ella sale sonriéndonos. Antonia era la que nos achuchaba y nos decía: «¡Qué linda es mi niña!», la que alababa nuestras virtudes, la que conocía nuestros gustos, nuestros sentimientos, la que nos preparaba nuestra comida preferida y nos daba algunas perrillas…

—Yo no se lo puedo perdonar. No quiero ni pensar en cómo se portó conmigo al casarme embarazada. Como bien sabéis, me trató como a una extraña, creo que peor. A su ahijada seguro que le hubiera ayudado, de hecho siempre la socorrió. Menos mal que papá, antes de morir y sabiendo lo rebelde que yo era, le dijo que no me desamparara. Y fue por eso por lo que, cuando me casé, me empezó a pasar lo que le sobraba de sus caridades y del dineral que se había gastado en mejorar la finca, en invertir en sus tierras. Y para darme ese dinero, que entonces me era vital, tenía que ir a verla, y ponerle la mano…

—Has dado en el clavo, Concha, has dicho la palabra mágica: tierra. Joder con la vieja, lo que se parecía a aquella repelente loca de *Lo que el viento se llevó*. Esperemos que la brisa, la mareíta como la llamaba papá, se lleve el resentimiento que tenemos contra ella —deseó Juana con toda razón.

—En aquellos años de la guerra y del hambre —convino Lucía— era explicable esa adoración por la tierra. Los agricultores sobrevivieron en mejores condiciones que los profesionales que vivían de sus clientes o de sus sueldos.

—Es cierto, aunque la vieja tuvo amor por la tierra toda su vida. Sobre todo cuando salió trasquilada de la inversión en la fábrica de cemento, cuando perdió más de la mitad de la finca y casi se arruina —dijo Concha.

—¡Qué tonta fue! Papá le aconsejó invertir aquel dinero en una finca preciosa de Pilas. Pero ella hizo caso de su orfeón de lumbreras, aquellos desgraciados que la

aconsejaban: Sebastián, su antiguo novio, el Mier Darán, Federico el notario… cualquier hombre menos su marido. Hizo algo incomprensible. Con lo que le tiraba el campo, ¡mira que hasta hipotecar El Al Mizar para comprar media fábrica!

—Sí, Juana, debió hacerle caso a papá.

—Pero, Asun, ¿no te das cuenta? En el fondo ella despreciaba a papá, desde los días en que aparecía borracho, desde el día de marras en que le atizó.

—Es cierto, Juana. No supo entenderlo ni llevarlo. Estoy segura de que a papá lo hubiera podido convencer por las buenas, con otra actitud, con ternura…

—No lo sé, creo que yo en ese asunto hubiera actuado como ella.

—Lo puedo entender de ti, Amalia, eres igual de cabezota que la vieja.

—Te equivocas, Juana, en eso y solo en eso se parece a mamá —saltó Concha en mi defensa como una pantera—. Amalia se ha volcado con sus hijas, le gustan los niños, es muy cariñosa y tiene una cosa que me encanta: se ríe de ella misma. Nuestra vieja era supersimpática y agradable con la gente, mucho más con los de fuera. Aunque era ocurrente y muy chistosa a nosotras pocas veces nos alegró la vida. No admitía una broma sobre ella, y menos contarnos sus debilidades en plan lúdico. Con nosotros era como un puercoespín. Pero, de todas formas, yo la vi un día en la terraza del cortijo temblando. Se acababa de enterar de que Moncho había tenido un accidente y no sabía cómo estaba. Después se tranquilizó porque no era grave, pero yo la vi tiritando por él.

—Ya mí —recordé— me dijo en la clínica, cuando le hacía compañía: «Chati, te quiero». Por lo visto me llamaba chata de muy pequeña. Contaba que de bebé no tenía casi nariz;

decía que al llorar se me pasaba una lágrima de un ojo al otro.

—Pues eso, cada una atesora, al menos, una evocación amorosa de sus momentos de flaquezas. Pero muchos más de sus agravios, de su falta de atención y de interés por nuestras vidas; fue una mujer muy complicada.

—Y tanto, Juana. A mí me hubiera gustado hablar largo y tendido con ella, pero estaba en el convento.

—Yo estaba fuera y tampoco me enteré de lo que pensaba, a pesar de que le hice aquella macroentrevista. Me contaba muchas cosas de sus padres, de sus hermanos, del cortijo, pero nada de lo que sentía o pensaba de nosotros.

—Vale, hermanitas, no hemos conseguido nada. Nuestra madre hubiera necesitado un laborioso psicoanálisis, y nosotras no somos psiquiatras. Dejémoslo como está. Yo por mi parte no la disculpo —opinó Juana.

—Yo tampoco; ella fue una hija querida a la que criaron con toda clase de atenciones. No creo que los tres años de guerra fueran motivo suficiente para que se comportara de esa forma con sus hijos. ¿Tú qué piensas, Lucía? —pregunté a la cojita.

—Ella fue una afortunada, no lo pasó tan mal en la guerra como muchas mujeres que perdieron a familiares, que pasaron hambre o estuvieron en la cárcel, que fueron denigradas por ser «rojas»… ¿Y tú qué dices, melliza?

—Hermanas, no sé lo que pensar. Creo que le debemos dar un poco más de crédito.

—Pues se levanta la sesión. Ya está bien con Pura, quiero pensar en cosas ligeras, insustanciales. ¿De qué os vais a vestir en la fiesta templaría de Moncho?

CAPÍTULO XXI

Al terminar de relatar lo que pasó el Domingo de Resurrección me quedaré como cuando parí a mis hijas, bien descansada. ¡Qué día más largo y cuántas emociones! No sé cómo empezar; creo que me investiré de periodista y haré una crónica, veremos lo que sale.

Aquel domingo nos levantamos muy temprano para dejarle relimpia la casa a Juana. Entre tantas mujeres la cosa no revistió ningún problema. Lo tuvimos cuando llegamos al Potro, porque Purita quería salir de estampida para el cortijo; ni Ismail pudo retenerla. De forma que la mandamos con él a riesgo de que se perdieran, pero Purita nos aseguró que conocía bien el camino. Estaba deseosa de llegar al castillo, conocía el bochinche que estaba montando Moncho para los alemanes. Purita se iba a disfrazar de juglar, ya tenía preparada su vestimenta y el laúd.

Después de un nuevo desayuno de pan con manteca colora, nos fuimos por una calle sombreada con naranjos a visitar a Lola, a la casita que le regaló el abuelo. La tiene la mar de hermosa, con lindos azulejos esmaltados en el zócalo, bien encalada, con persianillas pintadas de verde y ventanas con marcos en amarillo. Como todas las casas viejas de pueblo, tiene un zaguán al que dan tres habitaciones; es muy parecida a la de Antonia de Aznalcóllar. Al fondo hay un corral bastante grande con

manzanos y olivos, un gallinero, jaulas con conejos y un pequeño palomar. La gracia es que Lola la ha reformado hace poco y ha puesto muebles de Ikea; reconocí unas lámparas y unos sillones que tiene mi hija Sofía en su apartamento de Londres y unos cuadros modernos. Le ha decorado la casita su nieta, que estudia interiorismo.

Loli nos pasó al dormitorio donde su madre, reclinada entre almohadones, nos aguardaba nerviosa. Me asombré. Esperaba encontrar una vieja decrépita pero aquella señora que teníamos enfrente daba gusto verla, a pesar de que acababa de pasar una gripe, según ella, del carajo. Lola es casi tan mal hablada como Juana, por eso hacen tan buenas migas.

Parecía una marquesa, tan bien peinada, tan elegante con una mañanita blanca que nos dijo que le había regalado su hermana de leche. «La tenía guarda para cuando me pusiera mala. Y mira por dónde, la voy a estrenar con vosotras». ¡Qué guapa debió ser! Todavía le brillan los ojos, celestes y grandes como faros. No me extraña que le gustase al tío Ramón, seguro que fue una mujer de rompe y rasga. Después de una hora de charla en la que la pusimos al tanto de nuestras vidas, Lola pidió a su hija que dejara las fuentes de dulces en la cocina y se sentara entre nosotras.

—Os he mandao razón pa que vengáis porque tengo algo importante que contaros. Me he enterao del disgusto que os llevasteis cuando Juana y Lito le cantaron las cuarenta al malnacío del Sebastián. Yo lo conocía bien, a mí no me engañaba, sabía lo que le estaba haciendo a vuestra madre.

—¿Lo sabías todo?, ¿que la estaba chantajeando?, ¿que la llevaba por la calle de la amargura? ¿Pero por Dios, Lola, por qué no nos avisaste? —le dijo Juana casi levantando la voz.

—Bien que lo quise hacer, pero tu madre me lo impidió. Un día en que vino a visitarme me lo contó todo, no

teníamos secretos, bueno sí, uno y bien gordo. Me dijo que no saliera de mi boca lo que me iba a contar y me soltó toda la historia del primo. Yo le juré por mis muertos que no abriría el pico.

—Lola —le dije—, estoy escribiendo la historia de la familia, como te habrá contado Loli. Hemos encontrado hasta un cadáver, un esqueleto en…

—En el Barranco de las Ranas.

—Joder, Lola, ni que fueras vidente, ¿quién te lo ha dicho? —preguntó Juana.

—Mi padre, el que lo enterró allí. Pura lo sabía, y don Amalio, y el señorito Ramón. La tata Inés también, seguro que se mató por no soltarlo en su chochera.

—Para, para, Lola, vayamos despacio. Desde el principio. ¿Sabías que era Gonzalo? Por lo visto tú le gustabas mucho, eras una real moza cuando joven. Cuéntanos.

—Sí, Lucía, era joven y estaba de buen ver. Y Gonzalo, a pesar de estar por los huesos de vuestra madre, no dejaba de revolotea a mi alrededó como las polillas en la luz. Y también Ramón, aunque él nunca se propasó conmigo como hizo aquel hijo puta malnacío.

Lola detuvo su relato, se quedó callada, pensativa, miró a su hija, que le hizo un gesto cariñoso para que siguiera contando:

—Ya a punto de terminar la guerra pasó algo que he querío enterrar en el fondo de mi alma. Al principio me amargué, llegué a desear la muerte, se me fue la alegría. Y de esa forma he vivió, quitándome aquello de la mente lo mejor que pude. Al casarme y al llegar los hijos me arreglé un poco. No tenía tiempo ni de soñar, tenía pesadillas que me despertaban sudando, gritando… No me fue fácil la vida desde lo que pasó.

—Lola, tómate tu tiempo, si quieres volvemos otro día; no te aflijas, no lo hagas por nosotras.

—Gracias, Concha, pero es mejor que ahora lo suelte tó, no sé cuánto tiempo me queda de vida. Os cuento:

Como sabéis, Pura abrió una escuela cuando la llevaron al cortijo. Yo no me perdí una clase, aprendí un montón con vuestra madre, enteramente lo que sé de cuentas y de lectura. Ella me quería mucho y yo a ella. La llamaba por su nombre, Pura, nunca me permitió llamarla señorita. Una tarde de febrero, poco antes de que acabara la guerra, me fui a mi casa como siempre en mi burra. Me había pasao el día en el castillo, entretenía con las lecciones y con las clases de costura de vuestra madre. Era casi de noche cerrá y de pronto vi aparecer un coche negro por el camino de Manzanilla. Estaba ya oscuro y los faros del coche me cegaban, no sabía de quién era. En verdad que me asustó, porque en la casa no esperaban a nadie. Pues en esas estábamos cuando oigo la bocina y veo a un hombre que se asoma por la ventanilla y me suelta:

—¡Qué sorpresa! Una guapa muchacha por estos caminos tan oscuros… Soy Gonzalo, llevo a Ramón con una buena borrachera, va ahí detrás durmiendo la mona. Oye, Lola, ¿hay moros en la costa, está la familia en la casa? Venimos muy cansados de Huelva, queremos dormir aquí.

Yo me bajé de la burra y eché un vistazo al señorito Ramón. Estaba como un leño, totalmente dormido, como muerto. El Gonzalo apestaba a vino, salió del coche dando bandazos, y sin dejar de mirarme me cogió del hombro. Yo me asusté, me monté de un salto en la burra y la arreé. El Gonzalo salió detrás de mí riéndose, cogió a la burra del rabo y tiró de ella. Me gritaba: ¿«De qué huyes, preciosa». Hoy no voy de ronda en busca de anarquistas, es mi día libre? Yo lo mandé al carajo y entonces se agarró a mi pierna. Le di una pata en la cara, yo no quería dañarlo, pero creo que le rompí la nariz porque empezó a sangrar como un verraco. Entonces se le cambió el semblante. Salí pitando, la

burra trotaba como una descosía. Él se montó en el coche y dio la vuelta, me adelantó en el camino y paró. Se bajó hecho una fiera, me cogió de un muslo y me tiró al suelo. No estábamos lejos de mi casa y empecé a gritar como una loca. «¡Papa, papa, socorro, ayuda…!», cuanto más gritaba, más salvaje se ponía. Empezó a darme bofetás, me rompió la boca, me tumbó, me arrancó la ropa, me llenaba con su sangre la cara y entonces, cuando ya estaba sin fuerzas de la paliza que me había dao, se quitó el cinturón y se abrió la portañuela. Se me tiró encima y me puso un brazo en la garganta. Me asfixiaba, me dolía hasta el alma, ya no podía gritar, pero pataleaba para que no me desvirgara. No lo conseguí, me violó con saña. En esas oí un rugió, una sombra que se acercaba chillando y que arremetió contra él y a garrotazo limpio me lo quitó de encima.

Era mi padre. Con una tranca empezó a golpearlo… El Gonzalo chillaba como un cerdo mientras mi padre no paraba de majarlo y de insultarlo. De pronto apareció el señorito Ramón, pistola en mano. Cogió a mi padre de un brazo y lo revoloteó. Empezó a gritar como un loco:

—¡Maricón, hijo puta! ¿Qué le has hecho a Lola?

Le apuntaba con la pistola, pero el Gonzalo se encabritó, se veía a salvo por el amigo a pesar de los insultos del señorito.

—Eres un canalla, ¿qué has hecho? Violar a una muchacha, cobarde de mierda… Solo te envalentonas cuando asesinas a pobres desarmaos…

Entonces el Gonzalo empezó a reírse a carcajás y le soltó:

—¿Y tú, es que tú no has matao a nadie? ¿Qué le hiciste a aquel rojo en la carretera de Manzanilla, no te acuerdas…? Yo creo que lo dejaste bien tieso. ¡Eres como yo!

Y en esas sacó la pistola que llevaba en el sobaco pa matarlo, pero el señorito Ramón le disparó a bocajarro, le hizo un agujero en la barriga y empezó a salir un chorro de

sangre que me llenó enterita. Mi padre cogió a vuestro tío del brazo y se lo llevó de allí. Lo metió en el coche y le dijo que se fuera pa'l cortijo. El otro dio unas cuantas bocanas y murió en seguía. «Mi padre, después de atenderme y llevarme a la casa, se encargó de él».

Al terminar de contar Lola su triste historia nadie habló. Se quedó el tiempo suspendido, en calma; se oía por la cuesta de los Doblas el ruido lejano de un tractor, el maullido de un gato en la ventana y al nieto de Loli que la llamaba desde el corral: «Abula, abula, mira lo que hago». Loli se fue a atenderlo mientras nosotras recuperábamos el resuello. Cuando nos volvió el color y el aliento, la primera en hablar fue Juana:

—Lola, gracias por contarnos lo que te hizo aquel cabrón. Sabíamos que era un cerdo, pero no podía imaginar que fuese capaz de semejante salvajada. Le dio su merecido el tío, por una vez le sirvió de algo bueno la pistola.

—¡El tío Ramón! Dio la cara, pero, Lola, ¿oíste bien?, ¿él era también un asesino? A lo mejor Gonzalo solo quiso revolverse contra él porque se vio acorralado… —pregunté.

—Eso mismito he pensao yo muchas veces. No sé qué deciros, solo os cuento lo que escuché. A mí y a mi padre nos salvó, pa mí era un buen hombre, siempre nos defendió.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo… Lucía, tú qué opinas, a que es imposible que el tío… —preguntó Concha medio llorando.

—La conclusión que yo saco de todo esto es que el tío Ramón disparó a Gonzalo en defensa propia, ¿no es verdad, Lola? ¿Gonzalo quiso dispararle?

—Sí, Lucía, por mis muertos que así fue. El Gonzalo no pudo sacar el arma cuando mi padre lo molía a palos y a patas, se protegía la cabeza con los brazos, pero cuando el señorito Ramón tiró a mi padre a un lao, entonces yo vi cómo el hijo de la gran puta pudo agarrar el pistolón que

llevaba en un correaje pegao al cuerpo y lo sacó apuntando a vuestro tío. Gracias a Dios que él fue más rápido y lo dejó frito, no estaría a más de tres metros. Nos pudo haber matao a tos aquel cabrón.

—Joder con la escena, como para olvidarla —le dije—. No sé cómo has podido vivir con ese secreto, Lola. Y nuestra madre no solamente calló para defender al tío, sino que lo hizo además por ti.

—No creas que no lo sé. Muchas veces lo hablamos, sobre tó cuando el jodío del Sebastián salió con lo del muerto. Ella decía que todos íbamos a salir perdiendo, que prefería pasar por su aro, que se había jurao que aquel malnacío se iba a pasar la eternidad en el barranco… Y buena era ella cuando decía algo.

Seguimos hablando un buen rato hasta que vimos que Lola se cansaba. Le dijimos adiós con un montón de besos; Lola mandó a su hija a que preparara en bolsas de plástico los pasteles que no pudimos comernos para que se los llevásemos a nuestros niños y nos despedimos. Salimos de la casa mareadas, embotadas, con el ánimo por los suelos, sin ganas de fiesta. Pero Concha fue tajante: debíamos ayudar a Moncho a vender aquel castillo que solo nos había traído calamidades. A pesar de los años felices de la infancia, teníamos que deshacernos de él. Juana puso el broche final.

—No más tierras. Nos fundiremos en viajes el dinero que nos den por ellas, se lo brindaremos a la vieja.

Y a duras penas recuperamos el buen humor y nos pusimos en marcha hacia El Al Mizar.

Al llegar, nos recibieron unos tipos a caballo con estandartes y banderolas y tocando unas trompetas. Estaban ensayando para cuando apareciese *Herr* Himmelmann y su séquito alemán. Un hombre gordo, vestido de mesonero de la época

de don Quijote, llevaba colgado al cuello un gigantesco tambor del Rocío y lo aporreaba con ganas. Moncho nos dijo que había conseguido la música en los pueblos vecinos, en las bandas y en las rondallas, pero les advirtió que nada de tunos, ni de tocar el Clavelito y piezas por el estilo. Estaba encantado, pletórico, porque la música, la comparsa y otras muchas actividades le habían salido gratis.

Ningún joven de los pueblos limítrofes quiso perderse la macro-fiesta. Mi hermano les había dicho que se disfrazaran con ropa vieja, que escudriñaran en los roperos de los abuelos en busca de calzones, chalecos, faldas y camisolas anchas. La verdad es que los muchachos se esmeraron; parecían enteramente zarrapastrosos cristianos y embozados afganos, como los vecinos de nuestra Asun. El Al Mizar estaba irreconocible, ¡qué imaginación la de Moncho!

Nuestro hermano había mandado recubrir los adoquines del abuelo con tierras de la finca; en la terraza, la de color albero, la negra fértil de los Aguilones en el patio de armas, la arena blanquecina del Chorrito donde colocó el mercado. Pusieron una jaima roja para los árabes y una carpa blanca con el estrado de los aristócratas cristianos bajo la torre oeste, cerca de la atarazana en la que se concentraban el arsenal y los artilugios de guerra. En esa torre pintó la palabra *Dojon*; quería señalar que era la torre del homenaje típica de los castillos templarios. En lo alto, entre las almenas que servían de troneras y saeteras, colocó a una caterva de soldados con armaduras, adargas, picas y bolas de clavos en ristre. Hasta un cañón de verdad. Tenían que estar bien pertrechados para defender a los nobles del ataque de los almohades. Si no llega a ser por el castillo árabe, la aldea templaría habría parecido enteramente un escenario de las películas de Robin Hood.

A la chusma la colocó frente a la puerta verde y por el muro oeste, la zona «cristiana»; allí ubicó el gran espetón

del argentino, con un ternero que llevaba toda la noche asándose. El *catering* del Potro estaba instalado por la barbacana, en la zona de servicio, cerca de la cocina. Unas cuantas mujeres preparaban los arroces, las ensaladas, los pestiños, las rosquillas de alajú, las tortas de aceite... ¡Qué bien olía a canela, ajonjolí, miel, vainilla, azúcar requemada...! Yo me quise quedar con ellas, pero Moncho nos dijo, al borde de los nervios, que ya debíamos estar vestidas, que nuestros trajes estaban en las alcobas. Perfectamente colgadas en sus perchas nos esperaban unas tremebundas vestimentas de colores brillantes y telas baratas. Mientras nos las embutimos con enorme dificultad, porque Moncho no había calculado bien nuestros contundentes perímetros de matronas, Lucía opinó que eran horripilantes, que no parecíamos damas de la corte, sino más bien rameras de burdel. Pero la cosa cambió cuando nos pusimos las ajorcas, los cucuruchos y nos colocamos los pesados collares de cruces; eso nos dio mucho empaque.

Dijo Juana: «¡Si nos viera el Mier Darán!». «De los cojones», coreamos todas. Y siguió Concha: «Qué contento se pondría el muy jodido, con trajes largos, mangas que no se nos ven ni las manos, el pelo oculto y estas magníficas cruces tapándonos la pechuga». Otra cosa no hicimos, pero nos hartamos de reír. Ya vestidas, Moncho nos colocó en nuestras poltronas, donde nos esperaba Loli envuelta en tules, como el hada de Pinocho pero en gorda. La reina, claro está, era Mary Luz, su mujer, que bastante se curró el evento. Nos contó la cuñada que se había pasado un mes cosiendo sus sábanas y cortinas, que habían colocado de estandartes, de banderas y pendones. De las almenas colgaban banderolas con cruces templarías.

Abajo, en la Córrala, estaba el campamento de los chicos, los sobrinos al completo y muchos de sus amigos. Todo cristiano que tenía caballo iba vestido de monje-guerrero

con estola blanca y una gran cruz roja en el pecho; a esos, Moncho les alquiló la vestimenta en Cornejo. A los pobres caballos les pusieron una especie de trapo rojo con flecos dorados encima de sus sillas andaluzas; parecían la burrita de las procesiones del Domingo de Ramos. Yo creo que los templarios no iban de esa guisa, pero daban el pego.

El mercadillo medieval fue obra de la Asociación de Mujeres Mayo, que se apuntan a toda clase de actividades culturales, lúdicas y talleres. Lo hicieron fenomenal, pusieron puestos de verduras, de tejidos con ruecas y telares, de cerámicas, hasta de cuadros. Con ellas va Purita a pintar los miércoles. Allí estaban sus lindas pinturas, claro que con temas no muy medievales porque le encanta pintar ovnis, marcianos azules con orejas campaniformes, platillos volantes y otras zarandajas del mismo calibre. Pero mi hermana reía feliz, iba de puesto en puesto haciendo como que tocaba el laúd. Le habían colocado una gran capa encima de un jubón y de sus pantalones de diario, unos borceguíes marrones de franela como altas botas y un sombrero con una inmensa pluma naranja tipo D'Artagnan, que no era muy de la época pero nadie lo notaba.

Cerca de las mujeres cristianas, Moncho puso una fragua, con yunque, soplete, fuego hecho con carbones y muchas herraduras, todo del ruinoso Tinahón, que se está cayendo de viejo, pero algo pudo salvar. Hasta había amarrado un potranco decrépito al que el herrero, un hombre gordo y calvo, con enorme barba y delantal de hule negro, levantaba una pata como si lo estuviera calzando.

Ya instaladas en la tribuna de la realeza y mientras nos distraíamos comiendo pipas, de pronto miro al cielo y veo que se acercan unas nubes blancas por la vereda de Niebla, bien lejos gracias a Odón, de modo que me quedé tranquila y seguí admirando la obra de nuestro hermano. Llegaron por fin Lito y Curro, despachados directamente del harén de

Topkapi, eso decían muy serios. Se tapaban con enorme dificultad los barrigones que van echando con una serie de velos a cuál más extravagante, de color y de textura. Moncho se cortó, se puso muy nervioso cuando los vio aparecer con esa pinta infame, es del estilo de nuestro padre. Por él los hubiera metido en el cenobio que había organizado en el gallinero, hasta le puso una campana. Los habría vestido de monjes o de cardenales y papas, si querían ponerse joyas. Pero ellos se colocaron en la zona de los moros, decían que era mucho más divertida, que la de los cristianos con tanto fraile e incienso era un muermo.

Los almohades estaban en el muro este. Nuestro hermano, disfrazado de monje arquitecto con cartabones, reglas y enormes compases de madera que le salían de la estola, los tenía a todos con el culo en pompa mirando a la Meca sobre todas las alfombras que pudo recoger del pueblo. Ensayaban la hora de la oración con un almohacín, un tipo renegrío vestido como los de Omán con túnica blanca inmaculada, alfanje a la cintura y finísimo turbante de seda azul pavo real. Al clérigo se le veía concentrado mientras recitaba, en una melopea adormecedora, interminables versos con toditas las palabras que le sonaban a árabe: «Jaaamaliya almo’jada, almendrilla, aulaga, jamá jaamé jamón, almejajaaaaima…».

Claro que todos los que no caían groggys de sueño se partían de risa y Moncho se cabreaba con razón, aquello no era serio; tenían que orar antes de subirse a los jamelgos, debidamente equipados con cimitarras y arcabuces de plástico para librar la gran batalla. Mi afanoso hermano los había organizado en escuadrones con adalíes, emires y un cadí para luchar contra las partidas de cristianos y caballeros templarios. Esos iban mejor pertrechados, con cotas de malla, armaduras, yelmos y hasta con enormes y

auténticas navajas de Albacete. Enteramente como en las fiestas levantinas de moros y cristianos.

Por donde se iba a entablar la «carnicería», justo debajo de la ladera sur del castillo, Moncho mandó arar la tierra. Decía que tenía que estar bien mullidita para que no tuviéramos percances. Por si acaso, había pedido tres ambulancias a Sevilla, de esas que llevan hasta quirófano. Todo lo tenía controlado, estaba nervioso como un flan porque se acercaba la hora de la llegada de los amigos alemanes. Venían del Hotel Alfonso XIII, donde habían pasado la noche después de una buena juerga flamenca en el tablao Los Gallos. Mi hermano los invitó a las *suites* del hotel, a las limusinas y al espectáculo. Rudolf vino con ellos desde Alemania, les hacía de traductor. Moncho mandó a Die Brücke el ladrillo que había escrito sobre la Orden del Temple para que Rudolf se fuera informando y no metiera la pata. No quería que soltara el rollo que tiene preparado para sus presentaciones, le explicaba: «Esto, querido cuñado, no es vender detergente ni pañales, es algo mucho más excelso; es vender la historia templaría del castillo, su magnífica arquitectura, la belleza de su puerta, el paisaje del valle que domina, la tierra fértil de sus sembrados, las centenarias encinas de la dehesa, el frescor y el verde del Chorrito, su cueva…».

A última hora, Moncho vino con un objeto entre los brazos, cubierto con un paño adamascado en oro. Preguntamos con sorna que si era el Santo Grial, y Moncho, cariacontecido, nos respondió:

—Algo mejor, *sisters*: las cenizas de nuestra madre.

—¡Horror! ¿Pero qué dices, hermano —dijo la pazguata de Concha—, la has sacado de su armario?

—Es lo que a ella le hubiera gustado. Contemplar después de muerta su bello El Al Mizar en su más esplendorosa época.

—¿Y dónde la vas a colocar? Aquí en nuestra tribuna ni lo sueñes, bastantes pesadillas nos ha dado la jodida desde que empezamos la novela —le dije yo rebotada recordando lo que llevábamos sufrido con la dichosa historia familiar.

—Vale, hermana, no te pongas así, no te cabrees, me la llevaré a la zona de los infantes y la pondré en un pedestal presidiendo el estrado de los niños, seguro que le encantará estar allí.

—Seguro, hermano, con lo que se desvivía por ellos… Ponía en la peana con cuidado, que la urna es frágil —apostilló Concha.

Y nos quedamos tan a gusto de tenerla bien lejos, ya que los infantes estaban en el patio, al cuidado de las tatas que iban vestidas de ayas con pañoletas blancas como yihads y largas sayas de tela marrón caramelo de lana basta. Decían las chicas que les picaban un montón las piernas, que si podían ponerse debajo sus pantalones vaqueros, pero Moncho no transigió.

De pronto se oyó un zambombazo y miramos todos al cielo. ¡Dioses del Olimpo Templario, qué nubarrones se acercaban! No tuvimos tiempo de quejarnos de lo que se avecinaba, empezaron a tocar las trompetas y los clarines como cuando sale el toro en las corridas. Sonaba tanta fanfarria porque se acercaban, por el camino de las Palmeras, los dos cochazos que había alquilado Moncho para traer a los invitados. Al fin los alemanes bajaron en la terraza mientras las limusinas desaparecieron; no pegaban nada entre la mugrienta chusma que actuaba por todas partes: pidiendo maravedíes los miserables, arrastrándose por el suelo los leprosos, comprando las aldeanas en el mercadillo, uno largo y chiflado echando fuego por la boca, otro vestido de bufón haciendo juegos malabares, Purita con su laúd, el herrero atizándole a la pezuña del caballo que se defendía a coces, el argentino cortando la carne para que

nos la comiéramos a bocados, sin cubiertos, los mesoneros repartiendo sangría y coca-colas a los niños.

Qué cara se le puso al alemán, no sé si de asombro por la movida o de puro estupor. Rudolf les acompañaba solícito, tal como hace con sus clientes, soltándoles el rollo que se tenía bien aprendido. Ni me reconoció; solo tenía ojos para las odaliscas que salieron a recibirlos bailando una danza del vientre que más bien parecía una zambra granaína. A la cabeza de tan alegre comparsa marchaba mi ahijada Martita, la más bella y bailonga de tan alborozadas huríes. Las cristianas no bailaban, iban con largos rosarios en procesión; eran unas desaborías, según decía Lito. En esas estábamos, con los invitados sentados en sus poltronas, cuando se oyeron guitarreo y sevillanas por la cuesta. Moncho se quedó lívido.

—Pero… ¿qué es esto? —voceó receloso.

Efectivamente, era el grupo rociero de Paterna, que se había equivocado. Creyeron que lo que se había montado en El Al Mizar era una romería a la Virgen Templada. A saber quién se inventó la historia, seguro que algún chufla de por allí.

Los alemanes tornaron la sonrisa benévola que tenían al bajar del coche por una mueca de asombro. Pero entonces llegaron los monjes guerreros vociferando: «¡¡Santiago y cierra España!! ¡¡A mí los valientes Templarios!! ¡¡Arriba Paterna!!» y otras gilipolleces por el estilo.

Los fieros almohades no eran menos: «¡¡Al-Ándalus pal Zidane!! ¡¡Viva Boabdil!! ¡¡Nuestro es El Al Mizar!!».

Rudolf no entendía ni jota y no podía traducir, ya que además los gritos eran en andaluz cerrado, del estilo del de mi hermano Moncho, que al hablar no hay ala que lo entienda, solamente nosotros, sus hermanos, por eso de la costumbre.

Entablaron un precioso combate, y los extras lo contemplamos desde la terraza animando a almohades o a cristianos como en un partido de fútbol. Al final, tras horrible degollina, quedaron los sarracenos tumbados en el suelo y los Caballeros Templarios con sus mesnadas haciendo gestos de júbilo, con los pies encima de los cadáveres, como los cazadores de leones, para que les hiciéramos fotos. Resucitados al momento los moros, subieron en plan compadre con los vencedores al castillo, tan contentos, dispuestos a jalarse la vaca del porteño, cuando, de pronto, oímos otro trallazo y un rayo espeluznante cruzó el cielo por donde el campamento cristiano. El siguiente rayo cayó en una encina, a cien metros del El Al Mizar, que menos mal que tiene un magnífico pararrayos que puso el abuelo por consejo de su amigo, el alemán que lo hizo rico.

Aquello fue el caos, la desbandada. Los niños empezaron a berrear, la chusma leprosa recobró la salud y la movilidad y corrieron veloces a cubierto, lo mismo que las huestes, las odaliscas, los cenobitas… Todo el mundo chillando como en la famosa noche del Titanic pero sin mujeres y niños primero. Los alemanes se refugiaron del chaparrón y de los granizos que caían como huevos de paloma bajo la carpa de nuestra tribuna, donde la aristocracia cristiana contemplaba absorta el suceso, no por triste menos bello porque en un tris el campo se tornó blanco, inmaculado, como un valle islandés.

A los veinte minutos de tormenta sentimos un extraño movimiento a nuestra espalda y un ruido como en las películas cuando se te viene encima un alud. Salimos por piernas agarrándonos las enaguas, y ya a unos diez metros vimos caer el *donjón*. La torre se quedó cual mojón, como llamamos en Sevilla a una gran caca. Fue culpa, comentamos, de los diluvios de ese invierno, y del peso de la tropa que Moncho había situado en las almenas. No se

acordó, el monje arquitecto, de que los muros y las torres del castillo son de piedra y adobe. Los alemanes se quedaron turulatos, sin habla. El jefe solo acertó a decir: «¡*Verdammte Scheisse*!», que traducido al cristiano es mismamente algo así como: «Me cago en tu puta madre». Creo que se lo dedicó el señor Himmelmann a Moncho.

Sin decir media palabra, el muy borde se fue rápido para la limusina y mandó al chófer que pusiera rumbo al aeropuerto. Los otros alemanes salieron detrás de él, pero ellos sí que dijeron: «¡*Auf Wiedersehen*!», o sea, abur.

Pobre hermano, se puso a llorar a moco tendido; no hubo manera de consolarlo. Los figurantes nos comimos el novillo y las sabrosas paellas cuando escampó y salió un sol tan fuerte que a la media hora no había ni rastro del granizo. Al final terminamos bailando sevillanas y bastante piripis.

De pronto dijo Lucía: «Chicas, ¿dónde está mamá?».

Salimos corriendo al patio… La vasija funeraria no estaba ya en la peana, sino en el suelo, destrozada. De manera que recogimos los pedazos de la urna y contemplamos las cenizas de Pura en la tierra negra del cortijo, justo donde ella hubiera querido reposar. Nos quedamos tranquilas. La tormenta había resuelto de manera prodigiosa la cuestión de su enterramiento.

En esas estábamos cuando sonó el móvil de Concha: a Alejandro le había dado un infarto. Concha se despidió de nosotras muy preocupada y se fue a Estepona. Moncho y su gente se quedaron recogiendo aquel campo de batalla con la ayuda de Rudolf, Curro y de Lito y las del Río Panero nos fuimos a Sevilla después de dejar a Purita en el pueblo con Loli.

Al alejarnos del castillo miré hacia atrás y, aun sin una de sus torres, El Al Mizar lucía majestuoso, en lo alto de su alcor.

Epílogo

Se ha afianzado, por fin, la primavera. Llueve, pero ya no es en plan diluvio como este pasado invierno. Retomé mi vida ordenada de siempre, la casa, la limpieza, cocinar con más interés para los chicos de la agencia, mis paseos vespertinos a lo largo del Neckar, las llamadas a mis hijas, a mis nietos, a Purita, los correos a las hermanas, leer por las noches hasta que me entra sueño, algunos viajecitos por los alrededores y caminatas por los bosques o los prados que rodean Heidelberg. Una vida con mi querido Rudolf sobria, monótona, tranquila y dichosa. Quedé bien cansada de aventuras y de misterios al escribir la novela. Al final decidimos no publicarla por Lola, por lo que ella ha padecido en primer lugar, y en memoria del tío Ramón.

Entre todas, Moncho incluido, acordamos regalarle a Lito —en nombre de Pura— las joyas del abuelo, en desagravio por lo mucho que sufrió.

Juana publicó el reportaje sobre la historia de la aviación española durante la guerra en una prestigiosa revista americana. Le llevó un ejemplar dedicado a Angela, que por lo visto se emocionó mucho al ver a su hermano como héroe invicto.

Concha cuidó de Alejandro hasta que superó el infarto. Ahora sigue con él, en las mismas condiciones que cuando

estaba casada: amigos entrañables, pero cada uno en su casa. Paco continúa con la rejoneadora.

Lucía se recuperó del todo; le ha quedado una ligera cojera que, según su especialista, se irá corrigiendo con el tiempo. Está radiante porque le nació un nieto lindísimo, el hijo de Lucy. Ismail volvió a Kabul mucho más descansado, dice que continuará visitando a Lucía hasta que decida qué hacer en un futuro como médico. Por lo pronto estudia español.

Asun sigue en Kabul. Sigue feliz, cuidando a las madres y a los bebés, y rezando el rosario. Nos pide que le enviemos películas y novelas policíacas, a poder ser de Montalbano.

Yo he suprimido lo del cadáver y le he mandado el texto que escribí a Pablo Almontoya, el famoso cineasta. Dice que está interesado, que la historia de las seis hermanas menopáusicas con el robo de las joyas y el malvado Sebastián le ha parecido muy divertida. Hablará con mi agente literario, que es Rudolf, claro. Si sacamos una buena pasta nos vamos todas al Caribe.

A Purita la convencimos para que saliera del El Al Mizar. Con la devolución de lo que le robó Sebastián y lo que dan las tierras tiene suficiente dinero para vivir en una casa que le hemos alquilado en Paterna. Un arquitecto amigo nos está proyectando un precioso chalet que se construirá en una finquita que tenemos apalabrada en la cuesta de los Doblas, mirando al campo. Ella misma ha diseñado su estudio de pintura y la granja en que cobijará a sus animales. Los fines de semana Loli la lleva al El Al Mizar, a pasear por el Chorrito y por la dehesa. Está encantada en el pueblo.

Sebastián dejó su casa inmediatamente y empezó a devolver el dinero robado. Ahora la administración la lleva Moncho, que da saltos de alegría porque tiene un sobresueldo. Ya se ha repuesto del sofocón de los Templarios, no quiere oír hablar del tema. No obstante, Canal Sur ha

emitido un extenso reportaje con la historia del castillo almohade de Pura. Los del Río Panero somos famosos en toda Andalucía. El Al Mizar sigue en venta.

Volví a contactar con Luna cuando, en la notaría de La Palma del Condado, se resolvió la renuncia de Sebastián a la tutoría y a la administración del cortijo. Contraté a la detective para un asunto personal y hoy me ha dado el resultado de su trabajo: sí, el tío Ramón estuvo involucrado en el crimen de un rojo de Manzanilla. Fueron ciertas las últimas palabras de Gonzalo, quien a la sazón sigue reposando en el Barranco de las Ranas, con la aprobación del comisario Trevélez. Yo no contaré a nadie el descubrimiento de Luna; las hermanas pequeñas no deben saberlo, ellas adoraban al tío. Así que empieza de nuevo a haber secretos de familia.

Asun aún guardaba otro. Ayer recibí un correo suyo. Le pregunté por una cuestión que no quedó clara al contarnos Lucía su historia. «¿Qué fue lo que te dijo mamá cuando entró en agonía, cuando saliste a llamar al cura y a todos los hermanos?».

Asun me contestó.

Solo dijo: «El Al Mizar».

Agradecimientos

Quisiera agradecer a Javier Ortega, mi editor, la confianza, ilusión y trabajo que ha puesto en El Al Mizar *desde que leyó el manuscrito. Sin su valiosa ayuda no hubiera visto cumplido este sueño. Mi gratitud también a Enrique Murillo por su amable consejo, y a Carlos Pujol que me infundió su enorme optimismo y entusiasmo. No olvido a Antonio García Maldonado, le doy las gracias por alentarme cuando me plaqueó el ánimo. Gracias a Clara Redondo, que me aconsejó no dejar de escribir.*

Un especial agradecimiento a mi hija Patricia que me ha ayudado a pulir la novela desde el primer capítulo, que ha trabajado conmigo codo a codo para poder verla, al fin, publicada. Y a mis nietos Jaime, Daniel y Pablo, que con solo nueve años me han aportado preciosas anécdotas, consejos y sugerencias... ¡hasta para el marketing*!: «Haga feliz a mi abuela, compre su novela».*

Muchas gracias a mis hermanas Ana, Asunta, Rosario, Rocío, María y a mis hermanos Emilio y Javier por sus recuerdos y añoranzas de la infancia que compartimos en Punta Umbría y en el auténtico El Al Mizar. Envío a mis primeros lectores —que con enorme entusiasmo y paciencia me han acompañado y animado en esta emocionante travesía— todo mi cariño: Angela, Rocío, Rosario, Carmen, María del Mar, Sonia, María, Gloria, Rafa, María del Mar P. T.,

Berta, Mariló, Teresa, Fernando, Carlos, Mariola, Nacho, Álvaro, Alfonso. Gracias a todos.

Mi agradecimiento, por último, a Roland, por su constante ánimo e ilusión; ¡y al equipo de GoYa!, nuestra agencia de publicidad. ¡Resten Dank an die Mitarbeiter von GoYa! Die Markenagenturfür die wertvolle Unterstützung bei alien Fragen rund um den Computer und das Internet.

Para finalizar quiero dejar constancia de que el cortijo, con su castillo almohade, existe. Lo compró mi abuelo Emilio. Esa es la única parte enteramente real de la novela. El resto, aunque inspirado en mis vivencias e historias familiares, es ficción. Escribí YX El Al Mizar en Heidelberg, mi querida y mágica ciudad alemana.

Carmen de la Rosa: nació en Sevilla, en una familia de la burguesía rural.

Fue ama de casa hasta que con 35 años estudió en la Universidad Complutense, licenciándose en Periodismo.

Realizó posteriormente dos años de Doctorado y un curso de Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid.

Con treinta años obtuvo la licencia de piloto privado, y con treinta y dos el título de profesora de danza española en el Conservatorio de Murcia.

¡Desde hace una década trabaja en GoYa!, su propia agencia de publicidad ubicada en la localidad alemana de Heidelberg, donde es también chef de cocina después de estudiar gastronomía en Le Cordon Bleu de Londres.

Todas estas experiencias las refleja en su primera novela, *El Al Alizar*.

Viajera impenitente, conoce casi toda Europa y gran parte de América y África.

Ha residido en Sevilla, Almería, Múnich, Hamburgo, Dusseldorf, Londres y, en la actualidad, en Heidelberg.